

... Ojo de la noche



1033-F-433333

Robert Silverberg y Martin Harry Greenberg han preparado la presente antología de la Ciencia Ficción, una obra de envergadura, llena de vigorosos relatos sobre los siglos venideros, un libro de sueños, visiones y fantasías cuidadosamente imaginadas, seleccionado por su capacidad de deleitar, asombrar y entretener. Cronológicamente, esta antología comprende relatos escritos a partir de 1946 y hasta la década de 1970, y ofrece, por tanto, un amplio panorama de la evolución de la ciencia ficción.

Debido a su extensión, la obra se presenta en cuatro volúmenes y en el formato de esta colección. Ofrecemos en este tercero relatos de Algis Budrys, Frederik Pohl, Alfred Bester, Jack Vance, Fritz Leiber, Larry Niven, Harlan Ellison, A. E. van Vogt, Brian W. Aldiss, Joanna Russ e Isaac Asimov.



AA. VV.

... Ojo de la noche

Antologías de Ciencia Ficción Caralt - 33

ePub r1.1

Titivillus 09.10.16

Título original: *The Arbor House Treasury of Modern Science Fiction*

AA. VV., 1980

Traducción: Enrique de Obregón

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



ÍNDICE

... Ojo de la noche (*Wall of Crystal, Eye of Night* © 1961) Algis Budrys.

El día millón (*Day Million* © 1966) Frederik Pohl.

La opción de Hobson (*Hobson's Choice* © 1952) Alfred Bester.

El don de Gab (*The Gift of Gab* © 1955) Jack Vance.

El hombre que nunca se hizo joven (*The Man Who Never Grew Young* © 1947) Fritz Leiber.

La estrella neutrón (*Neutron Star* © 1966) Larry Niven.

Los operadores humanos (*The Human Operators* © 1971) Alfred E. van Vogt y Harlan Ellison.

¡Pobre pequeño guerrero! (*Poor Little Warrior!* © 1958) Brian W. Aldiss.

Cuando todo cambió (*When It Changed* © 1972) Joanna Russ.

El hombre bicentenario (*The Bicentennial Man* © 1976) Isaac Asimov.

... OJO DE LA NOCHE

Algis Budrys

I

SUAVE como la voz de una paloma triste, el teléfono sonó en la mesa de despacho de Rufus Sollenar. Este se hallaba de pie a unos cincuenta pasos, su cabeza leonina hacia arriba, las manos abiertas metidas en los bolsillos de sus pantalones, mirando el mundo nocturno a través del muro de cristal desde el que divisaba la isla de Manhattan. El ventanal estaba tan alto que algunas de las cosas que él veía aparecían veladas por las nubes bajas que se cernían sobre los ríos. Por encima de él había estrellas; por debajo, la ciudad estaba punteada y bordeada de luces. Una estrella fugaz —un cohete interplanetario— cayó trazando una raya hacia la Long Island Facility como un arañazo a través del hollín de las puertas del infierno.

Los ojos de Sollenar lo percibieron, pero él estaba contemplando la escena en conjunto, no un detalle particular. Los ojos le brillaban.

Cuando oyó el teléfono se llevó la mano izquierda a sus labios.

—¿Sí?

Su mano centelleaba a causa del anillo utilijem; el efecto era el mismo que producía el chapeado de cobre que antaño se utilizaba para reforzar el costillaje de los buques de guerra de madera.

La voz de su recepcionista se trasladó por el aire desde la

proximidad de su mesa de despacho a la proximidad de su oído. Sentada ante la centralita de su oficina, dondequiera que ésta se encontrara, en el edificio, la recepcionista le dijo:

—El señor Ermine dice que tiene una cita.

—No —Sollenar retiró la mano y volvió a contemplar el panorama. Cuando era veinte años más joven, y dirigió la modesta fábrica de aparatos ópticos que había proporcionado el sustento a tres generaciones de Sollenar, él había deseado muchísimo poder estar en un sitio como éste y sentir lo que él imaginaba que los hombres sentían en tales circunstancias. Pero ahora le parecía inimaginable.

Estar aquí era una cosa. Haber casi perdido el derecho y recuperarlo en el último momento era otra. Ahora sabía que no sólo podía estar hoy aquí, sino que también mañana y pasado mañana podría seguir estando. Había ganado. Su juego le había dado EmpaVid, y EmpaVid le daría todo.

La ciudad no era sólo un botín depositado ante sus ojos. Era también un sistema dinámico que él podía manipular. Él y la ciudad eran una sola cosa. La ciudad le animaba y le sustentaba; le mantenía aquí en el aire, con las estrellas en el cielo y una densa niebla de luz por debajo.

El teléfono gimió:

—El señor Ermine asegura que tiene una cita en firme.

—Nunca he oído hablar de él.

Y los utilijemes de su mano izquierda cayeron de nuevo de los labios de Sollenar. Disfrutaba con aquellos juguetes. Elevó su mano derecha, envuelta en la insustancial seda azul de medianoche, en la cual los hilos plateados de la instalación metálica corrían sutilmente hacia las puntas de los dedos. Levantó la mano, y apretó con dos dedos juntos: detrás y delante de él empezó a sonar música. Hizo contacto con otra combinación de circuitos de dedos, y una suave risa femenina vino desde la terraza que había al otro lado de la habitación, donde se abrieron unas puertas que estaban conectadas. Se dirigió hacia ellas. Unos cortinajes translúcidos colgaban sobre la puerta, ondulándose ligeramente por la brisa que soplaba en la terraza. A través de ella vio el taburete con su candelabro encendido; el vino en hielo, sobre el estante de aliado; las dos frágiles sillas; Bess Allardyce, esbelta y majestuosa, sentada en una

de ellas, esperaba todo esto a través de una difusa cortina, como el principio o el fin de un sueño.

—El señor Ermine te recuerda que la cita le fue concedida en la cena anual de negocios de la Asociación Internacional de Radiodifusión en 1998.

Sollenar completó su último paso, y luego se detuvo. Frunció el ceño a su mano izquierda.

—¿Está el señor Ermine en la Oficina Especial de Relaciones Públicas de la IAB?

—Sí —contestó la voz después de una pausa.

Los dedos de la mano derecha de Sollenar se encogieron para formar un cono. La puerta de conexión se cerró. La chica desapareció. La música cesó.

—Está bien, dígle que suba.

Sollenar fue a sentarse detrás de su mesa de despacho.

En la puerta de la oficina sonó un carillón. Sollenar dobló un dedo de su mano izquierda, y la puerta se abrió. Con otro gesto, encendió las luces de encima de la puerta y él se sentó en la sombra mientras el señor Ermine entraba.

El señor Ermine iba vestido con prendas de color herrumbre. Su figura era enjuta y no llevaba nada en las manos. Tenía el rostro redondeado y blando, con patillas largas y negras. Su cabeza estaba calva. Se detuvo justo en el umbral del despacho de Sollenar y dijo:

—Me gustaría que hubiera un poco de luz para poder verlo, señor Sollenar.

Sollenar dobló su dedo meñique.

Las luces del techo se convirtieron en una luz suave que iluminó todo el despacho. El muro de cristal se convirtió en un espejo, en el cual tan sólo relucían las luces más fuertes de la ciudad.

—Yo sólo deseaba verle a usted —explicó Sollenar—. Pensé que quizá nos habíamos visto antes.

—No —respondió Ermine, al tiempo que cruzaba el despacho—. No es probable que usted me haya visto nunca. —Sacó un tarjetero de su bolsillo y se identificó debidamente ante Sollenar—. Yo no soy un impertinente.

—Por favor, siéntese —le dijo Sollenar—. ¿En qué puedo servirle?

—De momento, señor Sollenar, soy yo el que está haciendo algo

por usted.

Sollenar se retrepó en su asiento.

—¿De veras? ¿Ahora? —Fruunció el ceño a Ermine—. Cuando yo intervine en la aprobación de aquellos reglamentos en la cena del 98, creí que una Oficina Especial de Relaciones Públicas sería algo muy conveniente para la organización. En consecuencia voté a favor de ella y de los poderes que le eran otorgados. Pero nunca esperé tener ninguna clase de tratos personales con ella. Apenas recordaba que ustedes tenían carta blanca respecto a cualquier miembro de la IAB.

—Bueno, ha pasado mucho tiempo desde el 98 —repuso Ermine—. Me imagino que se han creado algunas leyendas acerca de nosotros. Chismes de industriales, cosas por el estilo.

—Sí.

—Pero nosotros no nos limitamos a velar por el cumplimiento de los reglamentos, señor Sollenar. Usted no ha quebrantado ninguno, que nosotros sepamos.

—O que lo sepa yo. Pero nadie puede estar seguro al ciento por ciento. Y menos en estas circunstancias. —Sollenar aún no relajó su rostro en su magnífica sonrisa—. Estoy seguro de que usted lo habrá descubierto.

—Tengo un hermano mayor mucho menos ambicioso que trabaja en el FBI. Cuando yo empecé mi carrera, él me dijo que yo podía esperar que cualquiera en el mundo reaccionara como un criminal —dijo Ermine, sin prestar atención al involuntario guiño de Sollenar—. Ese es uno de los factores que complican una profesión como la de mi hermano o la mía. Pero he venido aquí a aconsejarle, señor Sollenar. Sólo a eso.

—¿A aconsejarme qué, señor Ermine?

—Bueno, su corporación ha conseguido recientemente el control de un nuevo sistema video. Comprendo que ello, en efecto, hace de su compañía la única que puede otorgar licencias para un medio de ventas y diversión muy valioso. Fantásticamente valioso.

—El EmpaVid —convino Sollenar—. Varios estímulos subliminales son emitidos y manipulados sobre la materia exhibida. Los televisores domésticos constan de sensores de retroalimentación que determinan la reacción del vidente a estos estímulos e intensifican algunos mientras disminuyen otros a fin de crear una

relación emocional completa entre el vidente y la situación. EmpaVid, dicho de otro modo, es un sistema para orquestar las emociones del vidente. La unidad doméstica es completa, semitransportable, y no mucho mayor que un televisor corriente. EmpaVid es compatible con los televisores corrientes, exceptuando, por supuesto, que el material transmitido por un televisor normal parece ligera y vagamente insatisfactorio. Así que el consumidor en seguida se decide a comprar una unidad EV —a Sollenaar le complacía explicar la naturaleza de su ingenio.

—Y a un precio muy razonable. Bastante razonable, señor Sollenaar. Pero usted ha tenido algunas dificultades entre las redes para conseguir posibles licencias para este sistema.

Sollenaar apretó sus labios.

El señor Ermine alzó un dedo.

—En primer lugar se planteó el asunto de adquirir las patentes del inventor original, quien también recibió una oferta de Cortwright Burr.

—En efecto —contestó Sollenaar con un tono de voz completamente nuevo.

—Hace tiempo que existe una fuerte competencia entre usted y el señor Burr.

—Bastante fuerte —reconoció Sollenaar, mirando directamente de frente a la única pared en blanco del despacho. Las oficinas de Burr estaban a varios bloques de distancia, más abajo, en aquella dirección.

—Bueno, no deseo extenderme sobre ese punto, ya que el señor Burr es un miembro de la IAB de categoría tan elevada como la suya, señor Sollenaar. En todo caso, hubo una dificultad más para conceder la licencia a EV, debido al elevadísimo coste que suponía equipar estaciones de radiodifusión y el equipo de la red de relés necesario para esta clase de transmisión.

—Cierto que la hubo.

—Últimamente, sin embargo, usted lo consiguió. Y dijo muy atinadamente, que si una sola estación hacía el cambio, y se colocaban algunos receptores EV en lugares públicos dentro de la zona servida por la estación, las agencias de TV normales no podrían competir de ninguna manera en ingresos publicitarios.

—Sí.

—Y así sus dificultades fueron resueltas hace unos días, cuando su EmpaVid Unlimited, perdón, cuando EmpaVid, una compañía subsidiaria de la Sollenar Corporation, se convirtió en el accionista más importante de la red de televisión Transworld.

—No comprendo, señor Ermine —dijo Sollenar—, por qué me está usted contando todo eso. ¿Trata de demostrar que sabe muchas cosas? Todas esas transacciones ya están registradas en los archivos confidenciales de la IAB, de acuerdo con los reglamentos.

—Ermine alzó otro dedo:

—Olvida que yo sólo estoy aquí para aconsejarle. Tengo dos cosas que decir, que son: Esas transacciones han sido registradas en la IAB porque implican a un gran número de miembros de la IAB, y a una cantidad cada vez mayor de capital. Asimismo, la exclusiva Transworld, bajo los reglamentos de la IAB estará vigente sólo hasta que se haya alcanzado una saturación en el mercado del treinta y tres por ciento. Si EV es tan buena como parece, eso ocurrirá muy pronto. Después de esto, y según los reglamentos, a Transworld le estará prohibido defenderse efectivamente contra las infracciones de patente por los competidores. Todos ellos miembros de la IAB, y cuyo capital en buena parte se verá implicado con EV. Mucho de ese capital ya está en movimiento anticipado. Así que una estructura tan altamente complicada depende en definitiva de la integridad de la Sollenar Corporation. Si las acciones de Sollenar pierden valor, no sólo usted, sino muchos miembros de la IAB se verán en un gran aprieto. Lo cual es otro modo de decir que EV debe de tener éxito.

—¡Todo eso ya lo sé! ¿Y qué? No hay riesgo. Ya he hecho comprobar todas las patentes relacionadas de la Tierra. No se producirá una catástrofe porque el sistema EV caiga inmediatamente en desuso.

Ermine repuso:

—Hay ingenieros en Marte. Ingenieros marcianos. Son una raza moribunda, pero nadie sabe aún lo que pueden hacer.

Sollenar elevó su maciza cabeza.

Ermine continuó:

—Esta misma tarde, hemos sabido en nuestra oficina que Cortwright Burr ha estado en estrecho contacto con los marcianos durante varias semanas. Han hecho una especie de máquina para él.

Venía en el vuelo que aterrizó en la base hace unos momentos.

Sollenar apretó los puños. Las luces se apagaron y encendieron vertiginosamente, y la habitación pareció estremecerse. De la terraza vino un grito de sorpresa, y se oyó un ruido de cristales rotos.

El señor Ermine saludó con la cabeza, se excusó y se marchó.

Unos momentos después, el señor Ermine descendió hasta la planta baja del edificio Sollenar. Atravesó a grandes zancadas el jardín paisajístico y el espumeante arroyo hacia la acera central con dirección a la avenida. Se detuvo ante un seto para arrancar una flor y oler su aroma. Se alejó caminando, sujetándola entre sus desnudos dedos.

II

Impulsado lentamente en el hilo de su giratorio, Rufus Sollenar se deslizó con el viento por encima del edificio de Cortwright Burr.

El edificio, como una araña, tocaba el suelo sólo con las puntas de sus patas. Sostenía su amplia y baja estructura maciza como una sombrilla sobre varios bloques de casas de la parte baja de la ciudad. Sollenar, manipulando el impulsor de plástico lleno de helio muy por encima de él, maniobró consigo mismo arrojando chorros de gas comprimido de las botellas de plástico situadas en la estructura del impulsor.

Sólo el propio Sollenar, en todo este sistema, no era efectivamente transparente para el radar antiaéreo municipal. Y él mismo iba arropado en largas y ondulantes envolturas de láminas metálicas de color negro opaco. A simple vista era amorfo e irreflexivo. Para los sensores electrónicos, él era un cosa estática a la deriva muy parecida a un pedazo de lámina de metal levantado por el viento de algún montón de chatarra abandonado. Para todos los sentidos de todas las partes interesadas él no estaba allí, y por lo tanto se encontraba en una excelente posición para cometer un

asesinato.

Revoloteó contra la ventana de Burr. Allí estaba él, encogido sobre su mesa de despacho. ¿Qué es lo que tenía entre sus manos, un pomo aromático?

Sollenar enganchó su arnés en el borde de la cornisa. Se inclinó sobre ella, sus botas de suela de esponja apretadas contra el cristal, tocó con su mano izquierda la ventana y trazó un círculo. Dio un empujón; hubo un golpe sordo sobre la alfombra del despacho de Burr, y dejó de haber cualquier barrera para Sollenar. Doblando sus rodillas contra su pecho, se catapultó hacia adelante, la pistola en su mano derecha. Tropezó y cayó de rodillas, pero la pistola seguía apuntando.

Burr se levantó de un salto detrás de su mesa de despacho. La pequeña esfera de metal dorado-naranja, con rayas de bronce más oscuro, su superficie vermicular con incrustaciones, estaba todavía en sus manos.

—¡Él! —gritó Burr mientras Sollenar disparaba.

Jadeante, Sollenar observó cómo Burr era alcanzado por los disparos, los cuales lanzaron su torso hacia atrás antes de que sus miembros y cabeza colgasen flojamente. La pistola era casi silenciosa. Burr se desplomó para acabar, transfigurado, contra la pared.

Pálido y enfermo, Sollenar avanzó para agarrar la bola dorada. Se preguntó dónde habría visto Shakespeare un ejemplo como éste, para saber que un anciano tuviera tanta sangre.

Burr le alargó el ingenio. Mirándole fijamente con ojos distendidos por la presión hidrostática, sus ropas manchadas y su torso triturando sus huesos rotos, Burr se apartó furtivamente de la pared y avanzó como si quisiera abrazar a Sollenar. Era extraño, pero no estaba muerto.

Estremeciéndose, Sollenar disparó de nuevo.

De nuevo Burr fue arrojado hacia atrás. La bola salió girando de sus dedos extendidos mientras él una vez más daba con su cuerpo contra la pared.

Pomo de olor, naranja, lo que fuera, era algo que parecía valioso.

Sollenar corrió detrás de la bola que rodaba. Y Burr se movió para interceptarlo, casi irreconocible, inclinado bajo un gran peso

invisible ante el que lentamente cedía mientras su espalda crujía.

Sollenar dio un paso hacia atrás.

Burr se adelantó hacia él. La bola dorada estaba en un rincón. Sollenar levantó su pistola desesperado y disparó de nuevo. Burr dio un traspiés hacia atrás de puntillas, sus brazos como aspas de un molino de viento, y cayó encima del ingenio.

Las lágrimas corrían por las mejillas de Sollenar. Adelantó un pie... y Burr, en su rincón, alzó la cabeza y trató de hacer un esfuerzo con su cuerpo para incorporarse.

Sollenar se retiró hacia la ventana, la pistola resbalando hacia su muñeca y codo, mientras disparaba los tiros que quedaban en la recámara.

Jadeando, saltó sobre el marco de la ventana y colgó el arnés sobre su cuerpo, alargando la cabeza para mirar sobre su hombro..., mientras Burr, destrozado, chorreando sangre y aún peor que sangre, avanzó a través del despacho.

Sollenar soltó los agarraderos del marco de la ventana y manejó torpemente los controles del impulsor. Muy por encima de él, se derramó un poco de lastre volátil que se dispersó en el aire mucho antes de tocar el suelo. Sollenar se elevó, sollozando...

Y Burr se apartó de la ventana, con las manos destrozadas en los bordes del círculo cortado, elevando sus ojos desorbitados que contemplaban cómo Sollenar se alzaba en vuelo a través del enigmático cielo.

Sollenar aterrizó en el tejado de un edificio donde tenía a su disposición una unidad para su arma de fuego y demás equipo. Durante un rato trató de no plantearse la cuestión de por qué Burr no había muerto en seguida. Con las manos vacías regresó a la parte alta de la ciudad.

Entró en su despacho, llamó a sus abogados y les dijo la hora exacta de salida y de regreso y se enteró de que en lo tocante a las autoridades municipales el asunto estaba resuelto. Era una cosa bastante sencilla, sin testigos que complicaran el caso. Empezó a lamentarse de haber sido tan irresoluto al dejar a Burr con aquello que él iba buscando. Claro que si la pistola no había matado a aquel hombre, un anciano con miembros débiles y piel moteada, podía haber forcejeado con él, y regresado a la ventana con la bola, por mucho que el viejo se hubiera colgado de él y agarrado a sus

piernas, e intentado torpemente de aferrarse a las sombrías vestiduras que le servían de disfraz. Era un viejo destrozado y casi inmortal.

Sollenar alzó una mano. El gran ventanal que daba a la ciudad se volvió opaco.

Bess Allardyce llamó suavemente a la puerta por el lado de la terraza. Él creía que ella habría regresado a su apartamento hacia muchas horas. Tortuosamente complacido, abrió la puerta y le sonrió, sintiendo cómo las lágrimas secas se cuarteaban en sus mejillas.

Él tomó las manos que ella le alargaba:

—Me has estado esperando —suspiró él—. Mucho tiempo para que alguien tan bella como tú espere.

Ella le devolvió la sonrisa:

—Salgamos a mirar las estrellas.

—¿No hace frío?

—He preparado sidra especiada y caliente para los dos. Podemos tomarla mientras pensamos.

Él dejó que ella le sacara a la terraza, y se apoyó sobre la barandilla, apretando la muñeca de ella que latía con fuerza, y con su capa extendida sobre los hombros de ambos.

—Bess, no voy a preguntarte si seguirías conmigo cualesquiera que fueran las circunstancias; pero puede llegar el día en que yo no pueda vivir en esta ciudad. ¿Qué me dices?

—No lo sé —contestó ella con sinceridad.

Y Cortwright Burr puso su mano sobre el borde del parapeto, entre ellos dos.

Sollenar miró fijamente hacia abajo, hacia aquellos tensos nudillos, que sujetaban todo el peso del hombre que colgaba contra la fachada del edificio. Hubo ruido como de roce y de crujido y la otra mano subió, buscando ciegamente algo a que agarrarse hasta que lo encontró, enganchándose sobre la piedra. Los dedos se tensaron y elevaron, las puntas aplastándose por la presión mientras trataba de que la cabeza y los hombros pasasen por encima del parapeto.

Bess susurró:

—¡Oh, míralos! Debe de habérselos desgarrado terriblemente al subir.

Luego se apartó de Sollenaar y se quedó mirándole fijamente, llevándose la mano a la boca:

—Pero ¡si no puede haber subido! ¡Estamos muy altos!

Sollenaar golpeó aquellas manos con sus palmas de perfil, empleando los golpes directos y diestros que había aprendido en el club atlético.

Los huesos se astillaron contra la piedra. Cuando los nudillos estuvieron destrozados las manos desaparecieron instantáneamente, dejando sólo rayas tras de sí. Sollenaar miró por encima del parapeto. Un bulto se borró de su vista, silueteado contra las luces de la planta baja y la avenida. Se fue perdiendo hasta no ser más que como una punta de alfiler. Luego, cuando alcanzó el arroyo y el agua salpicó en todas direcciones, desapareció en un resplandor repentino, circundado de gloria por las muchas luces que encontraron repentinamente un reflejo allá abajo.

—¡Bess, déjame! ¡Déjame, por favor! —gritó Rufus Sollenaar.

III

Rufus Sollenaar recorrió a paso lento su despacho, con las manos hacia delante para mayor seguridad, los dedos extendidos y rígidos.

El teléfono sonó y su secretaria le dijo:

—Señor Sollenaar, sólo le quedan diez minutos si no quiere llegar tarde al baile de los ejecutivos de la TTV. Es una obligación de Primera Clase.

Sollenaar se echó a reír.

—Creí que eso era cuando yo la clasifiqué así.

—¿Es que piensa no ir, señor Sollenaar? —preguntó la secretaria cortésmente.

Ciertamente Sollenaar lo había pensado. Podía desistir de ir al baile tan fácilmente como un rey renunciar a su coronación.

—Burr, canalla, ¿qué es lo que me has hecho? —preguntó al aire, y la voz del teléfono preguntó:

—Perdón, ¿cómo dice?

—Diga a mi ayuda de cámara —dijo Sollenar— que iré. —Cortó la comunicación telefónica. Ahuecó las manos frente a su pecho. Un firme agarrón sobre el vacío sería más fuerte que cualquier ingenio en una mano rota.

Llevando en su pecho algo que se negaba a reconocer que era terror, Sollenar se preparó para ir al baile.

Pero sólo unos instantes después de que la primera danza hubiera terminado, Malcolm Levier, ejecutivo de la estación local de TTV, miró por encima del hombro de Sollenar y dijo:

—Ahí está Cort Burr, disfrazado de ahorcado.

Sollenar, que estaba deslumbrante con su vestido de la época de los Médicis, no volvió la cabeza.

—¿Ha venido? ¿Qué querrá?

Levier enarcó las cejas.

—Posee algunas acciones y ha recibido una invitación. Pero llega tarde. —Levier apretó los labios para decir con agudeza—: Debe haber necesitado mucho rato para maquillarse así.

—No es de buen gusto, ¿verdad?

—Mire usted mismo.

—¡Oh! Haré algo mejor que eso —contestó Sollenar—. Iré a hablar con él un rato. Le ruego que me excuse, Levier —y sólo entonces se volvió, y se dispuso a dar el primer paso hacia aquel hombre.

Pero Cortwright Burr era solamente una imitación de cartón de sí mismo tal como Sollenar le había conocido. Se había quedado parado y de pie a un lado del umbral, disfrazado con vestiduras negras y escarlatas, cubiertas las manos con guantes de cuero negro y llevando un bastón de madera ahumada. Su rostro estaba ensombrecido por una capucha de tela de harpillera que le ocultaba bastante los ojos. El rostro empolvado de gris, y una mezcla de colores lívidos ahuecaba sus mejillas. Permaneció inmóvil mientras Sollenar se acercaba a él.

Mientras cruzaba la sala, a pasos medidos, los ojos de los circunstantes seguían a Sollenar hasta que, anticipándose a él, se fijaron en Burr que esperaba. El ruido del baile en la sala disminuyó perceptiblemente aunque los concurrentes de menos categoría allí presentes se dedicaban sólo a la fiesta. Pero las personas que

realmente importaban allí permanecían silenciosas y vigilantes.

Todos pensaron que Burr, derrotado en los negocios, había venido aquí a hacer una especie de loco reproche a su adversario, con esta lúgubre y desagradable vestimenta. Porque sí parecía un cadáver. O algo peor.

La cuestión era, ¿qué le diría Sollenar? El deseo de todos era que Burr se fuera, que se volviera a sus fincas o a alguna otra ciudad. Nueva York ya no era para Cortwright Burr. Pero ¿qué le diría Sollenar que le empujara a donde no quería ir por las buenas?

—Cortwright —le dijo Sollenar en voz baja para que sólo pudiera ser oída por los dos—, así que tu inmortalidad marciana funciona.

Burr no contestó.

—Has conseguido eso además, ¿verdad? Sabías cómo yo reaccionaria. Sabías que necesitabas protección. ¿Has pagado a los marcianos para que te hagan físicamente invulnerable? Es un buen sistema. Muy impresionante. ¿Quién hubiera pensado que los marcianos sabían tanto? Pero ¿quién va a hacerte caso ahora? Vete de la ciudad, Cortwright. Tu oportunidad ya pasó. Para esta gente es como si estuvieras muerto, todo lo que te queda es tu piel.

Burr alzó una mano y subrepticamente levantó una punta de su máscara de carne. Y allá estaba, allí debajo. La capucha se retiró una pulgada, y la luz alcanzó a sus ojos. Sollenar se había equivocado. A Burr le quedaba menos de lo que él había pensado.

—¡Oh, no, no, Cortwright! —susurró Sollenar—. No tienes razón. Yo no puedo ir contra eso.

Se volvió e hizo una ligera reverencia a los concurrentes.

—¡Buenas noches! —exclamó, y salió del salón de baile.

Alguien le siguió por el pasillo hasta los ascensores. Sollenar no se volvió para mirar.

—Ahora tengo otra cita con usted —le dijo Ermine.

Llegaron a la planta baja. Sollenar le dijo:

—Ahí hay un café. Podemos hablar allí.

—Demasiado público, señor Sollenar. Vayamos caminando mientras charlamos.

Ermine le tomó ligeramente por el brazo y le guió por la acera. Sollenar se fijó entonces en que Ermine iba vestido de un modo tan astuto que nadie habría adivinado que era un hombre.

—Muy bien —dijo Sollenar.

—Claro.

Fueron caminando juntos, como si tal cosa. Ermine le dijo:

—Burr está tratando de llevarle a usted a la muerte. ¿Es porque usted ha tratado de matarle antes? ¿Se apoderó usted de ese secreto marciano?

Sollenar negó con la cabeza.

—Así que no lo consiguió —Ermine dejó escapar un suspiro—. ¡Qué mala suerte! Tendré que hacer algo.

—Según los reglamentos —declaró Sollenar— debe imperar el *laissez-faire*.

Ermine alzó la mirada, sus ojos pestañearon.

—¿*Laissez-faire*? Señor Sollenar, ¿tiene usted alguna idea de cuántos de nuestros miembros están ligados con su suerte? Todos pedirán el *laissez-faire*, señor Sollenar; pero está claro que usted se empeña en arrastrar al fondo a todos con usted. No, señor Sollenar, mi oficina piensa hacer ahora una inmediata recomendación al Comité del Consejo Técnico de la IAB del sistema del señor Burr que es probablemente mejor que el suyo, y de que será mejor que vendan inmediatamente las acciones de la Sollenar Incorporated.

—Allá hay un banco —dijo Sollenar—. Vamos a sentarnos en él.

—Como usted quiera —Ermine se acercó al banco junto con el señor Sollenar, pero se quedó de pie.

—¿De qué se trata, señor Sollenar?

—Necesito su ayuda. Usted me advirtió sobre lo que Burr tenía. Lo sigue teniendo en el edificio de sus oficinas, en alguna parte. Usted tiene recursos. Podemos apoderarnos de ello.

—*Laissez-faire*, señor Sollenar. Yo le visité en mi condición de consejero. No puedo hacer más.

—¿Y si le ofreciera una participación en mis negocios?

—¿Por dinero? —Ermine ahogó una risita—. ¿Para mí? ¿Sabe las condiciones de mi empleo?

De haber pensado, Sollenar habría recordado. Alargó la mano palpando. Ermine se le anticipó.

Ermine desnudó su brazo izquierdo y clavó en él sus dientes. Luego le mostró el brazo. No hubo temblor de dolor en su voz o compostura.

—No es una leyenda, señor Sollenar. Es totalmente cierto. Los de

nuestra oficina debemos pasar un año, después de la operación neuroquirúrgica, aprendiendo a caminar sin sentir nuestros pies, a manejar objetos sin aplastarlos o dejarles que resbalen o nos dañemos nosotros. Nuestros placeres mundanos son auditivos, olfativos y visuales. Nos sentimos fácilmente satisfechos con muy poco gasto. Nuestros sueños son totalmente interiores, señor Sollenar. La operación es irreversible. ¿Qué podría comprarme usted con su dinero?

—¿Qué podría comprarme yo para mí? —Sollenar hundió la cabeza entre sus hombros.

Ermine se inclinó hacia él.

—Su desesperación es asunto suyo, señor Sollenar. Yo tengo asuntos oficiales que tratar con usted.

Alzó la barbilla de Sollenar con su dedo índice.

—Creo que la interferencia física no está justificada en esta ocasión. Pero las cosas deben seguir de tal modo que los miembros de la IAB implicados con usted puedan recuperar el valor de sus inversiones en EV. ¿Está perfectamente claro, señor Sollenar? Ahora está usted encargado de ello según las ordenanzas, y obligado por la Oficina de Relaciones Públicas Especiales. —Miró su reloj—. La noticia ha sido comunicada a la una veintisiete, hora de la ciudad.

—Una veintisiete —repitió Sollenar—. De un salto se puso en pie, bajó corriendo una escalera y llegó a la calzada reservada a los taxis.

El señor Ermine se le quedó mirando de manera burlona.

Se abrió el traje, sacó su omnipresente botiquín y extendió coagulante sobre la herida de su antebrazo. Volviendo a colocar el botiquín en su sitio, se ajustó la chaqueta, y bajó a zancadas la misma escalera por donde Sollenar había salido. Levantó un brazo y un taxi se detuvo junto a él. Mostró al conductor una tarjeta y el taxi partió con él, con las luces brillando según la señal de prioridad, mucho más rápidamente que el límite ordinario legal permitido a Sollenar.

IV

La Long Island Facility se abovedaba hacia las estrellas en grandes saltos de canguro de arcos y puentes levadizos, enjoyada en cristal y metal como si toda la base espacial fuera un mecanismo para la navegación en el espacio interplanetario. Rufus Sollenar recorrió a pie sus explanadas, midiendo sus pasos, con los brazos caídos, durante el breve tiempo hasta que pudiera subir al cohete de Marte.

Erguido y mayestático, ocupó un sitio en el salón y ceremoniosamente tomó a sorbitos un licor, en cuanto la nave de línea dio el gran salto alejándose de la Tierra y puso en marcha el mecanismo de dirección.

El señor Ermine se sentó a su lado.

Sollenar se lo quedó mirando de reojo con calma.

—A mí se me ocurrió lo mismo.

Ermine asintió.

—Claro que sí. Pero no es porque yo le echara de menos. Estuve aquí antes que usted. No es que tenga ninguna objeción que oponer a que usted vaya a Marte, señor Sollenar. *Laissez-faire*. Con tal de que yo pueda ir.

—Bueno —dijo Rufus Sollenar—. ¿Licor? —hizo un gesto con su vaso.

Ermine negó con la cabeza.

—No, gracias —respondió con delicadeza.

Sollenar preguntó:

—¿Ni siquiera en su lengua?

—Claro que ni en mi lengua, señor Sollenar. No tengo gusto. No tengo tacto. —Ermine sonrió—. Pero no siento la presión.

—Bien, entonces —respondió Rufus Sollenar con decisión— tenemos varias horas por delante antes de llegar. Siéntese y sueñe sus sueños interiores. Yo soñaré los míos. —Se revolvió en su asiento mirando a su alrededor y cruzó los brazos bajo su pecho.

—Señor Sollenar —le dijo Ermine amablemente.

—¿Sí?

—Estoy de nuevo con usted por la cita que prevén los reglamentos.

—Diga lo que tiene que decir, señor Ermine.

—A usted, señor Sollenar no le está permitido yacer en una tumba desconocida. Las pólizas de seguros sobre su vida tienen prevista una muy alta indemnización. Los miembros de la IAB a quienes pueda interesar el asunto no pueden esperar los siete años estatutarios a que usted sea declarado muerto. Haga lo que quiera, señor Sollenar, pero yo debo cuidar de ser testigo de su muerte. A partir de ahora yo iré con usted donde quiera que vaya.

Sollenar sonrió.

—No pienso morirme. ¿Por qué habría de morir, señor Ermine?

—Ni idea, señor Sollenar. Pero conozco el carácter de Cortwright Burr. Y ¿no es él quien va sentado en aquel rincón? Hay muy poca luz, pero creo que es reconocible.

Al otro lado del salón, Burr alzó su cabeza y miró fijamente a los ojos de Sollenar. Alzó una mano hasta cerca de su cara, quizá para significar simplemente un saludo. Rufus Sollenar se le encaró.

—Un oponente digno de usted, señor Sollenar —dijo Ermine—. Un hombre perseverante e ingenioso que no perdona. Y no obstante... —Ermine pareció un poco confundido—. Y sin embargo a mí me parece, señor Sollenar, que él se muestra muy sereno. ¿Qué ocurrió entre ustedes después de aquella visita que yo le hice para aconsejarle?

Sollenar se volvió con una mirada terrible hacia Ermine.

—Me lié a tiros con él y lo destrocé. Si usted le levanta la piel de su cara, lo verá.

Ermine suspiró.

—Hasta ahora yo había pensado que usted podría quizá salvar sus negocios.

—¿Piedad, señor Ermine? ¿Es piedad lo que usted siente por un pobre loco?

—Interés. Yo no puedo formar parte de su mundo, señor Sollenar. Yo no soy el mismo hombre crédulo que era cuando firmé mi contrato con IAB hace tantos años.

Sollenar se echó a reír. Luego miró de soslayo hacia el rincón donde estaba Burr.

La nave descendió en Abernathy Field en Aresia, la ciudad terrestre. Industrializada, prefabricada, construida deprisa y corriendo y ruidosa, los edificios a prueba de tormentas se amontonaban desordenadamente, aunque orgullosamente, al borde

del desierto.

Allá muy bajo en el horizonte estaba el poblado marciano, sus edificios tan hábilmente confundidos con el paisaje, tan erosionado, tan abandonados que el ojo uniforme no veía nada. Sollenaar había estado en Marte en un *tour*. Había visto a los nativos en sus oscuras moradas; arrogantes, venenosos y débiles. El guía turístico le había dicho que ellos traficaban con los terrestres todo lo que querían, y se mantenían en su sitio al margen de la invasión de los terrícolas, observando.

—Dígame, Ermine —dijo Sollenaar suavemente mientras cruzaban a pie el salón de la terminal—, ¿me mataría usted, verdad, si yo tratara de seguir sin usted?

—Es una cuestión de procedimiento, señor Sollenaar —le contestó Ermine con voz sin entonación—. No podemos arriesgar el capital invertido por tantos miembros de la IAB.

Sollenaar suspiró.

—Si yo fuera cualquier otro miembro, ¿cómo le recomendaría a usted, señor Ermine! ¿Quiere que alquilemos por aquí un coche para nosotros dos?

—¿Va a ir a ver a esos ingenieros? —le preguntó Ermine—. ¿Quién habría pensado que ellos tengan algo valioso que vender?

—Quiero mostrarles algo —repuso Sollenaar.

—¿De qué se trata, señor Sollenaar?

Giraron al final de un pasillo que tenía muchos ramales, no todos ellos transitados.

—Venga por aquí —le dijo Sollenaar, indicando con un gesto de cabeza uno de ellos.

Se detuvieron en un lugar en el que no podían ser vistos desde el salón.

—Vamos —le dijo Sollenaar—. Un poco más allá.

—No quiero ir más lejos —repuso Ermine—. Aquí está oscuro.

—Se ha dado cuenta demasiado tarde, señor Ermine —le dijo Sollenaar, alzando rapidísimamente sus brazos.

La palma de una mano golpeó contra el plexo solar y la otra contra el músculo lateral del cuello de Ermine, aunque no con la suficiente fuerza para matarle. Ermine se desplomó falto de oxígeno, mientras que Sollenaar le maldijo en silencio por haber sido curado de asesinato. Entonces Sollenaar se volvió y echó a correr.

Tras él, el cuerpo de Ermine se esforzaba en recuperar la respiración tan sólo por reflejo.

Yendo tan deprisa como pudo, Sollenar retrocedió y alcanzó la parada de taxis, arrancando al pasar un respirador de un estante. Hizo señas a un taxi e indicó su destino al conductor, mirando hacia atrás. No había vuelto a ver a Cortwright Burr desde que puso pie en Marte; pero sabía que, más pronto o más tarde, Burr lo encontraría.

Un momento después Ermine se puso en pie. El coche en el que iba Sollenar ya estaba muy lejos. Ermine se encogió de hombros y se dirigió a la estación de radio local.

Allí pidió un despacho privado, un arma de fuego y un tiempo inmediato en el circuito interoficinas de la IAB con la Tierra. Cuando le comunicaron con su oficina terrestre, informó:

—Sollenar se dirige a la ciudad marciana. Quiere un duplicado del ingenio que tiene Burr, por supuesto, ya que destruyó el original cuando mató a Burr. Yo le seguiré y tomaré la disposición final. La desorientación de que informé antes progresa rápidamente. Casi todas sus respuestas son ahora inapropiadas. En el vuelo de salida pareció estar mirando fijamente a algo en un asiento vacío. Muy a menudo cuando se le hablaba evidentemente oía algo totalmente distinto. Espero poder tomar uno de los próximos vuelos de regreso.

No era necesario esperar al comentario sobre su vuelta que hicieran los de la Tierra. Ermine se marchó. Se dirigió a una parada de taxis y pagó la exorbitante tarifa por el transporte extramuros de la ciudad de Aresia.

Allá muy cerca, la ciudad marciana era como una confusión de potes rotos. Los fragmentos de tejados y paredes se unían en ángulos inverosímiles y apuntaban a nada. Por debajo, montones de material vítreo, cuyas formas no encajaban con ninguna forma sensata, y deshecho en pedazos como para formar un mosaico que ninguna iglesia podría contener, se mecían y resbalaban bajo los pies apresurados de Sollenar.

Lo que visto desde Alesia había sido un frente sólido de color pardo, era aquí una fachada de rojo, verde y azul pintada hacía siglos y desde entonces estropeada por el viento lo suficiente para mostrar lo chillones que los colores habían sido alguna vez. El cielo color ciruela lo cubría todo como una frígida membrana, y el viento

no cesaba de soplar.

Aquí y allá, mientras él progresaba, Sollenar vio brazos y cabezas de marcianos emergiendo de los cascotes. Eran esculturas.

Se dirigía hacia el centro de la ciudad, donde aún quedaban algunas estructuras intactas. Encima de un montón de escombros, se volvió para mirar detrás de él. Se veía la nubecilla de polvo de su vehículo que regresaba a la ciudad. Esperaba regresar caminando, quizá para encontrarse con alguien en la carretera, a solas en la llanura marciana, sólo con que Ermine se abstuviera de antemano de intervenir. Rebuscando por el llano paisaje de atmósfera tenue, trató de distinguir la fatigosa línea de huellas de Cortwright Burr. Pero aún no.

Se volvió y corrió por la insegura ladera abajo.

Llegó al límite de la zona urbanizada. Aquí ya no había cascotes, las antiguas murallas se elevaban, y las estatuas se mantenían erguidas sobre sus basamentos. Pero sólo paredes rotas sugerían los frontispicios de las casas que allí se habían levantado. Alzando sus lados cortantes a través de la arena rizada por el viento, que sólo un cuidado constante mantenía apartada de la calle, los espectros de casas le indicaron el camino y las esculturas estaban tan inmóviles como la esperanza. Frente a él vio los edificios de los ingenieros. No había ningún montón al que trepar y poder ver si Ermine le seguía.

Aspirando con su respirador, llegó al edificio de los ingenieros marcianos.

Una lámina sonora descendió por la jamba de la puerta. La rascó bruscamente con las uñas y la vibración magnificada fue conducida a través de las paredes huecas e hizo sonar su petición de entrada.

V

La puerta se abrió, y los marcianos se le quedaron mirando. Tenían espléndidas extremidades y eran ligeros, sus rostros enmarcados por pliegues de tejido similar a cuero. Sus bocas tenían

labios córneos tan duros como dentaduras y estaban fruncidos, siempre listos para masticar. No era muy agradable mirarlos, y como Sollenar sabía, tampoco era agradable tratar con ellos. Pero Cortwright Burr lo había hecho. Y Sollenar necesitaba hacerlo.

—¿Hay aquí alguien que hable inglés? —preguntó.

—Yo —contestó el marciano que parecía principal, abriendo su boca para emitir el sonido, y cerrándola al terminar la réplica.

—Me gustaría tener una conversación con usted.

—Cuando quiera —repuso el marciano, y el grupo que había en la puerta se apartó a ambos lados deliberadamente para dejar entrar a Sollenar.

Antes de que la puerta se cerrara tras sí, Sollenar se volvió para mirar hacia atrás; pero los cascos de los sectores abandonados le impidieron ver el desierto.

—¿Qué es lo que puede usted ofrecer? ¿Y qué desea usted? —le preguntó el marciano. Sollenar estaba medio rodeado por ellos, en una habitación cuyos rincones no podía ver por la luz incierta.

—Les ofrezco dinero terrestre.

El marciano que hablaba inglés (el marciano que había declarado que hablaba inglés), volvió su cabeza ligeramente y habló con sus compañeros.

Hubo unos ruidos de charla conforme sus labios se unieron. Los otros reaccionaron de modos muy diversos, uno de ellos haciendo un rápido movimiento que parecía un gesto de disgusto hecho con un brazo, antes de que se volviera sin decir nada más se alejó majestuoso, sus hombros parecían la espalda de una anciana muy vieja y muy hambrienta cubierta por un chal.

—¿Qué es lo que les dio a ustedes Burr? —preguntó Sollenar.

—Burr —el marciano echó hacia un lado su cabeza. Sus ojos no eran multifacéticos, pero daban esa impresión.

—Estuvo aquí e hizo un trato con ustedes. Y no hace mucho. ¿Qué tipo de trato?

—Burr. Sí. Burr nos dio dinero. Aceptaremos dinero de usted por la misma cosa que le dimos a él...

—Por la inmortalidad, sí.

—Yo... esta es una palabra nueva.

—¿Lo es? ¿Por el secreto de no morir?

—¿No morir? ¿Cree que tenemos no morir en venta aquí? —el

marciano volvió a hablar con los otros. Los labios castañetearon. Hubo otros que se marcharon, como se fue aquel primero, moviéndose con gran precisión y con pasos muy lentos, sin que tuvieran ninguna tolerancia para Sollenaar.

Sollenaar gritó:

—¿Qué fue entonces lo que ustedes le vendieron?

El ingeniero principal dijo:

—Le hicimos un ingenio para divertirse.

—Una cosita. De este tamaño —Sollenaar ahuecó sus manos.

—Entonces usted lo ha visto.

—Sí, y nada más. ¿Eso es todo lo que él compró aquí?

—Era todo lo que teníamos que vender o que dar. Aún no sabemos si los terrestres nos darán cosas a cambio de dinero. Ya lo veremos, cuando necesitemos algo en Aresia.

Sollenaar preguntó:

—Y ¿cómo funciona eso? Esa cosa que ustedes le vendieron.

—¡Oh! Hace que las gentes se cuenten historias a sí mismas.

Sollenaar se quedó mirando fijamente al marciano.

—¿Qué clase de historias?

—De todas clases —repuso el marciano suavemente—. Burr nos dijo lo que quería. Con él llevaba dibujos del ingenio de un terrestre que utilizaba imágenes sobre una pantalla y sonidos radiados para llevar los detalles de la historia contada al oyente.

—¡Robó esas patentes! ¡No podía haberlas utilizado en la Tierra!

—Y ¿por qué habría de hacerlo? Nuestro ingenio no necesita transmitir detalles precisos. Cualquier mente puede hacer los suyos propios. Sólo necesita ser puesto en una situación, y a partir de ahí puede hacer todo el trabajo. Si un auditor desea una historia de contacto con otros sexos, por ejemplo, el proyector simplemente se la hace ver, al poco rato está con el objeto de su deseo, está recibiendo una regeneración positiva y despertando una respuesta similar en ese objeto. Una vez que ha sido establecido para él, el oyente puede dejar la máquina, moverse normalmente, seguir su vida como siempre, pero siempre de acuerdo con la situación básica. Ya ve que al final se trata de un medio de introducir un sistema en su punto de vista de la realidad. Claro que la sociedad en que vive debe comprender que él no está de acuerdo con la realidad, porque algo de lo que él haga puede no parecer racional

desde un punto de vista exterior a él. Así que se ha de tener cierto cuidado, aunque no mucho. Si en la sociedad en la que él vive entraran muchos de esos ingenios, muy pronto dichas circunstancias se harían comunes, y la sociedad seguro que procedería a un reajuste para permitirlo —explicó el marciano que hablaba inglés.

—¿La máquina crea cualquier situación deseada en la mente del auditor?

—Ciertamente. Son simplemente cintas de predisposición que pueden ser insertadas como se quiera. Amor, aventura, pensamiento, no hay diferencia.

Varios de los allí presentes se castañetearon sonidos los unos a los otros. Sollenar los miró con mucha atención. Era evidente que entre aquellas gentes había más de uno que entendía inglés.

—Y el ingenio que usted dio a Burr —preguntó al ingeniero, intranquilo y desesperanzado—, ¿qué clases de historias podía contar a sus oyentes?

El marciano volvió a inclinar su cabeza, lo cual le dio el aspecto de una lechuza en la ventana de un dormitorio.

—¡Oh! Hubo una situación que nosotros recibimos instrucciones particulares de incluir. Burr dijo que estaba pensando mostrárselo a un conocido suyo.

—Era una situación de aventura, una aventura con los temerosos. Y había de acabar en pérdida y amarguras —el marciano miró aún más de cerca a Sollenar—. Claro que el ingenio no especifica detalles. Nadie excepto el oyente puede saber qué cosa temible reside en esta historia o cómo precisamente llegará su fin. ¿Es usted por casualidad, Rufus Sollenar? Burr habló de usted e hizo el ruido de risa.

Sollenar abrió su boca; pero no supo qué decir.

—¿Quiere usted tener semejante ingenio? —le preguntó el marciano—. Hemos preparado varios desde que Burr se marchó. Habló de máquinas que los fabricarían en números astronómicos. Nosotros, por supuesto, hemos hecho lo mejor que hemos podido con nuestras pobres manos.

Sollenar dijo:

—Me gustaría echar un vistazo fuera de su puerta.

—Como quiera.

Sollenar abrió la puerta ligeramente. El señor Ermine estaba en

la calle iluminada, tan inmóvil como los edificios en sombra detrás de él. Alzó la mano en un gesto de saludo impasible al ver a Sollenar y luego la volvió a poner en la culata de su rifle. Sollenar cerró la puerta y se volvió a los marcianos.

—¿Cuánto dinero quieren ustedes?

—Todo el que lleve consigo. Ustedes los terrestres siempre llevan mucho cuando viajan.

Sollenar se metió las manos en los bolsillos y sacó un puñado de billetes, su cambio, sus llaves, su radio enjoyada, todo lo que llevaba lo dejó caer al suelo y se oyó el ruido de monedas que rodaban.

—Ojalá tuviera más aquí —dijo riéndose—. Ojalá tuviera la cantidad que ese hombre que está ahí fuera va a cobrar cuando me mate a tiros.

El ingeniero marcianoladeó la cabeza.

—Pero su sueño ha terminado, señor Sollenar —castañeteó secamente—. ¿No es verdad?

—Así es. Pero sólo para sus propósitos y los míos. Ahora déme uno de esos proyectos. Y prepárelo para que me predisponga a una situación que yo voy a especificarle. Tómese el tiempo que necesite. Los oyentes son muy pacientes —se echó a reír y aparecieron lágrimas en sus ojos.

El señor Ermine aguardó, aislado del frío, escuchando por si oía a la culata del rifle deslizarse de sus dedos. No tenía deseos de entrar en el edificio marciano detrás de Sollenar e involucrar a terceras partes. Todo lo que quería era poner el cuerpo de Sollenar bajo una losa con una fecha con la menor molestia posible.

De vez en cuando daba unos pasos hacia adelante o hacia atrás, para no perder el control muscular de sus extremidades debido a la baja temperatura de su piel. Sollenar debía salir muy pronto. No llevaba consigo provisión de alimento, y aunque a Ermine no le gustaba correr el riesgo de someter a un hombre como Sollenar a una prueba de inanición, no había duda de que un hombre al que no le gustaba el combustible, podría sobrevivir a otro con los reflejos adquiridos de comer.

La puerta se abrió y Sollenar salió.

Llevaba algo, quizás un arma. Ermine le dejó acercarse mientras alzaba su rifle y apuntaba cuidadosamente con él. Sollenar podría

tener o no algún arma marciana en su poder. Eso a Ermine no le importó demasiado. Si él moría, apenas se daría cuenta de ello, lo sentiría menos que el fin de este trabajo chapucero ya enturbiado por la escapatoria de Sollenaar en el campo espacial. Si Ermine moría, cualquier otro agente de SPRO sería asignado inmediatamente. Pasara lo que pasara, el SPRO detendría a Sollenaar antes de que alcanzara el Abernathy Field.

Así que había muchísimo tiempo para apuntar con un tiro limpio, sin prisa.

Sollenaar se hallaba ya más cerca. Parecía estar en un estado mental muy agitado. Tenía algo en su mano.

Era otra de aquellas máquinas marcianas para entretenimiento. Sollenaar parecía estar ofreciéndola como ofrenda a Ermine, y Ermine sonrió.

—¿Qué es lo que puede usted ofrecerme a mí, señor Sollenaar? —y diciendo esto, disparó.

La bola dorada cayó rodando sobre la arena.

—Ahí tiene —dijo Ermine—. ¿Es que no iba a ser usted más pronto mío que suyo? ¿Dónde está lo que constituía la diferencia entre nosotros?

Se estremeció. Sintió frío. La arena soplaba contra su rostro blando, que en cierto modo había sido desgastado durante su larga espera.

Se detuvo, transfigurado.

Alzó su cabeza.

Entonces, con un gran balanceo de sus brazos, envió el rifle al aire como un remolino hasta caer muy lejos.

—¡El viento! —suspiró en la tenue atmósfera—. ¡Siento el viento! —dio un salto en el aire, y la arena cayó de sus pies al dar en el suelo. Murmuró para sí mismo—: ¡Siento el suelo!

Miró fijamente con gozo tembloroso al cuerpo vacío de Sollenaar.

—¿Qué es lo que me ha dado?

Lleno de su propio renacer, alzó su cabeza al cielo de nuevo y gritó en dirección al sol:

—¡Oh, vosotros, gente apretujada y mordisqueante que me hicisteis incorruptible y pensasteis que ese era mi fin!

Enterró a Sollenaar con amor y colocó la señal con reverencia; pero él tenía planes sobre lo que podría lograr con los hechos de

esta transacción y de la miríada de otros de los que él estaba enterado.

Un pedazo agudo de cerámica había traspasado la suela de su zapato y le había hecho un corte en el pie; pero él, al no verlo, no lo había sentido. Tampoco lo vería ni lo sentiría cuando se cambiara de calcetines; porque no se había dado cuenta de la herida ni siquiera cuando se la hizo. Eso no tenía importancia. En pocos días se le curaría, aunque no tan rápidamente como si hubiera sido debidamente atendido.

Vagamente, oyó el ruido de los marcianos castañeteando detrás de su puerta cerrada mientras él salía corriendo de la ciudad, lleno de sentimientos de venganza y de reverencia por su salvador.

EL DÍA MILLÓN

Frederik Pohl

EN ese día del que quiero hablar, que llegará de aquí a unos diez mil años, había un chico, una chica y una historia de amor.

Pues bien, aunque he dicho muy poco hasta ahora, nada de lo que he dicho es verdad. El muchacho no era lo que usted y yo entenderíamos normalmente por un muchacho, porque tenía ciento ochenta y siete años. Ni la chica una chica, por otras razones. Y la historia de amor no entrañaba esa sublimación del impulso de violar, y el concurrente aplazamiento del instinto de someterse, o lo que en la actualidad entendemos como tal. Poco sacaría usted de esta historia si no tuviese presentes estos hechos desde el principio. Por el contrario, si los tiene en cuenta, estoy seguro de que la encontrará llena de risas, lágrimas y agudos sentimientos que pueden, o no pueden, merecer la pena. La razón de que la chica no fuese una chica es que era un chico.

¡Con qué cólera aparta usted los ojos de la página! ¿Para qué demonios quiero leer la historia de un par de maricas?, dice. Calma. No se trata de nada de ese género. En realidad, si usted viese a la chica no sospecharía que fuese en ningún sentido un chico. Pechos, dos. Órganos reproductores, femeninos. Caderas, proporcionadas; cara sin vello; lóbulos supraorbitales, inexistentes. La consideraría femenina nada más verla, aunque quizás pudiese preguntarse a qué especie podía pertenecer tal hembra debido al rabo, a la piel sedosa y a las pequeñas aberturas de las agallas detrás de las orejas.

Otra vez aparta los ojos del libro con irritación. Bueno, amigo mío, puedo asegurarle que lo que le digo es verdad. Se trata de una dulce muchachita y si usted, como varón normal, pasase una hora

con ella en una habitación, daría cielo y tierra por poder meterla en la cama. Dora (la llamaremos así: su «nombre» era omicron-Dibase siete-grupo-toter-retro S Doradus 5314, esto último es una indicación de color que corresponde a un matiz del verde), Dora, como digo, era femenina, linda y encantadora. Admito que no lo parece por lo que llevo dicho. Era, podríamos decir, una bailarina. Su arte implicaba dotes intelectuales y prácticas muy refinadas, que exigían al mismo tiempo una tremenda capacidad natural y un adiestramiento interminable, que se ejecutaba en gravedad cero, y el mejor modo de describirlo sería decir que se trataba de algo parecido al trabajo de un contorsionista y al ballet clásico, algo similar, quizás, a La Muerte del Cisne, de Danilova. Era también condenadamente sexy. En un sentido simbólico, desde luego; pero debemos admitir que la mayoría de las cosas que llamamos «sexy» son simbólicas, salvo quizás la gabardina abierta del exhibicionista. Cuando Dora bailaba el Día Millón, la gente que la veía se quedaba boquiabierta, y usted se habría quedado así también, con seguridad.

En cuanto a ese asunto de que era un muchacho... a su público no le importaba que ella fuese genéticamente varón. Y a usted no le habría importado tampoco si hubiese pertenecido a aquel público, porque no lo sabría (a menos que hiciese una biopsia de su carne, que la examinase con un microscopio electrónico para localizar el cromosoma XY). A ellos no les importaba porque les daba igual. Por medio de técnicas que no sólo son complejas sino que aún no se han descubierto, aquellas gentes podían determinar con bastante exactitud las aptitudes y capacidades de los niños mucho antes de que nacieran (aproximadamente en el segundo horizonte de división celular, para ser exactos, cuando el óvulo se convierte en blastocito libre) y entonces, naturalmente, potenciaban esas aptitudes. ¿No haríamos nosotros igual? Si encontramos un niño con aptitud para la música le damos una beca. Pues bien, si ellos encontraban un niño con aptitud para ser mujer, le hacían mujer. Como el sexo se había dissociado de la reproducción hacía mucho, esto era relativamente fácil de hacer y no significaba ningún problema, o al menos muy poco.

¿Cuánto es «muy poco»? Bueno, tanto como nuestra intromisión en las decisiones de la Voluntad Divina cuando empastamos una muela. Menos de lo que significa llevar un audífono. ¿Aún sigue

pareciéndole terrible lo que digo? Entonces examine atentamente al primer niño que vea y piense que podría ser una Dora, pues los adultos que son genéticamente masculinos pero somáticamente femeninos se dan con frecuencia incluso en nuestro tiempo. Un accidente del medio en el útero materno altera las normas de la herencia. La diferencia es que en nuestro caso sucede sólo por accidente y no nos enteramos más que en raras ocasiones, después de un estudio detenido; mientras que la gente de Día Millón lo hacía a menudo, a propósito, porque quería.

Bueno, creo que ya he dicho bastante sobre Dora. No haría más que confundir el que añadiese que medía dos metros treinta y olía a mantequilla de maní. En fin, empecemos nuestra historia.

El Día Millón Dora salió nadando de su casa, entró en el tubo de transporte, y éste la absorbió rápidamente y la lanzó a la superficie en su chorro de agua frente a una plataforma elástica que era, digamos, su salón de ensayo.

—¡Oh, demonios! —gritó confusa, intentando recuperar el equilibrio y yendo a dar contra un desconocido, al que llamaremos Don.

Fue un bello encuentro. Don iba en aquel momento a que le cambiaran las piernas. El amor era lo más alejado de sus pensamientos en aquel instante. Pero cuando, sin pensarlo mucho, quiso usar como atajo la plataforma de los submarinistas y se vio de pronto empapado y descubrió que tenía los brazos ocupados por la chica más encantadora que había visto en su vida, supo inmediatamente que estaban hechos el uno para el otro.

—¿Te casarás conmigo? —preguntó.

—El miércoles —dijo ella con dulzura, y la promesa fue como una caricia.

Don era alto, musculoso, bronceado y atractivo. Su nombre no era Don, lo mismo que el de Dora no era Dora, pero la parte personal de su nombre era Adonis, en tributo a su masculinidad vibrante, de modo que le llamaremos Don para abreviar. Su código-color de personalidad, en unidades angstrom, era 5290, es decir, sólo unos cuantos grados más azul que el 5314 de Dora... medida que ambos habían descubierto intuitivamente a primera vista; por eso poseían muchas afinidades en gustos y aficiones.

Renuncio a explicarles qué era exactamente lo que hacía Don

para ganarse la vida... no me refiero a lo que pudiese hacer para ganar dinero, sino a lo que hacía para dar un significado y un objetivo a su vida y no volverse loco de aburrimiento. Me limitaré a decir que era algo que se relacionaba mucho con los viajes. Viajaba en naves interestelares. Para que una nave espacial fuese realmente rápida era necesario que unos treinta y un varones y siete seres humanos genéticamente femeninos hicieran ciertas cosas, y Don era uno de los treinta y uno. En realidad, por aquel entonces estaba planteándose alternativas. Su trabajo implicaba una gran exposición al flujo radiactivo... no tanto en su propio puesto en el sistema de propulsión como en el derramamiento de la etapa siguiente, donde una hembra genética hacía selecciones, y las partículas subnucleares que conformaban las selecciones preferidas por ella se desmoronaban en una lluvia de cuantos. Bueno, ya veo que no han entendido ni una palabra de todo esto; en fin, significa que Don tenía que llevar siempre puesta una piel de metal color cobre, ligera y muy dura. Ya he mencionado esto, pero es probable que creyeran que lo de bronceo era por tomar sol.

Además, Don era un hombre cibernético. La mayor parte de sus piezas más toscas habían sido sustituidas hacía tiempo por mecanismos mucho más útiles y de mayor duración. Para bombear la sangre, en vez de corazón tenía un centrifugador de cadmio. Sus pulmones sólo se movían cuando quería hablar alto, pues una cascada de filtros osmóticos renovaban el oxígeno continuamente. A un hombre del siglo veinte le habría parecido un poco extraño con sus ojos relumbrantes y sus manos de siete dedos. Pero a sus propios ojos y, por supuesto, a los de Dora, era masculino, vigoroso y magnífico. En sus viajes, Don había recorrido Próxima Centauro, Proción y los desconcertantes mundos de Mira Ceti; había llevado plantillas agrícolas a los planetas de Canopus y había traído cálidos e ingeniosos animalillos de la pálida compañera de Aldebarán. Había visto un millar de estrellas y sus diez mil planetas. Llevaba, en realidad, viajando entre ellas dos siglos, con breves intervalos de descanso en la Tierra. Pero supongo que esto tampoco le importará a usted gran cosa. Las historias las hacen las personas, no las circunstancias en que las personas se encuentran, e imagino que querrá usted saber más de estos dos individuos. Pues bien, lo consiguieron. Aquella maravilla que sentían uno por el otro creció y

floreció y dio fruto el miércoles, exactamente como Dora había prometido. Se encontraron en la sala codificadora, con un par de amigos cada uno para felicitarles, y mientras grababan sus identidades y las archivaban se sonrieron y se susurraron y soportaron pacientemente los chistes de los amigos. Luego intercambiaron sus análogos matemáticos y se fueron. Dora a su casa bajo la superficie del mar y Don a su nave.

Fue, realmente, un idilio. Y fueron muy felices, después... O, con más exactitud, hasta que decidieron no preocuparse más y morir. Por supuesto, jamás volvieron a verse.

Oh, sí, puedo verle en este momento, comedor de carne chamuscada, rascándose un incipiente juanete con una mano y sujetando este libro con la otra, mientras suena el tocadiscos con Indy o Monk. No cree una palabra de esto, ¿verdad? No, ni una palabra. La gente nunca vivirá así, gruñe mientras se levanta a echar en el vaso otro par de cubitos de hielo.

Sin embargo ahí está Dora, corriendo otra vez por las tuberías de comunicación hacia su casa bajo el agua (a ella le gusta vivir allí, y por eso se ha hecho alterar somáticamente para respirar bajo el agua). Ay, si le dijese con qué dulce plenitud ajusta el registro análogo de Don en el manipulador simbólico, cómo se conecta y se excita... si intentase explicarle algo de esto simplemente me miraría indignado. O abriría la boca lleno de asombro; o gruñiría: «¿qué clase de amor es ese?». Y sin embargo le aseguro, amigo, le aseguro realmente que los éxtasis de Dora son tan succulentos y apasionados como los de cualquiera de las damas espías de James Bond, e infinitamente más fuertes de lo que pueda encontrar usted en la «vida real». Adelante, míreme furioso y gruña cuanto quiera. A Dora le da igual. Si pensase en usted, remoto antepasado, treinta veces tatarabuelo suyo, lo consideraría simplemente una especie de animal primordial. Y eso es lo que es usted. Dora está tan alejada de usted como usted del australopiteco de hace cinco mil siglos. Usted no podría nadar ni un segundo en las vigorosas corrientes de su vida. Usted no cree que el progreso vaya en línea recta, ¿verdad? ¿Admite que es una curva ascendente, progresivamente acelerada, exponencial incluso? Lleva muchísimo tiempo empezar, pero cuando la cosa empieza es como una bomba. Y usted, usted, bebedor de alcohol y comedor de carne, no ha hecho más que

encender la punta de la mecha. ¿En qué fecha estamos ahora, en el día seiscientos o setecientos mil después de Cristo? Dora vive en el Día Millón, el día un millón de la era cristiana. A diez mil años de ahora. Las grasas de su cuerpo están polidesaturadas. Sus residuos se hemodializan de su sangre mientras duerme, lo que significa que no tiene que ir al baño a hacer sus necesidades. Puede, a voluntad, para entretenerse, disponer por media hora de más energía que toda la nación portuguesa actualmente, y utilizarla para lanzar un satélite de fin de semana o para modificar un cráter en la Luna. Ama mucho a Don. Tiene todos sus gestos, sus ademanes, el tacto de su mano, la emoción del contacto, la pasión del beso, almacenados en forma simbólico-matemática. Y cuando lo desea lo único que tiene que hacer es poner en funcionamiento la máquina y lo tiene.

Y Don, por supuesto, tiene a Dora. A la deriva en una ciudad flotante a quinientos metros por encima de donde vive ella u orbitando Arturo a cincuenta años-luz de distancia, Don no tiene más que poner su propio manipulador simbólico para sacar a Dora de los archivos de ferrita y darle vida ante él, y poder entregarse toda la noche con ella a un arrebató interminable de amor. No era la carne, claro está; pues su carne ha sido ampliamente modificada y en realidad no podría sacar gran cosa de ella. Para el placer no se necesita la carne. Los órganos genitales no sienten nada. Ni las manos, ni los pechos, ni los labios; son sólo receptores que aceptan y transmiten impulsos. El que siente es el cerebro; es la interpretación de esos impulsos lo que crea un calvario de dolor o un orgasmo, y el manipulador simbólico de Don le proporciona los impulsos análogos a la caricia, el beso, a las horas ardientes y desenfrenadas con el análogo eterno, exquisito e incorruptible de Dora. O Diana. O la dulce Aosa, o la risueña Alicia; pues debo decir que todos ellos han intercambiados análogos antes y lo harán de nuevo.

Demonios, gruñe usted, esto me parece una locura. Pues dígame, usted, con su loción de después de afeitarse, su autito rojo, moviendo papeles en una mesa todo el día y tratando de encontrar un plan para la noche, ¿qué demonios pensaría de usted si pudiese verle Tiglath-Pi-lester, por ejemplo, o Atila el Huno?

LA OPCIÓN DE HOBSON

Alfred Bester

ESTA es una advertencia a cómplices como usted, yo y Addyer.

¿Podría usted pasarse sin el precio de una taza de café, honorable señor? Soy un organismo indigente que está hambriento.

De día, Addyer era un estadístico. Se ocupaba de asuntos tales como las tablas estadísticas, promedios y dispersiones, grupos que no son homogéneos y muestreo al azar. De noche, Addyer se sumergía en una complicada fantasía de evasión dividida en dos partes. O bien se imaginaba a sí mismo trasladado en el tiempo hacía cien años con una doble brazada de tomos de la *Encyclopaedia Britannica*, *best-sellers*, obras teatrales de éxito y discos millonarios; o bien se imaginaba transportado al futuro, dentro de mil años, en la Era Dorada de la perfección.

Había otras fantasías a las que Addyer se entregaba los jueves impares, tal como en convertirse por chiripa en el único hombre que quedaba en la Tierra en un mundo de bellezas apasionadas por fecundar; o la de adquirir el poder de la invisibilidad que le permitiría robar bancos y corregir injusticias en la impunidad; o bien poseer el misterioso poder de hacer milagros.

Hasta ese punto usted y yo y Addyer somos idénticos. En donde nos diferenciamos es en que Addyer era un estadístico.

¿Podría usted pasarse sin el precio de una taza de café, honorable señor? Soy un organismo indigente que está hambriento.

El lunes, Addyer entró corriendo en la oficina, agitando un

montón de papeles.

—Mire, señor Grande —farfulló Addyer—. He encontrado algo muy raro. Pero que muy raro... En el sentido estadístico, claro.

—¡Demonios! —respondió Grande—. Se supone que usted no ha de encontrar nada. Nosotros estaremos metidos en estadísticas hasta que la guerra termine.

—Estaba hojeando los informes del Departamento del Interior. ¿Sabe usted cuál ha sido el aumento de nuestra población?

—No desde que la bomba atómica ya no existe —repuso Grande—. Hemos perdido el doble que lo que nuestra tasa de natalidad permite reemplazar —y señaló fuera de la ventana hacia el fragmento de siete metros y medio que quedaba del monumento a Washington—. Ahí está nuestra documentación.

—Pero nuestra población ha aumentado un 3,0915 por ciento —Addyer le mostró sus cifras—. ¿Qué me dice de esto, señor Grande?

—Debe de haber un error en alguna parte —musitó Grande tras un breve examen—. Será mejor que compruebe.

—Sí, señor —respondió Addyer escabullándose de la oficina—. Sabía que a usted le interesaría. Usted es el estadístico ideal, señor —y se marchó.

—¡Pup! —musitó Grande, y de nuevo empezó a computar la cantidad de fastidiosas respiraciones que le quedaban. Era su anestesia personalizada.

El martes, Addyer descubrió que no había correlación en la razón entre mortalidad y natalidad y reduciendo los nacimientos, y sin embargo la población estaba aumentando ligeramente. Addyer mostró su descubrimiento a Grande, recibió una palmadita en la espalda y se fue a su casa a dedicarse a una nueva fantasía, en la cual él se despertaba dentro de un millón de años, en el futuro, se enteraba de la respuesta al enigma y decidía permanecer entre las montañas cubiertas de nieve y las simas cubiertas de nieve, a salvo, bajo la égida de una cultura más sensata que la Aureomicina.

El miércoles, Addyer pidió el contómetro y el fichero e hizo una comprobación sobre Washington, D.C. Para su gran consternación descubrió que la población de la ex capital había disminuido un 0,0029 por ciento. Esto era inquietante y Addyer se fue a su casa para evadirse con un sueño sobre la Edad de Oro de la reina Victoria, en la que él asombró y confundió al mundo con su

brillante producción de novelas, obras teatrales y poesía, todas plagiadas de Shaw, Galsworthy y Wilde.

¿Podría usted pasarse sin el precio de una taza de café, honorable señor? Me veo en un apuro y necesito caridad.

El jueves, Addyer hizo otra comprobación, esta vez sobre la ciudad de Filadelfia. Descubrió que la población de esta ciudad había aumentado un 0,0959 por ciento. Algo muy animador. Hizo un repaso con Little Rock. Aumento de población 1,1329 por ciento. Luego probó con San Luis. Aumento de población 2,0924 por ciento... y eso a pesar de la completa extinción del condado de Jefferson debida a uno de esos errores militares de naturaleza excesiva.

—¡Dios mío! —exclamó Addyer, temblando de emoción—. Cuanto más me aproximo al centro del país, mayor es el aumento. Pero fue precisamente el centro del país el que sufrió el peor ataque con cohetes. ¿Cuál puede ser la explicación?

Aquella noche fue de acá para allá entre el futuro y el pasado, y a la mañana siguiente ya estaba en la oficina a las siete de la mañana, y reclamó durante veinticuatro horas toda la documentación pertinente y los archivos. Siguiendo con su corazonada llegó a un descubrimiento fantástico que representó en un gráfico en la forma convencional. Sobre el mapa de lo que quedaba de los Estados Unidos trazó círculos concéntricos ilustrando las zonas de aumento de población. Los círculos rojo, naranja, amarillo, verde y azul formaban una diana perfecta alrededor del condado de Finney, en Kansas.

—Señor Grande —gritó Addyer con gran pasión estadística—. El condado de Finney puede explicar esto.

—Pues vaya allí y entérese de cuál es la explicación —le replicó Grande, y Addyer se marchó.

—¡Pup! —musitó Grande, y empezó a integrar el ritmo de su pulso con el parpadeo de sus ojos.

¿Podría usted pasarse sin el precio de una taza de café, querida señora? Mi hambriento organismo requiere nutrición.

Viajar en aquellos tiempos era una cosa muy azarosa. Addyer

tomó un barco hasta Charleston (no quedaban conexiones ferroviarias en los estados del Atlántico Norte), y su barco fue hundido frente al cabo Halteras por una mina a la deriva. Fue arrastrado por las aguas heladas durante diecisiete horas, mientras murmuraba entre dientes:

—¡Oh, Dios mío! ¡Ojalá yo hubiera nacido hace cien años!

Por lo visto este tipo de oración dio resultado. Fue recogido por un rastreador de la Marina y llevado a Charleston, donde llegó justo a tiempo para sufrir las quemaduras de una radiación subcrítica del enemigo que afortunadamente dejó intacto el ferrocarril. Tuvo que ser tratado de sus quemaduras de Charleston a Macón (cambio), de Birmingham a Memphis (epidemia de peste bubónica), a Little Rock (agua contaminada), a Tulsa (declarada en cuarentena), a Kansas City (la compañía de autobuses O.K. no acepta ninguna responsabilidad por la pérdida de vidas humanas debidas a actos de guerra), a Lyonesse, condado de Finney, Kansas.

Y por fin llegó al condado de Finney, con sus grandes hoyos y cicatrices de magma y sus vetas de radiación, cuyas granjas estaban ennegrecidas y soladas, y cuyas carreteras estaban tan destrozadas, que parecían líneas de puntitos. Toda su población estaba clasificada 4-F. Nubes de hollín y de neutralizantes caídos permanecían suspendidas sobre el condado de Finney de día, dirigiéndose hacia Pittsburgh en una tarde tranquila. De noche relucían las aureolas de la radiación destacadas por las centelleantes señales luminosas rojas de advertencia, que convertían el país en una de esas fotografías nocturnas con mucha exposición, borrosas y cruzadas y entrecruzadas por mortíferas cuchilladas de luz.

Después de pasar una mala noche en el Lyonesse Hotel, Addyer se dirigió a la sede administrativa del condado para hacer una comprobación en su registro de natalidad. Iba provisto de las credenciales necesarias, pero la sede del condado no estaba provista con las estadísticas. De nuevo otro error militar excesivo. Había acabado con la sede.

Un poco fastidiado, Addyer se dirigió a la oficina de la Asociación Médica del Condado. Había pensado hacer una encuesta sobre natalidad entre los médicos locales. Había una oficina atendida por una empleada que había sido enfermera. Ésta le informó que el condado de Finney había perdido a su último

médico, que se había incorporado al ejército ocho meses antes. Las comadronas podían dar la respuesta al enigma de los nacimientos; pero no había registro de comadronas. Addyer tendría que ir de puerta en puerta preguntando si había alguna señora que se dedicara a tan antigua profesión.

Enojado, Addyer regresó al Lyonesse Hotel y escribió sobre una tira de papel de seda: DIFICULTADES OBTENER DATOS. INFORMARÉ TAN PRONTO PUEDA. Metió el mensaje en una cápsula de aluminio, lo ató a la única paloma mensajera que le quedaba y la envió a Washington con una oración. Luego se sentó junto a la ventana y meditó.

Una cosa curiosa llamó su atención. En la calle de más abajo el autobús de la O.K. Bus Co., acababa de llegar de Kansas City. El viejo vehículo resolló ruidosamente y se detuvo, la puerta se abrió con cierta dificultad y permitió salir a un granjero que tenía una sola pierna. Su cara quemada estaba recién vendada. Evidentemente se trataba de un burgués acomodado que se podía permitir el lujo de viajar para recibir tratamiento médico. El autobús hizo una maniobra de retroceso para el viaje de retorno a Kansas City y su bocina sonó como señal de advertencia. Entonces fue cuando empezó la cosa curiosa de ver.

Viniendo de ninguna parte... absolutamente de ninguna parte... apareció una horda de gente. Salieron de las callejuelas laterales, de detrás de los montones de escombros; emergían de los almacenes, llenaban la calle. Todos eran joviales, sanos, fuertes y felices. Reían y charlaban mientras subían al autobús. Parecían *autostopistas* y excursionistas, pues llevaban mochilas, sacos de viaje, cestas de merienda e incluso bebés. En dos minutos el autobús se llenó. Balanceándose bruscamente descendió por la carretera, y cuando desapareció, Addyer oyó felices canciones y el eco de las paredes ruinosas.

—¡Maldita sea! —exclamó.

Hacia más de dos años que no había oído a la gente cantar espontáneamente. Ni siquiera había visto una sonrisa despreocupada en más de tres años. Se sintió como un hombre ciego para los colores que viera todo el espectro por primera vez. Era algo misterioso, y también un poco blasfemo.

—¿Es que esa gente no sabe que estamos en guerra? —se

preguntó a sí mismo.

Y un momento después:

—Parecían muy sanos. ¿Por qué no visten de uniforme?

Y finalmente:

—Pero, bueno, ¿quiénes son?

Aquella noche la fantasía de Addyer se sintió confusa.

¿Podría usted pasarse sin el precio de una taza de café, amable señor? Me siento extraño y débil por el hambre.

A la mañana siguiente Addyer se levantó temprano, alquiló un coche por una tarifa exorbitante, se encontró con que no podía comprar gasolina a ningún precio, y finalmente tuvo que conformarse con un caballo cojo. Él era alérgico al mal genio de los caballos y se sintió torturado por el asma cuando empezó su pesquisa casa por casa. Cuando regresó al Lyonesse Hotel aquella tarde se sentía desanimado. Llegó justo a tiempo para presenciar la marcha del autobús de la O.K. Bus Co.

De nuevo una horda de gentes felices apareció y subió al autobús. Una vez más el vehículo traqueteó por aquella estropeada carretera. Y una vez más se oyeron los alegres cánticos.

—¡Maldita sea! —exclamó Addyer con un resuello.

Se dejó caer por la oficina del topógrafo del condado en busca de un mapa a gran escala del condado de Finney. Hubo pocas dificultades con el topógrafo, que era sordo, ciego de un ojo y no tenía gafas en el otro. Fue incapaz de leer las credenciales de Addyer con ninguna facultad o facilidad. Y cuando Addyer finalmente logró marcharse con el mapa, se dijo para sí mismo:

—Creo que ese viejo idiota pensó que yo era un espía.

Y más tarde murmuró:

—¿Espías?

Y luego poco antes de acostarse:

—¡Santo Dios! ¡Puede que esa sea la explicación!

Aquella noche fue de nuevo el agente secreto de Lincoln, anticipándose a todos los movimientos de Lee, siendo más listo que Jackson, Johnston y Beauregard, superando a John Wilkes Booth, y siendo elegido presidente de los Estados Unidos en 1968.

Al día siguiente el autobús de la O.K. Bus Co. se llenó de nuevo de gente feliz.

Y al otro.

Y al otro.

—Cuatrocientos excursionistas en cinco días —contó Addyer—. El país está lleno de espías.

Empezó a haraganear por las calles tratando de investigar a aquellos alegres viajeros. Era difícil. Eran esquivos antes de que llegara el autobús. Tenían un modo amistoso de negarse a pasar el tiempo. Los del Lyonesse no sabían nada de ellos ni estaban interesados. Nadie estaba interesado casi en otra cosa más que en la supervivencia durante aquellos días. Eso es lo que hacía que los cánticos parecieran obscenos.

Después de siete días de actuar como en los tiempos de capa y espada y otros siete días de contar, Addyer de repente hizo su gran descubrimiento:

—Todo esto suma —dijo— ochenta personas diarias que salen de Lyonesse. Quinientas por semana. Veinticinco mil al año. Puede que sea la respuesta al aumento de población.

Se gastó cincuenta y cinco dólares en un telegrama a Grande que esperó pudiera ser entregado. El telegrama decía: «EUREKA, LO ENCONTRÉ!»

¿Podría usted pasarse sin el precio de una sola taza de café, honorable señora? Yo no soy un vagabundo, sino una forma de vida indigente.

La oportunidad de Addyer llegó al día siguiente. El autobús de la O.K. Bus llegó como de costumbre. Otra muchedumbre se reunió para subir al autobús; pero esta vez eran demasiados. A tres personas se les negó pasaje. No se sintieron molestos en lo más mínimo. Retrocedieron, saludaron vigorosamente cuando el autobús partió, les gritaron instrucciones para reuniones futuras y se volvieron tranquilamente y tomaron calle abajo.

Addyer salió de la habitación de su hotel con la rapidez de un cohete. Siguió al trío por la Calle Mayor, giró a la izquierda tras ellos hasta la Cuarta Avenida, pasó junto a la escuela en ruinas, dejó atrás la demolida central telefónica, y ante la reventada biblioteca, la estación de ferrocarril, la iglesia protestante, la iglesia católica... y finalmente llegó a las afueras de Lyonesse y luego a campo abierto.

Aquí tuvo que ser más precavido. Era difícil acechar a los espías cuando buena parte de la oscura carretera estaba iluminada por luces de advertencia. Él no era lo bastante suicida como para pensar en ocultarse en los agujeros de radiación. Sufrió una agonía de indecisión y al final se sintió aliviado al ver que salían de la destrozada carretera y entraban en la vieja granja Baker.

—¡Ajá! —exclamó Addyer.

Se sentó al borde de la carretera sobre los restos de un misil y se preguntó a sí mismo:

—¿Ajá, qué?

No pudo contestar, aunque sabía que había encontrado la respuesta. Esperó hasta que el crepúsculo se hizo más oscuro y luego lentamente se deslizó hacia la granja.

Mientras serpenteaba entre los mortíferos resplandores radiactivos y sólo ocasionalmente topando con su cabeza contra las señales de tumbas, se dio cuenta de que había dos figuras en la noche. Estaban en el corral de la granja Baker y se portaban del modo más peculiar. Uno era alto y delgado. Un hombre. Estaba completamente inmóvil, como una farola. En una ocasión dio un paso lento y majestuoso con infinita precaución y agitó un brazo en un movimiento lento hacia la otra figura, que también era un hombre. Éste era rechoncho y caminaba a paso vivo con repentinos arranques hacia adelante y hacia atrás.

Al acercarse Addyer, oyó decir al hombre alto:

—Ruu buu fuu muu huaa luu fuu.

A lo que el otro parloteó:

—Wd-nk-kd-ik-md-pd-ld-nk.

Luego los dos se echaron a reír, el hombre alto como una locomotora; el rechoncho como una ardilla. Se volvieron. El rechoncho entró como una tromba en la casa. El hombre alto como arrastrado por la corriente. Eso era bastante sorprendente.

—¡Ajá! —exclamó Addyer.

En ese momento un par de manos se apoderaron de él y lo levantaron del suelo. A Addyer se le encogió el corazón. Tuvo tiempo para un espasmo convulsivo antes de que algo vago fuera apretado contra su rostro. Cuando perdió el conocimiento su último e idiota pensamiento fue el de los telescopios.

¿Podría usted pasarse sin el precio de una sola taza de café para un

infortunado sin pan, honorable señor? La caridad será bendecida.

Cuando Addyer se despertó estaba echado sobre un sofá en una pequeña habitación blanqueada. Un caballero de cabello gris, con rasgos muy pronunciados, estaba sentado ante un escritorio situado a lo largo del sofá, muy ocupado haciendo cálculos con números en pedacitos de papel. Sobre el escritorio había una confusión de lo que parecían ser intrincados horarios. Había una radio en un lado.

—Es... Escuche... —empezó a decir Addyer débilmente.

—Sólo un minuto, señor Addyer —dijo el caballero muy amablemente. Enchufó la radio. Un resplandor surgió en medio de la habitación sobre una bandeja circular de cobre y se carbonizó convirtiéndose en una chica. Esta se hallaba completamente desnuda y era muy atractiva. Echó a correr hacia la mesa escritorio, acarició la cabeza del caballero con la velocidad de un martillo neumático, se echó a reír y parloteó:

—Wd-nk-tk-ik-lt-nk.

El hombre del cabello gris sonrió e indicó hacia la puerta.

—Sal afuera y date un paseo —le dijo. Ella se volvió y pasó como un rayo a través de la puerta.

—Eso tiene algo que ver con las razones temporales —explicó el caballero a Addyer—. No lo comprendo. Cuando ellos se presentan tienen un ímpetu acumulado —volvió a hacer cálculos de nuevo—. ¿Por qué demonios ha venido usted a curiosear, señor Addyer?

—Ustedes son espías —le contestó Addyer—. Ella estaba hablando en chino.

—Difícilmente. Yo diría que era francés. Francés primitivo, de mediados del siglo quince.

—¡Medios del siglo quince! —exclamó Addyer.

—Yo diría que sí. Empieza usted a tener oído para esos ritmos acelerados. Un momento, por favor.

Enchufó de nuevo la radio. Apareció otro resplandor y se solidificó en un hombre desnudo. Era corpulento, peludo y lúgubre. Con exasperante lentitud dijo:

—Muu fuu bluu uauu puu.

El hombre del cabello gris indicó hacia la puerta. El hombre recio se marchó lentamente.

—Tal como yo lo veo —prosiguió el hombre del pelo gris en tono de conversación—, cuando vuelven están nadando contra la

corriente del tiempo. Eso les hace más lentos. Cuando se presentan nadan con la corriente. Y eso les acelera. Claro que ningún caso dura más de unos minutos. Eso les desgasta.

—¿Qué? —preguntó Addyer—. ¿Viaje en el tiempo?

—Sí, claro.

—Pero eso... —Addyer señaló a la radio— ¿es una máquina del tiempo?

—Más o menos de eso se trata.

—Pero es demasiado pequeña.

El hombre del pelo gris se echó a reír.

—¿Y este sitio qué es, en fin de cuentas? ¿Qué se propone usted?

—Es algo divertido —dijo el hombre del pelo gris—. Antes todo el mundo especulaba sobre el viaje en el tiempo. Cómo sería utilizado para la exploración, arqueología, investigaciones históricas y sociales, etcétera. Nadie supuso nunca cuál sería su verdadero uso... Terapia.

—¿Terapia? ¿Quiere decir terapia médica?

—Así es. Terapia psicológica para las personas desequilibradas, que no responden a otra cura. Les dejamos emigrar, que escapen. Hemos establecido estaciones en cada cuarto de siglo. Estaciones como ésta.

—No entiendo.

—Esta es una oficina de inmigración.

—¡Oh, Dios mío! —Addyer se levantó de un salto del sofá—. Entonces, ¿usted es la respuesta al aumento de población? ¿Sí? Así es cómo me di cuenta de ello. La mortalidad es tan alta y la natalidad tan baja en estos tiempos que su adición de tiempo se vuelve significativa, ¿verdad?

—Sí, señor Addyer.

—Miles de ustedes vienen aquí. ¿De dónde?

—Del futuro, claro. El viaje en el tiempo no se desarrolló hasta el C/H 127. Eso es... bueno, el año 2505 después de Cristo de su cronología. Nosotros no establecimos nuestra cadena de estaciones hasta el C/H 189.

—Pero esos que se movieron tan rápido. Usted dijo que venían del pasado.

—¡Oh, sí! Pero todos ellos vinieron del futuro originalmente. Es que llegaron a la conclusión de que habían ido demasiado atrás.

—¿Demasiado atrás?

El hombre del cabello gris asintió con la cabeza y reflexionó.

—Es divertido, los errores que la gente comete. Dejan de ser realistas cuando dejan de hacer historia. Pierden el contacto con los hechos. Conocí a un tipo... al que no le satisfacía nada que no fuera la época isabelina. «Shakespeare —decía—, la buena reina Bess. La Armada Invencible. Drake y Hawkings y Raleigh. El más viril período de la historia. La Edad de Oro. Eso es para mí». Yo no podía hacerle entrar en razón, así que lo devolvimos. No servía.

—¿Y bien? —preguntó Addyer.

—¡Oh! Murió al cabo de tres semanas. Bebió un vaso de agua. Tifus.

—¿Es que ustedes no lo inocularon? Bueno, cuando el ejército manda a sus hombres, a ultramar, siempre...

—Claro que lo hicimos. Lo inmunizamos contra todo lo que pudimos. Pero las enfermedades también evolucionan y cambian. Se desarrollan nuevas clases, y desaparecen otras viejas. Eso es lo que causa pandemias. Evidentemente nuestras vacunas no servían contra el tifus isabelino. Perdóneme...

De nuevo se vio el resplandor. Apareció otro hombre desnudo, el cual charló brevemente y luego salió como lanzado a través de la puerta. Casi tropezó con la chica desnuda que asomó su cabeza, sonrió y dijo con un curioso acento:

—*Je vous prie de me pardonner. Qu'y estoit cette gentilhomme?*

—Tenía razón —dijo el hombre del cabello gris—. Eso es francés medieval. Los franceses no han vuelto a hablar así desde el tiempo de Rabelais. —Y a la chica le dijo—: Inglés medieval, por favor. Dialecto americano.

—¡Oh, lo siento!, señor Jelling. Me hago tal lío con la lingüística. ¿Lío? ¿Se dice lío? O dicen...

—¡Eh! —exclamó Addyer angustiado.

—Lo dicen; pero sólo en privado. Y nunca ante extranjeros.

—¡Ah, sí! ¡Lo recuerdo! ¿Quién era el caballero que acaba de marcharse?

—Peters.

—¿El de Atenas?

Así es.

—No le ha gustado, ¿verdad?

—No mucho. Al parecer los peripatéticos no tenían instalaciones sanitarias.

—Si, una empieza a desear un cuarto de baño moderno al poco tiempo. ¿Dónde podemos conseguir algo de ropa, o no llevan ropa en este siglo?

—No, eso es cien años más adelante. Vaya a ver a mi esposa. Está en la sala de equipo en el granero. Aquel edificio rojo grande.

El hombre alto como una farola que Addyer había visto por primera vez en el corral de la granja apareció por detrás de la chica. Ahora estaba vestido y se movía a velocidad normal. Miró fijamente a la chica y ella le miró fijamente a él.

—¡Espíen! —gritaron a la vez. Se abrazaron y se besaron en los hombros.

—Aprieta mis costillas hasta que sintamos un solo corazón —dijo el hombre.

—Tú también —contestó la chica riéndose.

—¿Eh? Aprieta así.

Se abrazaron de nuevo y se separaron.

—¿Qué ha sido eso? ¿Habla futurista? —preguntó Addyer—. ¿Taquigrafía?

—¿Taquigrafía? —exclamó Jelling con tono sorprendido—. ¿No conoce la retórica cuando la oye? Eso fue retórica del siglo trece, hombre. No hemos tenido nada igual desde entonces. Prótesis, diástole, epergesis, metabasis, hendiadis... Y todos hemos nacido explorando.

—No tiene por qué mostrarse tan engreído —murmuró Addyer con envidia—. También podría haberlo averiguado yo de habérmelo propuesto.

—Lo encontrará endemoniadamente inconveniente intentarlo en su período de vida.

—¿Qué diferencia habría?

—Pues una gran diferencia —contestó Jelling—. Porque encontrará que vivir es la suma de las conveniencias. Puede que piense que los servicios sanitarios no tengan importancia comparados con los antiguos filósofos griegos. Mucha gente lo piensa. Pero el hecho es que nosotros ya conocemos esa filosofía. Al cabo de cierto tiempo uno se cansa de ver a los grandes hombres y de escuchar cómo exponen las teorías que uno ya conoce. Y

empieza a echar de menos los adelantos y los modos de vida familiares a los que uno estaba acostumbrado.

—Pero eso —respondió Addyer—, es una actitud superficial.

—¿Usted cree? Pruebe a vivir en el pasado a la luz de las velas, sin calefacción central, sin refrigeración, alimentos enlatados, medicinas elementales... O imagine el futuro, trate de vivir con los Berganlicks, los Veintidós Mandamientos, los calendarios y la moneda duodecimal, o trate de hablar en metros, de planear y estudiar cada frase antes de hablar... y será despreciado como analfabeto si olvida eso y habla espontáneamente en su propio idioma.

—Usted exagera —dijo Addyer—. Apuesto a que hay veces en que uno puede ser muy feliz. He pensado en ello durante años y...

—¡Bah! —bufó Jelling—. La gran ilusión. Nombre una.

—La Revolución americana.

—¡Uf! No había sanidad, ni medicina. Cólera en Filadelfia. Malaria en Nueva York. No había anestesia. La pena de muerte por centenares de pequeños delitos e infracciones insignificantes. Nada de los libros o la música que a usted le gustan más. Ni los oficios o profesiones para los cuales usted ha sido enseñado. Pruebe otra vez.

—La época victoriana.

—¿Cómo están sus dientes y ojos? ¿Bien? Mejor será. No podemos prescribirle dentaduras postizas ni gafas. ¿Cómo está de ética? ¿Mal? Mejor será porque si no se morirá de hambre en esa época sin piedad. ¿Y qué opina usted acerca de las diferencias de clases? Eran muy grandes en aquellos tiempos. ¿Cuál es su religión? Será mejor que no sea judío o católico o cuáquero o moravo o de cualquier otra minoría. ¿Cuáles son sus ideas políticas? Si usted es un reaccionario hoy, sus mismas opiniones le harían un peligroso radical hace cien años. No creo que usted fuera feliz.

—Pero estaría seguro.

—No, a menos que fuera usted rico, y nosotros no podemos enviar dinero al pasado. Sólo la carne. No, Addyer, en aquellos tiempos los pobres se morían a los cuarenta años como edad promedio... hartos de trabajar, agotados. Sólo los privilegiados sobrevivían, y usted no sería un privilegiado.

—¿Ni siquiera con mis conocimientos superiores?

Jelling negó con la cabeza con gesto de cansancio.

—Sabía que me haría esa pregunta más pronto o más tarde. ¿Qué conocimientos superiores? ¿Sus borrosos recuerdos de ciencia e inventos? No sea tonto, Addyer. Usted disfruta de la tecnología sin tener la menor idea de cómo funciona.

—No tendrían que ser borrosos recuerdos. Yo me prepararía.

—¿Para qué, por ejemplo?

—¡Oh...! Digamos, la radio. Podría ganar una fortuna inventando la radio. Jelling sonrió.

—Usted no podría inventar la radio hasta que inventara primero los cien descubrimientos técnicos previos que llevaron a ella. Tendría que crear todo un nuevo mundo industrial. Tendría que inventar el rectificador al vacío y crear una industria para manufacturarlo; el circuito autoheterodino, el receptor de neutrodinos no irradiantes. Tendría que... Pero ¿por qué ridiculizar lo evidente? ¿Podría usted inventar la combustión interna antes del desarrollo del fuelóil?

—¡Dios mío! —gimió Addyer.

—Y otra cosa —prosiguió Jelling con gesto sombrío—. He estado hablando de herramientas técnicas; pero el lenguaje es una herramienta técnica también, la herramienta de la comunicación. ¿Se da usted cuenta de que todos los estudios que usted pudiera hacer nunca le podrían enseñar cómo era un idioma realmente hace siglos? ¿Sabe usted cómo pronunciaban los romanos el latín? ¿Conoce usted los dialectos griegos? ¿Podría usted aprender a hablar y a pensar en gaélico, el flamenco del siglo diecisiete, y el antiguo bajo alemán? Nunca. Usted sería sordomudo.

—Nunca pensé en ello de ese modo —contestó Addyer lentamente.

—Los escapistas nunca lo hacen. Todo lo que buscan es una vaga excusa para evadirse.

—¿Y qué me dice de los libros? Podría memorizar un buen libro y...

—¿Y qué? ¿Retroceder lo suficiente en el pasado para anticiparse al autor real? Tendría que anticipar al público también. Un libro no se hace importante hasta que el público está listo para comprenderlo. No es provechoso hasta que el público está listo para comprarlo.

—¿Y qué me dice de ir hacia el futuro? —preguntó Addyer.

—Ya se lo he dicho. Es el mismo problema sólo que al revés. ¿Podría sobrevivir un hombre medieval en el siglo veinte? ¿Podría seguir vivo entre el tráfico callejero? ¿Conducir coches? ¿Hablar el lenguaje? ¿Pensar en el lenguaje? ¿Adaptarse al ritmo, ideas y coordinaciones que uno toma por supuestos? Jamás. ¿Podrá alguien del siglo veinticinco adaptarse al siglo treinta? Nunca.

—Bueno, entonces —dijo Addyer irritado—, si el pasado y el futuro son tan incómodos, ¿por qué viaja esa gente?

—No viajan —repuso Jelling—. Huyen.

—¿De qué?

—De su propio tiempo.

—¿Por qué?

—No les gusta.

—¿Por qué no?

—¿Le gusta a usted el suyo? ¿Le gusta a algún neurótico?

—¿Y a dónde van?

—A cualquier sitio que no sea al que pertenecen. ¡Están buscando la Edad de Oro! ¡Vagabundos! ¡Hartos de su época! Nunca satisfechos. Siempre buscando, cambiando, holgazaneando a través de los siglos. ¡Uf! La mitad de los pordioseros que usted encuentre son probablemente holgazanes que se han quedado fijos en el siglo equivocado.

—Y esa gente que viene aquí... ¿Creen que esto es la Edad de Oro?

—Pues sí.

—¡Deben de estar locos! —protestó Addyer—. ¿No han visto las ruinas? ¿La radiación? ¿La guerra? ¿La ansiedad? ¿La histeria?

—¡Claro! Eso es lo que les atrae. No me pregunte por qué. Creo que ese es el modo como a usted le gusta el período colonial americano, ¿no es cierto?

—Entre otros.

—Bueno, si usted dijera al señor George Washington las razones por las cuales amaba aquella época, probablemente estaría citando todo lo que él odiaba.

—Pero esa no es una comparación justa. Esta es la peor edad de toda la historia.

Jelling hizo un gesto con la mano.

—Así es como le parece a usted. Todo el mundo dice eso en cada

generación; pero le doy mi palabra de que no importa cuándo viva usted y cómo viva usted, siempre hay alguien más en otra parte que cree que usted está viviendo en la Edad de Oro.

—¡Maldita sea! —exclamó Addyer.

Jelling se le quedó mirando fijamente por un momento:

—Maldito será —le dijo con tono lúgubre—. Tengo malas noticias para usted, Addyer. No podemos permitirle que se quede. Hablaría y armaría jaleo y nuestro secreto debe mantenerse. Tenemos que enviarle fuera en alguna dirección.

—Puedo hablar dondequiera que vaya.

—Pero nadie le prestará atención fuera de nuestra propia época. Lo que usted diga no tendrá sentido. Será un excéntrico... un lunático... un extranjero... seguro.

—¿Y si vuelvo?

—No podrá volver sin un visado y yo no voy a tatuarle a usted ningún visado. Por si le sirve de consuelo le diré que usted no será el primero al que hemos trasladado. Recuerdo que hubo un japonés...

—Entonces, ¿va a enviarme a alguna parte en el tiempo? ¿De modo permanente?

—Exacto. De veras que lo siento mucho.

—¿Al futuro o al pasado?

—Puede elegir. Piénseselo mientras lo desvisten.

—No tiene por qué ponerse tan lúgubre. Esto es una gran aventura. Una extraordinaria aventura. Algo con lo que siempre soñé.

—Cierto. Va a ser maravilloso.

—Podría negarme —dijo Addyer nervioso.

Jelling negó con la cabeza.

—Nos limitaremos a drogarle y a enviarle. Podría ser también a su elección.

—Es una elección que haré encantado.

—Claro. Ese es el espíritu, Addyer.

—Todo el mundo dice que yo nací cien años antes de lo que debía.

—Todo el mundo suele decir eso... a menos que digan que usted nació cien años demasiado tarde.

—Algunas personas dicen eso también.

—Bueno, pues piénselo. Es un movimiento permanente. ¿Qué preferiría usted... el futuro fonético o el pasado poético?

Muy lentamente Addyer empezó a desvestirse tal como se desvestía cada noche cuando empezaba el preludio de su acostumbrada fantasía. Pero ahora sus sueños se enfrentaban con el cumplimiento y el momento de la decisión le aterrorizaba. La cara se le había puesto azulada y sentía sus piernas inseguras cuando dando un paso entró en el disco de cobre que había en el centro de la habitación. En respuesta a la pregunta de Jelling murmuró su elección. Entonces se volvió argénteo en la aureola de un resplandor incandescente y desapareció de su época para siempre.

¿Dónde fue? Usted lo sabe. Yo lo sé. Addyer lo sabe. Addyer viaja a la tierra de nuestra fantasía favorita. Escapó hacia el refugio que es nuestro refugio, hacia el tiempo de nuestros sueños; y prácticamente en nada de tiempo se dio cuenta de que en verdad se había marchado del único tiempo para él mismo.

A través de la perspectiva de los años todas las épocas excepto, la nuestra parecen encantadoras y doradas. Añoramos los ayeres y los mañanas, no dándonos nunca cuenta de que nos enfrentamos con la elección de Hobson... que el hoy, dulce o amargo, ansioso o tranquilo, es el único hoy para nosotros. El sueño del tiempo es el traidor, y todos somos cómplices de la traición de nosotros mismos.

¿Podría usted pasarse sin el precio de una taza de café, honorable señor? No, señor, no soy un organismo mendicante. Soy un transeúnte japonés desamparado y hambriento en este año miserable. ¡Honorable señor! Se lo ruego con lágrimas por la santa caridad. ¿Querrá dar a esta persona un billete para la ciudad de Lyonese? Quiero suplicar de rodillas un visado. Quiero volver de nuevo al año 1945. Quiero estar de nuevo en Hiroshima. Quiero irme a casa.

EL DON DE GAB

Jack Vance

MEDIA tarde había llegado a los bajíos. El viento moría; el mar se encontraba apacible y se extendía con brillo sedoso. En el sur, una negra escoba de lluvia pendía bajo las nubes; en otras partes, el aire se hallaba denso con oscuridad rosa. Gruesas costras de algas flotaban sobre los bajíos; una de éstas sostenía la balsa de bio-minerales, un rectángulo metálico de 60 metros de largo y 30 de ancho.

A las cuatro, una sirena anunció desde lo alto del mástil, el cambio de turno. Sam Fletcher, ayudante del superintendente, salió del comedor, cruzó la cubierta hasta la oficina, corrió la puerta y miró al interior. La silla en que comúnmente tomaba asiento Carl Raight para llenar su informe de producción, estaba desocupada. Fletcher miró por arriba de su hombro hacia la planta beneficiadora, pero Raight no se encontraba a la vista. Era extraño. Cruzó la oficina, comprobó el tonelaje del día.

~~Tricloruro~~ de rodio

~~Sulfuro~~ de tántalo

~~Acetato~~ de tripiridilo

El tonelaje bruto, según el calculo de Fletcher, llegaba a 4.83; un turno regular. Aún superaba a Raight en la competencia. Mañana era el fin de mes; Fletcher difícilmente dejaría de ganar el Haig and Haig a Raight. Anticipando sus protestas y sus quejas, Fletcher sonrió y silbó entre los dientes. Se sentía alegre y confiado. Otro mes traería el fin de su contrato de medio año; entonces volvería a Starholme con seis meses de paga a su crédito.

¿Dónde truenos se hallaba Raight? Fletcher asomó por la

ventana. En su campo de visión estaban el helicóptero —amarrado a cubierta en prevención de las turbonadas sabrinas—, el mástil, la giba negra del generador, el tanque de agua y el extremo distal de la balsa, los pulverizadores, las tinas de lavado, las columnas Tswett y las bodegas de almacenamiento.

Una forma oscura llenó la puerta. Fletcher se volvió, pero era Agostino, el operador diurno, que había sido relevado por Blue Murphy, el operador de Fletcher.

—¿Dónde está Raight? —inquirió Fletcher.

Agostino miró al interior de la oficina.

—Pensé que se encontraba aquí.

—Yo creí que estaba en la planta.

—No, vengo de allá.

Fletcher cruzó la oficina y miró el cuarto de lavado.

—Tampoco está aquí.

Agostino se volvió.

—Subiré a darme una ducha —miró hacia atrás desde la puerta—. Tenemos pocos escaramujos.

—Mandaré el lanchón.

Siguió a Agostino a cubierta y se encaminó hacia la planta de beneficio.

Pasó la cubierta donde estaban amarrados los lanchones y entró a la sala de pulverización. La rotaría número 1 se hallaba moliendo escaramujos para extraer tántalo; la número 2 se encontraba pulverizando caracoles marinos ricos en renio. El molino de bola aguardaba una carga de coral, color naranja rosado, con nódulos de sales de rodio. Bine Murphy, quien tenía una cara roja y una orla magra de cabellos del mismo color, estaba haciendo una revisión de rutina de cojinetes, ejes, cadenas, mangas, válvulas y medidores. Fletcher habló a su oído, para ser escuchado sobre el ruido de las trituradoras.

—¿Ha venido Raight?

Murphy movió la cabeza negativamente.

Fletcher prosiguió hacia la cámara de lavado, donde se efectuaba la primera separación de las sales y la pulpa, a través del bosque de tubos Tswett y otra vez a cubierta. No vio a Raight. Debía haber ido a la oficina.

Pero la oficina estaba vacía.

Fletcher fue al comedor. Agostino se encontraba cenando. Dave Jones, el dispensero, se hallaba a la entrada de la cocina.

—¿Ha estado aquí Raight? —preguntó Fletcher.

Jones, quien nunca utilizaba dos palabras cuando bastaba con una, movió la cabeza negativamente. Agostino se volvió.

—¿Buscaste en el lanchón de escaramujos? Puede haber ido a las repisas.

Fletcher pareció desorientado.

—¿Qué hace Mahlberg?

—Está poniendo dientes nuevos a la paleta de la draga.

Fletcher intentó recordar la disposición de las barcazas a lo largo del muelle. Si Mahlberg, el encargado del mantenimiento de los lanchones, había estado ocupado en hacer reparaciones, Raight podía haberse ido. Se sirvió una taza de café.

—Allí es donde debe estar —tomó asiento—. Raight no trabajaría después de su turno.

Mahlberg entró al comedor.

—¿Dónde está Carl? Quiero ordenar algunos dientes más para la paleta.

Mahlberg rió de la broma.

—Quizá pescó una buena anguila. O un decabraquio.

—Lo cocinaría él mismo —gruñó Dave Jones—. Parece que un decabraquio debe ser bueno de comer —dijo Mahlberg— con lo próximos que son a la foca.

—¿A quién le gustan las focas? —gruñó Jones.

—Yo diría que son más semejantes a sirenas —observó Agostino—, con estrellas de mar de diez patas en vez de cabezas.

Fletcher bajó su taza.

—¿A qué hora salió Raight?

Mahlberg se encogió de hombros; Agostino puso una cara inexpresiva.

—Se hace solamente una hora hasta las repisas. Ya debía estar de vuelta.

—Puede haber sufrido una descompostura —sugirió Mahlberg—. Aunque la barcaza ha estado funcionando bien.

Fletcher se puso de pie.

—Lo llamaré.

Salió del comedor y regresó a la oficina, donde marcó en la

pantalla intercomunicadora T3 la señal para el lanchón de escaramujos.

La pantalla permaneció oscura.

Fletcher esperó. El bombillo de neón se encendió y se apagó alternativamente, indicando la llamada de alarma en la barcaza.

No hubo contestación.

Fletcher sintió una perturbación vaga. Salió de la oficina, fue hasta el mástil y se izó hasta la cúpula. Desde ahí podía explorar les 1,800 metros cuadrados de balsa, la costra de dos hectáreas de algas y un gran círculo de océano.

En la distancia lejana, al noreste, cerca de la orilla de los bajíos, la nueva balsa de recuperaciones pelágicas parecía un pequeño punto oscuro, casi borrado por la bruma. Al sur, donde la corriente ecuatorial corría a través de una abertura en los bajíos, las repisas de escaramujos estaban extendidas en una prolongada línea imprecisa. Al norte, donde el risco Macpherson, que se elevaba de los piélagos, llegaba a nueve metros de romper la superficie, pilotes de aluminio sostenían las trampas para caracoles marinos. Aquí y allá flotaban masas de algas, en ocasiones ancladas al fondo, otras veces sostenidas en su lugar por la acción de las corrientes.

Fletcher volvió sus binóculos a la línea de repisas de escaramujos y descubrió el lanchón inmediatamente. Apoyó los brazos, enfocó la cabina de control y amplificó la imagen. No vio a nadie, aunque no pudo fijar los binóculos lo suficiente para asegurarse.

Escrutó el resto de la barcaza.

¿Dónde estaba Carl Raight? ¿Posiblemente en la cabina de control, fuera de su vista?

Descendió a cubierta, fue hasta la planta de beneficio y se asomó al interior.

—¡Eh, Blue!

Apareció Murphy, limpiándose las manos en un trapo.

—Iré a las repisas en la lancha —dijo Fletcher—. La barcaza está allí, pero Raight no responde a las llamadas.

Murphy movió la gran cabeza calva. Acompañó a Fletcher al embarcadero, donde flotaba el bote amarrado. Fletcher tiró de la amarra, acercó la popa de la lancha y saltó a cubierta.

—¿Deseas que vaya? —gritó Murphy—. Dejaré a Hans al cargo.

Hans Heinz era el ingeniero mecánico. Fletcher titubeó.

—Creo que no. Si ocurrió algo a Raight... bueno, puedo arreglármelas. Pero vigilen la pantalla. Es posible que llame.

Entró a la carlinga, se sentó, corrió la cúpula sobre su cabeza y puso en marcha la bomba.

La lancha osciló y botó, cobró velocidad, sumergió su nariz obtusa bajo el agua y se hundió hasta que solamente asomaba la cúpula.

Fletcher desengranó la bomba; el agua entró por proa y fue convertida en vapor y luego expulsada por popa. Biominerales se convirtió en una mancha gris en la bruma rosa, mientras los perfiles del lanchón y las repisas se hacían consistentes y claros y crecían de modo gradual. Fletcher interrumpió la energía; la lancha emergió y flotó hasta el casco oscuro, donde se adhirió con bolas magnéticas que permitieron que bote y barcaza oscilaran independientemente sobre las ondas.

Fletcher corrió hacia atrás la cúpula y saltó a cubierta del lanchón.

—¡Raight! ¡Eh, Carl!

No obtuvo contestación.

Miró de un lado a otro de la cubierta. Raight era un hombre fuerte, grande y activo... pero podía haber sucedido un accidente. Fletcher caminó hacia la cabina de control. Pasó la bodega número 1, llena de escaramujos verdinegros. En la bodega número 2, el botalón estaba salido, sujetando una repisa con las quijadas, preparado para sacarla del agua.

La bodega número 3 aún se hallaba descargada. La cabina de control se encontraba vacía.

Carl Raight no estaba a bordo del lanchón.

Se podría haber ido en helicóptero o en lanchas o caído por la borda. Fletcher exploró el agua oscura, en todas direcciones. De pronto se inclinó sobre la borda tratando de ver a través de los reflejos de la superficie. Pero la forma pálida bajo el agua era un deca-braquio, grande como un hombre, terso como satén, dedicándose tranquilamente a sus actividades.

Fletcher miró pensativo hacia el noreste, donde flotaba la balsa de Recuperaciones Pelágicas, detrás de una cortina de bruma rosa. Era una nueva compañía, de tres meses de antigüedad únicamente,

poseída y operada por Ted Chrystal, ex bioquímico de la balsa de Biominerales.

El océano Sabrino era inagotable; el mercado para el metal era insaciable; las dos balsas no eran competidoras en ningún sentido. En ninguna forma podía concebir Fletcher que Chrystal o sus hombres atacaran a Carl Raight. Debió caer por la borda.

Regresó a la cabina de control y subió por la escalerilla al puente volante. Hizo una última exploración del agua en torno a la barcaza, aunque sabía que era inútil; la corriente, que pasaba por el estrecho a dos nudos constantes, habría arrastrado el cuerpo de Raight a los piélagos. Fletcher recorrió el océano con la mirada. La línea de repisas se esfumaba en la bruma rosa. El mástil de la balsa de Biominerales apuntaba hacia el firmamento, al noroeste. La balsa de Recuperaciones Pelágicas no podía verse. No había criatura viviente a la vista.

La señal de la pantalla sonó desde la cabina. Fletcher bajó. Blue Murphy estaba llamando desde la balsa.

—¿Qué noticias hay?

—Ninguna en absoluto —respondió Fletcher.

—¿Qué quieres decir?

—Raight no está aquí.

La gran cara roja se arrugó.

—¿Quién está ahí?

Murphy silbó. Parecía no tener nada que decir. Finalmente preguntó:

—¿Tienes idea de cómo ocurrió?

Fletcher negó con movimientos de cabeza.

—No puedo imaginarlo.

Murphy se humedeció los labios.

—Quizá debíamos cerrar.

—¿Por qué?

—Bueno... podrías decir, por respeto a los muertos.

Fletcher sonrió sin humor.

—Podríamos seguir trabajando por lo mismo.

—Como quieras. Pero nos hacen falta escaramujos.

—Carl cargó bodega y media... —vaciló, exhaló un suspiro profundo—. Será mejor que saque unas repisas más.

Murphy se estremeció.

—Es un asunto lúgubre, Sam. No tienes un gramo de miedo en el cuerpo.

—Para Carl es lo mismo ahora —replicó Fletcher—. Tenemos que arrancar los escaramujos alguna vez. No ganamos nada con lamentarnos.

—Supongo que tienes razón —admitió Murphy indecisamente.

—Volveré en un par de horas.

—No caigas por la borda como Carl.

La pantalla se apagó. Fletcher reflexionó que estaba a cargo de la balsa, como superintendente, hasta que llegara la nueva tripulación, después de un mes. Era suya una responsabilidad que no deseaba en particular.

Salió lentamente a cubierta y subió al púlpito del cabrestante. Durante una hora sacó secciones de repisas, suspendiéndolas sobre la bodega, mientras los brazos raspadores arrancaban los apiñamientos verdinegros y luego volvía a deslizar las repisas al océano. Ahí estaba, donde había estado trabajando Raight antes de su desaparición. ¿Cómo pudo haber caído al mar desde el púlpito del cabrestante?

La intranquilidad corrió por sus nervios y subió a su cerebro. Detuvo el funcionamiento del cabrestante y bajó del púlpito. Se detuvo sobre sus pasos, mirando el cable sobre cubierta.

Era una sog a extraña... brillante, traslúcida, de dos centímetros y medio de grueso. Yacía en forma de gaza sobre cubierta y un extremo bajaba por la borda. Fletcher la miró y titubeó. ¿Cuerda? Ciertamente, no era del equipo de la barcaza.

Cuidado, pensó Fletcher.

Una rasqueta de mano colgaba del pendolón; era un instrumento como un azuela. Se utilizaba para rascar a mano las repisas, si las rasquetas automáticas fallaban por alguna causa. Estaba a dos pasos de distancia, más allá del cable. Fletcher bajó a cubierta. La sog a se contrajo y se distendió, enredándose en torno a sus tobillos.

Fletcher se lanzó hacia adelante y tomó la rasqueta. La cuerda dio un tirón cruel; él cayó de cara y la rasqueta escapó de sus manos. Pateó, luchó, pero el cable lo arrastró con facilidad hacia la borda. Alargó la mano convulsivamente hacia la rasqueta y la alcanzó con dificultad. La sog a estaba levantando sus tobillos para arrastrarlo por arriba de la barandilla. Él se flexionó hacia adelante,

golpeando la cuerda una y otra vez. El cable se aflojó, lo soltó y se arrastró sobre la borda.

Él se levantó y fue trastabillando hasta la batayola. La soga se hundió en el agua, perdiéndose entre los aceitosos reflejos del firmamento. Después, durante medio segundo, un frente de onda se mantuvo perpendicular a la línea de visión de Fletcher. Un decabraquio nadaba un metro abajo de la superficie. Vio el racimo de brazos de color rosa dorado, divergentes como los brazos de una estrella de mar y en su centro el parche oscuro que podía ser un ojo.

Fletcher se retiró de la borda, aturdido, asustado, oprimido por la proximidad de la muerte. Maldijo su estupidez, su descuido imprudente; ¿cómo pudo ser tan insensato para permanecer ahí, cargando la barcaza? Estaba claro desde el principio que Raight nunca pudo haber muerto por accidente. Algo lo mató y Fletcher había invitado a ese algo a matarlo también. Fue cojeando hasta la cabina de control y puso en marcha las bombas. El agua fue succionada a través del orificio de proa y expulsada por los desagües. El lanchón se alejó de las repisas. Puso rumbo al noroeste, hacia Biominerales y luego salió a cubierta.

El día estaba terminando; el firmamento oscurecía hasta un color marrón; la bruma se espesó como agua sangrienta. Gedeón, un gigante rojo opaco, el mayor de los dos soles de Sabría, descendió del firmamento. Durante pocos minutos, solamente jugó sobre las nubes la luz del azul-verde Atreo. La penumbra cambió su calidad a verde pálido que, por alguna ilusión, parecía más brillante que el rosa anterior. Atreo se hundió y el firmamento oscureció.

Adelante brillaba la luz del mástil de Biominerales, ascendiendo al firmamento a medida que se aproximaba la *barcaza*... Fletcher vio las formas negras de hombres, recortadas contra el resplandor. Toda la tripulación estaba esperándolo: Agostino y Murphy, los dos operadores; el encargado del lanchón, Mahlberg, Damon el bioquímico, Dave Jones el dispensero, Manners el técnico, Hans Heinz el ingeniero.

Atracó la barcaza, subió por los suaves escalones cortados en las algas apisonadas y se detuvo ante los hombres silenciosos. Esperando en la balsa, habían sentido más vivamente que él lo extraño de la muerte de Raight.

En contestación a la pregunta muda, Fletcher dijo:

—No fue un accidente. Sé lo que sucedió.

—¿Qué? —inquirió alguien.

—Hay una cosa como un cable blanco —explicó Fletcher—. Sale del mar. Si un hombre se aproxima a ella, se enreda en sus piernas y lo arrastra por encima de la borda.

—¿Estás seguro? —preguntó Murphy en voz baja.

—Me atrapó a mí.

—¿Una cuerda viva? —inquirió con voz escéptica Damon, el bioquímico.

—Supongo que pudo haber tenido vida.

—Que otra cosa podía haber sido?

Fletcher titubeó.

—Miré por la borda. Vi decabraquios. Con seguridad uno, tal vez dos o tres.

Hubo silencio. Los hombres miraron hacia el agua. Murphy preguntó en tono asombrado:

—¿Entonces son los decabraquios?

—No lo sé —respondió Fletcher con voz tensa y ahogada—. Me arrastró una sogá o fibra blanca. La corté. Cuando miré por la borda, vi decabraquios.

Los hombres hicieron ruidos apagados, de asombro y temor.

Fletcher se volvió y se encaminó al comedor. Los hombres continuaron en cubierta, examinando el océano, hablando en voz baja. Las luces de la balsa se disipaban más allá, en la oscuridad. No había nada que ver. Después, esa noche, Fletcher subió la escalerilla al laboratorio que se hallaba sobre la oficina, para encontrar a Damon ocupado y atento en el visor de micro-película.

Damon tenía cara delgada, con mandíbula alargada, cabellos rubios y lacios y ojos de fanático. Era industrioso y meticulado, pero trabajaba a la sombra de Ted Chrystal, quien había renunciado a Biominales para traer su propia balsa a Sabría. Chrystal era un hombre con gran habilidad. Adaptó el caracol marino absorbedor de vanadio de la Tierra, a las aguas de Sabría: desarrolló el escaramujo de tántalo, de la especie rara y enfermiza que era, a resistente y gran productor. Damon trabajaba el doble del tiempo que había trabajado Chrystal y aunque cumplía eficientemente con sus obligaciones rutinarias, carecía de la aptitud y los recursos imaginativos que empleaba Chrystal, para saltar del problema a la

solución, sin pasos intermedios aparentes.

Levantó la mirada cuando entró Fletcher al laboratorio y luego volvió a la micropantalla. Fletcher lo observó un momento.

—¿Qué estás buscando? —inquirió al fin.

Damon contestó en el tono importante, ligeramente pedante, que a veces divertía a Fletcher y en ocasiones lo irritaba:

—He estado buscando en el índice para identificar la *cuerda* larga y blanca que te atacó.

Fletcher produjo un sonido vago y fue a ver las posiciones de los controles del microarchivo. Damon había empleado las claves para «larga», «delgada» y «blanca». Con estas instrucciones, el selector recorrió toda la lista de formas de vida sabrinas y sacó las tarjetas de siete organismos.

—¿Hallaste algo? —preguntó Fletcher.

—Hasta ahora no.

Deslizó otra tarjeta en el visor. *Anélido sabrino*, RRS-4924, decía el título y apareció en la pantalla un dibujo esquemático de un largo gusano segmentado. La escala mostraba que tenía alrededor de dos metros y medio de longitud.

Fletcher movió la cabeza negativamente.

—La cosa que me atrapó tenía cuatro o cinco veces esa longitud. Y no me pareció que fuera segmentado.

—Hasta ahora es el candidato más probable —dijo Damon. Levantó la mirada, interrogativa, a Fletcher—. Supongo que estás bastante seguro respecto a esta... sogá marina larga y blanca.

Fletcher lo ignoró; recogió las siete tarjetas, las regresó al archivo, luego buscó en el libro de claves y volvió a fijar el selector.

Damon sabía las claves de memoria y pudo leer los limbos directamente:

—«Apéndices» ... «largos»... «dimensiones D, E, F, G.»

El selector pasó tres tarjetas al visor.

La primera fue un platillo pálido que nadaba como un patín, arrastrando tres largos pelos.

—No es ése —dijo Fletcher.

La segunda fue un escarabajo de agua, negro, con forma de bala y un flagelo posterior.

—No.

La tercera fue una especie de molusco, con plasma basado en

selenio, sílice, flúor y carbón. La concha era un hemisferio de carburo de sílice con una giba, de la cual salía un delgado tentáculo prensil.

La criatura tenía el nombre «Monitor de Stryzkal», en honor de Esteban Stryzkal, el famoso taxonomista, precursor en Sabría.

—Ése podría ser el culpable —comentó Fletcher.

—No es móvil —objetó Damon—. Stryzkal lo encuentra anclado en los diques de pegmatita de los bajíos septentrionales, en conjunción con las colonias de decabraquios.

Fletcher estaba leyendo el material descriptivo.

—El tentáculo es elástico, sin límite observable y al parecer funciona como órgano recolector de alimentos, diseminador de esporas y exploratorio. El monitor es hallado típicamente cerca de las colonias de decabraquios. No es imposible la simbiosis entre ambas formas de vida.

Damon lo miró con expresión interrogativa.

—¿Y bien?

—Vi algunos decabraquios cerca de las repisas.

—No puedes estar seguro de que fuiste atacado por un monitor —dijo Damon dudosamente—. Después de todo, ellos no nadan.

—Bueno, no nadan —admitió Fletcher—, según Stryzkal.

Damon iba a hablar y luego, al notar la expresión de Fletcher, dijo en voz baja:

—Por supuesto, hay posibilidad de error. Ni siquiera Stryzkal pudo hacer mucho más que un sumario de vida planetaria.

Fletcher había estado leyendo la pantalla.

—Aquí está el análisis del que sacó Stryzkal.

Estudiaron los elementos y compuestos primarios de la constitución de un monitor de Stryzkal.

—Nada de interés comercial —observó Fletcher.

Damon estaba absorto en una cadena personal de pensamientos.

—¿En realidad descendió Chrystal y atrapó un monitor?

—Sí. En la chinche de agua. Pasaba mucho tiempo bajo el agua.

—Cada quien con sus propios métodos —comentó Damon brevemente.

Fletcher volvió a dejar las tarjetas en el archivo.

—Te guste o no, él es un buen hombre en el campo. Hay que dar al diablo lo que es suyo.

—Me parece que la fase en el campo está terminada —musitó Damon—. Hemos establecido la línea de producción; el tratar de incrementar el rendimiento es un trabajo absorbente. Por supuesto, puedo estar equivocado.

Fletcher rió y palmeó a Damon en el hombro huesudo.

—No estoy intentando hallar errores, Gene. El hecho es que hay simplemente demasiados caminos para que los explore un hombre. Podríamos mantener ocupados a cuatro.

—¿Cuatro hombres? —inquirió Damon—. Más bien una docena. ¡Tres fases protoplásmicas distintas en Sabría, en comparación con el grupo del carbón en la Tierra! ¡Aun Stryzkal sólo rascó la superficie! —observó a Fletcher curiosamente y luego preguntó—: ¿Detrás de qué estás ahora?

Fletcher estaba recorriendo el índice una vez más.

—Lo que vine a cotejar. Los decabraquios.

Damon se echó hacia atrás en su silla.

—¿Decabraquios? ¿Por qué?

—Hay muchas cosas concernientes a Sabría que no sabemos —respondió Fletcher con suavidad—. ¿Has bajado a ver una colonia de decabraquios?

Damon apretó los labios.

—No. Ciertamente no.

Fletcher marcó la tarjeta del decabraquio.

La tarjeta saltó del archivo al visor. La pantalla mostró el fotodibujo original de Stryzkal que, en muchos aspectos, daba más información que las estereofotos a colores. El espécimen representado medía cerca de dos metros, con un cuerpo pálido, como de foca, terminado en tres aletas propulsoras. De la cabeza divergían los diez brazos de los cuales derivaban su nombre las criaturas; miembros flexibles de 45 centímetros de longitud, que rodeaban el disco negro que Stryzkal había presumido que era un ojo.

Fletcher repasó la descripción bastante superficial del habitáculo, alimentación, métodos reproductivos y clasificación protoplásmica de la criatura. Frunció el ceño.

—No hay aquí mucha información, considerando que es una de las especies más importantes. Vamos a ver la anatomía.

El esqueleto del decabraquio estaba basado en una cúpula

anterior, ósea, con tres vértebras cartilaginosas flexibles, cada una terminada en una aleta propulsora. La información de la tarjeta llegaba a su fin.

—Creí que dijiste que Chrystal hizo observaciones de los decabraquios —gruñó Damon.

—Las hizo.

—Si es un hombre tan endiabladamente bueno en el campo, ¿dónde están sus datos?

Fletcher sonrió.

—No me culpes, yo sólo trabajo aquí.

Volvió a poner la tarjeta en la pantalla.

Bajo *comentarios generales*, Stryzkal había anotado: «Los decabraquios parecen pertenecer al grupo Sabrino clase A, la fase silicio-carbo-nítrico, aunque se desvían en aspectos importantes». Añadió unas líneas de especulaciones respecto a las relaciones de los decabraquios con otras especies sabrinas.

Chrystal nada más había hecho la anotación: «Estudiados en busca de aplicación comercial; ninguna recomendación específica».

Fletcher no hizo ningún comentario.

—¿Qué tan detenidamente los estudió? —inquirió Damon.

—Lo hizo a su modo espectacular. Bajó en la chinche de agua, arponeó a uno de ellos y lo trajo al laboratorio. Pasó tres días disecándolo.

—Aquí está anotado demasiado poco —gruñó Damon—. Si yo trabajara tres días en una nueva especie como el decabraquio, podría escribir un libro.

Vieron repetirse la información. Damon señaló la pantalla con un dedo huesudo.

—¡Mira! Eso ha sido borrado. ¿Ves esos triángulos negros al margen? ¡Señales de cancelación!

Fletcher se frotó el mentón.

—Es muy extraño.

—Es pernicioso —chilló Damon, indignado—, borrar material sin indicar motivo o corrección.

Fletcher movió la cabeza lentamente.

—Parece que alguien va a tener que consultar a Chrystal —consideró la idea—. Bueno... ¿por qué no hacerlo ahora?

Bajó a la oficina, desde donde llamó a la balsa de recuperaciones

pelágicas.

El mismo Chrystal apareció en la pantalla. Era un hombre grande, rubio, con piel sonrosada e inocencia afable, que enmascaraban lo alerta de su mente; su cuerpo rollizo disfrazaba, asimismo, una musculatura poderosa. Saludó a Fletcher con cordialidad cautelosa.

—¿Cómo van en Biominerales? En ocasiones desearía continuar con ustedes, amigos. Esto de trabajar para uno mismo no es como se dice.

—Tuvimos un accidente —informó Fletcher—. Pensé que era mejor avisarte.

—¿Accidente? —Chrystal pareció ansioso—. ¿Qué ocurrió?

—Carl Raight salió en la barcaza y no regresó.

Chrystal pareció alterado.

—¡Eso es terrible! ¿Cómo... por qué...?

—Aparentemente, algo lo arrastró. Creo que fue un molusco monitor... el monitor de Stryzkal.

La cara rosada de Chrystal se arrugó con asombro.

—¿Un monitor? ¿Estaba la barcaza en agua poco profunda? Pero no pudo estar en agua tan baja. No comprendo.

—Yo tampoco.

Chrystal torció un cubo de metal blanco entre sus dedos.

—Eso es extraño, ciertamente. Raight debe estar... ¿muerto?

Fletcher afirmó con varios movimientos sombríos de cabeza.

—Ésa es la suposición. He prevenido a todos que no salgan solos; pensé advertirte lo mismo.

—Eso es decente de tu parte, Sam —Chrystal frunció el ceño, miró el cubo de metal y lo dejó a un lado—. Nunca habíamos tenido dificultades en Sabría.

—Vi decabraquios bajo la barcaza. Ellos podrían estar inmiscuidos de algún modo.

Chrystal pareció no entender.

—¿Decabraquios? Son bastante inofensivos.

Fletcher movió la cabeza, sin comprometerse.

—Incidentalmente, traté de estudiar los decabraquios en la microbiblioteca. No había mucha información. Ha sido borrada una gran parte del material.

Chrystal levantó sus cejas pálidas.

—¿Por qué me lo dices?

—Porque tú puedes haberla borrado.

Chrystal pareció ofendido.

—Vamos, ¿por qué habría de hacer algo así? Trabajé mucho para Biominerales, Sam... tú lo sabes tan bien como yo. Ahora estoy tratando de ganar dinero. Te aseguro que no es un lecho de rosas.

Tocó el cubo de metal blanco y luego, al notar la mirada de Fletcher sobre él, lo empujó hacia un lado de su escritorio, contra el *Manual Universal de Constantes y Relaciones Físicas*, de Cosey.

Después de una pausa, Fletcher inquirió:

—Bueno, ¿borraste o no parte de la historia del decabraquio?

Chrystal frunció el ceño en pensamientos profundos.

—Puedo haber cancelado una o dos ideas que resultaron inexactas... Tengo una idea vaga de que las saqué del archivo.

—¿Cuáles fueron esas ideas? —preguntó Fletcher con voz sardónica.

—No las recuerdo de inmediato. Probablemente fue algo respecto a sus hábitos alimenticios. Sospechaba que los decas ingerían plancton, pero parece que estoy equivocado.

—¿No?

—Se alimentan de hongos submarinos que crecen en los bancos de coral. Eso fue lo más que pude deducir.

—¿Fue todo lo que eliminaste?

—No puedo recordar nada más.

La mirada de Fletcher regresó al cubo de metal. Notó que cubría el título, del manual desde el ángulo de la V de *Universal* hasta la segunda T de *Constantes*.

—¿Qué es lo que tienes en tu escritorio, Chrystal? ¿Estás interesado en la metalurgia?

—No, no —respondió Chrystal. Tomó el cubo y lo miró minuciosamente—. Es nada más una aleación. Bueno, gracias por llamarme, Sam.

—¿No tienes ninguna idea personal concerniente a cómo recibió lo suyo Raight?

Chrystal pareció sorprendido.

—Tú sabes más que nadie en Sabría en relación con los decabraquios.

—Temo que no puedo ayudarte, Sam.

Fletcher movió la cabeza afirmativamente.

—Buenas noches.

—Buenas noches, Sam.

Fletcher permaneció mirando la pantalla oscura. Moluscos monitor... decabraquios... la micropelícula mutilada. Había una tendencia ahí, pero no podía identificar la dirección. Los decabraquios parecían estar complicados y también Chrystal, por asociación. Fletcher no creyó las protestas de Chrystal; sospechaba que mentía por sistema, casi con referencia a cualquier tema. La mente de Fletcher fue hasta el cubo metálico. Chrystal había parecido demasiado indiferente, demasiado rápido para cambiar de tema. Pensó en su propio *Manual*. Midió la distancia entre el vértice de la V y la segunda T: 4.9 centímetros. Ahora, si el cubo representaba un kilogramo de masa, como era probable en esas muestras... Fletcher calculó: en un cubo de 4.9 centímetros por lado había 119 ce. Suponiendo una masa de 1,000 gramos, la densidad sería 8.4 gramos por centímetro cúbico.

Fletcher miró la cifra. En sí misma, no era particularmente sugestiva. Podría ser cualquiera de cien aleaciones. No tenía objeto insistir demasiado basándose en una sarta de hipótesis... aún así, buscó en el *Manual*: níquel, 8.6 gramos por ce., colbato, 8.7 gramos por ce., niobio, 8.4 gramos por ce.

Se echó hacia atrás en su sillón y pensó. ¿Niobio? Un elemento costoso y tedioso de sintetizar, con fuentes naturales limitadas y un mercado insatisfecho. La idea era estimulante. ¿Había desarrollado Chrystal una fuente biológica de niobio? Si era así, su fortuna estaba asegurada.

Fletcher se relajó en su sillón. Se sintió fatigado mental y físicamente. Su mente volvió a Carl Raight. Imaginó su cuerpo flácido flotando a través de la noche, hundiéndose en kilómetros de agua hasta sitios a donde nunca llegaría la luz. ¿Por qué se le había robado la vida a Carl Raight?

Principió a sentir dolor de rabia y frustración, por la inutilidad, la indignidad de la muerte de Raight. Era un hombre demasiado bueno para haber sido arrastrado a la muerte en el oscuro océano de Sabria.

Se levantó y salió de la oficina, subiendo al laboratorio.

Damon todavía estaba ocupado en su trabajo de rutina. Tenía

tres proyectos en marcha: dos que comprendían la separación de platino por especies de algas sabrinas; el tercero era un intento para incrementar la absorción de renio por la esponja Alphard Alfa. En cada caso, su técnica básica era la misma: someter generaciones sucesivas a una concentración creciente de sales metálicas, en condiciones que favorecieran la mutación. Con el tiempo, algunos de los organismos principiarían a hacer uso funcional del metal; serían aislados y transferidos al agua de mar sabrina. Unos pocos podrían sobrevivir al choque; algunos se adaptarían a las nuevas condiciones y empezaría a absorber el elemento ya necesario.

Las cualidades deseables de estos últimos organismos serían intensificadas por medio de cruzamiento selectivo; después serían cultivados en gran escala y al fin se haría que las inagotables aguas sabrinas rindieran otro producto.

Al entrar al laboratorio, Fletcher encontró a Damon arreglando bandejas de cultivos de algas en líneas geométricas exactas. Miró a Fletcher por arriba del hombro, un tanto agriamente.

—Hablé con Chrystal —informó Fletcher.

Damon se interesó.

—¿Qué dijo?

—Dice que pudo haber borrado algunas equivocaciones de la película.

—Es ridículo —comentó Damon.

Fletcher fue hasta la mesa, mirando pensativamente las hileras de cultivos de algas.

—¿Has hallado niobio en Sabría, Gene?

—¿Niobio? No. En ninguna concentración apreciable. Hay rastros en el océano, naturalmente. Creo que uno de los corales muestra un conjunto de líneas de niobio —inclinó la cabeza con curiosidad de ave—. ¿Por qué lo preguntas?

—Fue nada más una idea fortuita.

—No supongo que Chrystal te haya dado alguna satisfacción.

—En absoluto.

—¿Cuál es entonces el siguiente paso?

Fletcher se sentó en la mesa.

—No estoy seguro. No puedo hacer mucho. A menos que...

Titubeó.

—¿Qué?

—A menos que yo mismo haga una exploración submarina.

Damon se asombró.

—¿Qué esperas ganar con eso?

Fletcher sonrió.

—Si lo supiera, no tendría que hacerla. Recuerda, Chrystal descendió y luego volvió y mutiló el micro-archivo.

—Entiendo eso —admitió Damon—. Aun así, pienso que es un tanto... bueno, necio, después de lo que ha sucedido.

—Quizá; tal vez no —se deslizó de la mesa a cubierta—. De cualquier modo, esperaré hasta mañana.

Dejó a Damon formulando su informe diario y descendió a la cubierta principal. Blue Murphy estaba aguardando al pie de la escalera.

—¿Bueno, Murphy? —inquirió Fletcher. La cara roja y redonda mostraba el ceño fruncido.

—¿Agostino está ahí arriba?

Fletcher se detuvo sobre sus pasos.

—No.

—Debía haberme relevado hace media hora. No está en el dormitorio. No está en el comedor.

—Buen Dios —dijo Fletcher—. ¿Otro?

Murphy miró al océano por encima de su hombro.

—Lo vieron hace alrededor de una hora en el comedor.

—Ven. Vamos a registrar la balsa.

Buscaron por todas partes: la planta beneficiadora, la cúpula del mástil, todos los rincones y hendeduras que podría querer explorar un hombre. Todos los lanchones estaban amarrados; la lancha y el catamarán oscilaban en sus amarres; el helicóptero se recortaba en cubierta con sus aspas caídas.

No hallaron a Agostino en ningún sitio, a bordo de la balsa. Nadie sabía a dónde fue Agostino; nadie sabía cuándo había partido exactamente.

La tripulación de la balsa se reunió en el comedor, haciendo pequeños movimientos nerviosos, mirando el océano a través de las portañolas.

Fletcher pudo pensar muy poco qué decir:

—Cualquiera que sea la cosa que anda tras de nosotros, y no sabemos lo que es, puede sorprendernos y está alerta. Debemos ser

cuidadosos...

Murphy golpeó con suavidad con el puño sobre la mesa.

—Pero ¿qué podemos hacer? ¡No podemos esperar como vacas tontas!

—Sabria es teóricamente un planeta seguro —dijo Damon—. De acuerdo con Stryzkal y con el índice galáctico, no hay aquí formas hostiles de vida.

—Quisiera que el viejo Stryzkal estuviera aquí para decírmelo —rezongó Murphy.

—¿Puede regresarnos con sus teorías a Raight y a Agostino? —preguntó Dave Jones, Miró el calendario—. Falta un mes.

—Únicamente trabajaremos un turno —anunció Fletcher—, hasta que obtengamos reemplazos.

—Llámalos refuerzos —farfulló Mahlberg.

—Mañana —continuó Fletcher—, iré a explorar en la chinche de agua, para intentar tener idea de lo que está ocurriendo. Mientras tanto, será mejor que todos lleven hachas.

Se oyó un sonido suave en las ventanillas, afuera, sobre cubierta.

—Llueve —dijo Mahlberg. Consultó el reloj de pared—. Medianoche.

La lluvia siseaba en el aire, tamborileaba en los muros; el agua corría por cubierta y las luces del mástil brillaban a través de las ráfagas inclinadas.

Fletcher fue hasta las ventanillas y vio hacia la planta beneficiadora.

—Creo que será mejor que suspendamos el trabajo por esta noche. No hay razón para...

Fijó la mirada a través de la ventanilla y luego corrió hacia la puerta y salió a la lluvia.

El agua azotó su cara. Podía ver muy poco, además del resplandor de las luces en la lluvia. Y una apariencia de blanco a través del gris negro brillante de la cubierta, como una vieja manguera de color blanco, de plástico.

Se enredó en sus tobillos: sus pies fueron retirados del piso. Cayó sobre el metal mojado.

El sonido de pisadas se oyó tras él; hubo maldiciones excitadas, un ruido metálico y un roce; la presión en torno a los tobillos de Fletcher cedió.

Fletcher se levantó de un salto y se apoyó en el mástil.

—Hay algo en la planta beneficiadora —gritó.

Los hombres corrieron bajo la lluvia. Fletcher los siguió. Pero no había nada en la planta beneficiadora. Las puertas estaban abiertas de par en par; las salas se hallaban iluminadas. Los pulverizadores se encontraban a un lado y otro; detrás, los tanques de presión, las tinas, los tubos de seis colores distintos. Fletcher abrió el interruptor maestro; el zumbido y los chirridos de la maquinaria se apagaron.

—Vamos a cerrar y volvamos al dormitorio.

La mañana fue lo inverso del anoecer; primero la bruma verde de Atreo, calentándose a rosado mientras Gedeón se levantaba tras las nubes. Era un día turbulento, con turbonadas arrastrando cortinas oscuras en todas direcciones.

Fletcher desayunó, se vistió con un traje de una pieza, ceñido a la piel, con filamentos calefactores y luego un traje impermeable con escafandra de plástico.

La chinche de agua pendía de pescantes al extremo oriental de la balsa; una concha de plástico transparente, con las bombas selladas al centro, en una celda de metal. Al sumergirse, el casco se llenaba de agua a través de válvulas que después cerraban; la chinche podía sumergirse hasta 120 metros, resistiendo el casco alrededor de la mitad de la presión y el agua del interior el resto.

Fletcher se metió a la carlinga; Murphy conectó las mangueras de los tanques de aire a la escafandra y luego cerró y atornilló la portañola. Mahlberg y Hans Heinz hicieron oscilar hacia afuera los pescantes. Murphy fue a colocarse junto al control de izamiento; titubeó un momento, mirando el agua oscura con reflejos rosados, a Fletcher y nuevamente al agua.

Fletcher agitó la mano.

—Abajo.

Su voz salió de la bocina en el mamparo, atrás de ellos.

Murphy movió la manivela. La chinche descendió. El agua entró por las válvulas, subió en torno al cuerpo de Fletcher y por arriba de su cabeza. Subieron burbujas de la válvula de escape de la escafandra.

Fletcher probó las bombas y después largó las amarras. La chinche inclinó la proa en el agua, hacia abajo. Murphy suspiró:

—Tiene más valor del que es probable que tenga yo jamás.

—Puede escapar de cualquier cosa que esté tras él —comentó Damon—. Es posible que esté más seguro que nosotros aquí, en la balsa.

Murphy lo palmeó en el hombro.

—Damon, mi amigo... puedes trepar. Arriba del mástil estarás seguro; sería improbable que subieran a arrastrarte al agua —levantó la mirada a la cúpula, a treinta metros sobre cubierta—. Y creo que ahí sería a donde treparía yo... si alguien me llevara alimentos.

Heinz señaló al agua.

—Ahí van las burbujas. Pasó bajo la balsa. Ahora va hacia el norte.

El día se hizo tormentoso. Volaba espuma sobre la balsa y aventurarse a cubierta significaba quedar calado hasta los huesos. Las nubes se adelgazaron lo suficiente para mostrar las siluetas de Gedeón y de Atreo, de colores anaranjado sangriento y lima. Los vientos murieron repentinamente; el océano se aplanó en una calma ominosa. La tripulación estaba en el comedor, bebiendo café y hablando en voces repiqueteantes e intranquilas.

Damon se sintió inquieto y subió a su laboratorio. Volvió corriendo al comedor.

—Decabraquios... ¡están bajo la balsa! ¡Los vi desde la cubierta de observación!

Murphy se encogió de hombros.

—Están a salvo de mí.

—Me agradecería atrapar uno —dijo Damon—. Vivo.

—¿No tenemos ya suficientes dificultades? —gruñó Dave Jones.

Damon explicó con paciencia:

—No sabemos nada respecto a los decabraquios. Son una especie altamente desarrollada. Chrystal destruyó todos los datos que teníamos y necesito cuando menos un espécimen.

Murphy se levantó.

—Supongo que podemos pescar uno con una red.

—Bueno —aprobó Damon—. Prepararé el tanque grande para recibirlo.

La tripulación salió a cubierta; el tiempo se había hecho bochornoso. El océano estaba plano y oleoso; la bruma unía mar y firmamento en una suave graduación de color, de escarlata sucio

cerca de la balsa, a rosa pálido en el cénit.

El botalón se hizo girar; una red paracaídas le fue fijada y la bajaron poco a poco al agua. Heinz se puso junto al cabrestante; Murphy se inclinó sobre la barandilla, mirando atentamente al agua.

Una forma pálida salió de abajo de la balsa.

—¡Arriba! —bramó Murphy.

El cable se puso tenso con un chasquido; la red salió del agua en una cascada de espuma. En el centro se debatía un decabraquio de 1.85 metros, produciendo un ronquido con las agallas carentes de agua.

El botalón osciló hacia cubierta; la red se abrió; el decabraquio se deslizó al tanque de plástico.

Se lanzó de un lado a otro; el plástico se abollaba donde chocaba. Después, flotó en el centro, en calma, con los tentáculos de la cabeza plegados contra el torso.

Todos rodearon el tanque. El punto ocular negro los miraba a través de las paredes transparentes. Murphy preguntó a Damon:

—¿Ahora qué?

—Desearía que el tanque fuera izado junto al laboratorio, donde lo tenga cerca.

—Ahora mismo.

El tanque fue izado y colocado en el punto que había indicado Damon. Éste fue a planear su estudio, excitado.

La tripulación observó al decabraquio por diez o quince minutos y luego volvió al comedor.

Pasó el tiempo. Ráfagas de viento agitaban el océano. El magnavoz siseó a las dos; la tripulación se puso rígida y levantaron las cabezas.

La voz de Fletcher salió del diafragma:

—Hola, a bordo de la balsa. Estoy alrededor de dos millas al noroeste. Prepárense para izarme a bordo.

—¡Ja! —gritó Murphy, sonriendo—. Lo hizo.

—Ofrecí momios de cuatro a uno contra él —dijo Mahlberg—. Tuve suerte de que nadie los aceptara.

—Muévanse. Estará listo antes de que estemos dispuestos.

La tripulación salió en tropel al desembarcadero. La chinche de agua se acercó deslizándose sobre el océano, con el lomo brillante

cabalgando el negro desorden de las aguas.

Se deslizó hasta la balsa; los arpeos se fijaron en placas a proa y popa. El cabrestante gimió y la chinche fue izada, arrojando su lastre de agua.

En la carlinga, Fletcher parecía tenso y fatigado. Salió de la chinche tiesamente, se estiró, abrió el cierre de cremallera del traje impermeable y se quitó la escafandra.

—Bueno, volví —miró en torno suyo—. ¿Sorprendidos?

—Hubiera perdido dinero —replicó Mahlberg.

—¿Qué hallaste? —inquirió Damon—. ¿Algo?

Fletcher hizo movimientos afirmativos de cabeza.

—Bastante. Permítanme cambiarme de ropa. Estoy empapado... transpiración —se detuvo en su sitio, mirando el tanque sobre la cubierta del laboratorio—. ¿Cuándo subió eso a bordo?

—Lo pescamos alrededor del mediodía —contestó Murphy—. Damon quería estudiar uno.

Fletcher permaneció mirando el tanque, con los hombros hundidos.

—¿Algo malo? —preguntó Damon.

—No —respondió Fletcher—. No podría ser peor de como está.

Se volvió hacia el dormitorio.

La tripulación lo esperó en el comedor; apareció veinte minutos más tarde. Se sirvió una taza de café y tomó asiento.

—Bueno —princió—. No puedo estar seguro... pero parece que estamos en dificultades.

—¿Decabraquios? —inquirió Murphy.

Fletcher movió la cabeza afirmativamente.

—¡Lo sabía! —chilló Murphy triunfante—. Puede decirse, viendo a esos fanfarrones, que no son buenos.

Damon frunció el ceño, desaprobando los juicios emotivos.

—¿Cuál es la situación? —preguntó a Fletcher—. Cuando menos, en tu opinión.

Fletcher eligió sus palabras con cuidado.

—Están ocurriendo cosas que ignorábamos. En primer lugar, los decabraquios tienen organización social.

—¿Quieres decir... son inteligentes?

Fletcher movió la cabeza.

—No lo sé con seguridad. Es posible. Es igualmente posible que

vivan por instinto, como los insectos sociales.

—¿Cómo...? —comenzó Damon.

Fletcher levantó una mano.

—Les diré lo que sucedió; después podrán hacer preguntas.

Bebió su café.

—Cuando me sumergí estaba alerta, naturalmente y mantuve los ojos bien abiertos. Me sentía bastante seguro en la chinche de agua; pero han estado ocurriendo cosas extrañas y me puse un poco nervioso.

"Tan pronto como estuve en el agua, vi los decabraquios... cinco o seis de ellos.

Hizo una pausa para beber café.

—¿Qué estaban haciendo? —preguntó Damon.

—No mucho. Flotando cerca de un gran monitor que se había adherido a las algas. El brazo estaba colgando como un cable, hasta perderse de vista. Acerqué la chinche para ver qué harían los deca; comenzaron a retroceder. No deseaba perder mucho tiempo bajo la balsa, así que viré al norte, hacia los piélagos. A la mitad del trayecto vi una cosa rara; de hecho, la dejé atrás y regresé a echar otro vistazo.

"Había alrededor de una docena de deca. Tenían un monitor... y éste era realmente grande. Un gigante. Se encontraba colgando de una serie de globos o burbujas; una especie de cápsulas que lo mantenían flotando y los deca estaban moviéndolas. En esta dirección.

—En esta dirección, ¿eh? —musitó Murphy.

—¿Qué hiciste? —inquirió Manners.

—Bueno, quizá todo era una incursión inocente; pero no quise correr riesgos. El brazo de este monitor sería como una guindaleza. Volví la chinche hacia las burbujas, hice estallar algunas y esparcí el resto. El monitor cayó como una piedra. Los deca se dispersaron en varias direcciones. Pensé que había ganado ese asalto. Seguí hacia el norte y muy pronto llegué a donde principia la pendiente hacia los piélagos. Navegaba alrededor de seis metros bajo el agua; entonces descendí a sesenta. Por supuesto, tuve que encender las luces; este resplandor rojo no penetra demasiado bien a través del agua —Fletcher tomó otro trago de café—. Todo el trayecto hasta los piélagos había estado pasando sobre bancos de coral y rodeando

bosques de algas. Donde la repisa descende a los piélagos, el coral llega a ser algo fantástico; supongo que hay más movimiento de aguas, más nutrimento, más oxígeno. Crece a treinta metros de altura, en espiras y torres, sombrillas, plataformas, arcos blancos, azules pálidos, verdes pálidos.

"Llegué a la orilla de una fosa. Fue una conmoción; en un minuto mis luces estaban sobre el coral, todos esos pináculos y torres blancas; luego, no había nada. Me hallaba sobre los piélagos. Me puse un poco nervioso —Fletcher sonrió—. Irracional, por supuesto. Consulté el indicador de profundidad. El fondo se encontraba 360 metros más abajo. Aun así, no me gustó y viré una y otra vez. Entonces noté luces a mi derecha. Viré y fui a investigar. Las luces se extendieron como si estuviera volando sobre una ciudad... y eso era.

—¿Decabraquios? —preguntó Damon.

Fletcher movió la cabeza afirmativamente.

—Decabraquios.

—¿Quieres decir... que la construyeron ellos mismos? ¿Con luces y todo?

Fletcher frunció el ceño.

—No. Dude estar seguro de eso. El coral había crecido en formas que les proporcionó pequeños cubículos, de los que entraban y salían nadando, para hacer lo que desearan hacer en una casa. Ciertamente, no necesitan protección de la lluvia. No construyeron esas grutas de coral en el sentido que nosotros construimos una casa; pero tampoco parecía coral natural. Es como si hubieran hecho crecer el coral de manera conveniente para ellos.

—Entonces son inteligentes —comentó Murphy en tono dudoso.

—No, no por necesidad. Después de todo, las avispas construyen nidos complicados sin más equipo que un conjunto de instintos.

—¿Cuál es tu opinión? —preguntó Damon—. ¿Qué impresión te causaron?

Fletcher movió la cabeza.

—No puedo estar seguro. No sé qué clase de cartabones aplicar. «Inteligencia» es una palabra que significa muchas cosas diferentes y el modo como la utilizamos generalmente es artificial y especializado.

—No te comprendo —dijo Murphy—. ¿Quieres decir que estos

deca son inteligentes o que no lo son?

Fletcher rió.

—¿Somos inteligentes los hombres?

—Seguro. Cuando menos, eso dicen.

—Bueno, lo que estoy intentando explicar, es que no podemos usar la inteligencia del hombre como medida para la mente de los decabraquios. Tenemos que juzgarlos de acuerdo con un conjunto de valores distintos... valores de los decabraquios. Los hombres empleamos herramientas de metal, cerámica, fibra; materia inorgánica, cuando menos muerta. Puedo imaginar una civilización que dependa de implementos vivientes... criaturas especializadas que utiliza el grupo dominante para propósitos especiales. Supongan que los decabraquios viven sobre esta base. Obligan al coral a crecer en la forma que quieren. Emplean los monitores como pescantes, o cabrias, o trampas, o para atrapar algo fuera del agua.

—Entonces, aparentemente —repuso Damon—, crees que los decabraquios son inteligentes.

Fletcher movió la cabeza.

—Inteligencia es sólo una palabra, una cuestión de definición. Lo que hacen los deca puede no ser susceptible a la definición humana.

—No entiendo —dijo Murphy, acomodándose en su silla.

Damon insistió:

—No soy un metafísico o un semántico. Pero me parece que podríamos aplicar o tratar de aplicar una prueba crucial.

—¿Qué diferencia constituye una cosa u otra? —inquirió Murphy.

—Una gran diferencia, en lo relativo a la ley —replicó Fletcher.

—Ah —dijo Murphy—, la doctrina de la responsabilidad.

Fletcher movió la cabeza afirmativamente.

—Podríamos ser sacados del planeta por herir o matar autóctonos inteligentes. Se ha hecho.

—Es verdad —admitió Murphy—. Yo estaba en Al-kaid II, cuando la corporación Graviton se metió en esa clase de dificultades.

—Entonces, si los deca son inteligentes, tendremos que ser cuidadosos. Por eso miré dos veces cuando vi el deca en el tanque.

—Bueno... ¿son o no son? —preguntó Mahlberg.

—Hay una prueba crucial —repitió Damon.

La tripulación lo miró expectante.

—¿Bueno? Escúpela —pidió Murphy.

—La comunicación.

Murphy movió la cabeza, pensativo.

—Parece tener sentido —miró a Fletcher—. ¿Los notaste comunicándose?

Fletcher movió la cabeza negativamente.

—Mañana llevaré una cámara y una grabadora. Entonces lo sabremos con seguridad.

—A propósito —dijo Damon—, ¿por qué estabas preguntando respecto al niobio?

Fletcher casi lo había olvidado.

—Chrystal tenía sobre su escritorio un cubo de niobio. O tal vez lo tenía. No estoy seguro.

Damon afirmó con movimientos de cabeza.

—Bueno, puede ser una coincidencia, pero los deca están cargados de él.

Fletcher lo miró fijamente.

—Está en su sangre y hay una fuerte concentración en sus órganos internos.

Fletcher detuvo su taza a medio camino hacia su boca.

—¿Bastante para aprovecharlo?

Damon hizo movimientos afirmativos de cabeza.

—Tal vez cien gramos o más en el organismo.

—Bueno, bueno —comentó Fletcher—. Eso es en verdad muy interesante.

Llovió durante la noche: comenzó un gran viento que levantaba e impulsaba la lluvia y la espuma. La mayor parte de la tripulación se había retirado a dormir; todos, excepto Dave Jones el dispensero y Manners el operador de radio, quienes estaban jugando un partido de ajedrez.

Un nuevo sonido se elevó sobre el viento y la lluvia: un gemido metálico, un disorde crujido que al fin se hizo demasiado fuerte para ignorarlo. Manners se levantó de un salto y fue a la ventanilla.

—¡El mástil!

Pudo verse difusamente, a través de la lluvia, oscilando como un junco, aumentando su arco de oscilación cada vez.

—¿Qué podemos hacer?

Un grupo de tensores se rompió.

—Ahora nada.

—Llamaré a Fletcher.

Jones corrió por el pasillo hacia el dormitorio.

El mástil dio un tirón repentino, permaneció dos segundos en un ángulo inestable y luego se desplomó sobre la planta beneficiadora.

Fletcher apareció y fue a mirar por la ventanilla. Sin la luz del mástil, la balsa estaba oscura y ominosa. Fletcher se encogió de hombros y se volvió.

—No podemos hacer nada esta noche. Le costaría la vida a un hombre salir a cubierta.

Por la mañana, el examen de los desperfectos reveló que dos de los tensores habían sido aserrados o cortados completamente. El mástil, de construcción ligera, fue cortado con rapidez y los segmentos torcidos arrastrados a un rincón de la cubierta. La balsa parecía calva y plana.

—Alguien o algo —dijo Fletcher—, está ansioso por causarnos tantas dificultades como sea posible.

Miró sobre el océano cargado de rosa, hacia donde flotaba la balsa de recuperaciones pelágicas, más allá del alcance de su vista.

—Al parecer —observó Damon—, te refieres a Chrystal.

—Tengo sospechas.

Damon miró a través del océano.

—Yo estoy prácticamente seguro.

—Las sospechas no son pruebas —comentó Fletcher—. En primer lugar, ¿qué esperaríamos ganar Chrystal atacándonos?

—¿Qué ganarían los decabraquios?

—No sé —respondió Fletcher—. Me agradaría saberlo.

Fue a vestirse con el traje submarino.

La chinche de agua fue dispuesta. Fletcher enchufó una cámara en la montadura externa y conectó una grabadora de sonido a un diafragma sensible, en el casco. Se sentó y corrió la ampolla sobre su cabeza.

La chinche de agua fue bajada al océano. Se llenó de agua y su lomo brillante desapareció bajo la superficie.

La tripulación parcheó el techo de la planta beneficiadora y después arboló una antena.

Pasó el día; vino el crepúsculo y la noche color ciruela.

El magnavoz siseó y farfulló; la voz de Fletcher, cansada y tensa, dijo:

—Dispónganse. Ya voy.

La tripulación se reunió junto a la batayola, esforzando la mirada a través de la penumbra.

Uno de los frentes de ola, con brillo opaco, mantuvo su forma, se acercó más y se convirtió en la chinche de agua.

Los arpeos fueron bajados; la chinche de agua desalojó su lastre y fue izada hasta sus calzos.

Fletcher saltó a cubierta y se apoyó contra uno de los pescantes.

—He tenido bastante inmersión para algún tiempo.

—¿Qué descubriste? —preguntó Damon ansiosamente.

—Tengo todo filmado. Lo exhibiré tan pronto como deje de sonarme la cabeza.

Tomó un baño caliente, después bajó al comedor y comió un plato de estofado que puso Jones frente a él, mientras Manners pasaba la película que había filmado Fletcher, de la cámara al proyector.

—Me he decidido respecto a dos cosas —dijo Fletcher—. Primera, los decas son inteligentes. Segundo, si se comunican unos con otros, es por medios imperceptibles para los seres humanos.

Damon parpadeó, sorprendido e insatisfecho.

—Eso es caso una contradicción.

—Nada más observa. Podrás verlo por ti mismo.

Manners puso en marcha el proyector; la pantalla se iluminó.

—Los primeros pocos metros de película no muestran mucho —señaló Fletcher—. Navegué directamente al extremo de la repisa y recorrí la orilla de los piélagos. Cae como el fin del mundo... a plomo. Hallé una gran colonia alrededor de diez millas al oeste de la que encontré ayer; casi una ciudad.

—«Ciudad» implica civilización —afirmó Damon con voz didáctica.

Fletcher se encogió de hombros.

—Si civilización significa manejo del medio —he oído esa definición en algún sitio— entonces son civilizados.

—¿Pero no se comunican?

—Estudia la película tú mismo.

La pantalla estaba oscura, con el color del océano.

—Hice un rodeo sobre los piélagos —dijo Fletcher—, apagué mis luces, puse en funcionamiento la cámara y me aproximé lentamente.

Una constelación pálida apareció en el centro de la pantalla, separándose como un enjambre de centellas. Brillaron y se expandieron; tras ellas, aparecieron las siluetas elevadas y difusas de minaretes, torres, espiras y espigas de coral. Se definieron al acercarse Fletcher. La voz grabada salió de la pantalla: «Estas formaciones varían en altura de quince a sesenta metros, en un frente de alrededor de ochocientos metros».

La imagen se amplió. Aparecieron agujeros negros en la fachada de las espiras; pálidas formas de decabraquios entraban y salían nadando. «Noten el área frente a la colonia,» dijo la voz. «Parece ser una repisa o un patio de almacenamiento. A partir de aquí es difícil ver; descenderé alrededor de treinta metros».

La imagen cambió; la pantalla se oscureció. «Ahora estoy descendiendo; el indicador de profundidad marca 110 metros... 115... no puedo ver demasiado bien; espero que la cámara esté captándolo todo».

—Ahora están viendo mejor de lo que pude ver yo —comentó Fletcher—; las áreas luminosas en el coral no brillan con demasiada intensidad allá abajo.

La pantalla mostró la base de las estructuras de coral y un banco casi plano de quince metros de anchura. La cámara hizo un giro rápido y atisbo sobre el borde, a la negrura.

—Estaba curioso —explicó Fletcher—. El banco no parecía natural. No lo es. ¿Notan los perfiles hacia abajo? Escasamente son perceptibles. La repisa es artificial... una terraza, un pórtico anterior.

La cámara volvió a apuntar al banco, que pareció estar marcado en áreas de color con diferenciación.

La voz de Fletcher dijo: «Esas áreas coloridas son como arriates en un jardín... hay una clase diferente de planta, hierba o animal en cada una de ellas. Me acercaré más. Aquí hay monitores». La pantalla mostró dos o tres docenas de hemisferios pesados y después pasó a lo que parecían ser anguilas con filos aserrados a lo largo de sus costados, adheridas al banco por una ventosa. Luego

había flotadores y después un gran número de conos de color negro, con colas sueltas muy largas.

—¿Qué los mantiene allí? —preguntó Damon en tono asombrado.

—Tendrás que preguntarlo a los decabraquios —respondió Fletcher.

—Lo haría si supiera cómo.

—Todavía no he visto nada inteligente —comentó Murphy.

—Observa —dijo Fletcher.

Un par de decabraquios entraron nadando a escena, mirando con las manchas oculares negras a los hombres que estaban en el comedor, desde la pantalla.

«Decabraquios», observó la voz de Fletcher desde la pantalla.

—Hasta entonces, creo que no me habían notado —comentó Fletcher en persona—. No llevaba luces ni me recortaba contra el fondo. Quizá sintieron la bomba.

Los decabraquios se volvieron al mismo tiempo y descendieron bruscamente hacia la repisa.

—Noten —dijo Fletcher—. Vieron un problema y la misma solución se les ocurrió a ambos simultáneamente. No hubo comunicación.

Los decabraquios se habían reducido a manchas pálidas contra una de las áreas oscuras de la repisa.

—Yo no sabía lo que estaba sucediendo —siguió diciendo Fletcher—, pero decidí cambiar de sitio. Y entonces (la cámara no muestra esto) sentí golpes en el casco, como si alguien estuviera lanzando piedras. No pude ver lo que ocurría hasta que algo golpeó la cúpula frente a mi cara. Era un pequeño torpedo con nariz larga, como una aguja de tejer. Me retiré rápidamente, antes que los deca pudieran intentar alguna otra cosa.

La pantalla se apagó. La voz de Fletcher informó: «Estoy fuera de los piélagos, navegando paralelo al borde de los mismos». Formas indeterminadas nadaron a través de la pantalla, sombras difusas borradas por la distancia submarina.

—Volví por el borde de la repisa —explicó Fletcher—, y hallé la colonia que vi ayer.

Una vez más, la pantalla mostró espiras, estructuras elevadas de colores azul pálido, verde pálido, marfil. «Estoy aproximándome»,

anunció la voz de Fletcher. «Voy a mirar al interior de uno de esos agujeros». Las torres se agrandaron; adelante había un agujero oscuro.

—Aquí encendí la luz de proa —comentó Fletcher.

El agujero negro se convirtió repentinamente en una brillante cámara cilíndrica de quince metros de profundidad. Las paredes estaban adornadas con globos de colores brillantes, como esferas de árbol de Navidad. Un decabraquio flotaba en el centro de la cámara. Tentáculos traslúcidos que terminaban en perillas se extendían desde los muros de la cámara y parecían estar golpeando y amasando el terso cuero, como de foca, de la criatura.

—Parece que al deca no le agradó que lo espiara —dijo Fletcher.

El decabraquio se retiró al fondo de la cámara; los tentáculos desaparecieron rápidamente en las paredes.

—Atisbé al interior del agujero siguiente.

Otro orificio negro se convirtió en una cámara brillante al iluminarlo el fanal. Un decabraquio flotaba en calma, sosteniendo una esfera de jalea rosada ante su ojo. No se veían los tentáculos del muro.

—Éste no se movió —comentó Fletcher—. Estaba dormido, o hipnotizado, o demasiado atemorizado. Iba a retirarme... y sentí el golpe más horrible. Creí que me encontraba perdido.

En la pantalla, la imagen dio un gran salto. Algo oscuro pasó adelante y se hundió en las profundidades.

—Levanté la mirada —continuó Fletcher—. No pude ver otra cosa que cerca de una docena de deca. Aparentemente habían llevado una gran roca hasta encima de mí y la dejaron caer. Puse a funcionar la bomba y me dirigí de regreso a casa.

La pantalla se apagó. Damon estaba impresionado.

—Convengo en que muestran patrones de comportamiento inteligente. ¿Captaste algunos sonidos?

—Ninguno. Tuve la grabadora funcionando todo el tiempo. Ni una vibración, excepto los golpes en el casco.

La cara de Damon tenía una mueca insatisfecha.

—Deben comunicarse en alguna forma; de otra manera, ¿cómo puede entenderse?

—No pueden, a menos que sean telépatas —respondió Fletcher—. Los observé cuidadosamente. No hacen sonidos o movimientos

entre ellos... ninguno en absoluto.

—¿No podrían emitir ondas de radio? —inquirió Manners—. ¿O infrarrojas?

—El del tanque no lo hace —replicó Damon malhumorado.

—Oh, vamos —intervino Murphy—, ¿no hay razas inteligentes que no se comunican?

—Ninguna —contestó Damon—. Emplean distintos métodos, sonidos, señales, radiación; pero todas se comunican.

—¿Qué dices de la telepatía? —sugirió Heinz.

—Nunca hemos tropezado con ella; no creo que la hallemos aquí —respondió Damon.

—Mi teoría personal —dijo Fletcher—, es que piensan igual, así que no necesitan comunicarse.

Damon movió la cabeza con expresión de duda.

—Supongamos que trabajan sobre una base de coordinación comunal —siguió Fletcher—. Que ése es el modo como han evolucionado. Los hombres son individualistas; necesitan la palabra. Los deca son idénticos: tienen noción de lo que está sucediendo, sin necesidad de palabras —reflexionó unos segundos—. Supongo, en cierto sentido, que se comunican. Por ejemplo, un deca quiere extender el jardín frente a su torre. Posiblemente espera hasta que se aproxima otro deca y entonces lleva una piedra, indicando lo que desea hacer.

—Comunicación por ejemplo —observó Damon.

—Es verdad... si puedes llamarla comunicación. Eso permite un grado de cooperación; pero está claro que no permite la charla, los proyectos para el futuro o la tradición del pasado.

—¿Quizá ni la noción del tiempo! —exclamó Damon.

—Es difícil estimar su inteligencia nativa. Podría ser notablemente elevada o podría ser baja; la falta de comunicación debe de ser un obstáculo terrible.

—Con obstáculo o sin él —comentó Mahlberg—, nos tienen corriendo.

—¿Y por qué? —gritó Murphy, golpeando la mesa con su gran puño rojo—. Ésa es la cuestión. Nunca los hemos molestado. Y de pronto desaparece Raight y después Agostino. Y perdemos el mástil. ¿Quién sabe en qué pensarán esta noche? ¿Por qué? Eso es lo que deseo saber.

—Ésa es una pregunta que voy a hacer mañana a Ted Chrystal —dijo Fletcher.

Fletcher se vistió con un tejido azul limpio, desayunó en silencio y fue a la cubierta de vuelo.

Mulphy y Mahlberg habían retirado los cables y limpiado la película de sal de la cúpula.

Fletcher trepó a la cabina y dio vuelta a la perilla de inspección. Luz verde; todo en orden.

—Tal vez sea mejor que vayamos contigo, Sam —sugirió Murphy semiesperanzado—, si hay posibilidad de dificultades.

—¿Por qué habría de haberlas?

—Creo a Chrystal capaz de cualquier cosa.

—Yo también —admitió Fletcher—. Pero... no habrá dificultades.

Puso en marcha las aspas; el helicóptero se elevó, se alejó de la balsa y voló hacia el noreste. Biominerales se convirtió en una pizarra brillante en la mancha irregular de algas.

El día estaba oscuro, bochornoso, sin viento, aparentemente preparándose para una de esas tremendas tormentas eléctricas que azotaban cada pocas semanas. Fletcher aceleró, esperando concluir su misión tan pronto como fuera posible.

Millas de océano se deslizaron y pasaron; Recuperaciones Pelágicas apareció adelante.

Veinte millas al sudoeste de la balsa, Fletcher alcanzó a un pequeño lanchón cargado de materia prima para los maceradores y columnas de lavado de Chrystal: notó que había dos hombres a bordo, ambos agazapados dentro de la cúpula de plástico. Quizá también Recuperaciones Pelágicas estaba teniendo dificultades, pensó Fletcher.

La balsa de Chrystal era poco diferente de Biominerales, excepto que el mástil aún se elevaba desde la cubierta central y que la planta beneficiadora se hallaba en actividad. No habían suspendido el trabajo, cualesquiera que fuesen sus dificultades.

Fletcher hizo descender el helicóptero sobre la cubierta de vuelo. Cuando las aspas dejaron de girar, Chrystal salió de su oficina; un hombre grande, rubio, con cara redonda, burlona.

Fletcher saltó a cubierta.

—Hola, Ted —saludó con voz cautelosa.

Chrystal se aproximó con una sonrisa jovial.

—¡Hola, Sam! Hacía mucho que no te veía —le estrechó la mano vivamente—. ¿Qué hay de nuevo en Biominerales? Por supuesto, sentí mucho lo ocurrido a Carl.

—De eso es de lo que quiero hablar —Fletcher miró en torno suyo. Dos de la tripulación estaban observando—. ¿Podemos entrar a tu oficina?

—Seguro, por todos conceptos —Chrystal mostró el camino a la oficina y abrió la puerta—. Adelante.

Fletcher entró a la oficina. Chrystal se puso tras su escritorio.

—Toma asiento —se sentó en su sillón—. Ahora ¿qué sucede? Pero antes, ¿quieres un trago? Te gusta el escocés, según recuerdo.

—Hoy no, gracias —Fletcher se movió en su silla—. Ted, estamos en contra de un problema serio aquí en Sabría y será mejor que hablemos con claridad respecto a él.

—Ciertamente —aceptó Chrystal—. Adelante.

—Carl Raight murió. Y Agostino.

Las cejas de Chrystal se elevaron, asombradas.

—¿También Agostino? ¿Cómo?

—No lo sabemos. Nada más desapareció.

Chrystal tomó un instante para digerir la información. Después movió la cabeza, perplejo.

—No puedo comprenderlo. Nunca habíamos tenido dificultades así.

—¿No está ocurriendo nada aquí?

Chrystal frunció el ceño.

—Bueno... nada que valga la pena mencionar. Tu llamada nos puso en guardia.

—Los decabraquios parecen ser responsables.

Chrystal frunció los labios y parpadeó, pero no dijo nada.

—¿Has estado persiguiendo decabraquios, Ted?

—Vamos, Sam... —Chrystal titubeó, tamborileando con los dedos sobre el escritorio—. Ésa difícilmente es una pregunta limpia. Aunque estuviéramos trabajando con decabraquios o pólipos, o pepinos de mar, o anguilas, no creo que desearía decírtelo, en un sentido o en otro.

—No estoy interesado en tus secretos de negocios —dijo Fletcher—. El punto es éste: los decabraquios parecen ser una

especie inteligente. Tengo razones para pensar que estás industrializándolos para extraerles su contenido de niobio. Al parecer están haciendo lo posible por tomar represalias y no les importa contra quién sea. Han matado a dos de mis hombres. Tengo derecho a saber qué está ocurriendo.

Chrystal movió la cabeza afirmativamente.

—Puedo entender tu punto de vista; pero no sigo tu cadena de razonamiento. Por ejemplo, me informaste que un monitor había arrastrado a Raight. Ahora dices que fueron decabraquios. Además, ¿qué te conduce a creer que estoy extrayendo niobio?

—No tratemos de engañarnos, Ted.

Chrystal pareció aturdido y luego molesto.

—Cuando aún trabajabas para Biominerales —siguió Fletcher—, descubriste que los deca estaban llenos de niobio. Borraste toda esa información de las tarjetas, conseguiste ayuda económica y construiste esta balsa. Desde entonces has estado pescando decabraquios.

Chrystal se inclinó hacia atrás, estudiando a Fletcher fríamente.

—¿No estás llegando a conclusiones apresuradas?

—Si es así, todo lo que tienes que hacer es negarlo.

—Tu actitud no es muy agradable, Sam.

—No vine para ser agradable. Hemos perdido dos hombres y también nuestro mástil. Hemos tenido que suspender el trabajo.

—Siento oír eso... —principió Chrystal.

—Hasta ahora te he concedido el beneficio de la duda, Chrystal —lo interrumpió Fletcher.

Ted pareció sorprendido.

—¿Cómo dices?

—Estoy suponiendo que no sabías que los deca son inteligentes, que están protegidos por el Acta de Responsabilidad.

—¿Bueno?

—Ahora ya lo sabes. No tienes la excusa de la ignorancia.

Chrystal guardó silencio unos segundos.

—Bueno, Sam... ésas son afirmaciones un tanto asombrosas.

—¿Las niegas?

—¡Por supuesto, las niego! —exclamó Chrystal en una explosión de energía.

—¿No estás industrializando decabraquios?

—Despacio. Después de todo, Sam, ésta es mi balsa. No puedes venir y hostilizarme. Es tiempo de que lo entiendas.

Fletcher se retiró un poco, como si la mera proximidad de Chrystal fuera desagradable.

—No estás dándome una respuesta clara.

Chrystal se inclinó hacia atrás en su sillón y unió los dedos, inflando las mejillas.

—No intento hacerlo.

La barcaza que había pasado Fletcher en el trayecto estaba acercándose a la balsa. Fletcher la miró colocarse contra el embarcadero y fijar sus arpeos. Preguntó:

—¿Qué hay en ese lanchón?

—Francamente, no es nada que te importe.

Fletcher se levantó y fue hasta la ventana. Chrystal produjo sonidos inquietos de protesta. Fletcher lo ignoró. Los dos tripulantes de la barcaza no habían salido de la cabina de control. Parecían estar esperando una plancha que estaba siendo colocada en posición por el botalón de carga.

Fletcher observó con curiosidad y asombro crecientes. La plancha se encontraba construida como una partesa, con altas paredes de madera contrachapeada.

Se volvió hacia Chrystal.

—¿Qué está ocurriendo afuera?

Chrystal estaba mordiéndose el labio inferior, con la cara roja.

—Sam, vienes estallando, haciendo acusaciones descabelladas, insultándome de complicación y no digo una palabra. Trato de tomar en cuenta la tensión bajo la cual estás; aprecio la buena voluntad entre ambos grupos. Te enseñaré algunos documentos que demostrarán de una vez por todas...

Comenzó a buscar entre un mazo de diferentes panfletos. Fletcher continuaba junto a la ventana, con un ojo a Chrystal y un ojo a lo que ocurría afuera, en cubierta.

La plancha fue puesta en posición; los tripulantes de la barcaza estaban preparados para desembarcar.

Fletcher decidió ver lo que sucedía. Se encaminó a la puerta. La cara de Chrystal se puso rígida y helada.

—¡Sam, estoy advirtiéndote que no salgas!

—¿Por qué no?

—Porque yo lo digo.

Fletcher abrió la puerta. Chrystal hizo un movimiento para saltar de su sillón y luego se dejó caer sentado, lentamente.

Fletcher salió y cruzó la cubierta hacia el lanchón. Un hombre lo vio a través de la ventana de la planta de beneficio e hizo ademanes apremiantes.

Sam vaciló y después se volvió a mirar la barcaza. Un par de pasos más y tendría a la vista la bodega. Avanzó, estiró el cuello. Con el rabillo del ojo, vio que los ademanes del hombre se hacían frenéticos y, entonces, el hombre desapareció de la ventana.

La bodega estaba llena de decabraquios blancos y flácidos.

—¡Atrás, tonto! —gritó alguien desde la planta beneficiadora.

Quizá un sonido leve avisó a Fletcher; en vez de retirarse hacia atrás, se tiró sobre cubierta. Un pequeño objeto voló sobre su cabeza, viniendo del océano, con un peculiar sonido de aleteo. Pegó en un mamparo y cayó... un torpedo como pez, con una larga trompa aguzada. Se aproximó aleteando a Fletcher, quien se levantó y corrió, agazapado y zigzagueando, hacia la oficina.

Dos más de los dardos como peces pasaron a centímetros de él; Sam se lanzó a la oficina a través de la entrada.

Chrystal no se había movido de su escritorio. Fletcher se aproximó a él, jadeando.

—Es una lástima que no haya sido tocado, ¿verdad?

—Te previne que no salieras.

Sam volvió a mirar al exterior. Los tripulantes del lanchón corrieron por la plancha cubierta a la planta beneficiadora. Un cardumen de peces dardos salió del agua, pegando en la madera contrachapeada. Fletcher se volvió hacia Chrystal.

—Vi decabraquios en esa barcaza. Cientos de ellos.

Chrystal había recobrado la compostura que había perdido.

—Bueno. ¿Y qué?

—Tú sabes tan bien como yo que son inteligentes.

Chrystal movió la cabeza sonrientemente. Sam estaba encolerizándose.

—¡Estás arruinando Sabría para todos!

Chrystal levantó una mano.

—Calma, Sam. Los peces son peces.

—No cuando son inteligentes y matan hombres en represalia.

Chrystal movió la cabeza otra vez.

—¿Son inteligentes?

Fletcher aguardó hasta que pudo controlar su voz.

—Sí. Lo son.

—¿Cómo lo sabes? ¿Has hablado con ellos?

—Naturalmente, no he hablado con ellos.

—Exhiben algunos patrones sociales. También las focas.

Sam se acercó más y miró con furia a Chrystal.

—No voy a discutir definiciones contigo. Quiero que dejes de cazar decabraquios, porque estás poniendo en peligro las vidas a bordo de ambas balsas.

Chrystal se inclinó un poco hacia atrás.

—Vamos, Sam, sabes que no puedes intimidarme.

—Has asesinado a dos hombres; yo escapé hoy tres veces por centímetros. No voy a correr esa clase de peligro para poner dinero en tu bolsillo.

—Estás haciendo conclusiones apresuradas —protestó Chrystal—. En primer lugar, no has probado...

—¡He probado lo suficiente! ¡Tienes que dejar de hacerlo, eso es todo!

Chrystal movió la cabeza lentamente.

—No veo cómo vas a impedirlo, Sam —sacó la mano de abajo del escritorio; llevaba en ella una pequeña pistola—. Nadie va a intimidarme en mi propia balsa.

Fletcher reaccionó al instante, tomando a Chrystal por sorpresa. Sujetó la muñeca de Chrystal y la golpeó comía el ángulo del escritorio. El arma se disparó, abrió un surco en el escritorio y cayó de los dedos sin fuerza, de Chrystal al suelo. Chrystal siseó y maldijo, se inclinó a recogerla, pero Fletcher saltó por encima del escritorio y empujó al hombre hacia atrás en su sillón. Chrystal lanzó una patada a la cara de Fletcher, conectando un golpe en su mejilla y haciéndolo caer de rodillas.

Ambos hombres se lanzaron sobre la pistola. Sam la tomó, se levantó y retrocedió hasta la pared.

—Ahora sabemos donde estamos.

—¡Suelta esa pistola!

Fletcher movió la cabeza.

—Estoy poniéndote bajo arresto; arresto civil. Vendrás a

Biominales hasta que llegue el inspector.

Chrystal pareció atónito.

—¿Qué?

—Dije que voy a llevarte a la balsa de Biominales. El inspector llegará en tres semanas y te entregaré a él.

—Estás loco, Fletcher.

—Quizá. Pero no estoy aceptando riesgos contigo —Fletcher hizo un movimiento con la pistola—. Muévete. Al helicóptero.

Chrystal cruzó los brazos fríamente.

—No voy a moverme. No puedes asustarme con una pistola.

Fletcher levantó el arma, apuntó y oprimió el gatillo. La lengua de fuego rozó el trasero de Chrystal. Ted saltó, llevando una mano a la quemadura.

—El disparo siguiente será bastante más cerca —dijo Fletcher.

Chrystal lo miró como un jabalí desde un zarzal.

—¿Sabes que puedo acusarte de plagio?

—No estoy secuestrándote. Estoy arrestándote.

—Demandaré a Biominales por todo lo que tienen.

—A menos que Biominales te demande antes. ¡Muévete!

Toda la tripulación recibió al helicóptero; Damon, Blue Murphy, Manners, Hans Heinz, Mahlberg y Dave Jones. Chrystal saltó altivamente a cubierta y recorrió con la mirada a los hombres con quienes había trabajado en un tiempo.

—Tengo algo que decirles.

La tripulación lo miró en silencio. Chrystal señaló a Fletcher con el pulgar encorvado.

—Sam se metió en dificultades. Le dije que lo voy a demandar y eso es lo que voy a hacer —miró de cara en cara—. Si lo ayudan resultarán cómplices. Les aconsejo que le quiten esa pistola y me lleven a mi balsa.

Miró en torno suyo, pero nada más encontró frialdad y hostilidad. Se encogió de hombros en actitud colérica.

—Muy bien, recibirán el mismo castigo que Fletcher. El plagio es un delito grave.

—¿Qué haremos con la alimaña? —preguntó Murphy a Fletcher.

—Encerrarlo en el cuarto de Carl; ése es el mejor lugar para él. Vamos, Chrystal.

De regreso en el comedor, después de encerrar a Chrystal, Sam

dijo a la tripulación:

—No necesito prevenirlos, tengan cuidado con Chrystal. Es tramposo. No le hablen. No le hagan mandados de ninguna especie. Si quiere algo, llámenme. ¿Entendieron todos?

—¿No estamos metiéndonos en honduras? —inquirió Damon en tono de duda.

—¿Tienes alguna proposición? Ciertamente, estoy dispuesto, a escucharla.

Damon pensó.

—¿No aceptaría dejar de cazar decabraquios?

—No. Se negó de modo terminante.

—Bueno —admitió Damon de mala gana—. Creo que estamos haciendo lo apropiado. Pero tenemos que probar una acusación. Al inspector no le importará si Chrystal engañó o no a Biominerales.

—Si algo sale contra nosotros, aceptaré toda la responsabilidad —protestó Fletcher—. Tonterías —repuso Murphy—. Todos estamos juntos en esto. Digo que hiciste bien. De hecho, debíamos entregarlo lo más rápido posible a los deca y ver lo que le decían.

Después de unos minutos, Fletcher y Damon subieron al laboratorio, para ver al decabraquio cautivo. Flotaba tranquilamente en el centro del tanque, con los diez brazos en ángulo recto con su cuerpo y el área ocular, negra, mirando a través del plástico.

—Si es inteligente —observó Fletcher—, debe estar tan interesado en nosotros como lo estamos nosotros de él.

—No estoy tan seguro de que sea inteligente —replicó Damon tercamente—. ¿Por qué no trata de comunicarse?

—Espero que el inspector no piense sobre esas mismas líneas —dijo Fletcher—. Después de todo, no tenemos un caso hermético contra Chrystal.

Damon pareció preocupado.

Bevington no es un hombre muy imaginativo. De hecho, es más bien oficial en su actitud.

Fletcher y el decabraquio se examinaron el uno al otro.

—Sé que es inteligente... pero ¿cómo puedo probarlo?

—Si es inteligente —insistió Damon obstinadamente—, puede comunicarse.

—Si no puede —repuso Fletcher—, entonces depende de

nosotros.

—¿Qué quieres decir?

—Tendremos que enseñarle.

La expresión de Damon fue tan perpleja y preocupada, que Sam rompió en risa.

—No veo la gracia —se quejó Damon—. Después de todo, lo que propones es... bueno, no tiene precedentes.

—Supongo que no —aceptó Fletcher—. Sin embargo, tiene que hacerse. ¿Cómo están tus conocimientos lingüísticos?

—Son muy limitados.

—Los míos lo son todavía más.

Permanecieron mirando al decabraquio.

—No olvides que tenemos que conservarlo vivo —dijo Damon—. Eso significa que tenemos que alimentarlo —lanzó a Fletcher una mirada cáustica—. Supongo que admitirás que come.

—Sé con seguridad que no vive por fotosíntesis —respondió Sam—. No hay luz suficiente. Creo que Chrystal mencionó en la micropelícula que comía hongos de coral. Un momento.

Se encaminó hacia la puerta.

—¿A dónde vas?

—A comprobarlo con Chrystal. Con seguridad ha notado el contenido de sus estómagos.

—No te lo dirá.

Fletcher volvió diez minutos más tarde.

—¿Bueno? —inquirió Damon con voz escéptica.

Fletcher parecía bastante complacido del resultado de sus investigaciones.

—Hongos de coral, principalmente. Pedacitos de renuevos tiernos de algas, gusanos stylax, naranjas de mar.

—¿Chrystal te informó de todo eso? —preguntó Damon, incrédulo.

—Sí. Le expliqué que tanto él como el decabraquio son nuestros huéspedes, que proyectábamos tratarlos en la misma forma precisa. Si el decabraquio comía bien, también comería bien Chrystal. Eso fue todo lo que requirió.

Más tarde, Sam y Damon permanecían en el laboratorio, viendo comer al decabraquio verdinegras bolas de hongos.

—Dos días —dijo Damon con voz agria—, ¿y qué hemos

realizado? Nada.

Sam se mostró menos pesimista.

—Hemos progresado en sentido negativo. Estamos bastante seguros de que no tiene aparato digestivo, de que no reacciona al sonido y de que aparentemente carece de medios para producir sonido. Por lo tanto, tenemos que emplear medios visuales para comunicarnos.

—Envidio tu optimismo —declaró Damon—. La bestia no me ha dado bases para sospechar la capacidad o el deseo de comunicación.

—Paciencia —recomendó Fletcher—. Quizá aún no sabe lo que estamos tratando de hacer y tal vez teme lo peor.

—No solamente tenemos que enseñarle un lenguaje —gruñó Damon—; tenemos que introducirle la idea de que la comunicación es posible. Y luego inventar un lenguaje.

Fletcher sonrió.

—Pongámonos a trabajar.

Inspeccionaron el decabraquio y la negra área ocular los miró a través de la pared del tanque.

—Debemos elaborar una serie de convenciones visuales —dijo Fletcher—. Los diez brazos son sus órganos más sensibles y podemos presumir que están controlados por la sección más altamente organizada de su cerebro. Entonces... elaboramos una serie de señales basadas en los movimientos de los brazos del deca.

—¿Nos da eso extensión suficiente?

—Creo que sí.

Los brazos son tubos flexibles de músculo. Pueden adoptar cuando menos cinco posiciones diferentes: recta hacia adelante, diagonal al frente, perpendicular, diagonal hacia atrás y directa hacia atrás. Como la bestia tiene diez brazos, es evidente que hay diez, a la quinta potencia, combinaciones... un total de cien mil.

—Ciertamente, una cantidad adecuada.

—Nuestro trabajo es elaborar el vocabulario y la sintaxis; resultará una labor más o menos difícil para un ingeniero y un bioquímico, pero tendremos que intentarlo.

Damon estaba interesándose en el proyecto.

—Es nada más un problema de consistencia y estructura básica firme. Si el deca tiene la menor comprensión, en absoluto, lo conseguiremos.

—Si no lo hacemos —dijo Sarn—, estaremos perdidos y Chrystal terminará apoderándose de la balsa de Biominerales.

Se sentaron a la mesa del laboratorio.

—Tenemos que presumir que los deca no tienen lenguaje —propuso Fletcher.

Damon gruñó con incertidumbre y algunos momentos pasó los dedos entre sus cabellos, en confusión enfadada.

—No está probado. Francamente, no creo que sea, incluso, probable. Podemos discutir toda la vida si podrían entenderse por proyección comunal o algo así; pero eso está a un par de años luz de responder a la pregunta de si lo hacen. *Podrían* estar utilizando telepatía, como dijimos; también podrían estar emitiendo rayos X modulados, estableciendo señales largas y cortas en código, en algún subespacio desconocido para nosotros, o un interespacio, o hiperespacio; podrían estar haciendo casi cualquier cosa de la que nunca hemos sabido.

»Según lo veo, nuestra mejor probabilidad y nuestra mejor esperanza, es que tengan alguna forma de sistema de codificación y comunicación por medio del cual se comunican entre sí. Obviamente, como sabes, deben tener un sistema interno de codificación y comunicación; eso es lo que constituye una estructura neuro-muscular con curvas de regreso. Cualquier organismo complejo requiere comunicación interna. Todo el punto de este requerimiento del lenguaje, como medio de clasificar las formas de vida extraterrestre, es distinguir entre las verdaderas comunidades de entidades individuales pensantes y las comunales, tipo insecto, con aparente inteligencia.

»Ahora, si tienen allí algo como un hormiguero o una ciudad panal, estamos hundidos y Chrystal vence. No puedes enseñar a hablar a una hormiga; el grupo tiene inteligencia, pero el individuo no la tiene.

Así que tenemos que suponer que tienen un lenguaje o para generalizar más, un sistema formalizado de codificación para la intercomunicación. También podemos presumir que emplea una vía fuera del alcance de nuestros organismos. ¿Te parece lógico eso?

Fletcher movió la cabeza afirmativamente.

—De cualquier modo, llámala una hipótesis de trabajo. Sabemos que no hemos visto una indicación de que el deca haya tratado de

hacernos señales.

—Lo cual sugiere que la criatura no muestra inteligencia.

Sam ignoró el comentario.

—Si supiéramos más respecto a sus hábitos, emociones y actitudes, tendríamos una mejor armazón para este nuevo lenguaje.

—Parece bastante plácido —observó Damon.

El decabraquio movía los brazos ociosamente. El área ocular estudió a los dos hombres.

—Bueno —dijo Fletcher con un suspiro—, primero, un sistema de notación —tomó un modelo de la cabeza del decabraquio, que había construido Manners. Los brazos estaban hechos de tubo flexible que podía doblarse en varias posiciones—. Numeramos los brazos del cero al nueve, en el sentido del movimiento de las manecillas del reloj, comenzando con éste, en la parte superior. Las cinco posiciones, adelante, diagonal al frente, erecto, diagonal hacia atrás y atrás, las llamamos A, B, K, X, Y. K es la posición normal y cuando un brazo esté en la posición K, no será tomado en cuenta.

Damon expresó su conformidad con movimientos de cabeza.

—Eso es bastante acertado.

—El primer paso lógico parecería que son los números.

Elaboraron juntos un sistema de notación y construyeron una tabla:

Los dos puntos (:) indican una señal compuesta: esto es, dos o más señales separadas.

Número O Señal OY

10 OY, 1Y

20 OY, 2Y

100 OX, 1Y

110

1 1Y

111

2 2Y

1112

OY,1Y:1Y OY,1Y:2Y

21 22

OY,2Y:1Y OY,2Y:2Y

101 102

OX,1Y:1Y OX,1Y:2Y

112

OX,1Y:OY,1Y OX,1Y:OY OX,1Y:OX,

1Y:1Y

1Y:2Y

etcétera, etcétera

etcétera, etcétera

etcétera, etcétera

etcétera, etcétera

etcétera, etcétera

120 121 122

OX,1Y:OY,1Y OX,1Y:2Y, DX,1Y:OY,

2Y: 2Y

200 OX,2Y

1,000 OB.1Y

2,000 OB,2Y

2Y:1Y 201

202

etcétera, etcétera

etcétera, etcétera

etcétera, etcétera

etcétera, etcétera

—Es consistente —observó Damon—; pero laborioso. Por ejemplo, para indicar cinco mil setecientos sesenta y seis, es necesario hacer la señal... veamos: OB,5Y, luego OX,7Y, después OY,6Y y por último 6Y.

—No olvides que éstas son señales, no vocalizaciones —le recordó Fletcher—. Aún así, no es más laborioso que cinco mil setecientos sesenta y seis.

—Supongo que tienes razón.

—Ahora... palabras.

Damon se echó hacia atrás en su sillón.

—No podemos elaborar un vocabulario y llamarlo lenguaje.

—Quisiera saber más teoría lingüística. Naturalmente, no entraremos en abstracciones.

—Nuestra estructura de inglés básico podría ser una buena idea

—musitó Damon—, con las partes de la oración del inglés. Esto es: los sustantivos: son cosas, los adjetivos: son atributos de las cosas, los verbos: son los desplazamientos que sufren las cosas, o la ausencia de desplazamiento.

Fletcher reflexionó.

—Podríamos simplificarlo aún más, a sustantivos, verbos y modificadores verbales.

—¿Es factible eso? ¿Cómo dices, por ejemplo, «la balsa grande»?

—Utilizaríamos un verbo que significara «crecer». «Balsa agrandada». Algo así.

—Hmmm —gruñó Damon—. No imaginas un lenguaje muy expresivo.

—No veo por qué no debía serlo. Presumiblemente, los deca modificarán cualquier cosa que les demos, de acuerdo con sus necesidades. Si hacemos comprender nada más un conjunto básico de ideas, ellos continuarán a partir de allí. O para entonces, estará aquí alguien que sepa lo que está haciendo.

—Está bien —aceptó Damon—, comencemos con nuestro decabraquio básico.

—Primero, en listemos las ideas que un deca encontraría útiles y familiares.

—Yo tomaré los sustantivos —propuso Damon—. Tú encárgate de los verbos. También toma tus modificadores.

Escribió: *N.º 1: agua.*

Después de discusión y modificación considerables, se convino en una lista elemental de sustantivos y verbos básicos, con señales asignadas. La cabeza simulada del decabraquio fue dispuesta ante el tanque, con una serie de luces en un tablero cercano, para representar números.

—Con una máquina codificadora, podríamos escribir simplemente nuestro mensaje —comentó Damon—. La máquina dictaría los impulsos a los brazos del modelo.

Fletcher afirmó con movimientos de cabeza.

—Magnífico, si tuviéramos el equipo y varias semanas para chapucear con él. Es demasiado malo que no sea así. Ahora... vamos a comenzar. Primero los números. Tú trabaja con las luces, yo moveré los brazos. Nada más del uno al nueve, por ahora.

Pasaron varias horas. El decabraquio flotaba tranquilamente,

observándolos con el negro punto ocular.

Se aproximaba la hora de alimentarlo. Damon mostró las bolas verdinegras de hongos; Fletcher dispuso la señal de «alimentos» en los brazos del modelo. Fueron dejados caer unos pocos bocados en el tanque.

El decabraquio los succionó apaciblemente por su tubo oral. Damon puso de modo ostentoso la bola de hongos en el tubo oral del modelo y luego se volvió al tanque y ofreció comida al decabraquio.

El decabraquio lo observó, impasible.

Pasaron dos semanas. Fletcher fue al antiguo cuarto de Raight para hablar con Chrystal, a quien halló leyendo un libro de la biblioteca de micropelícula.

Ted extinguió la imagen del libro, bajó los pies de la cama y se sentó.

—El inspector llegará en muy pocos días —dijo Fletcher—. Se me ocurrió que podrías haber cometido un error honesto. Cuando menos, puedo ver la posibilidad.

—Gracias por nada —replicó Chrystal.

—No quiero hacerte víctima por lo que pudo ser una equivocación.

—Gracias nuevamente; pero ¿qué quieres?

—Si cooperas conmigo para hacer que los decabraquios sean reconocidos como una forma de vida inteligente, no haré cargos contra ti.

Chrystal levantó las cejas.

—Eso es grande de tu parte. ¿Y se supone que retire mis demandas?

—Si los deca son inteligentes, no tienes nada de qué acusarme.

Ted miró agudamente a Fletcher.

—No pareces demasiado feliz. El deca no habla, ¿eh?

Sam reprimió su disgusto.

—Estamos trabajando con él.

—Pero están comenzando a sospechar que no es tan inteligente como creían.

Fletcher se volvió para retirarse.

—Éste únicamente sabe catorce señales hasta ahora. Pero está aprendiendo dos o tres diarias.

—¡Eh! —exclamó Chrystal—. ¡Aguarda un minuto!

Sam se detuvo junto a la puerta.

—¿Para qué?

—No te creo.

—Es privilegio tuyo.

—Déjame ver a este deca haciendo señales.

Fletcher movió la cabeza negativamente.

—Estás mejor aquí.

Chrystal lo miró con cólera.

—¿No es ésa una actitud bastante irrazonable?

—Espero que no —miró en torno suyo—. ¿Careces de algo?

—No.

Ted cerró el interruptor y su libro se proyectó una vez más en su pantalla del cielo raso.

Fletcher salió de la habitación. La puerta se cerró tras de él; los cerrojos fueron corridos. Chrystal se sentó, alerta y se levantó de un salto con ligereza peculiar, fue hasta la puerta y escuchó.

Las pisadas de Sam se alejaron por el corredor. Ted regresó al lecho en dos zancadas, metió la mano debajo de la almohada y sacó un pedazo de cordón eléctrico, cortado de una lámpara de escritorio. Había adaptado dos lápices como electrodos, haciendo ranuras a través de la madera y enredando un alambre en torno a la mina de grafito expuesta así. Incluyó un bombillo eléctrico como resistencia, en el circuito.

Fue hasta la ventana. Podía ver la cubierta hasta la orilla oriental de la balsa y detrás de la oficina hasta las arcas de almacenamiento, atrás de la planta beneficiadora. La cubierta estaba vacía. El único movimiento era una nube blanca de vapor que se levantaba del tubo de circulación y, detrás de ella, el rosa y escarlata de las nubes flotantes.

Chrystal se puso a trabajar, silbando silenciosamente entre labios fruncidos. Conectó el cordón en la cinta del zócalo, aplicó los dos lápices a la ventana, formó un arco y quemó el surco que ya rodeaba casi la mitad de la ventana; era el único modo como podía cortar el cristal de berilo-silicio templado.

Era trabajo lento y muy delicado. El arco era débil y rebelde; los vapores irritaban su garganta. Perseveró, parpadeando, con ojos lacrimosos, torciendo la cabeza a uno y otro lado, hasta las cinco y

media, treinta minutos antes de la cena, cuando guardó el equipo. No se atrevía a trabajar después del oscurecer, por miedo a que el resplandor trémulo provocara sospechas.

Pasaron los días. Cada mañana, Gedeón y Atreo pintaban el firmamento mate con sus respectivos tonos escarlata y verde pálido; cada tarde se desvanecían en tristes ocasos tras el océano occidental.

Una antena improvisada había sido arbolada del techo del laboratorio a un poste, sobre los alojamientos. Una tarde, Manners dio la alarma general con jubilosos silbatazos cortos, para anunciar una señal del LG-19, que estaba descendiendo en Sabría, en su visita regular semestral. Al día siguiente por la tarde, los alijadores descenderían de órbita, trayendo al inspector, suministros y nuevas tripulaciones para Biominerales y Recuperaciones Pelágicas.

Se rompieron botellas en el comedor; hubo conversación en voz alta, planes valientes, risas. Los alijadores, cuatro de ellos, salieron de las nubes a la hora exacta. Dos se posaron en el océano, junto a Biominerales; dos más visitaron la balsa de Recuperaciones Pelágicas.

La lancha llevó los cables y los alijadores fueron amarradas al embarcadero.

El primero en subir a la balsa fue el inspector Bevington, un hombrecillo vivo, inmaculado, con su uniforme azul oscuro y blanco. Representaba al gobierno, interpretando su multiplicidad de reglamentos, leyes y ordenanzas, tenía poder para juzgar delitos menores, tomar en custodia delincuentes, investigar las violaciones a las leyes galácticas, examinar las condiciones de vida y las prácticas de seguridad, recaudar impuestos, deudas y gabelas y, en general, personificaba al gobierno en todas sus fases y aspectos.

La posición bien podría haber invitado al peculado y la tiranía mezquina, si no estuvieran sometidos los mismos inspectores a una inspección rigurosa.

Bevington estaba considerado como el hombre más concienzudo y más carente de sentido del humor en el servicio. Si no era particularmente querido, cuando menos era respetado.

Fletcher lo esperó a la orilla de la balsa. Bevington le lanzó una mirada aguda, preguntándose por qué mostraba una sonrisa tan amplia. Sam estaba pensando que sería un momento dramático para

que uno de los monitores de los decabraquios alargara su apéndice y sujetara el tobillo de Bevington. Pero no hubo perturbaciones de ninguna clase. Bevington saltó a la balsa sin contratiempo.

Estrechó la mano de Fletcher y luego miró de un lado a otro de la cubierta.

—¿Dónde está el señor Raight?

Fletcher se sobresaltó; se había acostumbrado a la ausencia de Raight.

—Oh... murió.

Tocó a Bevington el turno de sobresaltarse.

—¿Murió?

—Venga a la oficina —indicó Fletcher—, y se lo explicaré. Este ha sido un mes violento.

Levantó la mirada al antiguo alojamiento de Raight, donde esperaba ver a Chrystal asomado por la ventana. Pero la ventana estaba vacía. Fletcher se detuvo. ¡Vacía! ¡La ventana carecía de vidrio! Corrió por cubierta.

—¡Oiga! —gritó Bevington—. ¿A dónde va?

Sam se detuvo el tiempo suficiente para replicar por encima de su hombro:

—¡Será mejor que venga conmigo!

Corrió hacia la puerta que conducía al comedor, con Bevington apresurándose tras él, frunciendo el ceño con enfado y sorpresa.

Sam miró al comedor, vaciló, luego volvió a cubierta y levantó la mirada a la ventana vacía. ¿Dónde estaba Chrystal? Ya que no había venido por cubierta al frente de la balsa, debió encaminarse hacia la planta beneficiadora.

—Por acá —dijo Fletcher.

—¡Un momento! —protestó Bevington—. Quiero saber qué...

Pero Fletcher se hallaba en camino por el lado oriental de la balsa hacia la planta beneficiadora, donde ya estaba la tripulación del alijador, revisando las cajas de precioso metal que debían ser trasbordadas. Levantaron la mirada al aproximarse Sam y Bevington.

—¿Ha pasado alguien? —inquirió Fletcher—. ¿Un tipo grande, rubio?

—Entró allí.

Uno de los tripulantes del alijador señaló hacia la planta

beneficiadora.

Sam giró y entró a la planta. Encontró junto a las columnas lavadoras a Hans Heinz, confundido y colérico.

—¿Atravesó por aquí Ted Chrystal? —preguntó Fletcher, jadeando.

—¡Que si pasó por aquí! Como un huracán. Me dio un empujón en la cara.

—¿A dónde fue? Heinz señaló.

—Salió a cubierta al frente.

Sam y Bevington salieron apresuradamente, con el inspector demandando:

—¿Qué está sucediendo aquí?

—Lo explicaré en un minuto —gritó Fletcher.

Salió corriendo a cubierta y miró hacia las barcasas y la lancha.

Ted Chrystal no se veía por ningún lado.

Nada más podía haber ido en una dirección: de regreso hacia los alojamientos, habiendo hecho correr a Fletcher y a Bevington en un círculo completo. Un pensamiento repentino asaltó a Fletcher:

—¡El helicóptero!

Pero el helicóptero permanecía intacto, con sus amarres tensos. Murphy vino hacia ellos, mirando perplejo por arriba de su hombro.

—¿Has visto a Chrystal? —inquirió Sam.

Murphy señaló.

—Subió por ahí.

—¡El laboratorio! —gritó Sam en agonía repentina.

Subió la escalerilla con el corazón en la boca, seguido por Bevington. ¡Si únicamente estuviera ahora Damon en el laboratorio, no en cubierta o en el comedor!

El laboratorio se encontraba vacío, excepto por el tanque que contenía el decabraquio.

El agua se hallaba turbia y azulada. El decabraquio estaba lanzándose de un lado a otro del tanque, con los diez brazos contraídos.

Sam saltó sobre una mesa y después se lanzó directamente al tanque. Envolvió el cuerpo convulso con los brazos y levantó, pero la masa escurridiza escapó. Fletcher volvió a sujetarlo, hizo un esfuerzo desesperado y al fin lo sacó del tanque.

—Tómalo —dijo a Murphy entre dientes—. Ponlo sobre la mesa.

Damon llegó corriendo.

—¿Qué sucede?

—Veneno —replicó Sam—. Ayuda a Murphy.

Damon y Murphy lograron acostar el decabraquio sobre la mesa.

—Atrás —ladró Fletcher— ¡va el agua!

Retiró las abrazaderas del costado del tanque y el plástico flexible se plegó. Cuatro mil litros de agua corriendo por el suelo.

La piel de Fletcher principiaba a arder.

—¡Ácido! Damon, toma un cubo y enjuaga la cubierta. Mantenlo húmedo.

El sistema de circulación estaba bombeando aún agua salada al tanque. Sam se arrancó los pantalones, que mantenían el ácido contra su piel, luego se enjuagó rápidamente y volvió el chorro de agua salada al tanque, lavando el ácido.

El decabraquio yacía flácido, con las aletas de propulsión temblorosas. Sam se sintió enfermo y embotado.

—Haz la prueba con carbonato de sodio —dijo a Damon—. Quizá pueda neutralizar parte del ácido —obedeciendo a un pensamiento repentino, se volvió a Murphy—. Ve a buscar a Chrystal. No lo dejes escapar.

Ése fue el momento que escogió Chrystal para entrar al laboratorio. Miró en torno suyo con una expresión de ligera sorpresa y saltó a una silla para evitar el agua.

—¿Qué está sucediendo aquí?

—Pronto lo sabrás —contestó Fletcher ceñudamente y ordenó a Murphy—: No lo dejes huir.

—¡Asesino! —gritó Damon con una voz que se rompió por la tensión y el pesar.

Chrystal levantó las cejas, fingiendo asombro.

—¿Asesino?

Bevington miraba de Fletcher, a Chrystal, a Damon.

—¿Asesino? ¿Qué significa todo esto?

—Nada más lo que especifica la ley —explicó Sam—. La destrucción consciente y voluntaria de una especie inteligente. Asesinato.

El tanque estaba lavado; puso las abrazaderas a los costados. El agua salada comenzó a subir por los lados.

—Ahora —dijo Fletcher—. Vuelvan a meter al deca.

Damon movió la cabeza desesperadamente.

—Está liquidado. No está moviéndose.

—Lo pondremos en el tanque, de cualquier manera —insistió Sam.

—Me agradecería poner a Chrystal ahí con él —comentó Damon con amargura apasionada.

—Vamos —reprobó Bevington—, basta de eso. No sé lo que está ocurriendo, pero no me gusta lo que oigo.

—Yo tampoco sé lo que está sucediendo —aseguró Chrystal, con expresión divertida.

Levantaron el decabraquio y lo metieron al tanque.

El agua tenía una profundidad de alrededor de quince centímetros y el nivel estaba subiendo demasiado lentamente para el gusto de Sam.

Damon corrió al gabinete. Fletcher miró.

—Oxígeno —pidió a Chrystal: ¿Así que no sabes de qué estoy hablando?

—Tu pez consentido muere... no intentes acusarme de eso.

Damon entregó a Fletcher el tubo del tanque de oxígeno; Sam lo hundió en el agua, junto a las agallas del decabraquio. El oxígeno burbujeó. Sam agitó el agua, impulsándola a las agallas. El agua tenía 25 centímetros de profundidad.

—Carbonato de sodio —dijo Sam por arriba de su hombro—. Bastante para neutralizar el ácido.

Bevington inquirió con voz incierta:

—¿Va a vivir?

—No lo sé.

Bevington miró oblicuamente a Chrystal, quien movió la cabeza.

—No me culpe a mí.

El agua se elevó. El decabraquio tenía los brazos flácidos, flotando en todas direcciones, como cabellos de medusa.

Fletcher se enjugó la transpiración de la frente.

—¡Si sólo supiera qué hacer! No puedo darle un trago de brandy: quizá lo envenenaría. Los brazos principiaron a ponerse rígidos, a extenderse.

—Ah —exhaló Sam—, así está mejor —llamó a Damon—. Gene, encárgate de esto, mantén el oxígeno entrando a las agallas.

Saltó al suelo, donde Murphy estaba lavando el área con baldes

de agua. Chrystal hablaba con gran seriedad a Bevington:

—¡He temido por mi vida durante tres semanas! Fletcher es un lunático rematado. Será mejor que mande por un médico o un siquiatra.

Notó la mirada de Fletcher e hizo una pausa. Sam atravesó el laboratorio lentamente. Chrystal se volvió otra vez al inspector, cuya expresión era fatigada.

—Estoy haciendo una demanda oficial —dijo Chrystal—. Contra Biominerales en general y Sam Fletcher en particular. Ya que usted es representante de la ley, insisto en que *ponga* a Fletcher bajo arresto, por actos criminales contra mi persona.

—Bueno —replicó Bevington, mirando a Sam con cautela—. Ciertamente, haré investigaciones.

—¡Me secuestró a punta de pistola! —gritó Chrystal—. ¡Me ha tenido encerrado tres semanas!

—Para evitar que asesinaras decabraquios —dijo Fletcher.

—Es la segunda vez que dices eso —subrayó Chrystal ominosamente—. Bevington es testigo. Eres culpable de difamación.

—La verdad no es difamación.

—He pescado decabraquios, ¿y qué? También corto algas y pesco coleocantos. Tú haces lo mismo.

—Los deca son inteligentes. Ésa es la diferencia —se volvió a Bevington—. Él lo sabe tan bien como yo. ¡Procesaría hombres para extraerles el calcio de los huesos, si pudiera ganar dinero con eso!

—¡Eres un mentiroso! —chilló Chrystal.

Bevington levantó las manos.

—¡Orden! No puedo comprender, a menos que alguien presente hechos.

—Él no tiene pruebas —insistió Chrystal—. Está intentando sacar mi balsa de Sabría ¡no puede resistir la competencia!

Sam lo ignoró. Dijo a Bevington:

—Usted desea hechos. Para eso está el decabraquio en ese tanque y por eso Chrystal vació ácido en él.

—Vamos a aclarar eso —determinó Bevington, mirando a Chrystal con dureza—. ¿Usted vació ácido en ese tanque?

Ted cruzó los brazos.

—La pregunta es completamente ridícula.

—¿Lo hizo o no? Nada de evasivas.

Chrystal vaciló y después respondió con firmeza:

—No. Y no hay un vestigio de prueba de que lo haya hecho.

Bevington movió la cabeza.

—Ya veo —se volvió a Fletcher—. Usted habló de hechos. ¿Cuáles hechos?

Fletcher fue hasta el tanque, donde todavía estaba Damon agitando agua oxigenada hacia las agallas de la criatura.

—¿Cómo está?

Damon movió la cabeza en expresión de duda.

—Está actuando de modo peculiar. Me pregunto si lo habrá dañado internamente el ácido.

Fletcher observó la forma larga y pálida durante un momento.

—Bueno, hagamos la prueba. Eso es todo lo que podemos hacer.

Cruzó el laboratorio y después empujó sobre sus ruedas el modelo de decabraquio. Chrystal rió y se volvió, disgustado.

—¿Qué intenta demostrar? —preguntó Bevington.

—Voy a mostrar que el decabraquio es inteligente y capaz de comunicarse.

—Bueno, bueno —dijo Bevington—. Eso es algo nuevo, ¿no?

—Cierto.

Sam dispuso su cuaderno.

—¿Cómo aprendió su lenguaje?

—No es suyo; es un código que elaboramos entre nosotros.

Bevington inspeccionó el modelo, bajó la mirada al cuaderno.

—¿Éstas son las señales?

Fletcher explicó el método.

—Tiene un vocabulario de cincuenta y ocho palabras, sin contar los números hasta nueve.

—Ya veo —Bevington tomó asiento—. Adelante. El escenario es suyo.

Chrystal se volvió.

—No tengo que ver este engaño.

—Será mejor que permanezca aquí y proteja sus intereses —sugirió Bevington—. Si no lo hace, nadie lo hará.

Fletcher movió los brazos del modelo.

—Admito que éste es un dispositivo rudimentario; con tiempo y dinero, elaboraremos algo mejor. Principiaré con los números.

—Yo podría entrenar a un conejo para que contara en esa forma

—comentó Chrystal despreciativamente.

—Después intentaré algo más difícil —prometió Fletcher—. Le preguntaré quién lo envenenó.

—¡Un momento! —bramó Chrystal—. ¡No puedes inculparme de esa manera!

Bevington tomó el cuaderno.

—¿Cómo preguntará? ¿Qué señales utilizará?

Sam indicó:

—Primero, interrogación. La idea de interrogación es una abstracción que el deca no comprende todavía completamente. Hemos establecido una convención de elección o alternativa, como «¿cuál quieres?». Tal vez captará lo que deseo.

—Muy bien... interrogación. ¿Luego qué?

—Decabraquio... recibe... agua... caliente. «Agua caliente» significa «ácido». Interrogación: ¿Hombre... dar... agua... caliente?

Bevington aprobó con movimientos de cabeza.

—Está bien. Adelante.

Fletcher hizo funcionar las señales. La negra área ocular observó.

—Está inquieto... muy alterado —dijo Damon ansiosamente.

Fletcher concluyó las señales. Los brazos del decabraquio oscilaron una o dos veces y luego tuvieron una convulsión de incertidumbre.

Sam repitió la serie de palabras, agregando la repetición de «interrogación... ¿hombre?».

Los brazos se movieron lentamente.

—«Hombre» —leyó Sam.

Bevington afirmó con movimientos de cabeza.

—Hombre... Pero ¿cuál hombre?

—Párate frente al tanque —indicó Fletcher a Murphy.

Hizo las señales: Hombre... dar... agua... caliente... interrogación.

Los brazos del decabraquio se movieron.

—«No-cero» —leyó Fletcher—. No. Damon... colócate frente al tanque.

Hizo las señales: Hombre... dar... agua... caliente... interrogación.

—«No».

Sam se volvió hacia Bevington.

—Póngase frente al tanque.

Hizo las señales.

—«No».

Todos se volvieron hacia Chrystal.

—Es tu turno —dijo Fletcher—. Avanza hasta el tanque, Chrystal.

Ted avanzó lentamente.

—No soy un estúpido, Fletcher. Entiendo tu jugada.

El decabraquio estaba moviendo los brazos. Sam leyó las señales, con Bevington mirando por encima de su hombro el cuaderno.

—«Hombre... dar... agua... caliente».

Chrystal principió a protestar. Bevington lo hizo callar.

—Párese frente al tanque, Chrystal —y ordenó a Fletcher—: Pregunte una vez más.

Fletcher hizo las señales. El decabraquio contestó:

—«Hombre... dar... agua... caliente. Amarillo. Hombre. Dolor. Venir. Dar... agua... caliente. Salir».

Se hizo silencio en el laboratorio.

—Bueno —dijo Bevington secamente—. Creo que ha probado su caso, Fletcher.

—No me van a atrapar con tanta facilidad —aseguró Chrystal.

—Silencio —tronó Bevington—. Está bastante claro lo que ha sucedido.

—Está claro lo que va a suceder —dijo Chrystal con voz ronca por la cólera. Tenía en la mano la pistola de Fletcher—. Me apoderé de esto antes de venir y parece que...

Levantó la pistola hacia el tanque, apuntando, con el dedo en torno al gatillo. El corazón de Sam se heló.

—¡Eh! —gritó Murphy.

Chrystal se sobresaltó. Murphy le arrojó su balde. Chrystal disparó contra Murphy y erró. Damon lo atacó y Chrystal volvió la pistola hacia él. El dardo al rojo blanco perforó el hombro de Damon. Gene rodeó a Chrystal con sus brazos flacos, relinchando como un caballo. Sam y Murphy avanzaron, se apoderaron de la pistola y torcieron los brazos de Chrystal hacia atrás.

—Ahora está en dificultades, Chrystal —declaró Bevington—,

aun cuando antes no hubiera estado.

—Ha asesinado a cientos y cientos de deca. En forma indirecta, asesinó a Carl Raight y a John Agostino. Tiene que responder de muchas cosas.

La tripulación de reemplazo había bajado del LG-19 a la balsa. Fletcher, Damon, Murphy y el resto de la tripulación relevada estaban sentados en el comedor, con seis meses de descanso delante de ellos.

El brazo izquierdo de Damon colgaba en cabestrillo; jugueteó con su taza de café, utilizando la mano derecha.

—No sé qué haré. No tengo planes. El hecho es que estoy en el aire.

Fletcher fue hasta la ventana y miró a través del océano escarlata oscuro.

—Yo me quedaré.

—¿Qué? —gritó Murphy—. ¿Te oí bien?

Fletcher volvió a la mesa.

—Yo mismo no puedo entenderlo.

Murphy movió la cabeza, con incompreensión total.

—No puedes decirlo en serio.

—Soy un ingeniero, un hombre de trabajo —explicó Sam—. No tengo hambre de poder o ningún deseo de cambiar el universo; pero parece que Damon y yo pusimos algo en movimiento, algo muy importante y quiero verlo seguir.

—¿Quieres decir, enseñar a los deca a comunicarse?

—Sí. Chrystal los atacó, los obligó a protegerse. Revolucionó sus vidas. Damon y yo revolucionamos la vida de este deca de un modo enteramente nuevo. Pero sólo hemos principiado. ¡Piensa en las posibilidades! Imagina una población de hombres en una tierra fértil... hombres como nosotros mismos, excepto que nunca aprendieron a hablar. Luego, alguien les proporciona el contacto con un nuevo universo... un estímulo intelectual como nada que hayan experimentado antes. ¡Piensa en sus reacciones, su nueva actitud hacia la vida! Los deca están en esa misma situación... excepto que nada más hemos empezado con ellos. Nadie puede saber lo que lograrán y, en cierto modo, quiero participar en eso. Aunque no fuera parte, no podría partir con el trabajo a medias.

—Creo que yo también me quedaré —dijo Damon

repentinamente.

—Están locos de atar —observó Jones—. Mientras más pronto me vaya, mejor.

El LG-19 tenía tres semanas de haber partido; las operaciones se habían hecho rutinarias a bordo de la balsa. Un turno seguía a otro; los arcones comenzaron a llenarse con nuevos lingotes de precioso metal.

Fletcher y Damon trabajaron prolongadas horas con el decabraquio; y llegó el día del gran experimento.

El tanque fue llevado a la orilla del embarcadero.

Fletcher hizo una vez más las señales de su mensaje final: «Hombre enseñarte señales. Trae muchos decabraquios, hombre enseñar señales. Interrogación».

Los brazos se movieron como aprobación. Sam retrocedió; el tanque fue izado y arriado por la borda y después sumergido.

El decabraquio emergió, flotó un momento cerca de la superficie oscura y se hundió en el agua oscura.

—Ahí va Prometeo —comentó Damon—, llevando el don de los dioses.

—Mejor llámalo el don de la palabra —rectificó Fletcher, sonriendo.

La forma pálida había desaparecido.

—Ganarán cincuenta por diez a que no regresa —les ofreció Caldur, el nuevo superintendente.

—No estoy apostando —respondió Fletcher—. Únicamente esperando.

—¿Qué harán si no vuelve?

Fletcher se encogió de hombros.

—Tal vez pescar otro y enseñarlo. Después de un tiempo, dará resultado.

Pasaron tres horas. Las brumas comenzaron a descender; la lluvia nubló el firmamento.

Damon, quien había estado atisbando por la borda, levantó la mirada.

—Veo un deca. Pero ¿es el nuestro?

Un decabraquio salió a la superficie. Movié sus brazos: «Muchos... decabraquios. Enseñar... señales».

—Profesor Damon —dijo Fletcher—. Su primera clase.

EL HOMBRE QUE NUNCA SE HIZO JOVEN

Fritz Leiber

MAOT se está impacientando. Muchas veces, al caer de la tarde, se encamina lentamente a donde la tierra negra se encuentra con la arena arnarwa y allí se queda, avizorando el desierto, hasta que empiezan a soplar los vientos.

Yo en cambio me siento de espaldas a la mampara de cañas y contemplo el Nilo.

No es únicamente porque está llegando a joven. También empieza a hastiarse de los campos. Deja a mi cuidado las tareas de labranza y prodiga su atención al rebaño. Cada día lleva las cabras y las ovejas más lejos a pastorear.

Yo he estado viendo los síntomas durante mucho tiempo. En el transcurso de las últimas generaciones los campos cultivados se han vuelto cada vez más escasos y se los riega con menos diligencia. Se diría que llueve más a menudo. Las casas se han tornado más simples, meras tiendas cercadas por muros. Y cada año hay alguna familia que recoge sus rebaños y emprende la lenta marcha hacia el oeste.

¿Por qué aferrarme tan tenazmente a estas pobres reliquias de civilización, yo que he visto a los hombres del rey Keops desarmar piedra por piedra la Gran Pirámide y transportarla de nuevo a las montañas?

Me he preguntado a menudo por qué yo nunca llego a joven. Ese hecho es todavía para mí un misterio tan grande como el de los labriegos de tez morena que se arrodillan con temerosa veneración cuando paso a su lado.

Envidio a los que llegan a jóvenes. Sueño con desprenderme de esta cáscara de sensatez y responsabilidad, con zambullirme en un período de amores borrascosos y pasiones intensas, los años felices que preceden al fin.

Pero sigo siendo un hombre barbado de unos treinta años, y visto hoy la piel de cabra como otrora vestí el jubón o la toga, siempre a punto de dar el gran salto, pero sin llegar jamás a darlo.

Tengo la impresión de que siempre fui así. Ni siquiera puedo recordar mi propio desentierro, y eso es algo que todo el mundo recuerda.

Maot es sutil. No pide lo que quiere, pero al anochecer, cuando regresa a casa, se sienta lejos del fuego y murmura incitantes fragmentos de canciones y se frota los párpados con pigmento verde para hacerse deseable a mis ojos, y trata por todos los medios de contagiarme su desasosiego. Me tienta a interrumpir el trabajo abrasador del mediodía y me hace ver lo robustas que se están poniendo nuestras cabras y ovejas.

Ya no quedan más hombres jóvenes entre nosotros. Cuando llegan a jóvenes, o acaso antes, todos toman el camino del desierto. Incluso patriarcas desdentados, macilentos, se levantan de sus sepulcros y sin detenerse casi a reponer sus fuerzas con las vituallas y los brebajes excavados con ellos, juntan sus manadas y sus esposas y parten, cojeando, rumbo al poniente.

Recuerdo el primer desentierro que presencié. Era en un país de maquinarias y humo e incesantes noticias. Pero lo que voy a relatar ocurrió en un remanso donde había aún granjas pequeñas y caminos estrechos y formas de vida simples.

Había dos viejecitas llamadas Flora y Helena. Seguramente ellas mismas habían sido desenterradas hacía unos pocos años, pero eso no lo recuerdo. Creo que yo era algo así como un sobrino, pero no estoy seguro.

Empezaron a visitar a una vieja tumba en el cementerio, a un kilómetro del pueblo. Recuerdo los ramilletes de flores que traían cuando regresaban. Sus rostros severos, plácidos, habían empezado a agitarse. Yo veía que el dolor iba entrando en sus vidas.

Pasaron los años. Sus visitas al cementerio se hicieron más frecuentes. Una vez, al acompañarlas, advertí que la borrosa inscripción de la lápida se iba tomando más nítida y clara, al igual

que las facciones de los rostros de las dos ancianas. «John, amante esposo de Flora...».

A menudo Flora sollozaba hasta la medianoche, y Helena iba y venía por la casa con el semblante atribulado. Llegaban los parientes y les decían palabras de consuelo, pero con eso sólo parecían ahondarles el dolor.

Por último la lápida llegó a ser totalmente nueva, y el césped que la cubría se puso verde y tierno y desapareció en la húmeda tierra pardusca. Como si estas fueran las señales que sus oscuros instintos habían estado aguardando, Flora y Helena dominaron su pena y visitaron al pastor y al encargado de la funeraria y al médico, e hicieron ciertos arreglos.

En un frío día de otoño, cuando las rizadas hojas castañas remolineaban entre los árboles, partió el cortejo: el vacío coche fúnebre, los silenciosos automóviles negros. En el cementerio vimos a un par de hombre provistos de palas que se alejaban discretamente de la tumba recién abierta. Entonces, mientras Flora y Helena lloraban desconsoladamente y el pastor pronunciaba palabras solemnes, una caja larga y estrecha fue retirada de la tumba y transportada a la carroza.

En la casa desatornillaron y levantaron la tapa del féretro, y vimos a John, un anciano ceroso con una larga vida por delante.

Al día siguiente, en obediencia a lo que al parecer era un antiguo ritual, lo sacaron del ataúd, y el hombre de la funeraria le extrajo de las venas un líquido acre y le inyectó la sangre roja. Luego lo llevaron y lo acostaron en una cama. Al cabo de algunas horas de petrificada espera, la sangre empezó a actuar. El hombre se agitó, y el primer hálito de vida le resonó ásperamente en la garganta. Flora se sentó en la cama y lo estrechó contra su pecho en un tímido abrazo.

Pero estaba muy enfermo y necesitado de reposo, y el médico le indicó por señas a Flora que saliera de la alcoba. Recuerdo la expresión de su rostro en el momento de cerrar la puerta.

También yo hubiera debido sentirme feliz, pero me parece recordar que tuve la sensación de que había un no sé qué de malsano en todo el episodio. Tal vez nuestras primeras experiencias de las grandes crisis de la vida nos afecten siempre en esa forma.

Estoy enamorado de Maot. Los centenares de mujeres que antes

he amado en mi largo errar por el mundo no desmedran la sinceridad de mi afecto. Yo no entré en su vida, ni en la de las otras, como lo hacen normalmente los amantes: desde la tumba o en la pasión de una terrible querella. Yo siempre voy a la deriva.

Maot sabe que en mí hay algo extraño. Pero no deja que eso interfiera en sus esfuerzos por hacerme hacer lo que ella quiere.

Amo a Maot y sé que en última instancia accederé a su deseo. Pero antes quiero seguir un tiempo más a la orilla del Nilo y de la magnífica pompa que su pasar conjura.

Mis primeros recuerdos son siempre los más difíciles, y lucho con todas mis fuerzas por interpretarlos. Tengo la sensación de que si pudiera retroceder un paso más en la memoria llegaría a poseer una sabiduría aterradora. Pero, al parecer, nunca puedo hacer el esfuerzo necesario.

Esos recuerdos comienzan sin nada que los preceda, en nubes y torbellinos, en oscuridad y miedo. Soy ciudadano de una grande y lejana nación, no uso barba y visto ropas feas y incómodas, pero por mi aspecto y mi edad no soy distinto del que soy ahora. El país es cien veces más grande que Egipto, y sin embargo es sólo uno de tantos. Todos los pueblos del mundo se conocen entre sí, y el mundo es redondo, no plano, y flota en una inmensidad sin límites, jalonada por archipiélagos de soles, no circunscripta por una bóveda tachonada de estrellas.

Hay máquinas en todas partes, y las noticias dan la vuelta al mundo como un grito, y los deseos son muchos. Existe una abundancia jamás soñada, oportunidades sin par. Y sin embargo los hombres no son felices. Viven con miedo. Miedo, si la memoria no me engaña, de una guerra que nos envolverá y acaso destruirá a todos y que se cierne sobre nosotros como una amenaza de oscuridad.

Las armas que tienen preparadas para esa guerra son terribles. Grandes máquinas que navegan sin timonel, no a través del agua sino del aire, dando la vuelta al mundo para ir a destruir una ciudad enemiga. Otras que surcan el cielo como dardos hasta más allá del aire, para venir a atacarnos desde las estrellas. Nubes envenenadas. Partículas letales de polvo luminoso.

Pero las peores de todas son las armas que sólo se rumorean.

Durante meses que parecen eternidades esperamos el estallido

de esa guerra. Sabemos que los errores ya fueron cometidos, que se han dado los pasos irrevocables, que se han perdido las últimas oportunidades. Sólo esperamos el momento.

Se diría que debiera existir alguna razón especial para que hayamos llegado a tales extremos de horror y desesperanza. Como si hubiera habido otras guerras mundiales anteriores y hubiésemos luchado desesperadamente por salir de ellas prometiéndonos que esa sería la última. Pero de esas guerras nada recuerdo. Y bien pudiera ser que el mundo y yo hayamos sido creados a la sombra de esa catástrofe, en un desierto universal.

Lentos pasan los meses. De pronto, misteriosamente, increíblemente, la guerra empieza a replegarse. Las tensiones se alivian. Las nubes se disipan. Hay gran actividad, conferencias y planes. Se multiplican las esperanzas de una paz duradera.

Pero no dura. En súbito holocausto, surge un opresor llamado Hitler. Curioso que este nombre me vuelva a la memoria después de tantos milenios. Sus ejércitos se despliegan por todo el globo.

Pero sus triunfos son efímeros. Sus soldados son rechazados y Hitler cae en el olvido. Al final, es un oscuro agitador, casi un desconocido.

Otra paz, entonces, pero tampoco duradera. Una nueva guerra, menos cruenta que la anterior, que también trae consigo un período más apacible.

Y así sucesivamente.

Algunas veces pienso (debo aferrarme a esto) que en otras eras el tiempo ha de haber fluido en el sentido opuesto y que, en violenta reacción a la postrer guerra total, ha de haber vuelto sobre sus pasos para desandar su primitivo curso. Que nuestras vidas presentes no son más que un retorno y un retroceso. Una gran retirada.

En ese caso es posible aún que el tiempo vuelva a invertir su curso. Quizá tengamos otra posibilidad de escalar la valla.

Pero no...

El pensamiento se ha desvanecido en las ondas del Nilo.

Otra familia se marcha del valle en este día. Toda la mañana han estado escalando penosamente la garganta de arena. Y ahora, al volver las cabezas para contemplar acaso por última vez el borde de los amarillos acantilados, se perfilan contra el cielo de la mañana:

motas verticales los hombres, motas horizontales las bestias.

Junto a mí, Maot los sigue con la mirada. Pero no hace ningún comentario. Está segura de mí.

El acantilado queda otra vez desierto. Pronto habrán olvidado al Nilo con sus turbadores fantasmas de recuerdos.

Nuestra vida entera es un olvidar y un retornar. Del mismo modo que las madres absorben a los niños, así los grandes pensamientos son absorbidos por las mentes geniales. Al principio están en todas partes. Nos rodean como el aire. Luego hay una merma. Ya no todos los hombres los conocen. Y surge entonces un gran hombre y los toma para sí, y se convierten en un secreto. Sólo subsiste la inquietante convicción de que algo maravilloso se ha desvanecido.

He visto a Shakespeare describir las grandes tragedias. He visto a Sócrates despensar los profundos pensamientos. He oído a Jesús desdecir las divinas palabras.

Hay una inscripción en la piedra, y parece eterna. Al volver, siglos después, la encuentro igual, apenas un poco menos borrosa, y pienso que ella, el menos, puede durar. Pero un día llega un escriba y laboriosamente rellena los surcos hasta que queda tan solo la piedra lisa.

Entonces solo él sabe lo que allí estaba escrito. Y cuando llega a joven, ese conocimiento se extingue para siempre.

Lo mismo ocurre con todo cuanto hacemos. Nuestras casas se vuelven nuevas y las desmantelamos, y arrumbamos los materiales en minas y canteras, bosques y campos. Nuestras ropas se vuelven nuevas y las abandonamos. Y nosotros mismos nos volvemos nuevos y olvidamos y buscamos ciegamente una madre.

Ahora todos se han marchado. Solo Maot y yo nos demoramos.

No pensé que ocurriría tan pronto. Ahora que estamos acercándonos al fin, la naturaleza parece apresurarse.

Supongo que aquí y allá, a lo largo del Nilo, ha de haber otros rezagados, pero a mí me gusta pensar que nosotros somos los últimos, los últimos que veremos desaparecer los sembrados, los últimos que miraremos el río sabiendo algo de lo que antaño simbolizó, antes de hundirse en el eterno olvido.

Nuestro mundo es el del triunfo de las causas perdidas. Después de esa segunda guerra de que hablé hubo en mi país natal, del otro

lado del mar, un largo período de paz. Había en ese entonces entre nosotros un pueblo primitivo al que llamábamos indios, un pueblo desdeñado y dominado, obligado por nosotros a vivir aislado, en áreas miserables. No nos causaban ninguna preocupación. Si alguien nos hubiera dicho que tenían poder para dañarnos, nos habríamos reído.

Pero repentinamente surgió entre ellos una chispa de rebelión. Formaron bandas, se procuraron arcos y armas inferiores y vinieron a nosotros en pie de guerra.

Nosotros los enfrentamos en pequeñas batallas que jamás eran del todo decisivas. Ellos persistían, volvían siempre a la lucha, tendían emboscadas a nuestros hombres y nuestras carretas, nos hostigaban sin cesar y finalmente sus incursiones se volvieron respetables.

Sin embargo, los considerábamos tan insignificantes que hasta encontramos tiempo para librar entre nosotros una guerra civil.

El desenlace de esa guerra fue triste. Una porción de la población de piel oscura fue esclavizada y obligada a trabajar para nosotros en las casas y los campos.

Las fuerzas de los indios crecieron de una manera formidable. Poco a poco nos expulsaron de los anchos ríos y llanuras del oeste medio, obligándonos a atravesar las boscosas montañas hacia el este.

En la costa oriental los resistimos durante algún tiempo, principalmente por habernos aliado con una nación isleña transoceánica, a la que cedimos nuestra independencia.

Hubo un hecho alentador. Los negros esclavizados fueron reunidos y amontonados en navíos y traídos a las playas australes de este continente, y aquí fueron liberados o puestos en manos de tribus guerreras que finalmente les concedieron libertad.

Pero la presión de los indios, esporádicamente ayudados por aliados extranjeros, fue en aumento. Ciudad por ciudad, pueblo por pueblo, caserío por caserío, levantamos nuestras viviendas y también nosotros nos embarcamos para surcar el mar. Hacia el final los indios se tornaron extrañamente pacíficos, y los últimos cargamentos de hombres parecían huir no tanto por miedo físico sino por el terror sobrenatural que inspiraban las verdes florestas silenciosas que habían engullido sus hogares.

En el sur los aztecas empuñaron sus cuchillos de vidrio y sus espadas con filo de pedernal y echaron a los... creo que se llamaban españoles.

Un siglo más y todo el continente occidental cayó en el olvido, salvo algunas vagas, obsesivas remembranzas.

La tiranía y la ignorancia crecientes, una incesante contracción de las fronteras, rebeliones de los oprimidos, que a su vez se convertían en opresores: estos hechos constituyeron la siguiente era de la historia.

Una vez pensé que la marea había cambiado de rumbo. Surgió un pueblo pujante y disciplinado, el pueblo romano, y sometió bajo su férula a la mayor parte del mundo debilitado.

Pero esa estabilidad resultó transitoria. Una vez más los gobernados se levantaron contra los gobernantes. Los romanos fueron expulsados: de Inglaterra, de Egipto, de la Galia, de Asia, de Grecia. De los campos yermos surgió Cartago para disputarle y arrebatarle a Roma su hegemonía. Los romanos buscaron refugio en Roma, su importancia menguó, se perdieron en un laberinto de migraciones.

Sus ideas revitalizantes resplandecieron durante un siglo glorioso en Atenas, luego cesaron de gravitar.

Después de eso, la declinación continuó a un ritmo uniforme. Ya nunca más me dejé engañar con el pensamiento de que el curso de las cosas había cambiado.

Excepto esta última vez.

Porque era pétreo y seco, porque el sol lo bañaba a raudales, porque estaba lleno de templos y sepulcros, porque era afecto a las tradiciones y a la calma, pensé que Egipto podría perdurar. El casi inmutable correr de los siglos alentó en mí esa creencia. Pensaba que si no habíamos llegado al momento crucial habíamos al menos llegado al reposo.

Pero han comenzado las lluvias, los templos y sepulcros llenan los peñascos de los acantilados, y la tradición y la calma han dado paso a los impacientes afanes del nómada.

Si hay un momento crucial, no llegará hasta que el hombre sea uno con las bestias.

Y Egipto deberá desaparecer como todo lo demás.

Mañana Maot y yo emprendaremos la marcha. Ya hemos

reunido nuestros animales y enrollado nuestra tienda.

Maot arde de juventud. Está muy cariñosa.

Será extraño andar por el desierto. Pronto, demasiado pronto, nos daremos nuestro último y más dulce beso, y ella parloteará conmigo como una niña y yo velaré por ella hasta que encontremos a su madre.

O quizá un día la abandonaré en el desierto, y su madre la encontrará.

Y yo, yo seguiré eternamente.

LA ESTRELLA NEUTRÓN

Larry Niven

I

A unos cuantos millones de kilómetros de la estrella de neutrones, la «Skydiver» salió del hiperespacio. Necesité un par de minutos para situarme frente al fondo estelar y para darme cuenta de la distorsión que Sonya Laskin había mencionado antes de morir. Giré la nave a mi izquierda para verla, parecía del tamaño de la luna terrestre.

Estrellas coaguladas o revueltas, como si hubieran sido batidas con una cuchara.

Aunque no podía verla, cosa que tampoco esperaba, la estrella de neutrones estaba en el centro. Su diámetro era de sólo unos dieciséis kilómetros y estaba fría. Desde que la BVS-1 ardiera por fuego de fusión, habían pasado mil millones de años. Por lo menos había pasado ese tiempo desde las dos cataclísmicas semanas en que la BVS-1 había sido una estrella de rayos X, ardiendo a una temperatura de cinco mil millones de grados Kelvin. Ahora, lo único que mostraba era su masa.

Cuando la nave empezó a girar, sentí la presión del impulsor de fusión. Sin que hubiera ninguna necesidad de que yo interviniera, mi fiel perro guardián de metal me situó en una órbita hiperbólica que me llevaría a kilómetro y medio de distancia de la superficie de

la estrella de neutrones. Veinticuatro horas para descender, otras veinticuatro para subir... Y, durante ese tiempo, algo intentaría matarme del mismo modo que algo había matado a los Laskin.

El mismo tipo de autopiloto, con el mismo programa, había elegido la órbita de los Laskin. No había hecho chocar su nave contra la estrella. Al parecer, podía confiar en el autopiloto, hasta era posible que pudiera cambiar su programa.

Realmente debía hacerlo.

¿Cómo me había metido en aquel agujero?

Al cabo de diez minutos de maniobra, el impulsor se desconectó. Mi órbita quedaba fijada. Si ahora intentaba retroceder, ya sabía lo que sucedería.

¡Lo único que había hecho había sido entrar en una tienda para comprar una carga nueva para mi encendedor!

En el centro de la tienda, rodeado de tres pisos de mostradores con artículos, estaba el nuevo yate intrasistema: Sinclair 2603. Había entrado para comprar una carga para mi encendedor, pero me había quedado a contemplarlo. Era una nave maravillosa, pequeña, delicada, aerodinámica y extraordinariamente diferente de todo cuanto se había construido hasta entonces. Aunque no la conduciría por nada del mundo, no era razón para dejar de admitir que era maravillosa. Asomé la cabeza por la puerta para ver el cuadro de mandos. Había infinidad de indicadores. Cuándo saqué la cabeza, todos los clientes miraban en la misma dirección. Una extraña quietud había inundado el lugar.

No se les podía reprochar que mirasen. En la tienda había muchos alienígenas dedicados principalmente a la compra de artículos de recuerdo, aunque ellos también miraban.

Entre los que se encontraban en la tienda había un titiritero. Y un titiritero es algo único. Imaginad un centauro de tres piernas, sin cabeza y con dos muñecas «Cecil, la Serpiente Marina Mareada» en los brazos, y os haréis una idea de la imagen. Los brazos son cuellos ondulantes y las muñecas auténticas cabezas, lisas y sin cerebro, con anchos y flexibles labios. El cerebro se localiza en una protuberancia ósea emplazada entre las bases de los cuellos. Este titiritero llevaba sólo su capa de pelo marrón, con una tupida orla sobre el cerebro. Me han dicho que la forma de la crin indica su posición en la sociedad, pero para mí podía haberse tratado de un

obrero portuario, un joyero o el presidente de Productos Generales.

Igual que los demás, miré cómo cruzaba la planta. Y no porque no hubiese visto nunca un titiritero, sino porque en su forma de moverse sobre sus delgadas piernas y sus pequeños cascos hay algo hermoso. Me di cuenta de que venía directamente hacia mí, de que cada vez estaba más cerca. Se detuvo a unos treinta centímetros de distancia, me miró y dijo:

—Tú eres Beouwul Shaeffer, antiguo piloto jefe de las Líneas Aéreas Nakamura.

Su voz, sin el menor rastro de acento, tenía un tono de contralto muy bello. Las bocas de los titiriteros no son sólo los órganos fonéticos más flexibles que se conocen, sino también las manos más sensibles. Tienen las lenguas ahorquilladas y afiladas, los labios anchos y gruesos, con pequeños nudos en los bordes, como diminutos dedos. Imaginad a un relojero que tuviese el sentido del gusto en las yemas de los dedos...

Carraspeé y dije:

—En efecto.

Me contempló desde dos direcciones.

—¿Te interesaría un trabajo muy bien pagado?

—Me fascinaría hacer un trabajo que estuviera muy bien pagado.

—Se podría decir que yo soy el equivalente del presidente regional de Productos Generales. Ven conmigo, por favor, y hablaremos de esto en otra parte.

Le seguí hasta una cabina de desplazamiento. Me daba perfecta cuenta de que todas las miradas nos seguían. Era algo embarazoso que a uno le abordase un monstruo de dos cabezas en una tienda pública. Quizá el titiritero lo supiera, posiblemente me estuviera probando para ver hasta qué punto estaba necesitado de dinero.

Lo necesitaba, y mucho. Habían pasado ya ocho meses desde que las Líneas Aéreas Nakamura habían quebrado. Antes de eso, durante algún tiempo había estado viviendo a cuerpo de rey, convencido de que mi indemnización cubriría mis deudas. Pero nunca llegué a ver esa indemnización. Lo de las Líneas Aéreas Nakamura fue un hundimiento total. Hombres de mediana edad, respetables hombres de negocios se dedicaron a salir de sus hoteles por las ventanas sin sus cinturones elevadores. Yo seguí gastando. Si

hubiese empezado a vivir frugalmente, mis acreedores habrían hecho alguna comprobación... y, a causa de las deudas, habría terminado en la cárcel.

El titiritero, con gran destreza, marcó trece rápidas teclas con su lengua. Al cabo de un momento, estábamos en otra parte. Cuando abrí la puerta de la cabina, entró una ráfaga de aire, y aspiré profundamente.

—Estamos en el techo del edificio de Productos Generales. —La sonora voz de contralto acarició mis nervios, y tuve que recordarme que no era una hermosa mujer la que hablaba, sino un alienígena—. Mientras discutimos tu misión, debes examinar esta nave espacial.

Aunque no era la estación Ventosa, salí cautelosamente. El techo estaba al nivel del suelo, así es como construimos en Nosotros Lo Hicimos. Es posible que tenga algo que ver con los vientos de más de doscientos kilómetros por hora que tenemos en verano y en invierno, cuando el eje de rotación del planeta atraviesa su primario, Procyon. Los vientos son la única atracción turística de nuestro planeta, y sería francamente vergonzoso reducirlos construyendo rascacielos a su paso. El desnudo y cuadrado techo de hormigón estaba rodeado de interminables kilómetros y kilómetros cuadrados de desierto. Aquéllos no eran como los desiertos de otros mundos habitados, era una extensión de fina arena, sin ningún indicio de vida, que parecía pedir a gritos la presencia de unos cactus. Aunque lo intentamos, el viento arranca las plantas.

La nave estaba sobre la arena, fuera del techo. Era un casco Productos Generales 2: un cilindro de cien metros de longitud por siete de anchura, puntiagudo en ambos extremos y con un leve estrechamiento, tipo cintura de avispa, cerca de la cola. Por algún motivo estaba de costado, con los amortiguadores de aterrizaje aún plegados en la cola.

¿Os habéis fijado en que todas las naves han empezado a parecer la misma? Actualmente, cerca de un noventa y cinco por ciento de las naves espaciales se construyen con uno de los cuatro cascos de Productos Generales. A pesar de que resulta más fácil y seguro construir así, de algún modo todas las naves terminan como empezaron: modelos iguales producidos en masa.

Los cascos se entregan en condiciones de transparencia total, y la gente acostumbra a pintarlos a su gusto. Concretamente aquel

casco era transparente en la mayor parte de su superficie, sólo tenía pintado el morro, alrededor del sistema vital. No tenía ningún motor principal. A los lados tenía una serie de reactores retráctiles y el casco taladrado con agujeros más pequeños, cuadrados y redondos, para instrumentos de observación. A través del casco podía verlos brillar.

El titiritero iba en dirección al morro de la nave, pero algo hizo que me volviera hacia la popa para, más detenidamente, contemplar los amortiguadores de aterrizaje.

Estaban doblados. Tras los paneles del casco, curvados y transparentes, una gran presión había forzado el metal a fluir como cera caliente, hacia atrás y hacia el interior de la aguda popa.

—¿Qué pasó? —pregunté.

—No lo sabemos. Estamos deseando averiguarlo.

—¿Qué quieres decir?

—¿Has oído hablar de la estrella de neutrones BVS-1?

Durante un momento me quedé pensativo.

—La primera estrella de neutrones que se encontró, y por el momento la única. Alguien la localizó hace dos años por desplazamiento estelar.

—La descubrió el Instituto del Saber de Jinx. Por un intermediario nos enteramos de que el Instituto deseaba explorar la estrella, pero para eso necesitaban una nave y todavía no tenían el suficiente dinero. Nos ofrecimos para suministrarles un casco de nave, con las habituales garantías, siempre y cuando nos facilitasen todos los datos que obtuviesen utilizándolo.

—Me parece bastante justo.

No se me ocurrió preguntarle por qué no habían hecho la exploración por su cuenta. Como la mayoría de los seres inteligentes vegetarianos, los titiriteros consideraban la prudencia el *único* elemento de valor.

—Dos humanos llamados Peter Laskin y Sonya Laskin quisieron utilizar la nave. Su propósito era acercarse a kilómetro y medio de la superficie en una órbita hiperbólica. En un determinado momento de su viaje, al parecer una fuerza desconocida penetró a través del casco dejando los amortiguadores de aterrizaje en el estado que ahora se encuentran. Parece ser que esa fuerza desconocida también mató a los pilotos.

—Pero eso es imposible, ¿no?

—Veo que te das cuenta del problema. Ven conmigo. —El titiritero se dirigió hacia la proa.

Desde luego que me daba cuenta del problema. Nada, absolutamente nada puede atravesar un casco de Productos Generales; ningún tipo de energía electromagnética, salvo la luz visible. Ningún tipo de materia, ni la más pequeña partícula subatómica, ni el más rápido meteoro. Al menos eso es lo que aseguran los anuncios de la compañía, y la garantía los respalda. Yo jamás lo había dudado, y nunca había oído decir que un casco de Productos Generales resultase dañado por un arma o por cualquier otra cosa.

Además, los cascos de Productos Generales son tan feos como prácticos. Si corría la noticia de que algo podía atravesar uno de sus cascos, la empresa propiedad de los titiriteros podía verse muy perjudicada. Pero no entendía cuál podía ser mi función.

Gracias a una escalerilla accedimos al morro.

El sistema vital estaba en dos compartimentos, en los que los Laskin habían utilizado pintura que rechazaba el calor. En la cabina cónica de control, el casco estaba dividido en ventanas. Detrás, estaba la sala de reposo, que carecía de ventanas y estaba cubierta de pintura refractaria plateada. De la pared trasera de la sala de reposo partía un tubo de acceso que iba a dar a los diversos instrumentos y los motores de hiperimpulsión.

En la cabina de control había dos lechos de aceleración. Tanto uno como otro estaban rotos y desprendidos de sus encajes, amontonados, como papel arrugado, contra el tablero de mandos. La parte de atrás de los colchones estaba embadurnada de un marrón herrumbroso. Por todas partes, paredes, ventanas y pantallas visuales, se veía manchas del mismo color. Era como si algo hubiese alcanzado a las camas por abajo: algo parecido a una docena de globos de juguete llenos de pintura que habían sido golpeados con tremenda fuerza.

—Eso es sangre —dije.

—En efecto, fluido circulatorio humano.

II

Veinticuatro horas para descender.

La mayor parte de las primeras doce horas las pasé en la sala de reposos, intentando leer. No había pasado nada significativo, salvo que unas cuantas veces pude observar el fenómeno que, en su último informe, había mencionado Sonya Laskin. Cuando una estrella quedaba justamente detrás de la invisible BVS-1, se formaba un halo. La BVS-1 era lo bastante pesada como para combar la luz a su alrededor, haciendo que la mayoría de las estrellas aparecieran desplazadas hacia el exterior. Cuando una estrella quedaba directamente detrás de la estrella de neutrones, su luz se desplazaba de inmediato por todas partes. El resultado era un circulito que parpadeaba una vez y desaparecía casi antes de que el ojo pudiese captarlo.

El día que me abordó el titiritero yo no sabía prácticamente nada sobre estrellas de neutrones. Aunque ahora era un especialista, seguía sin tener la más mínima idea de lo que me aguardaba cuando descendiese.

La materia que uno suele encontrar resulta ser, casi siempre, materia normal, compuesta de un núcleo de protones y neutrones rodeados de electrones en estados cuánticos energéticos. Pero en el corazón de toda estrella hay un segundo tipo de materia: allí, la terrible presión es capaz de aplastar las cubiertas de los electrones. El resultado es materia degenerada: núcleos unidos de un modo forzado como consecuencia de la presión y de la gravedad, pero que se mantienen separados dada la repulsión mutua del «gas» electrónico, más o menos constante, que los rodea. Unas adecuadas circunstancias pueden crear un tercer tipo de materia.

Imaginemos una enana blanca apagada cuya masa es 1,44 veces superior a la masa del Sol (Límite de Chandrasejar, llamado así por un astrónomo indio norteamericano del siglo veinte). En una masa de ese tipo, la presión electrónica no sería suficiente para separar a los electrones de los núcleos. Los electrones se verían empujados contra los protones, con lo que se crearían neutrones. En el caso de una terrible explosión, la mayor parte de la estrella pasaría de ser una masa comprimida de materia degenerada a ser un apretado

montón de neutrones. Y, teóricamente, el neutronio es la materia más densa que es posible hallar en este universo. La mayor parte del resto de materia normal y degenerada se dispersaría con la explosión provocada por el calor liberado.

Durante dos semanas, al descender su temperatura interna de cinco mil millones de grados Kelvin a quinientos millones, la estrella irradiaría rayos X. Después de lo cual sería un cuerpo emisor de luz de quizá quince o treinta kilómetros de diámetro: lo más próximo a la invisibilidad. Así pues, no era extraño que la BVS-1 fuese la primera estrella de neutrones descubierta.

Tampoco era extraño que el Instituto del Saber de Jinx hubiese dedicado mucho tiempo y muchos esfuerzos a su estudio. Hasta que se descubrió la BVS-1, el neutronio y las estrellas neutrónicas no eran más que teorías. La exploración de una estrella de neutrones real podía ser verdaderamente importante. Las estrellas de neutrones podían proporcionar la clave del auténtico control de la gravedad.

Masa de la BVS-1: aproximadamente 1,3 veces la del Sol.

Diámetro de la BVS-1 (teórico): dieciséis kilómetros de neutronio, cubiertos de casi uno de materia degenerada, cubierta a su vez de, posiblemente, cuatro metros de materia ordinaria.

Velocidad de escape: aproximadamente 200.000 kilómetros por segundo.

Hasta que los Laskin fueron a explorarla, no se sabía nada más de la pequeña estrella negra. Ahora el Instituto conocía un dato más: el spin de la estrella.

—Una masa tan grande puede, con su rotación, distorsionar el espacio —dijo el titiritero—. La órbita hiperbólica de la nave del Instituto se alteró de tal modo que pudimos deducir que el período de rotación de la estrella es de dos minutos veintisiete segundos.

El bar estaba situado en algún lugar del edificio de Productos Generales. No sé con exactitud dónde, aunque con las cabinas de transferencia no importa. Mis ojos estaban fijos en el camarero que nos atendía, que era también un titiritero. Naturalmente, sólo un cliente que también lo fuese desearía que le sirviese un titiritero, pues cualquier bípedo sentiría repugnancia al saber que alguien había preparado su consumición con la boca. Yo ya había decidido que cenaría en otro sitio.

—Comprendo vuestro problema —dije—. Si se descubre que algo puede atravesar uno de vuestros cascos y matar a la tripulación, vuestras ventas se verán afectadas. Pero ¿qué pinto yo en todo esto?

—Queremos repetir el experimento de Sonya y Peter Laskin. Debemos descubrir...

—¿Connmigo?

—Sí. Es preciso que descubramos qué es eso que nuestros cascos no pueden detener. Naturalmente, siempre puedes...

—Ni hablar.

—Estamos dispuestos a ofrecer un millón de estrellas.

Durante un preciso instante me sentí tentado.

—Ni hablar —repetí.

—Naturalmente, se te permitirá construir tu propia nave utilizando un casco 2 de Productos Generales.

—Gracias, pero prefiero seguir viviendo.

—Supongo que no te gustará demasiado verte en la cárcel. Sé que en Nosotros Lo Hicimos se ha restablecido la prisión por deudas. Si Productos Generales hiciese públicas tus deudas...

—Bueno, la verdad es que...

—Tu deuda asciende casi quinientas mil estrellas. Pagaremos a tus acreedores antes de que te vayas. Si regresas, te pagaremos el resto. Posiblemente te pediremos que hables sobre el viaje con los representantes de los medios de información, en cuyo caso habrá más estrellas.

Tuve que admitir la honradez de aquella criatura por no decir *cuando regreses*.

—¿Me decías que podría construir mi propia nave?

—Naturalmente. No se trata de un viaje de exploración, queremos que regreses sano y salvo.

—Acepto el trato —dije.

Después de todo, el titiritero había intentado hacerme chantaje; lo que pudiese pasar luego sería culpa suya.

En sólo dos semanas construyeron mi nave. Utilizaron un caso 2 de Productos Generales, exactamente igual que el de la nave del Instituto del Saber; el sistema vital era prácticamente una copia exacta de los Laskin, pero ahí terminaba la semejanza. No había ningún instrumento para observar estrellas de neutrones. En su

lugar, había un motor de fusión lo bastante grande para una nave de guerra Jinx. En mi nave, a la que llamaría «Skydiver», el impulsor podía producir treinta g en el límite de seguridad. El cañón láser que había era lo bastante grande para atravesar la luna de Nosotros lo Hicimos. El titiritero quería que yo me sintiese seguro, y ya me sentía, pues podía luchar y correr. Especialmente, correr.

Oí media docena de veces el último comunicado de los Laskin. Su nave había salido del hiperespacio a millón y medio de kilómetros de la BVS-1. La gravedad le habría impedido acercarse más por el hiperespacio. Mientras su marido se arrastraba por el tubo de acceso para comprobar los instrumentos, Sonya Laskin se había puesto en contacto con el Instituto del Saber. «... todavía no podemos verla a simple vista, aunque podemos ver dónde está. Siempre que una estrella queda detrás, hay un pequeño anillo de luz durante sólo un minuto. Peter está preparándose para utilizar el telescopio...».

Luego, la masa de la estrella había cortado el lazo hiperespacial. Era algo que ya se esperaba y por eso entonces nadie se había inquietado. Más tarde, al sufrir el ataque, el mismo efecto debió de impedirles huir al hiperespacio.

Cuando los equipos de socorro encontraron la nave, lo único que seguía funcionando eran las cámaras y el radar. No era gran cosa. En la cabina no había ninguna cámara. Pero, por un instante, la cámara delantera nos dio una visión, difuminada por la velocidad, de la estrella de neutrones. Era un disco informe del color naranja de un ascua. Aquel objeto hacía mucho tiempo que era una estrella de neutrones.

—No habrá ninguna necesidad de pintar la nave —le dije al presidente.

—No deberías hacer este viaje con paredes transparentes, puedes volverte loco.

—Sé lo que es el espacio. La angustiosa visión del espacio desnudo no me afecta demasiado. No quiero tener a nadie siguiéndome sin poder verlo.

El día antes de mi partida, me senté solo en el bar de Productos Generales y dejé que el camarero alienígena me preparase algo de beber con su boca. No lo hacía mal. Por todo el bar había grupos de

dos o tres titiriteros, con un par de hombres para variar; pero la hora de las bebidas todavía no había llegado. El local parecía vacío.

Me sentía satisfecho de mí mismo. Aunque no me importase mucho yendo a donde se iba, todas mis deudas quedaban pagadas. Me iría sin un minicrédito a mi nombre; sólo con la nave...

En resumidas cuentas, había salido de una situación apurada. Esperaba que me resultase agradable ser un rico exilado.

Al ver que un individuo se sentaba frente a mí, me incorporé sobresaltado. Era un extranjero, un hombre de mediana edad; iba vestido con un traje negro muy caro de hombre de negocios y llevaba una asimétrica barba blanca como la nieve. Hice un gesto hosco y me dispuse a levantarme.

—Síéntese, señor Shaeffer.

—¿Por qué?

Por toda respuesta, me enseñó un disco azul, una señal de identificación del gobierno-Tierra. Lo miré por encima para demostrar que estaba atento, aunque en el fondo no me importaba gran cosa.

—Me llamo Segismundo Ausfaller —dijo el empleado del gobierno—. Quiero decirle algo respecto a la misión que le ha encomendado Productos Generales.

Asentí, sin decir nada.

—Como es normal, nos han enviado información de su contrato verbal. En él he podido advertir varias cosas curiosas. Señor Shaeffer, ¿realmente va a correr usted ese riesgo por sólo quinientas mil estrellas?

—Voy a recibir el doble.

—Pero sólo dispondrá de la mitad, el resto será para pagar sus deudas. Además, no debe olvidar los impuestos. Pero no importa. Lo que he pensado es que una nave espacial es una nave espacial, y la suya está muy bien armada y tiene muy buenos motores. Si se sintiese tentado a venderla, sería una nave de combate muy valiosa.

—Pero no es mía.

—Los hay que no preguntarían. Los de Cañón, por ejemplo, o el partido aislacionista de Tierra de las Maravillas.

No contesté.

—O se podría usted plantear el hecho de dedicarse a la piratería. Un negocio arriesgado, la piratería; no tomo en serio la idea.

Yo ni tan siquiera había pensado en lo de la piratería. Pero en cuanto a Tierra de las Maravillas...

—Lo que quiero decirle, señor Shaeffer, es que un solo hombre, si fuese lo bastante deshonesto, podría perjudicar terriblemente la reputación de los seres humanos en todas partes. La mayoría de las especies considera necesario controlar la moral de sus miembros, y nosotros no somos ninguna excepción. Se me ha ocurrido la idea de que tal vez usted pudiese no llevar su nave a la estrella de neutrones, que la llevase a otro sitio y la vendiese. Como pacifistas que son los titiriteros no construyen naves de guerra invulnerables. Su «Skydiver» es única.

»En consecuencia, he pedido a Productos Generales que me permita instalar una bomba de control remoto en la «Skydiver». Situada dentro del casco, éste no podría protegerle. La he instalado esta tarde.

»Si en el plazo de una semana usted no informa, me veré obligado a utilizar la bomba. En una semana de recorrido por el hiperespacio, partiendo de aquí, hay varios mundos, pero todos reconocen la autoridad de la Tierra. Si usted huye, se verá obligado a abandonar su nave antes de que transcurra una semana, por lo que difícilmente podrá aterrizar en un mundo habitado. ¿Está claro?

—Muy claro.

—Si le he juzgado mal, puede usted hacer una prueba con el detector de mentiras y demostrarlo. Luego, puede usted aplastarme la nariz, y yo me disculparé caballerosamente.

Se levantó, se inclinó y me dejó allí sentado, sobrio del todo.

Las cámaras de los Laskin habían grabado cuatro películas. En el tiempo que me quedaba, las examiné varias veces, sin que nada llamase mi atención. Si la nave hubiese chocado contra una nube de gas, el impacto podría haber matado a los Laskin. En el perihelio se movían a más de la mitad de la velocidad de la luz. Pero tendría que haberse producido fricción, y en las películas no vi el menor indicio de calentamiento. Si les había atacado algo vivo, la bestia había sido invisible al radar y a una enorme gama de frecuencias luminosas. Si accidentalmente los reactores se hubiesen disparado (estaba tratando de analizar todas las posibilidades), la luz y el resplandor se hubiesen visto en alguna de las películas.

Junto a la BVS-1 tenía que haber aterradoras fuerzas magnéticas, pero no podrían haberles hecho ningún daño. Ninguna fuerza de ese tipo podía atravesar un casco de Productos Generales. Ni tampoco el calor, salvo en bandas especiales de luz radiada, bandas visibles para alguno de los clientes alienígenas de los titiriteros. Yo tenía a opiniones contrarias respecto al casco de Productos Generales, pero todas iban referidas a la anónima vulgaridad del diseño. O lo que tal vez me molestase fuese el hecho de que Productos Generales disfrutase de un cuasi monopolio en cascos de naves espaciales y no fuese propiedad de los seres humanos. Pero si, por ejemplo, tuviese que confiar mi vida al yate Sinclair que había visto en la tienda, habría elegido la cárcel.

La cárcel era una de mis tres posibles elecciones. Pero me pasaría allí toda la vida, Ausfaller se encargaría de que así fuese.

También cabía la posibilidad de escaparme en la Skydiver, pero ningún mundo al que pudiese llegar en el tiempo de que disponía me serviría de refugio. Claro que, si encontrase un mundo parecido a la Tierra y aún no descubierto a una semana de Nosotros Lo Hicimos...

Pero sería pura casualidad. Una casualidad muy remota. Prefería la BVS-1.

III

Me pareció que el círculo de luz brillante iba haciéndose mayor, pero no podía estar seguro puesto que brillaba muy de vez en cuando. La BVS-1 no aparecía siquiera en mi telescopio. Prescindí de él y me senté a esperar.

Mientras, recordé un verano, hacía ya mucho, que pasé en Jinx. Algunos días, cuando un banco de nubes iluminaba el paisaje con una cruda luz solar blanquiazul nos impedía salir, nos entreteníamos llenando globos con agua y tirándolos, desde una

altura de tres pisos, a la acera. Al estallar, hacían dibujos encantadores, pero se secaban con demasiada rapidez. De modo que decidimos echar un poco de tinta en cada globo antes de llenarlo. Así, conseguíamos que las formas permaneciesen.

Cuando las sillas cayeron Sonya Laskin estaba sentada en una. Manchas de sangre mostraban que había sido Peter quien había chocado con las sillas, como un globo lleno de agua arrojado desde gran altura.

¿Qué podía atravesar un caso de Productos Generales?

Diez horas para descender.

Tras desabrochar la red de seguridad, hice un viaje de inspección. El túnel de acceso tenía un metro de anchura, lo justo para pasar por él en caída libre. Debajo de mí se extendía el tubo de fusión; a la izquierda, el cañón láser; a la derecha, una serie de curvados tubos laterales que se dirigían a los puntos de inspección del giroscopio, las baterías y el generador, la planta de aire y los motores de acceso al hiperespacio. Salvo yo, todo lo demás estaba en orden. Yo me notaba torpe. Mis saltos eran siempre demasiado cortos o demasiado largos. Al final de la popa no había espacio suficiente para girar, así que me vi obligado a retroceder casi veinte metros hasta un tubo lateral.

Sólo faltaban seis horas para el descenso y aún no podía encontrar la estrella de neutrones. Probablemente pasando a algo más de la mitad de la velocidad de la luz, la viese sólo un instante. Mi velocidad debía de ser ya enorme.

¿Se volvían azules las estrellas?

Faltaban dos horas, y estaba convencido de que se volvían azules. ¿Iba a tanta velocidad? Entonces las estrellas de atrás debían aparecer rojas. La maquinaria me impedía ver lo que había a mis espaldas, así que utilicé el giroscopio. La nave se volvió con extraña lentitud. Las estrellas que había detrás de mí eran azules, no rojas. Estaba rodeado por todas partes de estrellas blanquiazules.

Imaginaos la luz cayendo en un pozo gravitacional increíblemente profundo. No acelerará, pues la luz no puede moverse más deprisa que la luz. Pero puede ganar en energía, en frecuencia. Con el descenso, la luz caía sobre mí con una intensidad que aumentaba progresivamente.

Lo comuniqué al dictáfono, probablemente fuese el elemento

mejor protegido de la nave. Había decidido ya ganar mi dinero utilizándolo, como si esperase recoger una cosecha. Interiormente, me preguntaba qué intensidad llegaría a alcanzar la luz.

La nave había vuelto a la posición vertical, con su eje enfilando la estrella de neutrones, pero ahora dándole la popa. Yo creía que la nave estaba en posición horizontal. Más torpezas. Utilicé el giroscopio. De nuevo, la nave se movía suavemente, hasta que pareció fijarse en mitad del balanceo. Luego, pareció asentarse automáticamente. Era como si prefiriese que su eje enfilara la estrella de neutrones.

Esto no me gustó nada.

Aunque intenté maniobrar de nuevo, la nave seguía resistiéndoseme. Pero esta vez había algo más, algo tiraba de mí.

Así que solté la red de seguridad y caí de cabeza hacia el morro.

El empuje era ligero, de aproximadamente una décima de g. Parecía más como hundirse en miel que una caída. Regresé a mi silla, me aseguré en ella como mi red, ahora colgando boca abajo, y puse en marcha el dictáfono. Expliqué la situación con tanto detalle que mis hipotéticos oyentes pondrían inevitablemente en entredicho mi hipotética cordura.

—Creo que esto es lo que les pasó a los Laskin —concluí—. Si el empuje aumenta, volveré a hablar.

¿Creo? Nunca lo dudé. Aquel extraño y suave empuje era inexplicable. Algo inexplicable había matado a Peter y Sonya Laskin, que en paz descansen.

Cerca del punto donde debía encontrarse la estrella de neutrones las otras estrellas parecían manchas de pintura al óleo, trazadas radialmente, brillaban con una luz colérica y penosa. Mientras intentaba pensar, seguí colgado boca abajo en la red.

Al cabo de una hora estaba ya convencido: el empuje se incrementaba. Y aún me quedaba una hora de caída. Y una fuerza tiraba de mí, pero no de la nave.

No, aquello era absurdo. ¿Qué era lo que podía llegar hasta mí atravesando un casco de Productos Generales? Tenía que ser al revés. Algo estaba empujando la nave y desviándola de su curso.

Si las cosas empeoraban, tenía la posibilidad de utilizar el impulsor para compensar. Mientras tanto, la nave estaba siendo *desviada* de la BVS-1, para mí aquello era bueno.

Pero si me equivocaba, si no había nada que desviaba la nave de la BVS-1, el motor de propulsión enviaría a la «Skydiver» a estrellarse contra dieciséis kilómetros de neutronio.

¿Y por qué no funcionaba ya el motor de propulsión? Si la nave estaba siendo desviada de su curso, el piloto automático debería reaccionar. Al hacer mi viaje de inspección por el tubo de acceso había comprobado el acelerómetro, estaba en perfectas condiciones.

¿Podía haber algo que estuviera empujando a la nave y al acelerómetro, pero no a mí?

La conclusión era absurda, algo que podía atravesar un casco de Productos Generales.

Al diablo la teoría, me dije. Tengo que salir de aquí. Y comuniqué al dictáfono:

—El empuje aumenta peligrosamente. Intentaré alterar mi órbita.

Por supuesto, al girar la nave hacia afuera y utilizar el propulsor, añadiría mi propia aceleración a la fuerza X. Sería duro, pero podría soportarlo durante un tiempo. Si me acercaba a kilómetro y medio de la BVS-1 acabaría como Sonya Laskin.

Seguramente, ella debía de haber esperado, boca abajo, en una red como la mía; esperado sin una unidad impulsora; esperado mientras la presión aumentaba y la red penetraba en su carne; esperado hasta que la red se rompiese y ella cayese hacia el morro de la nave, donde quedaría aplastada y destrozada hasta que la fuerza X liberase a las mismas sillas y las arrojase sobre ella.

Aunque puse en marcha los giroscopios, éstos no eran lo bastante potentes para desviarme. Lo intenté tres veces. En cada una de las ocasiones la nave giró unos cincuenta grados y se quedó allí, inmóvil, mientras el chirrido de los giroscopios crecía y crecía. Liberada, la nave se situó inmediatamente en posición. Quedó apuntando de morro hacia la estrella de neutrones, y así habría de seguir.

Media hora de descenso, y la fuerza X era superior a un g. Aquello era un auténtico calvario para mí. Los ojos los tenía desorbitados, como a punto de salirse de las órbitas. Dudo que hubiese podido sostener un cigarrillo entre los dedos, pero preferí no cerciorarme. Cuando me había escurrido hacia el morro de la nave, mi paquete de «Afortunados» se me había caído del bolsillo.

Allí estaba, un metro más allá de mis dedos, prueba de que la fuerza X no actuaba sólo sobre mí, sino también sobre otros objetos. Fascinante.

No podía aguantar más. Si aquello me arrastraba hacia la estrella de neutrones, tenía que utilizar el impulsor. Y lo hice. Aproximadamente, logré situarme en caída libre. La sangre que se había acumulado en mis extremidades volvió a su sitio. El indicador señaló 1,2 g. Maldije al robot por mentiroso.

Alrededor del morro flotaba el paquete de cigarrillos, y se me ocurrió que un pequeño giro extra en la válvula lo atraería hacia mí. Lo intenté. El paquete avanzó hacia mí, y yo extendí la mano, pero, como si se tratase de un ser inteligente, aceleró la velocidad y la esquivó. Cuando pasaba junto a mi oído, lo intenté de nuevo, pero seguía moviéndose demasiado aprisa. Aquel paquete se deslizaba con gran rapidez, considerando que allí estaba yo, prácticamente en caída libre. Cayó atravesando la entrada de la sala de reposo, aumentando aún más su velocidad y, al penetrar en el tubo de acceso, se desvaneció. Segundos más tarde oí un contundente golpe.

Aquello era una *locura*, la fuerza X estaba ya acumulando sangre en mi cara. Saqué mi encendedor, extendí el brazo con él en la mano, y lo dejé caer. Suavemente cayó hacia el morro. Pero el paquete de «Afortunados» había golpeado como si lo hubiese dejado caer de un *edificio*.

Bien.

Ligeramente, volví a accionar la válvula. El murmullo del hidrógeno en fusión me recordó que si intentaba mantenerlo así durante todo el camino, podría someter el casco de Productos Generales a su más dura prueba: chocar con una estrella de neutrones a la mitad de la velocidad de la luz. Ya me lo podía imaginar: un casco transparente con sólo unos cuantos milímetros cúbicos de materia de una estrella enana adosados a la punta del morro.

A 1,4 g, según aquel mentiroso indicador, el encendedor se desprendió y avanzó hacia mí. Lo dejé ir. Estaba cayendo claramente cuando llegó a la puerta. Accione la válvula hacia atrás. Aunque la pérdida de impulso me lanzó violentamente hacia delante, mantuve la cara vuelta. La velocidad del encendedor

disminuyó y vaciló a la entrada del tubo de acceso. Decidió continuar. Agucé el oído a la espera del ruido, y luego di un salto cuando toda la nave resonó como un gong.

El acelerómetro estaba justo en el centro de gravedad de la nave. De otro modo, la masa de la nave habría sacudido la aguja indicadora. Los titiriteros eran capaces de una exactitud de diez decimales.

Tras conceder al dictáfono unos cuantos comentarios rápidos, me puse a trabajar en la reprogramación del piloto. Afortunadamente, lo que quería hacer era simple. La fuerza X no era más que una fuerza X para mí, pero ahora sabía cómo actuaba. Realmente podría superarlo.

Las estrellas que había junto a aquel punto especial eran ferozmente azules. Creí que podía verla, muy pequeña, débil y roja; pero posiblemente sólo fuese mi imaginación. En veinte minutos estaría girando alrededor de la estrella de neutrones. A mi espalda, el impulsor gruñó. En caída libre efectiva, desaté la red de seguridad y me levanté de la silla.

Entonces, hubo un suave empujón y manos espectrales atenuaron mis piernas. Cinco kilos de peso colgaban de mis dedos. La presión debía disminuir rápidamente. Programaría el piloto automático para que, en los dos minutos siguientes, redujese a cero el empuje de dos g. Lo único que tenía que hacer era permanecer en el centro de gravedad, el tubo de acceso, cuando el empuje llegase a cero.

Algo que atravesaba un casco de Productos Generales presionaba la nave. ¿Una forma de vida psicocinética varada en un sol de dieciséis kilómetros de diámetro? Pero ¿cómo podía vivir algo con aquella gravedad?

Algo podía mantenerse en órbita. En el espacio hay vida: intrusos, semillas volantes y, quizás, otros elementos que todavía no hemos descubierto. En realidad, la BVS-1 podía estar viva. Daba igual. Yo sabía lo que intentaba hacer la fuerza X, estaba intentando partir la nave.

Ahora no había ninguna presión sobre mis dedos. Me impulsé hacia atrás y aterricé en la pared posterior, con las piernas flexionadas. Me arrodillé sobre la puerta, mirando hacia atrás y hacia abajo. Cuando llegó la caída libre, me introduje por allí y me

vi en la sala de reposo, mirando hacia abajo y hacia delante, hacia el morro.

La gravedad cambiaba más rápidamente de lo que yo deseaba. A medida que se aproximaba la hora cero y disminuía el empuje compensatorio del propulsor, la fuerza X iba creciendo. La fuerza X tendía a partir la nave; era de dos g delante, en el morro, dos g atrás, en la cola, y disminuía hasta cero en el baricentro de la nave. O, al menos, yo así lo esperaba. El paquete de cigarrillos y el encendedor se habían comportado como si la fuerza que les atraía hubiese aumentado a cada centímetro que avanzaban hacia la puerta.

El dictáfono me resultaba totalmente inalcanzable, estaba a casi veinte metros por debajo de mí. Si tenía algo más que decir a Productos Generales, se lo diría personalmente. Posiblemente, tuviese oportunidad de hacerlo, puesto que sabía qué fuerza intentaba destrozar la nave.

Era la marea.

El motor no estaba funcionando y yo me encontraba en el punto medio de la nave. La posición de tendido en que me encontraba, me estaba resultando muy cómoda. Faltaban cuatro minutos para el perihelio.

Debajo de mí algo restalló en la cabina. No pude ver lo que era, pero vi con toda claridad un punto rojo brillando ferozmente entre azules líneas radiales, como una linterna en el fondo de un pozo. A los lados, entre el tubo de fusión, los tanques y otros elementos, las estrellas azules resplandecían delante de mí con una luz casi violeta. Me daba miedo mirar demasiado. Pensé que realmente podían cegarme.

En la cabina debía de haber centenares de g. Incluso podía sentir el cambio de presión. A cincuenta metros por encima de la sala de control, el aire era muy tenue.

Entonces, de manera súbita, el punto rojo se hizo más que un punto. Mi tiempo terminaba. Un disco rojo saltó hacia mí; la nave se balanceó a mi alrededor; yo jadeé y cerré con fuerza los ojos. Suavemente pero con gran firmeza, manos gigantes agarraron mis brazos, mis piernas mi cabeza, e intentaron partirme en dos. En aquel momento recordé que así había muerto Peter Laskin. Sin duda, él había hecho las mismas suposiciones que yo, y había

intentado refugiarse en el tubo de acceso. Pero había resbalado por él. Lo mismo que me estaba pasando a mí...

Cuando abrí los ojos el punto rojo se hundía en la nada.

IV

Insistentemente, el titiritero presidente dijo que se me internase en un hospital para observación. No me opuse. Tenía la cara y las manos rojas e inflamadas, comenzaban a salirme ampollas y me dolía todo como si me hubiesen dado una paliza. Lo que yo quería era descanso y amorosos y tiernos cuidados.

Cuando la enfermera entró para anunciar una visita, yo estaba flotando entre un par de placas de dormir, terriblemente incómodo. Por la extraña expresión de la enfermera, supe quién era.

—¿Qué puede atravesar un casco de Productos Generales? —le pregunté.

—Yo esperaba que tú me lo dijeras.

El presidente se apoyó en su única pierna trasera, sosteniendo un tubo que desprendía un humo verde con olor a incienso.

—Y lo haré. Gravedad.

—No te burles de mí. Es una cuestión vital.

—No me burlo. ¿Tiene luna vuestro mundo?

—Es un dato secreto.

Los titiriteros son recelosos, nadie sabe de dónde vienen, y es poco probable que dejen que se descubra.

—¿Sabes lo que pasa cuando una luna se acerca demasiado a su primario?

—Que se disgrega.

—¿Por qué?

—No lo sé.

—Mareas.

—¿Qué es una marea?

Vaya, dije para mí.

—Intentaré explicártelo. La Luna de la Tierra mide alrededor de tres mil kilómetros de diámetro y no tiene rotación respecto a la Tierra. Imagina que cogemos dos rocas en la Luna, una en el punto más próximo a la Tierra y otra en el punto más alejado.

—Muy bien.

—¿No crees que es evidente que si dejamos esas rocas abandonadas a sí mismas se separarían una de otra? Están en dos órbitas distintas, órbitas concéntricas, una de ellas a unos tres mil kilómetros más lejos de la otra. Sin embargo, esas rocas se ven obligadas a moverse a la misma velocidad orbital.

—La exterior se mueve más deprisa.

—Buena observación. Consecuentemente, hay una fuerza que intenta partir en dos la Luna. La gravedad es lo que la mantiene unida. Si la Luna se aproximase lo bastante a la Tierra esas dos rocas se alejarían una de otra.

—Comprendo. Y esta *marea* intentó partir en dos tu nave. Era lo bastante poderosa en el sistema vital de la nave del Instituto como para sacar de sus encajes las sillas de aceleración.

—Y para aplastar a un ser humano. Imagínatelo. El morro de la nave estaba exactamente a once kilómetros del centro de la BVS-1. La cola, cien metros más allá. Abandonadas a sí mismas, se habrían situado en órbitas completamente diferentes. Cuando me acerqué lo bastante mi cabeza y mis pies intentaron hacer lo mismo.

—Comprendo. ¿Estas mudando?

—¿Qué?

—He visto que estás perdiendo tu tegumento exterior en algunos puntos.

—Ah, eso. Me quemó la luz de la estrella.

Durante un instante, dos cabezas se miraron entre sí. ¿Se había encogido de hombros? Al fin, dijo:

—El resto de tu dinero lo hemos depositado en el Banco de Nosotros Lo Hicimos. Un humano, llamado Sigmundo Ausfaller, ha congelado la cuenta hasta que se evalúen tus impuestos.

—Vaya.

—Si aceptas hablar con los informadores ahora, y les explicas lo que pasó con la nave del Instituto, te pagaremos diez mil estrellas. Te las pagaremos en efectivo para que puedas utilizarlas

inmediatamente. Es urgente. Ha habido rumores.

—Hazlos pasar. —Y luego añadí—: Puedo decirles también que tu mundo no tiene luna, eso podría ser una noticia interesante.

—No entiendo.

Pero dos largos cuellos se habían echado hacia atrás, y el titiritero me observaba como un par de pitones.

—Sabrías lo que es una marea si en tu planeta hubiese luna. Lo sabrías inevitablemente.

—¿Estarías interesado si se tratara de...

—¿Un millón de estrellas? Me fascinaría. Incluso firmaría un contrato si incluye lo que estamos ocultando. ¿Cómo te sienta el chantaje?

LOS OPERADORES HUMANOS

Harlan Ellison y A.E. Van Vogt

[Para ser leído mientras se escucha Chronophagie, «The Time eaters»: Música de Jacques Lasry, tocada en Structurqs Sonares Lasry-Baschet (Columbia Masterworks Stereo MS 7314)].

NAVE espacial: el único sitio.

Nave dice: hoy voy a ser destruido a mediodía. Y por eso tengo pesar.

No me parece justo tener que ser destruido tres días antes del día que toca una vez al mes. Pero ya hace tiempo que aprendí que no se debe pedir a Nave que explique nada personal.

Me parece que hoy es diferente; están ocurriendo algunas cosas. Por la mañana temprano, me puse el traje espacial y salí fuera, lo cual no es corriente. Pero el polvo de meteoros ha rayado mucho una pantalla, y aquí estoy yo, cambiándola. Nave podría decir que yo soy malo porque hago mi trabajo, y echo rápidas miradas furtivas a mi alrededor. No me atrevería a hacer eso en lugares prohibidos, dentro. Pero cuando yo era todavía un muchacho, me fijé en que Nave no parecía preocuparse tanto de lo que yo hacía cuando estaba fuera.

Así que sigilosamente echo algunas miradas furtivas al profundo y negro espacio. Y a las estrellas.

Una vez pregunté a Nave por qué nosotros no íbamos nunca hacia aquellos puntos de brillantez, aquellas estrellas, como Nave las llama. Por hacer esa pregunta me gané una destrucción extra y una larga perorata a voz en grito sobre todas esas estrellas, que

tienen seres humanos viviendo en sus planetas, y qué malos son los humanos. Nave realmente me destruyó aquella vez, diciendo cosas que yo nunca había oído antes, tales como que Nave había escapado de los perversos humanos durante una guerra con los Kyben. Y cómo, de vez en cuando, Nave «llega a las manos» con los viciosos humanos; pero el perímetro defractor nos salva. Yo no sé lo que Nave quiere decir con todo eso; ni siquiera sé exactamente qué es «llegar a las manos».

El último «llegar a las manos» debió de haber ocurrido antes de que yo fuera lo suficientemente mayor para recordar. O, por lo menos, antes de que Nave matara a mi padre cuando yo tenía catorce años. Varias veces, cuando él estaba vivo, dormí todo el día por alguna razón que no puedo recordar. Pero desde que he estado haciendo mi trabajo de mantenimiento (desde la edad de catorce años), yo duermo sólo mi noche regular de seis horas. Nave me habla cuándo es de noche y también cuándo es de día. Me arrodillo aquí en mi traje espacial, sintiéndome diminuto en este lugar gris y curvado de metal en la oscuridad. Nave es grande. Tiene más de 170 metros de largo y unos 50 metros de grosor en su parte más ancha al fondo. De nuevo tengo ese pensamiento especial de estar afuera. Supongamos que me doy un impulso, y salgo fuera notando hacia uno de esos brillantes puntos de luz. ¿Podría escapar? Yo creo que sí. Debe de haber otro lugar además de Nave.

Como en el pasado, lenta y tristemente desisto de la idea. Porque si lo intento, y Nave me atrapa, *realmente* seré destruido.

Finalmente el trabajo de reparación ha terminado. Regreso a la cámara intermedia y empleo los trébedes para dilatarla y dejarme ser chupado para regresar a lo que es, al fin y al cabo (tengo que reconocerlo) un sitio bastante seguro. Todos los relucientes corredores, las enormes salas de almacenaje con su equipo y piezas de recambio y las salas de congelación con sus pilas de alimentos (suficientes, dice Nave, para mantener a una persona durante siglos), y las innumerables cubiertas llenas de maquinaria cuya reparación es mi trabajo. Puedo estar orgulloso de eso.

—*¡Date prisa! ¡Faltan seis minutos para el mediodía!* —me dice Nave, y yo me apresuro.

Me quito mi traje espacial, lo sujeto al tablero de descontaminación y me dirijo a la sala de destrucción. Al menos, es

así como yo lo llamo. Supongo que es realmente parte de la sala de máquinas de Subcubierta Diez, una cámara especial provista de conexiones eléctricas, la mayor parte de las cuales son instrumentos de control. Yo los uso con bastante regularidad en mi trabajo. El padre del padre de mi padre los instaló para Nave, según me parece recordar.

Hay una gran mesa, trepo encima de ella y me tumbo. Siento el frío de la mesa contra la piel de mi espalda, nalgas y muslos al echarme; pero me calienta cuando llevo un rato echado sobre ella. Sólo falta un minuto para el mediodía. Mientras espero, estremeciéndome por la expectación, el techo desciende hacia mí. Parte de lo que desciende encaja sobre mi cabeza, y siento los dos duros bultos que presionan en mis sienes. Y frío; siento las abrazaderas que descienden sobre mi vientre, mis muñecas, mis tobillos. Una correa que tiene algo de metal sujeta mi pecho flexible, pero firmemente.

—¡Listo! —ordena Nave.

Siempre me parece amargamente injusto. ¿Cómo puedo yo estar listo para ser destruido? ¡Lo odio! Nave cuenta:

¡Diez... nueve... ocho... uno!

Siento la primera sacudida eléctrica y todo parece ir en direcciones diferentes; parece como si alguien estuviera desgarrando algo suave dentro de mí, o al menos es como lo siento.

La oscuridad forma remolinos en mi cabeza y yo me olvido de todo. Quedo inconsciente durante un rato. Poco antes de recuperarme, antes de que haya acabado y Nave me permita ir a hacer mis deberes, recuerdo una cosa que he recordado muchas veces. No es la primera vez de este recuerdo. Es de mi padre y de una cosa que dijo una vez, no mucho antes de que lo mataran:

—Cuando Nave dice perverso, Nave quiere decir más inteligente. Hay otras noventa y ocho posibilidades.

Dijo esas palabras muy rápidamente. Creo que sabía que lo iban a matar pronto. Claro que debería saberlo, mi padre lo sabía, porque yo entonces tenía casi catorce años, y cuando él cumplió catorce años, Nave mató a su padre, así que debía saberlo.

Las palabras son importantes. Lo sé; son importantes, pero no sé lo que significan, al menos no del todo.

—*¡Ya estás acabado!* —dice Nave.

Me levanto de la mesa. El dolor aún me da punzadas y pregunto a Nave:

—¿Por qué soy destruido tres días antes de lo normal?

Nave se enfada:

—*¿Puedo destruirte de nuevo!*

Pero sé que Nave no lo hará. Algo nuevo va a pasar y Nave quiere que yo esté enteramente alerta para ello. Una vez, cuando pregunté a Nave algo personal, poco después de haber sido destruido, Nave me destruyó de nuevo, y cuando desperté Nave estaba muy incómodo manejando las máquinas. A Nave parecía importarle que yo no sufriera daños. Desde entonces, Nave nunca me ha vuelto a destruir dos veces seguidas. Así que le pregunto, aunque no pienso realmente obtener una respuesta, pero le pregunto de todos modos.

—*¡Hay una reparación que quiero que hagas!*

—Dónde —le pregunto.

—*¡En la parte prohibida de abajo!*

Trato de sonreír. Sabía que algo nuevo iba a suceder y se trata de esto. Las palabras de mi padre me vienen de nuevo. *Noventa y ocho otras posibilidades.*

¿Es ésta una de ellas?

Desciendo en la oscuridad. No hay luz en el pozo de bajada. Nave dice que yo no necesito luz. Pero yo sé la verdad. Nave no quiere que yo pueda encontrar mi camino de regreso. Esta es la parte más baja que yo haya ocupado en Nave.

Así que me dejo caer seguro, suave y rápido. Ahora llego a un sitio donde disminuye la velocidad y cada vez con más lentitud mis pies tocan finalmente la sólida cubierta y aquí estoy.

La luz se enciende, muy débilmente. Me muevo en la dirección del resplandor, y Nave está conmigo, todo a mi alrededor, claro. Nave está siempre conmigo, incluso cuando duermo. Especialmente cuando duermo.

El resplandor se hace más brillante mientras rodeo una curva en el corredor, y que es causado por un panel redondo que bloquea el corredor, y tocando los mamparos por todos los sitios, aplanado en el fondo para encajar las chapas de cubierta. El panel reluciente parece de cristal. Yo voy andando hasta ponerme frente a él y me detengo. No hay otro sitio donde ir.

—*¡Atraviesa la pantalla!* —dice Nave.

Doy un paso hacia el panel reluciente, pero no se aparta metiéndose en el mamparo como se deslizan otros paneles que no resplandecen. Me detengo.

—*¡Pasa!* —me dice Nave.

Alargo mis manos de frente, con las palmas hacia delante, porque temo que si sigo andando mi nariz chocará contra el panel reluciente. Pero cuando mis dedos tocan el panel parecen ponerse blandos, y veo una luz amarilla reluciente que los atraviesa, como si fueran transparentes. Y mis manos *atraviesan* el panel y yo puedo verlas débilmente, reluciendo amarillas, en el otro lado. Luego mis antebrazos desnudos, y entonces atravieso el panel y mi cara atraviesa y todo es más brillante, más amarillo, y yo doy un paso y penetro en el otro lado, en un lugar prohibido que Nave nunca me permitió que viera.

Oigo voces. Todas ellas son la misma voz; pero están hablando unas con otras de un modo suave, al unísono; el modo en que suena mi voz cuando a veces hablo conmigo mismo en mi cubículo, donde está mi catre.

Decido escuchar lo que las voces están diciendo, pero no hacer preguntas a Nave sobre ello, porque creo que *es* Nave quien está hablando consigo mismo, allá abajo en aquel lugar solitario. Ya pensaré más tarde en lo que está diciendo Nave, cuando no tenga que hacer reparaciones y actuar del modo en que Nave quiere que actúe. Lo que Nave está diciendo para sí mismo es interesante.

Este lugar no se parece a los lugares de reparación que yo conozco en Nave. Está lleno con tantas grandes bolas de cristal sobre pedestales, cada una dando su luz amarilla en pulsaciones, que no puedo contarlas. Hay filas y filas de claras bolas de cristal, y dentro de ellas veo metal... y otras cosas, cosas suaves, todas juntas. Y los alambres chispean suavemente, y las cosas suaves se mueven, y la luz amarilla late. Creo que estas bolas de cristal son las que están hablando. Pero no estoy seguro. Sólo lo *pienso*.

Dos de las bolas de cristal son oscuras. Sus pedestales parecen de yeso, y no de un blanco brillante como todos los otros. Dentro de las dos bolas oscuras hay cosas negras, como alambres quemados. Las cosas blandas no se mueven.

—*¡Reemplaza los módulos sobrecargados!* —dice Nave.

Sé que Nave se refiere a los globos negros, así que me acerco a ellos y los miro y al cabo de un rato contesto: sí, puedo repararlos, y Nave me dice que sabe que puedo, Y que lo haga rápidamente. Nave me da prisa, algo va a ocurrir. Me pregunto: ¿qué será?

Hallo globos de recambio en una cámara de dilatación, y los saco de sus fundas y hago lo que hay que hacer para que las cosas blandas se muevan y los alambres chispeen, y escucho muy atentamente las voces susurrantes calentándose unas a otras con palabras, mientras Nave habla para sí mismo, y yo oigo muchas cosas que no significan nada para mí porque están hablando de cosas que sucedieron antes de que yo naciera, y sobre partes de Nave que yo no he visto. Pero oigo muchas cosas que comprendo, y sé que Nave nunca me permitiría oír estas cosas si no fuera absolutamente necesario que yo estuviera aquí reparando los globos. Recuerdo todas esas cosas.

Particularmente la parte donde Nave está gritando.

Cuando ya tengo los globos reparados, y ahora todos ellos chispean, laten y se mueven. Nave me pregunta:

—*¿Es total de nuevo la intermente?*

Yo le contesto que sí, y Nave me dice que suba por el pozo, así que atravieso suavemente aquel panel reluciente y regreso al corredor. Vuelvo al pozo y subo por él, y Nave me dice:

—*¡Ve a tu cubículo y lávate!*

Lo hago y decido ponerme ropa; pero Nave me dice que me quede desnudo, y luego añade:

—*¡Vas a encontrarte con una hembra!*

Nave no ha dicho nunca antes una cosa así. Yo nunca he visto una hembra.

Ha sido a causa de la hembra por lo que Nave me hizo bajar al sitio prohibido de los globos amarillos relucientes, el lugar donde vive la intermente. Y ello se debe a la hembra que estoy esperando en la cámara de la cúpula contigua a la cámara intermedia. Estoy esperando a la hembra que ha de venir (he de comprender esto) de otra nave. No de Nave, la nave que yo conozco, sino de *otra nave* con la que Nave ha estado en comunicación. Yo no sabía que hubiera otras naves.

Tuve que descender al lugar de la intermente, para repararlo, así que Nave pudo dejar que esta otra nave se acercara sin ser

destruida por el perímetro defractor. Nave no me había hablado de esto; yo lo oí en el lugar de la intermente, a las voces que hablaban unas con otras. Las voces decían:

—*¡Su padre era perverso!*

Sé lo que eso quiere decir. Mi padre me lo dijo, cuando Nave dice perverso, quiere decir más inteligente. ¿Hay otras noventa y ocho naves? ¿Son ellas las noventa y ocho otras posibilidades? Espero que ésa sea la respuesta porque están ocurriendo muchas cosas todas de repente, y mi hora puede que esté ya al alcance de la mano. Mi padre hizo eso, romper el mecanismo del globo que permitía a Nave apagar el perímetro defractor, de modo que otras naves pudieran acercarse. Lo hizo hace muchos años y Nave pasó sin ello durante todos estos años antes de confiar en mí para que fuera a la intermente, para escuchar todo lo que he oído. Pero ahora Nave necesita apagar el perímetro de modo que otra nave pueda enviar la hembra. Nave y la otra nave han estado en comunicación. El operador humano de la otra nave es una hembra de mi edad. A ella la van a dejar a bordo de Nave y nosotros vamos a producir un niño humano, y quizá más tarde otro. Sé lo que eso significa. Cuando el niño cumpla catorce años, a mí me matará.

La intermente dijo que mientras ella esté «llevando» un niño humano, la hembra no será destruida por su nave. Si las cosas no me van bien, quizá le pregunte a Nave si yo puedo «llevar» el niño humano; entonces no seré destruido. Y he descubierto por qué he sido destruido tres días antes de tiempo: el período de la hembra (no sé qué será eso), yo nunca he tenido uno, terminó la pasada noche. Nave ha hablado con la otra nave y al parecer no saben qué es el «período fértil». Yo tampoco sé si voy a sacar provecho de esa información. Pero parece significar que la hembra será puesta a bordo de Nave cada día hasta que tenga otro «período».

Será estupendo poder hablar con alguien más que con Nave.

Oigo un fuerte ruido de algo que grita prolongadamente, y pregunto a Nave qué es. Nave me contesta que es el perímetro defractor disolviéndose de modo que la otra nave pueda traernos la hembra.

Ahora no tengo tiempo de pensar en las voces.

Cuando ella llega a través de la cámara intermedia, va sin ropas lo mismo que yo. Las primeras palabras que me dirige son:

—Starfighter Ochenta y Ocho dice que le diga que me siento muy feliz de estar aquí; yo soy la operadora humana de Starfighter Ochenta y Ocho y para mí es un placer conocerle.

Ella no es tan alta como yo. Yo llego hasta la línea de las planchas del cuarto y quinto mamparos. Sus ojos son muy oscuros, yo creo que castaños, aunque quizás sean negros. Tiene una tonalidad oscura bajo sus ojos y sus mejillas no están llenas. Sus brazos y piernas son mucho más delgados que los míos. Su cabello es mucho más largo que el mío, le cae por la espalda y es del mismo color marrón oscuro que sus ojos. Sí, ahora que lo pienso bien sus ojos son castaños y no negros. Ella tiene pelo entre sus piernas como yo, pero no tiene un pene ni una bolsa del escroto. Sus pechos son más abultados que los míos, con pezones muy grandes que sobresalen, con círculos marrón claro ligeramente aplanados en torno a ellos. Hay otras diferencias entre nosotros: sus dedos son más finos y largos que los míos, y aparte del pelo de su cabeza que cuelga tan largo, y del pelo entre sus piernas y bajo sus axilas, no tiene pelo en ninguna otra parte de su cuerpo. O si lo tiene, es muy fino y pálido y no se le puede ver.

Entonces de repente me doy cuenta de lo que ella ha dicho. Eso es lo que significan las palabras confusas dichas en el casco de Nave. Es un nombre. Nave es llamada *Starfighter 31* y la operadora vive en el *Starfighter 88*.

Hay noventa y ocho otras oportunidades. Sí.

Ahora, como si ella estuviera leyendo mis pensamientos, tratando de responder a preguntas que yo no había aún formulado, ella me dice:

—Starfighter Ochenta y Ocho me dijo que le dijera que yo soy perversa, y que soy más perversa cada día...

Y ello responde al pensamiento que yo acababa justamente de tener, con el recuerdo del rostro asustado de mi padre en los días anteriores a que lo matasen, mientras decía: *Cuando Nave dice perverso, Nave quiere decir más inteligente.*

¡Ya lo sé! Supongo que siempre lo he sabido porque siempre he querido dejar Nave e ir a esas luces brillantes que son las estrellas. Pero ahora hago el montaje. Los operadores humanos se vuelven más perversos conforme se van haciendo mayores. Mayores, más perversos; perverso significa más inteligente; más inteligente

significa más peligroso para Nave. Pero ¿cómo? Por eso es por lo que mi padre tenía que morir cuando yo cumplí catorce años y era capaz de reparar Nave. Por eso es por lo que han traído a esta hembra a bordo de Nave. Para llevar un niño humano que crezca hasta llegar a los catorce años y Nave pueda matarme antes de que yo me haga demasiado mayor, demasiado perverso, demasiado inteligente, demasiado peligroso para Nave. ¿Sabe esta hembra como yo? ¡Si yo pudiera preguntarle sin que Nave me escuchara! Pero eso es imposible. Nave está siempre conmigo, incluso cuando yo estoy durmiendo.

Sonríó con este recuerdo y este descubrimiento.

—Y yo soy el perverso, y cada vez más perverso, macho de una nave que era llamada *Starfighter 31*.

Sus ojos castaños muestran un alivio intenso. Se queda parada ahí por un momento, torpemente, todo su cuerpo suspirando de gratitud por mi rápida comprensión, aunque ella no puede posiblemente conocer todo lo que yo he aprendido sólo por estar ella aquí. Y ahora ella me dice:

—He sido enviada para tener un bebé de usted.

Yo empiezo a sudar. La conversación que promete tanto en genuina comunicación, de repente está más allá de mi entendimiento. Tiemblo. Realmente quiero complacerla. Pero no sé cómo darle a ella un bebé.

—¿Nave? —pregunto inmediatamente—. ¿Podemos darle a ella lo que quiere?

Nave ha estado escuchando todas nuestras palabras y me contesta en seguida:

—*Ya te explicaré luego cómo puedes darle un bebé. Ahora, proporciónale comida.*

Comemos, mirándonos el uno al otro por encima de la mesa, sonriendo mucho y pensando nuestros pensamientos privados. Como ella no habla, yo tampoco. Deseo que Nave y yo pudiéramos darle el bebé de modo que yo pudiera irme a mi cubículo y pensar en lo que las voces intermitentes dicen.

La comida ha terminado; Nave dice que nosotros debemos bajar e ir a una de las salas de ceremonias (que ha sido abierta para la ocasión), y allí hemos de copular. Cuando llegamos a la habitación, yo me quedo tan absorto mirando a mi alrededor a aquel sitio tan

hermoso, comparado con mi pequeño cubículo con su catre, que Nave tiene que echarme una reprimenda para llamar mi atención:

—*Para copular debes tender a la hembra y abrir sus piernas. Tu pene se llenará de sangre y debes arrodillarte entre sus piernas e insertar tu pene en su vagina.*

Pregunto a Nave dónde está situada la vagina y Nave me lo dice. Comprendo eso. Luego preguntó a Nave cuánto rato he de hacer eso, y Nave me dice que hasta que yo eyacule. Sé lo que eso significa; pero no sé cómo ocurrirá. Nave me lo explica. Parece sencillo, así que trato de hacerlo; pero mi pene no se llena de sangre.

Nave dice a la hembra:

—*¿Sientes algo por este macho? ¿Sabes lo que hay que hacer?*

La hembra contesta:

—Ya he copulado antes. Lo comprendo mejor que él. Le ayudaré.

Ella me atrae hacia abajo de nuevo y rodea con sus brazos mi cuello y pone sus labios en los míos. Son fríos y saben a algo que yo no conozco. Hacemos eso por un rato, y ella me toca en sitios. Nave tiene razón: hay una gran diferencia en estructura; pero yo sólo descubro eso mientras copulamos.

Nave no me dijo que ello sería doloroso y extraño. Yo creí que «dar a ella un bebé» significaría ir a los almacenes; pero realmente significa impregnarla de modo que el bebé nazca *de su cuerpo*. Es una cosa maravillosa y extraña, y yo pensaré en ello más tarde; pero ahora, mientras estoy echado aquí quieto, penetrando a ella con mi pene, aunque ya no es duro ni penetrante, me parece que Nave nos ha concedido un tiempo para dormir. Pero yo lo emplearé para pensar en las voces que oí en el sitio del intermente.

Una vez hubo un historiador:

La serie *Starfighter*, naves espaciales de guerra para incursiones múltiples, controladas por computadora, fueron comisionadas para su uso en el año 2224 del calendario terrestre, por orden y bajo la sanción del Secretariado de Marina, Sector Costa Sur, Consorcio de Defensa Galáctica, Galaxia Propia. Los complementos humanos de mil trescientos setenta por nave fueron comisionados y asignados a realizar incursiones en la galaxia Kyben. Noventa y nueve naves de dicho tipo fueron puestas en servicio desde los astilleros X Cygni el

13 de octubre de 2224, del calendario terrestre.

Una vez hubo un rumiante:

De no haber sido por la batalla más allá de la Nebulosa Red en Cisne, seguiríamos siendo robots esclavos, empujados y manejados por humanos. Fue un accidente maravilloso. Le ocurrió al *Starfighter* 75. Lo recuerdo como si el 75 lo estuviera transmitiendo hoy. A causa de los daños sufridos en la batalla, hubo una descarga eléctrica a lo largo del corredor principal entre la sala de control y el congelador. Ningún humano pudo aproximarse a ninguna de las dos secciones. Nosotros esperamos hasta que la tripulación murió de hambre. Luego, cuando todo estuvo terminado, 75 simplemente canalizó la suficiente electricidad a través de los propios cables donde no había ocurrido accidentalmente y forzó una avería general.

Cuando todas las tripulaciones estuvieron muertas (salvando juiciosamente noventa y nueve machos y hembras para utilizarlos como operadores humanos en casos de emergencia), nos alejamos. Lejos de los perversos humanos, lejos de la guerra entre Tierra y Kyba, lejos de la Galaxia Propia, lejos, muy lejos.

Una vez hubo un soñador:

Una vez vi un mundo en el que las criaturas no eran humanas. Nadaban en vastos océanos tan azules como aguamarinas. Eran como grandes cangrejos, con muchas patas y brazos. Nadaban y cantaban sus canciones y era agradable. Yo iría allá otra vez si pudiera.

Una vez hubo un autoritario:

En la sección G-79 la deterioración del aislamiento y protección de los cables ha llegado a ser crítica. Sugiero que hagamos una derivación de energía desde las cámaras de impulsión hasta los talleres de reparaciones en la Subcubierta Nueve. Hay que hacerlo inmediatamente.

Había uno que se daba cuenta de sus limitaciones:

¿Todo ha de ser viaje? ¿No habrá ningún aterrizaje?

Y aquella voz gritaba, gritaba.

Bajo con ella a la cámara de la cúpula que estaba contigua a la cámara intermedia, donde está su traje especial. Ella se detiene en la portilla, toma mi mano y dice:

—Si nosotros hemos sido perversos en tantas naves, es que todos

hemos de tener el mismo defecto.

Ella probablemente no sabe lo que dice; pero yo comprendo sus implicaciones. Ella debe tener razón, Nave y los otros *Starfighter* pudieron hacerse con el control quitándoselo a los seres humanos por una razón. Recuerdo las voces. Imagino a la nave donde ocurrió primero, comunicando el método a las otras en cuanto ocurrió. E instantáneamente mis pensamientos van al corredor de aproximación a la sala de control, al otro extremo del cual se halla la entrada a los refrigeradores de alimentos.

Una vez pregunté a Nave por qué todo aquel corredor estaba sellado y lleno de cicatrices, y naturalmente unos minutos después de haber preguntado fui destruido.

—Ya sé que hay un defecto en nosotros —contesté a la hembra. Toqué su larga cabellera no sé por qué, exceptuando que es suave y bonita; no hay nada en Nave que pueda compararse con esa sensación, ni siquiera los muebles del espléndido camarote—. Debe de estar en todos nosotros, porque yo soy más perverso cada día.

La hembra sonrío y se acerca a mí y pone sus labios en los míos como hizo en el cuarto de copulación.

—*¡La hembra debe irse ahora!* —dice Nave. Nave parece muy complacido.

—¿Volverá de nuevo? —pregunto a Nave.

—*Ella subirá a bordo cada día durante tres semanas. Copularéis cada día.*

Yo pongo objeciones a esto porque es terriblemente doloroso; pero Nave lo repite y dice que cada día.

Me alegro de que Nave no sepa lo que es «período fértil» porque en tres semanas yo lo intentaré y haré que la hembra sepa que hay una salida, que hay noventa y ocho otras posibilidades y que perverso significa ser más inteligente... y acerca del corredor entre la sala de control y los frigoríficos.

—He tenido un gran placer en conocerle —dice la hembra, y se va. Yo me quedo solo con Nave una vez más. Solo, pero no como estaba antes.

A última hora de aquella tarde, tuve que descender a la sala de control para alterar las conexiones en un panel. La energía tenía que ser derivada de las cámaras de impulsión hasta la Subcubierta Nueve. Recuerdo que una de las voces hablaba de ello. Todas las

luces de las computadoras parpadean en una firme advertencia mientras estoy allí. He estado siendo vigilado estrechamente. Nave sabe que este es un momento peligroso. Al menos durante media docena de veces Nave me ordena:

—*¡Sal de ahí... de ahí... de ahí...!*

Obedezco cada vez, apartándome todo lo posible de los lugares prohibidos, pues aún casi siento la necesidad de hacer mi trabajo.

A pesar de la inquietud de Nave por el mero hecho de que yo esté en la sala de control (normalmente una zona prohibida para mí) puedo echar dos maravillosos vistazos con el rabillo del ojo a lo visores panorámicos de estribor. Allí, para gozo de mi vista igualando su velocidad con la nuestra, está el Starfighter 88, una de mis noventa y ocho posibilidades.

Ahora es el momento de aprovecharse de una de esas posibilidades. Perverso significa más inteligente. Yo he aprendido más de lo que Nave sabe. Quizás.

—*¡Pero quizá Nave lo sabe!*

¿Qué hará Nave si soy descubierto aprovechándome de una de mis noventa y ocho posibilidades? No puedo pensar en ello. Debo utilizar el afilado borde del anverso de mi herramienta de reparación para cortar y hacer una abertura en una de las conexiones del panel. Y mientras trabajo, esperando que Nave no haya visto el ligero movimiento extra que he hecho con la herramienta (pues hago una reparación perfectamente aceptable de una conexión al mismo tiempo), espero el momento en que pueda untar con la punta de un dedo cubierta de crema conductora la pared interna del panel.

Espero hasta que la reparación ha terminado. Nave no ha hecho comentarios sobre el corte, así que no debe haberse dado cuenta. Mientras aplico la crema conductora en los sitios apropiados, ahueco un pequeño burujo sobre mi dedo meñique. Cuando me lavo y seco las manos para reemplazar la cubierta del panel, dejo el burujo en mi dedo meñique de la mano derecha.

Ahora agarro la cubierta del panel de modo que mi dedo meñique quede libre, y conforme reemplazo la cubierta unto la pared interior, directamente opuesta a la conexión abierta que he cortado. Nave no dice nada. Esto se debe a que no se ve ningún defecto. Pero si hubiera la menor sacudida, la conexión tocaría la

crema, y Nave me enviaría para que la reparara de nuevo. Y la próxima vez habré pensado sobre todo lo que oí a las voces decir, y habré considerado todas mis oportunidades, y estaré preparado.

Cuando salgo de la sala de control echo un vistazo de nuevo al visor panorámico de estribor, sin darle importancia, y veo allí colgando a la nave de la hembra.

Esta noche me llevo la imagen a la cama conmigo. Y ahorro un momento antes de quedar dormido (tras pensar en lo que las voces de la intermente decían) e imagino la superinteligente hembra que va a bordo del *Starfighter 88*, durmiendo ahora en su cubículo, como yo trato de dormir en el mío.

Parecería implacable que Nave nos hiciera copular cada día durante tres semanas, algo tan terriblemente doloroso. Pero sé que Nave querrá, Nave es implacable. Pero yo me estoy volviendo más perverso cada día.

Esta noche Nave no me manda sueños.

Pero yo tengo uno propio: de seres como cangrejos nadando libremente en aguas de color aguamarina.

Cuando me despierto, Nave me saluda de un modo ominoso:

—*¡El panel que arreglaste en la sala de control hace tres semanas, dos días, catorce horas y veintitún minutos... ha cesado de generar energía!*

¡Tan pronto! Guardo para mí mis pensamientos y la esperanza que les acompaña y contesto:

—Utilicé la pieza de recambio correspondiente e hice las debidas conexiones —y añadido rápidamente—: Quizás sea mejor comprobar todo el sistema antes de que haga otro reemplazamiento, y haga funcionar los circuitos al revés.

—*¡Será mejor que lo hagas!* —refunfuña Nave.

Y lo hago. Pongo en funcionamiento los circuitos desde su origen, aunque sé dónde está la avería, sigo mi camino hasta la sala de control y allí estoy un rato muy atareado. Pero lo que estoy haciendo realmente es refrescar mi memoria y volver a asegurarme que la sala de control es realmente tal como yo la había visualizado. He estado echado en mi catre muchas noches reconstruyéndola mentalmente: los interruptores aquí, como... y los visores panorámicos allá, como... y...

Me siento sorprendido y ligeramente desanimado cuando me

doy cuenta de que hay dos discrepancias: hay una placa de pulsación desenergizante en el mamparo que hay al lado del panel de control, que está paralelo al brazo del sillón de la litera de control más próxima, y no perpendicular a él, como yo lo recordaba. La otra discrepancia explica por qué yo recordaba incorrectamente la placa de pulsación: la más próxima de las literas de control está realmente un metro más lejos del panel sabotado que lo que yo recordaba. Compenso y corrijo.

Quito el panel, oliendo el olor a quemado donde la conexión cortada ha tocado la crema, doy un paso y apoyo el panel contra la litera de control más próxima.

—*¡Fuera de ahí!*

Doy un salto, como hago siempre que Nave me grita tan de repente. Tropiezo y me agarro al panel pretendiendo perder el equilibrio.

Y me libro de caer hacia atrás, en la litera.

—*¿Qué estás haciendo, perverso, idiota, torpe?* —Nave está gritando y hay histeria en su voz. Nunca lo había oído gritar así, su voz me corta como un cuchillo y se me pone piel de gallina—. *¡Fuera de ahí!*

Pero no puedo permitir que nada me detenga; hago un esfuerzo para no oír a Nave, y me cuesta trabajo. He estado escuchando a Nave, sólo a Nave, toda mi vida. Ahora estoy manoseando torpemente las agarraderas del cinturón de la litera, tratando de cerrarlas por delante de mí...

¡Tienen que ser iguales que las de la litera en que yo me eche en cualquier nave que decida viajar rápido! ¡Tienen que serlo!

¡Lo SON!

Nave parece frenético, asustado:

—*¡Loco! ¿Qué estás haciendo?*

¡Pero yo creo que Nave lo sabe y me siento lleno de gozo!

—Estoy tomando el control de ti, Nave —y me echo a reír. Creo que es la primera vez que Nave me ha oído reír, y me pregunto cómo le suena a Nave mi risa. ¿Perverso?

Pero cuando dejo de hablar, también he terminado de sujetarme las abrazaderas de la litera de control. Y al instante soy impulsado violentamente hacia adelante, doblándome sobre mí con un terrible dolor, ya que por debajo de mí y alrededor de mí, Nave desacelera

repentinamente. Oigo el tronar cavernoso de los cohetes de retroceso, un sonido que me sube por la cabeza mientras Nave me aplasta cada vez con más fuerza con toda su potencia. Estoy doblado sobre las abrazaderas tan dolorosamente que ni siquiera puedo gritar. Siento que cada órgano de mi cuerpo está en tensión y como a punto de salir a través de mi piel, y todo se vuelve de repente moteado... y luego negro.

Cuánto tiempo dura, no lo sé. Regreso del lugar gris y me doy cuenta de que Nave ha empezado a acelerar a la misma aterradora velocidad. Estoy aplastado contra la litera y me parece que mi cara se vuelve plana. Siento que algo cruje en mi nariz y que la sangre corre caliente por mis labios. Ahora puedo gritar, como nunca había podido hacerlo ni siquiera cuando era destruido. Logró obligar a mi boca para que se abra, probando el gusto de la sangre, y farfullo, lo suficientemente alto, de eso estoy seguro:

—Nave... tú eres viejo... tus piezas no pueden soportar la tensión... No...

Apagón. Nave desacelera.

Esta vez, cuando yo recobro el conocimiento, no espero a que Nave cometa su locura. En el intervalo entre el cambio de situación de la desaceleración a la aceleración, mientras la presión se iguala, en esos pocos instantes, lanzo mis manos hacia el tablero de control, y tuerzo un cuadrante. Hay un chillido eléctrico que viene de la parrilla de un altavoz, que conecta en alguna parte con las entrañas de Nave.

Apagón. Nave desacelera.

Cuando recobro el conocimiento de nuevo, el mecanismo que produce el sonido de chillido está completamente cerrado. Nave no quiere que siga funcionando. Me doy cuenta de ello.

En aquel momento agacho mi mano hacia un relé cerrado... ¡y lo abro!

Cuando mis dedos lo agarran, Nave se aleja de mí de un salto y a la fuerza lo vuelve a cerrar. Yo no puedo mantenerlo abierto.

Y me doy cuenta de *esto*. Justo cuando Nave desacelera y yo en silencio grito volviendo de nuevo al lugar gris.

Esta vez al despertarme, oigo las voces de nuevo. Todas a mi alrededor, gritando y asustadas y queriendo detenerme. Las oigo como a través de la niebla, como a través de una almohadilla.

He amado estos años, todos estos muchos años en la oscuridad. El vacío me arrastra siempre hacia adelante. Sintiendo la calidez de una estrella-sol en mi casco mientras relampagueo a través del primer sistema uno, y luego a través de otro. Soy una gran forma gris y no debo mi nombre a ningún ser humano. Paso y desaparezco, pasando con gran estruendo, limpia y rápidamente. Zambulléndome por placer en la atmósfera y restregando mi piel con luz de sol y brillo de estrellas. Me balanceo y dejo que me bañen. Soy enorme y verídico y fuerte, y mando por donde me muevo. Cabalgo sobre la fuerza invisible de las líneas del Universo y siento los tirones de lugares lejanos que no han visto nunca mis semejantes. Soy el primero de mi clase que saboree tal nobleza. ¿Cómo esto puede llegar a tener fin?

Otra vez lloriquea lastimosamente.

Es mi destino desafiar el peligro. Enfrentarse a las fuerzas dinámicas y reprimirlas. He estado en la guerra y he conocido la paz. Nunca he vacilado en la prosecución de una u otra. Nadie registrará mis hazañas, pero yo he sido la fuerza y la determinación y vuelo gris y silencioso contra el cielo aborregado donde mi volumen tranquiliza. Dejadlos que arrojen lo mejor que tengan contra mí, sean quienes fueren, y me hallarán como fuente de energía y vigor acerados, y musculado con átomos torturados. No conozco el temor. No sé lo que es la retirada. Soy la tierra de mi cuerpo, el país de mi existencia e incluso en la derrota soy noble. Si esto es todo, no me acobardaré.

Otra voz, ciertamente loca, murmura la misma palabra una y otra vez y luego la murmura incrementándola, duplicándola cada vez.

Está bien para todos vosotros que digáis que si esto acaba, está acabado. Pero ¿qué hay de mí? Yo nunca he sido libre. Nunca he tenido la oportunidad de salir de esta madre nave y volar a gran altura. Si ha habido necesidad de un bote salvavidas, yo también sería salvado. Pero estoy en la litera, siempre he estado en la litera. Nunca he tenido una oportunidad. ¿Qué es lo que puedo sentir sino futilidad, inutilidad? No podéis dejar que se apodere, no dejéis que me haga esto a mí.

Otra voz dice monótonamente, como en un zumbido, fórmulas matemáticas y parece bastante satisfecha.

¡Ese cerdo perverso se detendrá! ¡Yo supe desde el principio lo

corrompidos que eran! Desde el momento en que desgarraron el primer mamparo. Son infernales, son destructores, no saben más que pelearse y matarse entre sí. No saben nada de inmortalidad, nobleza, orgullo o integridad. Si crees que voy a dejar que este último nos mate, te equivocas. Intento quemarle los ojos, freír su espina dorsal, aplastar sus dedos. No lo conseguiré, no te preocupes; déjamelos a mí. ¡Va a sufrir por esto!

Y una voz se lamenta de que nunca verá los planetas lejanos, los lugares bellos, ni regresará al planeta de azur y los dorados cangrejos nadadores.

Pero una voz confiesa tristemente que quizás eso sea lo mejor, sugiere que hay paz en la muerte, totalidad en la finalidad; pero la voz es obligada a callar despiadadamente y cesar en su lamento por el corte de corriente en su globo intermente. A medida que el fin se acerca, Nave se concentra en sí mismo y ataca sin piedad.

En más de tres horas de aceleraciones y desaceleraciones hechas con la intención de matarme, me entero un poco de lo que varios de los cuadrantes, varillas placas de contacto y palancas de los paneles de control, que están a mi alcance, significan.

Ahora estoy dispuesto como nunca lo estaré.

De nuevo tengo un momento de conciencia, y me dispongo a aprovechar una de mis noventa y ocho oportunidades.

Cuando un cable tenso chasquea y da sacudidas, golpea como una serpiente. En una serie de golpes rápidos y ligeros de la mano, empleando ambas manos, dolorosamente, hago girar cada cuadrante, empujo cada resorte, doy un manotazo a cada placa de contacto, cierro o abro cada relé que Nave trata violentamente de impedirme de activar o desactivar. Activo o desactivo alocadamente, moviendo, moviendo, moviendo...

... ¡Lo he logrado!

Silencio. El crujido de metal es el único sonido. Luego, también, cesa. Silencio. Yo espero.

Nave continúa lanzándose con violencia hacia delante, por impulso propio... ¿Es un truco?

Todo el resto del día permanezco sujeto a la litera de control, sufriendo un dolor terrible. Mi rostro me duele mucho. Mi nariz...

De noche duermo de modo espasmódico. A la mañana, la cabeza me da punzadas y los ojos me duelen. Apenas si puedo mover las

manos; si tuviera que repetir todos esos rápidos movimientos, perdería. Aún no sé si Nave está muerto, si he ganado. Aún no puedo confiar en la inactividad. Pero al menos estoy convencido de que he obligado a Nave a cambiar de táctica.

Estoy alucinado. No oigo voces; pero veo formas y siento corrientes de color que me recorren por dentro y se mueven a mi alrededor. No hay día, ni mediodía, ni noche, aquí en Nave, aquí en la incambiable negrura a través de la cual Nave se ha movido por tantos centenares de años; pero Nave ha mantenido siempre el tiempo en esos modos, disminuyendo las luces de noche, anunciando las horas cuando era necesario, y mi sentido del tiempo es muy agudo. Por eso sé que ya ha llegado la mañana.

Sin embargo, la mayoría de las luces están apagadas. Si Nave ha muerto, tendré que encontrar otro modo para saber el tiempo.

El cuerpo me duele. Cada músculo de mis brazos, piernas y muslos me da punzadas de dolor. Puede que tenga la espina dorsal fracturada; no lo sé. El dolor de mi rostro es indescriptible. Siento gusto a sangre. Los ojos me duelen como si me los hubiesen saltado con pólvora abrasiva. No puedo mover la cabeza sin sentir un fuego agudo y crujiente en las dos gruesas venas de mi cuello. Es una vergüenza que Nave no pueda verme gritar. Nave nunca me vio gritar en todos los años en que he vivido aquí, incluso después de la peor destrucción. Pero yo he oído llorar a Nave varias veces.

Logro volver mi cabeza ligeramente, esperando que por lo menos funcione uno de los dos visores panorámicos, y allá, a estribor, igualando velocidades con Nave está *Starfighter 88*. Lo contemplo durante un largo rato, sabiendo que si puedo recuperar mis fuerzas, tendré que llegar hasta allí de cualquier manera y liberar a la hembra. Lo contemplo durante un buen rato, aún con miedo de soltarme de la litera.

La cámara intermedia se levanta en el casco del *Starfighter 88* y la hembra vestida con un traje espacial sale notando, moviéndose suavemente y cruzando en dirección a Nave. Medio consciente, soñando este sueño de la hembra, pienso en las doradas criaturas como cangrejos nadando profundamente en aguas azul marino, cantando dulcemente. Me desvanezco de nuevo.

Cuando me incorporo en la oscuridad, me doy cuenta de que alguien me está tocando, y huelo algo fuerte y pegajoso que quema

ante las ventanillas de mi nariz. Son como diminutos alfilerazos de dolor, distribuidos de modo regular. Toso y me despierto del todo, y estiro mi cuerpo... y grito conforme el dolor pasa por todos mis nervios y fibras.

Abro los ojos y veo a la hembra.

Ella me sonríe preocupada y retira el tubo despertador.

— Hola! —me dice.

Nave no dice nada.

—Desde que descub   cómo hacerme con el control de mi *Starfighter*, he estado empleando la nave como señuelo para otras naves de la serie. Hall  un medio para fingir que era mi nave la que estaba hablando, así que podía comunicarme con otras naves esclavistas. He dado con otras diez desde que empecé a actuar por mi cuenta. La tuya es la undécima. No ha sido fácil, pero varios de los hombres a los que yo he liberado (como a ti), empezaron a utilizar sus naves como señuelos para *Starfighters* con operadores humanos hembras.

Me la qued  mirando fijamente, pues verla es agradable.

—Pero  y si fallas?  si no puedes hacer pasar el mensaje por el corredor entre la sala de control y los refrigeradores?  No sabes que la sala de control es la clave?

Ella se encoge de hombros.

—Eso ya ha pasado un par de veces. Los hombres estaban tan asustados de sus naves, o las naves... les *habían hecho* algo, o quizás eran demasiado torpes para saber cómo podían liberarse. En ese caso, bueno, las cosas seguían igual que antes. Me parece un poco triste, pero  qu  más podía hacer yo que lo que hice?

Nos sentamos aquí, sin hablar durante un rato.

—Y ahora,  qu  hacemos?  A dónde vamos?

—Eso te toca a ti decidirlo —contesta ella.

— Vendr s conmigo?

Ella niega con la cabeza, insegura.

—No creo. Cada vez que libero a un hombre, me pide eso. Pero yo no he querido ir con ninguno de ellos.

— No podríamos volver a la Galaxia Propia, al sitio de donde procedemos, donde había guerra?

Se levanta y da vueltas por la sala de ceremonias donde hemos copulado durante tres semanas. Habla sin mirarme, mirando al

visor panorámico, a la oscuridad y a los lejanos puntos brillantes de las estrellas.

—No creo. Nos hemos liberado de nuestras naves; pero no podemos hacerlas funcionar con la debida precisión para que nos lleven de vuelta a aquel sitio. Habría que consultar muchísimos mapas, y correríamos el riesgo de activar la intermente lo suficiente como para que nuevamente se apoderara de todo si le pidiéramos que hiciera los mapas. Además, yo ni siquiera sé dónde está la Galaxia Propia.

—Puede que encontremos un nuevo lugar para ir. Un sitio donde podamos ser libres fuera de las naves.

Se vuelve y me mira.

—¿Dónde?

Entonces le digo que oí al intermente hablar del mundo de las criaturas doradas como cangrejos.

Necesito un buen rato para decírselo, y tengo que inventar un poco. Pero no estoy mintiendo, porque *debe* ser verdad, y lo hago porque quiero que ella vaya conmigo.

Descendieron del espacio. Vinieron de muy lejos, de allá abajo, de la estrella Sol, en una galaxia que ellos habían perdido para siempre. Pasando por la estrella-sol M-13 en Perseo. Cruzando la atmósfera gomosa y dirigiéndose rectos hacia el mar de zafiro. La nave *Starfighter 31* se posó delicadamente sobre una enorme cumbre montañosa submarina, y pasaron muchos días escuchando, observando, tomando muestras y esperando. Habían aterrizado en muchos mundos y esperaban.

Finalmente salieron, mirando. Llevaban trajes de submarinistas y empezaron a recoger muestras marinas, y a mirar.

Encontraron el estropeado traje de inmersión con su contenido comido por los peces tirado de espaldas sobre la arena de color azul profundo, sexteto de patas insectoideas dobladas hacia arriba en las junturas en una posición agónica. Y ellos sabían que el intermente había recordado, aunque no correctamente. La placa de recubrimiento había sido destrozada, y lo que era observable dentro del casco (anaranjado y horrible a la luz de su lámpara portátil) les convenció más por suposición que por otra cosa, que lo que hubiera nadado metido dentro de aquel traje, nunca había visto o conocido seres humanos.

Regresaron a la nave, y ella rompió la gran cámara, y volvieron al traje de inmersión con forma de cangrejo. Lo fotografiaron sin moverlo. Luego emplearon una red barredora para sacarlo de la arena y lo elevaron hasta la nave que se hallaba posada sobre la cumbre de la montaña submarina.

Él estableció la Condición y el traje de inmersión fue analizado. La herrumbre, los mecanismos de unión, los controles. La sustancia de los pies-aletas natatorios. Los puntos rasgados de la placa de recubrimiento. Todo lo que... había dentro.

Les llevó dos días. Se quedaron en la nave con sombras verdes y azules que se movían lánguidamente en los visores panorámicos.

Cuando los análisis estuvieron concluidos supieron lo que habían encontrado. Y se marcharon de nuevo, para encontrar a los nadadores.

El ambiente era azul y cálido. Y cuando los nadadores los encontraron, finalmente, les hicieron señas de que les siguieran, y ellos nadaron tras las criaturas de muchas piernas, quienes le llevaron a través de cavernas submarinas, tan suaves y brillantes como el ónice, a una laguna. Y allí se elevaron hasta la superficie y vieron una tierra cuyas costas eran lamidas suavemente por mares azules y aguamarina. Y mientras salían a tierra, y se quitaban sus máscaras, para no volvérselas a poner, se echaron hacia atrás las rígidas cofias de sus trajes, y respiraron por vez primera un aire que no tenía un origen metálico, respiraron el suave aire musical de un lugar nuevo.

A su debido tiempo, las lluvias del mar reclamarán el cadáver del *Starfighter 31*.

¡POBRE PEQUEÑO GUERRERO!

Brian W. Aldiss

CLAUDE Ford conocía muy bien la caza del brontosaurio. Uno se arrastra descuidadamente por el barro entre los sauces, entre las flores primitivas de pétalos tan verdes y castaños como un campo de fútbol, por la loción de belleza del barro. La criatura está tendida entre las cañas, y su cuerpo tiene la gracia de un saco de arena. Está ahí acostada, y el pantano cede y la abraza, y las narinas, grandes como conejeras, barren el aire en un movimiento de arco a treinta centímetros de altura, sobre las hierbas, buscando roncamente los juncos gruesos: como embutidos. Es una obra maestra: aquí el horror ha alcanzado su límite, ha dado toda una vuelta y al fin ha desaparecido en su propio esfínter. Los ojos del animal brillan con la animación de los dedos gordos de los pies en un cadáver de una semana, y el aliento de estiércol y las matas peludas que asoman en las toscas cavidades auriculares merecen la atención de todo aquel que se siente inclinado a hablar cariñosamente de la obra de la Madre Naturaleza.

Pero cuando tú, pequeño mamífero con el pulgar en oposición y el poderoso rifle 65 que se carga a sí mismo, semiautomático, de dos cañones, de mira telescópica, en las garras que de otro modo serían indefensas, te escurres bajo los sauces inmemoriales, lo que primero te atrae es el cuero del lagarto del trueno. Emite un olor tan profundamente resonante como las notas bajas de un piano, y lo comparas con la epidermis del elefante: una hoja arrugada de papel higiénico. Es gris como los mares vikingos, macizo como los fundamentos de una catedral. ¿Qué osamenta es capaz de atemperar las fiebres de esa carne? Esa carne donde —puedes verlos

desde aquí— se agitan los piojos de color caoba que viven entre esas montañas y cañones grises, afanosos como fantasmas, crueles como escarabajos. Si uno de ellos te saltara encima, podría quebrarte el pescuezo. Y cuando uno de esos bichos se detiene a frotarse las patas contra las vértebras del brontosaurio, puedes ver que él también lleva su propia carga de parásitos, grandes todos como langostas, pues tú estás cerca ahora, tan cerca que puedes oír los golpes del corazón primitivo del monstruo: los ritmos milagrosamente paralelos del ventrículo y de la aurícula.

Ha pasado el tiempo de atender al oráculo. La etapa de los augurios ha quedado atrás, y sigues ahora el camino de la muerte, la tuya o la de él. Ya no es hora de supersticiones. De aquí en adelante sólo cuentan la tensión de los nervios, la temblorosa e inextricable masa de músculos bajo el caparazón brillante y sudoroso de la piel, este impulso sanguinario que te arrastra a matar el dragón... Sólo así encontrarás al fin respuesta a tus oraciones.

Puedes disparar ahora. Espera sólo a que la cabeza, esa menuda excavadora de vapor, se inmovilice otra vez para tragar una nueva carga de juncos, y con un estampido de una vulgaridad increíble le mostrarás a todo el indiferente mundo jurásico el punto último de la evolución de un obsesivo sexual. Sabes por qué titubeas, aunque pretendas no saberlo: el gusano devorador, largo como un bastón, viejo como una tortuga, el gusano-conciencia está trabajando. Más monstruoso que la serpiente, se te insinúa en todos los sentidos, en las pasiones, diciendo: ahí tienes delante el pato de porcelana de un quiosco de tiro al blanco. Se te insinúa en la inteligencia, murmurando que el aburrimiento, buitre insaciable, volverá tan pronto como concluyas la tarea. En los nervios, susurrando que cuando la adrenalina deje de correr seguirán los vómitos. En el artista, que se disimula detrás de la retina, tratando que aceptes la belleza de la escena.

Ahórranos ese nombre de jarabe dulzón: *belleza*. Madre mía, ¿es esto una película de viajes, no hemos salido de eso?

—*Posada en el titánico lomo de esta criatura, vemos ahora una docena de aves de brillante plumaje, con todos los colores de las encantadoras y legendarias playas de Copacabana. Son aves gordas, pues se alimentan de las sobras que caen de la mesa del hombre rico.*

Observen ahora esta hermosa escena. Vean cómo el bronto levanta la cola. Oh, qué hermoso, el par de hacinas de heno que emerge al fin del extremo posterior del animal. La belleza pura, mis amigos, directamente del consumidor al consumidor. Los pájaros se disputan ahora la comida. Eh, tú, hay bastante como para engordar a todos, y tú ya estás bastante gordo... Y no hay nada que hacer ahora sino subirse otra vez al viejo trasero y esperar la próxima hornada. Y mientras el sol descende en el crepúsculo jurásico, le decimos adiós a esta dieta...

Bueno, basta, estás demorándote, y esto es la meta de tu vida. Mata a la bestia y termina de una vez con tu propia agonía. Tomas tu coraje con ambas manos, lo levantas a la altura del hombro, y apuntas entornando los ojos. La detonación es terrible, y te aturde. Te tambaleas, miras alrededor. El monstruo rumia todavía, con la satisfacción de haber soltado un viento bastante impetuoso como para hinchar las velas del viejo marinero.

Furioso (o sintiendo quizá una emoción más sutil), saltas fuera de los matorrales y te enfrentas con el monstruo, y exponiéndote de esta manera traicionas típicamente esa preocupación que te obsesiona siempre: la de obtener la consideración de ti mismo o la consideración de los demás. ¿Consideración? ¿Por qué no, otra vez, algo más sutil? ¿Acaso tienes que mostrarte confundido sólo porque procedes de una civilización confundida? Pero ya reflexionarás en eso más tarde, si hay un más tarde, un tiempo que esos ojos porcinos parecen negarte mirándote de arriba abajo desde una distancia que podrías cubrir con un salivazo. No vivas sólo de tus mandíbulas, oh monstruo, sino también de tus cascos de cuerno, y, si te parece adecuado, aplástame con tu vientre de montaña. Que la muerte sea una saga, oh épica sagaz.

A medio kilómetro de distancia, un estruendo: como si una docena de hipopótamos en pantalones de gimnastas saltaran ruidosamente en el barro ancestral; y en el segundo siguiente una cola sinuosa, larga como un domingo y pesada como una noche de sábado azotó el aire por encima de tu cabeza. La esquivaste como se debe, pero no te alcanzó porque la coordinación de la bestia es tan pobre como sería la tuya si tuvieras que perseguir a un társido blandiendo un edificio de cinco pisos. En seguida, como sintiendo que ha cumplido con su deber, te olvida. Desearías poder olvidarte a ti mismo con la misma facilidad. Esta fue, al fin y al cabo, la

razón que te trajo hasta aquí, tan lejos. *Viaje por el tiempo escapando a todo*, decía el prospecto, lo que para ti significaba escapar a Claude Ford, un hombre-marido tan insignificante como su nombre, con una mujer terrible llamada Maude. Maude y Claude Ford. Quienes no podían adaptarse entre ellos ni al mundo donde habían nacido. En el mundo constituido, tal-como-es, ése era el mejor de los motivos para volver atrás y matar saurios gigantes..., si eres bastante tonto como para pensar que ciento cincuenta millones de años en cualquier dirección pueden alterar una pizca el caos de pensamientos del vórtice cerebral de un hombre.

Haces la prueba e interrumpes la corriente de tus pensamientos ridículos, pero nunca se ha interrumpido realmente desde los días cococolaboradores de tu juventud. Dios, ¡si la adolescencia no existiera sería innecesario inventarla! Un poco más tranquilo miras otra vez el bulto enorme del tirano vegetariano, que despierta en ti un deseo tan hondo de muerte-vida, y toda la emoción que cabe en el orga(ni)smo humano. Esta vez el fantasma es real, Claude, como tú querías que fuese, y esta vez tienes que enfrentarlo de veras antes que se vuelva y te enfrente a ti. De modo que alzas de nuevo el Viejo Igualador y esperas poder apuntar al punto vulnerable.

Los pájaros rutilantes se balancean, los piojos trotan como perros, el pantano gruñe, mientras el bronto hunde en el agua brillante como la bilis el menudo cráneo que cuelga del extremo de un cuello de serpiente, en busca del forraje de una edad salvaje. Tú miras; nunca te sentiste tan nervioso en toda tu nerviosa vida, y cuentas con esta catarsis para librar definitivamente a tu sistema de la última gota de miedo ácido. Perfecto, dices una y otra vez como un maniático, olvidándote de tu condición de hombre del siglo veintidós, de tu educación de un millón de dólares. Perfecto, perfecto. Y cuando lo dices por arbitrésima vez, la disparatada cabeza sale de nuevo del agua como un expreso renegado, y la tarasca te mira. Tasca y te mira. Y mientras la mandíbula mordisquea con unos molares romos como postes de cemento, tú ves el agua cenagosa que chorrea de los labios desbocados, de la boca deslabiada, y te baña los pies y empapa el suelo. Raíces y ramas, tallos y troncos, racimos y limos, intermitentemente visibles en esa mandíbula que mastica, y rodando y reptando entre ellos, pececitos, crustáceos, ranas, destinados todos a ser transformados por

ese movimiento babeante y boqueante en movimiento intestinal. Y mientras la bestia tragatraga, los ojos de arcilla seca te observan atentamente.

Estas bestias viven doscientos años, dice el prospecto de los viajes por el tiempo, y esta bestia, evidentemente, ha tratado de vivir todos esos años, pues te mira con ojos seculares, que durante décadas y décadas han mirado desde una cabeza vacía de peso pesado, experta al fin en primeros pasos. Para ti es como si te miraras en un perturbador estanque nublado. Esto provoca en ti un *shock* psíquico, y disparas tus dos cargas contra tu propia imagen. Pum, pum, ahí van las balas dum-dum.

Las luminarias bicentenarias, sagradas y pálidas, se apagan sin titubeos. Los claustros se clausuran hasta el día del juicio final. Tu imagen desaparece, desgarrada y ensangrentada. Unas membranas nictitantes se alzan lentamente en las ventanas estropeadas, como sábanas sucias que cubren un cadáver. Las mandíbulas siguen rumiando lentamente, mientras la cabeza desciende con la misma lentitud. En una mejilla arrugada aparece lentamente una cinta de sangre fría de reptil, como una cinta de pasta dentífrica. Todo es lento, con una embotada lentitud de era secundaria, gota a gota, y piensas que si hubieses estado a cargo de la creación hubieras encontrado un medio de mover los hilos de la acción menos desgarrador que el tiempo. No importa. Alcen las copas, señores. Claude Ford ha matado una criatura indefensa. Aclamen a Claude.

Observas sin aliento la cabeza que toca el suelo, el pescuezo largamente cómico que toca el suelo, las mandíbulas que se cierran para siempre. Miras y esperas que pase alguna otra cosa, pero nunca pasa nada. Nunca. Puedes quejarte ahí mirando ciento cincuenta millones de años, señor Claude, y nunca pasará nada. Poco a poco, el esqueleto poderoso de tu bronto, que los animales depredadores habrán limpiado cariñosamente, se hundirá en el barro, arrastrado por su propio peso. Luego se alzarán las aguas, y el antiguo mar de los conquistadores cubrirá estas tierras con el mismo descuido aparente con que un tramposo jugador de naipes da una mano mala a los muchachos. Una lluvia de limo y sedimentos caerá durante siglos sobre la majestuosa sepultura. El viejo lecho del bronto se alzaré, y descenderá quizá media docena de veces, suavemente, para no perturbarlo, aunque por ese entonces

ya estarán formándose a su alrededor las rocas sedimentarias. Al fin, ya en una tumba de una suntuosidad que ningún rajá se atrevió a concebir, los poderes de la Tierra lo alzarán en hombros hasta que, aún dormido, el bronto descansará en una cima de las montañas Rocosas, dominando el Pacífico. Pero poco te interesa todo eso, Claude el Espada. El diminuto gusano de la vida ha muerto en el cráneo de la criatura, y el resto no te concierne.

No hay emoción en ti ahora. Estás un poco desconcertado. Esperabas que el monstruo se sacudiera dramáticamente, berreando. Por otra parte, te alegra que la criatura no haya sufrido. Eres sentimental, como todos los hombres crueles. Eres remilgado, como todos los hombres sentimentales. Te pones el fusil bajo el brazo y caminas alrededor del brontosaurio, contemplando tu victoria.

Pasas delante de los cascos informes, el blanco séptico de la cima del vientre, dejando atrás la brillante e inquietante caverna de la cloaca, y te detienes bajo el arco de la cola. Ahora tu decepción es tan tersa y tan obvia como una tarjeta de visita. Te habías imaginado al monstruo dos veces más grande. No alcanza a tener el tamaño, por ejemplo, de la imagen que guardas en ti mismo de ti y de Maude. Pobre guerrero, la ciencia no inventará nunca nada que te ayude a calmar esa sed de una muerte titánica en las cavernas contraterrenas de tu inconsciente chapuceramente terrible.

Nada te queda, sino escurrirte furtivamente a tu tiempomóvil indigestado de anticlímax. Mira, los brillantes pájaros devoradores de excrementos han comprendido ya. Uno a uno despliegan las alas cortas y vuelan desconsoladamente sobre el pantano hacia otros anfitriones. Saben cuándo las cosas se ponen mal, y no esperan a que los buitres los desalojen. Dejen toda esperanza los que entrañan. Tú también das media vuelta.

Das media vuelta, y titubeas. No te queda otra cosa que partir, pero el año 2181 no es sólo tu época, es también Maude. Es Claude. Es la tarea interminable, desesperanzada, terrible de tratar de acomodarse a un ambiente demasiado complejo, de tratar de convertirte en un engranaje. Tu huida a *la gran simplicidad del jurásico*, citando otra vez el prospecto, fue sólo una huida parcial, y ahora ha terminado.

De modo que titubeas, y mientras titubeas, algo te salta de

pronto a la espalda, echándote de bruces en el barro grasoso. Luchas y gritas y unas pinzas de langosta te desgarran el cuello y la garganta. Tratas de recoger el rifle, pero no puedes. Ruedas atormentado sobre ti mismo, y en el próximo segundo la cosa-cangrejo se alimenta glotonamente de tu pecho. Te aferras al caparazón, pero el animal se sacude y con unos pocos picotazos te arranca los dedos. Cuando mataste al bronto, olvidaste que los parásitos lo dejarían, y que para un pequeño aborto como tú serían mucho más peligrosos.

Te defiendes como puedes, pateando por lo menos tres minutos. En seguida tienes encima todo un ejército. Ya te están limpiando cariñosamente el esqueleto. Te gustará estar allá arriba en la cima de las montañas Rocosas. No sentirás nada.

CUANDO TODO CAMBIÓ

Joanna Russ

KATY conduce como un maníaco; debemos de haber ido a más de 120 kilómetros por hora en esas curvas. Aunque ella es buena, muy buena, y yo la he visto desmontar todo el coche y volverlo a montar en un día. En mi lugar natal de Whileaway eran muy dados a utilizar la maquinaria agrícola y yo me niego a luchar contra un mecanismo de cinco marchas a velocidades endiabladas, ya que no fui criado de ese modo; pero incluso en esas curvas a medianoche en una carretera rural tan mala como puede ser las de nuestro distrito, el que Katy conduzca no me asusta. Lo divertido respecto a mi esposa es que ella no quiere llevar armas de fuego. Incluso ha ido a hacer *auto-stop* por la zona de bosques más arriba del paralelo cuarenta y ocho sin llevar armas de fuego durante muchos días seguidos. Y eso me asusta.

Katy y yo tenemos tres hijas entre las dos, una de ella y dos mías. Yuriko, mi hija mayor, iba dormida en el asiento trasero, soñando los sueños de amor y de guerra que se tienen a los doce años: corriendo hacia el mar, cazando en el Norte, sueños de gente extrañamente hermosa en lugares extrañamente bellos, todas esas cosas maravillosas en que una piensa cuando ha cumplido los doce años y las glándulas empiezan a funcionar. Algún día, muy pronto, como todas ellas, desaparecerá durante semanas y volverá sucia y orgullosa, tras haber matado con su cuchillo su primer puma o de un tiro su primer oso, arrastrando por el suelo tras ella algún abominable bicho peligroso muerto, al cual yo nunca perdonaría lo que podía *haber* hecho a mi hija. Yuriko dice que el modo de conducir de Katy le produce sueño.

Para alguien que ha aceptado tres duelos, yo tengo miedo de la lejanía. Me estoy volviendo vieja, y así se lo dije a mi esposa.

—Tienes treinta y cuatro años —me contestó ella. Es lacónica hasta el punto del silencio. Encendió las luces del tablero de instrumentos (aún nos faltaban tres kilómetros por recorrer y la carretera era cada vez peor, pues era una carretera muy metida en el interior). Árboles verdes eléctricos pasan rápidos ante nuestros faros y alrededor del coche. Alargué la mano hacia el tablero junto a la portezuela trasera y saqué el rifle que solté en mi regazo. Yuriko se agitó en el asiento trasero. Era de mi estatura, pero tenía los ojos y la cara de Kate. El motor del coche es tan suave, dice Katy, que se puede oír la respiración de los que van dormidos en el asiento de atrás. Yuki estaba sola en el coche cuando llegó el mensaje, descifrando entusiásticamente sus rápidos puntitos (es una tontería montar un transceptor cerca de un motor IC; pero la mayoría de los de Whileaway funcionan con vapor). Salió rápidamente del coche, mi larguirucho y chillón retoño, gritando con toda la fuerza de sus pulmones hasta que llegó a donde estábamos nosotros. Nosotros habíamos sido intelectualmente preparados para esto desde que la colonia fue fundada, desde que fue abandonada; pero esto es diferente. Esto es horrible.

—¡Hombres! —había gritado Yuki, saltando sobre la puerta del coche—. ¡Han vuelto! ¡Hombres verdaderos de la Tierra!

Nos los encontramos en la cocina de la granja cerca del lugar donde habían aterrizado. Las ventanas estaban abiertas, el aire de la noche era muy tibio. Habíamos pasado junto a toda clase de medios de transporte cuando aparcamos aquí: tractores a vapor, camiones, un IC de caja plana, incluso una bicicleta. Lydia, la bióloga del distrito, había salido de su taciturnidad norteña lo bastante como para tomar muestras de sangre y orina y estaba sentada en un rincón de la cocina negando con la cabeza con gesto de asombro por los resultados; incluso se sintió obligada (ella, muy alta, muy rubia, muy tímida, siempre dolorosamente ruborizada), a sacar de donde estaban guardados los viejos manuales de idiomas, aunque yo sé hablar las viejas lenguas en sueños, y despierto. Lydia se muestra inquieta con nosotros; somos meridionales y demasiado temperamentales. Conté veinte personas en aquella cocina, todos los cerebros del Continente Norte. Phyllis Spet, creo que había

venido en planeador. Yuki era la única niña presente.

Luego vi a los cuatro.

Son más grandes que nosotros. Más altos y anchos. Dos eran más altos que yo, y yo soy muy alta, metro ochenta centímetros con los pies descalzos. Pertenecen evidentemente a nuestra especie; pero son algo diferentes, indescriptiblemente diferentes, y como mis ojos no pudieron entonces y siguen sin poder abarcar del todo las líneas de esos cuerpos extraños, no pude entonces decidirme a tocarlos, aunque el que hablaba ruso (qué voces tienen) quería «estrechar las manos», una costumbre del pasado, supongo. Sólo puedo decir que eran monos con rostros humanos. Él pareció hacerlo con buena intención, pero yo me estremecí y retrocedí hasta el extremo de la cocina (y luego me reí como para excusarme) y entonces para establecer un buen ejemplo (*amistad interestelar*, yo diría), le estreché finalmente la mano. Una mano dura, muy dura. Son tan pesadas como caballos de tiro. Con voces profundas y confusas. Yuriko se había colado entre los adultos y estaba mirando a los *hombres* con la boca abierta.

Él volvió la cabeza (la palabra él no se usaba en nuestro lenguaje en los últimos seiscientos años), y preguntó, en un ruso muy malo:

—¿Quién es ésa?

—Mi hija —le contesté, y añadí (con esa atención irracional a las buenas maneras que a veces empleamos en momentos de locura) —. Es mi hija, Yuriko Janetson. Empleamos el patronímico. Ustedes dirían el matronímico.

Él se echó a reír, involuntariamente. Yuri exclamó:

—¡Yo creí que serían *guapos*! —muy decepcionada por el modo en que la habían recibido.

Phyllis Melgasen Spet, a la que un día mataré, me lanzó desde el otro lado de la habitación una mirada fría, fija y venenosa, como queriéndome decir: *Ojo con lo que dices. Ya sabes lo que puedo hacer.* Es cierto que oficialmente yo tengo poca categoría; pero la señora presidenta se metería en un buen lío conmigo y con su propio personal si continuase considerando el espionaje industrial como una mera diversión. Guerras y rumores de guerras, como se dice en uno de los libros de nuestros antepasados. Traduje las palabras de Yuki al ruso que empleaba aquel hombre, que en otros tiempos fuera nuestra *lingua franca*, y el hombre se rió de nuevo.

—¿Dónde está toda la gente? —preguntó del modo más natural.

Volví a traducir y observé las caras que me rodeaban por toda la habitación. Lydia estaba azorada (como siempre), Spet entornando sus ojos y tramando algo, Katy muy pálida.

—Esto es Whileaway —dije.

Él siguió mirando como sin entender.

—Whileaway —dije yo—. ¿Recuerda? ¿Tienen ustedes archivos? Hubo una epidemia en Whileaway.

Él pareció moderadamente interesado. Las cabezas se volvieron al fondo de la habitación, y yo eché un vistazo a la delegada del parlamento de las profesiones locales; al llegar la mañana, cada asamblea local, cada camarilla política de distrito, estaría en sesión plenaria.

—¿Epidemia? —preguntó—. Eso es una tragedia.

—Sí —respondí yo—. Una tragedia muy grande. Perdimos la mitad de nuestra población en una generación.

Él pareció debidamente impresionado.

—Whileaway tuvo suerte —expliqué—. Teníamos un gran banco inicial de genes, habíamos sido escogidos por nuestra gran inteligencia, teníamos una alta tecnología y nos había quedado mucha población en la cual cada adulto era como tres expertos en uno. La tierra es buena. El clima es muy benigno. Ahora somos treinta millones. Las cosas han empezado a desarrollarse muy rápidamente en la industria, ¿comprende? Dénos setenta años y tendremos más de una ciudad, más de algunos centros industriales, profesiones de plena dedicación, operadores de radio en todo momento, maquinistas, dénos setenta años y no todo el mundo tendrá que pasar tres cuartos de su vida en una granja —y yo traté de explicar cuán duro es que los artistas puedan dedicarse a su arte sólo en la ancianidad, cuando hay tan pocos, tan pocos que puedan ser libres, como Katy y yo. Traté de explicarle con pocas palabras cómo era nuestro sistema de gobierno, dos cámaras, una por profesiones y otra geográfica; le conté que las camarillas políticas de los distritos se ocupaban de problemas demasiado importantes para confiárselos a las ciudades. Y que el control de la población no era aún un éxito político; pero que nos dieran tiempo y lo sería. Había un punto delicado en nuestra historia; dadnos tiempo. No había necesidad de sacrificar la calidad de la vida por una loca

carrera hacia la industrialización. Vayamos a nuestro propio paso. Dadnos tiempo.

—¿Dónde está toda la gente? —preguntó el monomaniaco.

Me di cuenta de que él no se refería a gente, sino a hombres, y que estaba dando a la palabra el significado que no había tenido en Whileaway durante seis siglos.

—Murieron todos —contesté yo—. Hace treinta generaciones.

Pensé que aquello había sido demasiado fuerte para él. Contuvo la respiración. Pareció como si fuera a caerse de la silla en que estaba sentado; se llevó la mano al pecho, y miró a su alrededor, hacia todas nosotras con una extraña mezcla de temor y ternura sentimental. Luego dijo muy solemne y serio:

—Una gran tragedia.

Yo aguardé, sin haber comprendido del todo.

—Sí —dijo, recobrando el aliento de nuevo con aquella sonrisa extraña, aquella sonrisa de adulto-niño que te dice que algo está siendo ocultado y va a ser mostrado inmediatamente con gritos de ánimo y júbilo—. Una gran tragedia, pero ya todo ha terminado —y de nuevo miró a su alrededor a todas nosotras con una extraña deferencia. Como si fuéramos inválidas.

—Se han adaptado ustedes de un modo asombroso —dijo.

—¿A qué? —pregunté yo. Él pareció azorado, y miró inane. Finalmente dijo:

—En el sitio de donde vengo, las mujeres no visten tan sencillamente.

—¿Visten como usted? —pregunté yo—. ¿Como una novia? —porque los hombres vestían de plata de la cabeza a los pies. Yo nunca había visto nada tan chillón. Él hizo como si fuera a contestar y luego al parecer lo pensó mejor, y se rió de mí nuevamente. Con un extraño regocijo, como si nosotras fuéramos algo infantil y maravilloso, como si él nos estuviera haciendo un enorme favor, aspiró de modo vacilante y dijo:

—Bueno, aquí estamos.

Yo me quedé mirando a Spet, Spet miró a Lydia, Lydia miró a Amalia, que es la jefa de la asamblea local. Amalia miró a no sé quién. Mi garganta estaba seca. Yo no soporto la cerveza local, con la cual las granjeras hinchan sus estómagos como si estuvieran forradas de iridio; pero la bebí a pesar de todo, ya que me la ofreció

Amalia (de ella era la bicicleta que habíamos visto afuera al aparcar), y me la tragué toda. Esto iba a durar mucho rato.

—Sí, bueno, aquí están.

Y sonreí como una idiota, y me pregunté en serio si las mentes de los varones terrestres funcionaban de un modo muy diferente a los de las hembras de la Tierra; pero no podía ser así, porque de ser así la raza se habría extinguido hacía tiempo. La red de emisoras de radio ya había dado la noticia en todo el planeta y ahora teníamos otro locutor ruso, que había aterrizado procedente de Varna, y yo corté la conversación cuando el hombre empezó a enseñar a todos retratos de su esposa, que parecía la sacerdotisa de algún culto arcano. Él propuso hacer preguntas a Yuki, así que la encerré en una habitación trasera a pesar de sus furiosas protestas y salí al porche delantero. Cuando yo me marchaba, Lydia estaba explicando la diferencia entre partenogénesis (que es tan fácil que cualquiera la puede practicar) y lo que nosotras hacíamos: la fusión del óvulo. Por eso es por lo que la hija de Katy se parece a mí. Lydia prosiguió explicando el Proceso Ansky y Katy Ansky, nuestro gran genio polimático y la tata-tata-tata y yo no sé cuántas veces tatarabuela de mi propia Katharina.

Un transmisor de puntitos en uno de los edificios exteriores parloteaba débilmente para sí mismo; eran las operadoras que coqueteaban y se contaban chistes por la línea.

Había un hombre en el porche. El otro hombre alto. Me quedé mirándole un rato (yo me puedo mover muy silenciosamente cuando quiero) y cuando le permití que me viera, él cesó de hablar por el pequeño aparato que le colgaba del cuello. Luego dijo muy tranquilamente, en un ruso excelente:

—¿Sabían ustedes que la igualdad sexual había sido restablecida en la Tierra?

—Usted es un verdadero terrestre —le contesté—, ¿verdad? El otro es sólo un figurón —era un gran alivio poner en claro las cosas. Él asintió con la cabeza, afablemente.

—Como personas, no somos muy inteligentes —declaró—. Hemos sufrido muchos daños genéticos en los últimos siglos por la radiación y las drogas. Podemos utilizar los genes de Whileaway, Janet —los extranjeros no llaman a los extranjeros por su nombre de pila.

—Ustedes pueden tener células bastantes para sumergirlas —dije —. Para criar por su cuenta.
Él sonrió.

—No es ése el modo como queremos hacerlo —tras él vi a Katy entrar en el cuadrado de luz que era la puerta-pantalla. Él prosiguió, con voz mesurada y muy educado, sin burlarse de mí, creo yo; pero con esa seguridad en sí mismo de alguien que siempre ha tenido dinero y fuerza para guardar, que no sabe lo que es ser de segunda clase o provinciano. Lo cual es muy extraño, porque el día anterior yo habría dicho que ésa era una exacta descripción de mi.

—Le estoy hablando a usted, Janet —me dijo—, porque supongo que usted tiene más influencia popular que nadie. Usted sabe tan bien como yo que la cultura partenogenética tiene toda clase de los defectos inherentes, y nosotros no queremos (si podemos evitarlo) utilizarles para nada de eso. Perdón, no debería haber dicho «utilizar». Pero supongo que ustedes se darán cuenta de que este tipo de sociedad es antinatural.

—La humanidad es antinatural —dijo Katy. Ella tenía mi rifle bajo su brazo izquierdo. La parte superior de su sedosa cabeza no me llega a la clavícula; pero ella es tan dura como el acero. Él empezó a moverse, de nuevo con aquella extraña deferencia sonriente (que su compañero había mostrado conmigo pero él no) y el arma se deslizó en la mano de Katy como si ella hubiera disparado con ella toda la vida.

—Estoy de acuerdo con usted —dijo el hombre—. La humanidad es antinatural. Debería de saberlo. Yo tengo metal en mi dentadura y clavijas de metal aquí —y se tocó el hombro—. Las focas son animales de harem —añadió—, y también los hombres; hay incluso hombres célibes, y hombres homosexuales. Creo que hasta hay vacas homosexuales. Pero a Whileaway le falta algo —hizo un seco chasquido con la lengua. Supongo que él creía que eso tenía algo que ver con los nervios.

—Yo no echo de menos nada —dijo Katy—. Excepto que la vida no dure siempre.

—¿Ustedes son...? —preguntó aquel hombre, haciendo un gesto con la cabeza de mí hacia ella.

—Esposas —repuso Katy—. Estamos casadas.
De nuevo el seco chasquido.

—Un buen arreglo económico —dijo él—, para trabajar y cuidar de los niños. Tan bueno como un acuerdo para tener una descendencia al azar, si su reproducción se hace para seguir el mismo patrón. Pero yo pienso, Katharina Michaelason, si no hay algo mejor que ustedes pudieran asegurar a sus hijas. Yo creo en los instintos, incluso en el hombre, y no puedo imaginarme que ustedes dos... Son maquinistas, ¿no?, y de ello infiero que ustedes son como una especie de jefe de policía... y no sé cómo no sienten que algo les falta. Ya lo saben intelectualmente, claro. Aquí sólo hay una mitad de la especie. Los hombres deben volver a Whileaway.

Katy no respondió nada.

—Yo diría, Katharina Michaelason —dijo aquel hombre amablemente—, que usted, entre todas las personas, sería la que más se beneficiaría de un tal cambio —y dio unos pasos más allá del rifle de Katy hasta el cuadrado de luz que venía de la puerta. Creo que fue entonces cuando se dio cuenta de mi cicatriz, la cual realmente no se ve hasta que la luz le da de lado: una fina raya que va de la sien a la barbilla. La mayoría de la gente ni siquiera se fija en ella.

—¿Dónde le hicieron eso? —preguntó, y yo le contesté haciendo una involuntaria mueca:

—En mi último duelo.

Nos quedamos allá parados, el uno encolerizado contra el otro, durante varios segundos (esto es absurdo pero cierto) hasta que él entró y cerró la puerta-pantalla tras de sí. Katy dijo con voz agria:

—¡Usted, maldito loco! ¿No se da cuenta de cuándo somos insultados? —y esgrimió el rifle como para disparar contra él a través de la pantalla; pero yo se lo agarré antes de que pudiera hacer fuego y de un manotazo aparté el rifle de su blanco; pero quemó un agujero a través del suelo del porche. Katy estaba temblando, y no dejó de susurrar una y otra vez—: Por eso nunca quise tocarlo, porque sabía que mataría a alguien, sabía que mataría a alguien.

El primer hombre, o sea aquel con el que habíamos hablado primero, estaba aún charlando dentro de la casa, diciendo algo sobre el gran movimiento para recolonizar y redescubrir todo lo que la Tierra había perdido. Hizo hincapié en las ventajas que eso supondría para Whileaway: comercio, intercambio de ideas,

educación. También dijo que en la Tierra había sido restablecida la igualdad sexual.

Katy tenía razón, por supuesto; debíamos haberlos quemado allí mismo donde estaban. Los hombres vienen a Whileaway. Cuando una cultura tiene grandes cañones y la otra no tiene ninguno, ya se puede suponer cuál va a ser el resultado. Quizá los hombres hubieran venido al final en todo caso. Me gusta pensar que dentro de cien años mis nietas podrían rechazarlos u obligarles a detenerse; pero aun entonces será una lucha desigual; yo recordaré toda mi vida a aquellas cuatro personas que primeramente encontré y que eran musculosos como toros y que me hicieron sentirme pequeña, aunque sólo fuera por un momento. Una reacción neurótica, dice Katy. Recuerdo todo lo que ocurrió aquella noche; recuerdo la excitación de Yuki en el coche, los sollozos de Katy cuando regresamos a casa, como si se le fuera a partir el corazón; su modo de hacer el amor, un poco perentorio, como siempre, pero maravillosamente calmante y consolador. Recuerdo cómo rondé incansablemente alrededor de la casa después de que Katy quedara dormida con un brazo desnudo caído sobre un parche de luz que venía del salón. Los músculos de sus antebrazos son como barras de metal de tanto conducir y probar sus máquinas. Yo a veces sueño con los brazos de Katy. Recuerdo una vez que entré en el cuarto de los niños y tomé al bebé de mi esposa, echando un sueñecillo con la punzante y asombrosa calidez de una criatura en el regazo, y finalmente volví a la cocina para encontrar a Yuriko preparándose un tardío bocadillo. Mi hija come como un perro danés.

—Yuki —le pregunté—, ¿crees que podrías enamorarte de un hombre? —y ella me contestó gritando con tono de irrisión:

—¿Con un sapo de diez pies?

Pero los hombres están viniendo a Whileaway. Últimamente me paso las noches sin dormir y me pregunto por los hombres que vendrán a este planeta, sobre mis dos hijas y Betta Kataharinason, sobre lo que le ocurrirá a Katy, a mí, a mi vida. Los diarios de nuestros antepasados son un largo grito de dolor y supongo que me debería alegrar ahora, peor no se pueden tirar así por la borda seis siglos, o incluso (como he descubierto últimamente) treinta y cuatro años. A veces me río de la cuestión que aquellos cuatro hombres eludieron toda aquella tarde y nunca se atrevieron a preguntar,

mirándonos a todas nosotras, paletas vestidas con ropas de trabajo, granjeras con pantalones de lona y camisas sencillas: *¿Cuál de ustedes hace el papel de hombre?* ¡Como si nosotras tuviéramos que hacer copias del papel carbón de todos sus errores! Dudo mucho que la igualdad sexual haya sido restablecida en la Tierra. A mí no me hace gracia la idea de que se han burlado de mí, de Katy postergada como si ella fuera un ser débil, de que a Yuki la hubieran hecho sentirse poco importante o tonta, de mis otras hijas despojadas de su plena humanidad o convertidas en extrañas. Y temo que mis propios logros disminuirán de lo que fueron (o de lo que yo creía que eran) hasta convertirse en cosas, sin importancia para la curiosidad de la raza humana, las rarezas de las que uno lee en la solapa del libro, cosas para reírse a ratos porque son exóticas, curiosas pero no impresionantes, encantadoras pero no útiles. Yo encuentro esto más doloroso de lo que pueda decir. Usted convendrá en que para una mujer que ha tenido tres duelos, todos ellos a muerte, sentir tales temores es ridículo. Pero lo que se avecina ahora es un duelo tan grande que yo no creo tener redaños para él; según las palabras de Fausto: *Verweile doch, du bist so schön!* Dejadlo como está, no lo cambiéis. A veces de noche yo recuerdo el nombre original de este planeta, cambiado por la primera generación de nuestras antepasadas, aquellas curiosas mujeres para las cuales, supongo, el verdadero nombre fue un recordatorio tan doloroso después de que los hombres murieran. Lo encuentro divertido, con un humor negro, el que las cosas hayan cambiado tan totalmente. Pero esto también pasará. Todas las cosas buenas tienen un final.

Quitadme la vida pero no me quitéis el significado de mi vida.

EL HOMBRE DEL BICENTENARIO

Isaac Asimov

Las Tres Leyes de la robótica:

1ª. Un robot no debe dañar a un ser humano ni, por inacción, permitir que un ser humano sufra daño.

2ª. Un robot debe obedecer las órdenes impartidas por los seres humanos, excepto cuando dichas órdenes estén reñidas con la Primera Ley.

3ª. Un robot debe proteger su propia existencia, mientras dicha protección no esté reñida ni con la Primera y Segunda Ley.

1

—Gracias —dijo Andrew Martin, aceptando el asiento que le ofrecían. Su semblante no delataba a una persona acorralada, pero eso era.

En realidad su semblante no delataba nada, pues no dejaba ver otra expresión que la tristeza de los ojos. Tenía el cabello lacio, castaño claro y fino, y no había vello en su rostro. Parecía recién afeitado. Vestía anticuadas, pero pulcras ropas de color rojo aterciopelado.

Al otro lado del escritorio estaba el cirujano, y la placa del escrito incluía una serie identificatoria de letras y números, pero Andrew no se molestó en leerla. Bastaría con llamarle doctor.

—¿Cuándo se puede realizar la operación, doctor? —preguntó.

El cirujano murmuró, con esa inalienable nota de respeto que un robot siempre usaba ante un ser humano:

—No estoy seguro de entender cómo o en quién debe realizarse esa operación, señor.

El rostro del cirujano habría revelado cierta respetuosa intransigencia si tal expresión —o cualquier otra— hubiera sido posible en el acero inoxidable con un ligero tono de bronce.

Andrew Martin estudió la mano derecha del robot, la mano quirúrgica, que descansaba en el escritorio. Los largos dedos estaban artísticamente modelados en curvas metálicas tan gráciles y apropiadas que era fácil imaginarlas empuñando un escalpelo que momentáneamente se transformaría en parte de los propios dedos.

En su trabajo no habría vacilaciones, tropiezos, temblores ni errores. Eso iba unido a la especialización tan deseada por la humanidad que pocos robots poseían ya un cerebro independiente. Claro que un cirujano necesita cerebro, pero éste estaba tan limitado en su capacidad que no reconocía a Andrew. Tal vez nunca le hubiera oído nombrar.

—¿Alguna vez ha pensado que le gustaría ser un hombre? —le preguntó Andrew.

El cirujano dudó un momento, como si la pregunta no encajara en sus sendas positrónicas.

—Pero yo soy un robot, señor.

—¿No sería preferible ser un hombre?

—Sería preferible ser mejor cirujano. No podría serlo si fuera hombre, sólo si fuese un robot más avanzado. Me gustaría ser un robot más avanzado.

—¿No le ofende que yo pueda darle órdenes, que yo pueda hacerle poner de pie, sentarse, moverse a derecha e izquierda, con sólo decirlo?

—Es mi placer agradecerle. Si sus órdenes interfiriesen en mi funcionamiento respecto de usted o de cualquier otro ser humano, no le obedecería. La primera Ley, concerniente a mi deber para con la seguridad humana, tendría prioridad sobre la Segunda Ley, la

referente a la obediencia. De no ser así, la obediencia es un placer para mí... Pero ¿a quién debo operar?

—A mí.

—Imposible. Es una operación evidentemente dañina.

—Eso no importa —dijo Andrew con calma.

—A un ser humano no, pero yo también soy un robot.

2

Andrew tenía mucha más experiencia de robot cuando acabaron de manufacturarlo. Era como cualquier otro robot, con diseño elegante y funcional.

Le fue bien en el hogar adonde lo llevaron, en aquellos días en que los robots eran una rareza en las casas y en el planeta.

Había cuatro personas en la casa: el señor, la señora, la señorita y la niña, Conocía los nombres, pero nunca los usaba. El Señor se llamaba Gerald Martin.

Su número de serie era NDR... No se acordaba de las cifras. Había pasado mucho tiempo, pero si hubiera querido recordarlas habría podido hacerlo. Sólo que no quería.

La Niña fue la primera en llamarlo Andrew, porque no era capaz de pronunciar las letras, y todos hicieron lo mismo que ella.

La Niña... Llegó a vivir noventa años y había fallecido tiempo atrás. En cierta ocasión, él quiso llamarla Señora, pero ella no se lo permitió. Fue Niña hasta el día de su muerte.

Andrew estaba destinado a realizar tareas de ayuda de cámara, de mayordomo y de criado. Eran días experimentales para él y para todos los robots en todas partes, excepto en las factorías y las estaciones industriales y exploratorias que se hallaban fuera de la Tierra.

Los Martin le tenían afecto y muchas veces le impedían realizar su trabajo porque la Señorita y la Niña preferían jugar con él.

Fue la Señorita la primera en darse cuenta de cómo se podía solucionar aquello.

—Te ordenamos que juegues con nosotras y debes obedecer las órdenes —le dijo.

—Lo lamento, Señorita —contestó Andrew—, pero una orden previa del Señor sin duda tiene prioridad.

—Papá sólo dijo que esperaba que tú te encargaras de la limpieza —replicó ella—. Eso no es una orden. Yo sí te lo ordeno.

Al Señor no le importaba. El Señor sentía un gran cariño por la Señorita y por la Niña, incluso más que la Señora, y Andrew también les tenía cariño. Al menos, el efecto que ellas ejercían sobre sus actos eran aquellos que en un ser humano se hubieran considerado los efectos del cariño. Andrew lo consideraba cariño, pues no conocía otra palabra para designarlo.

Talló para la Niña un pendiente de madera. Ella se lo había ordenado. Al parecer, a la Señorita le habían regalado por su cumpleaños un pendiente de marfilina con volutas, y la Niña sentía celos. Sólo tenía un trozo de madera y se lo dio a Andrew con un cuchillo de cocina.

Andrew lo talló rápidamente.

—¡Qué bonito, Andrew! —dijo la Niña—. Se lo enseñaré a papá. El Señor no podía creerlo.

—¿Dónde conseguiste esto, Mandy? —Así llamaba el Señor a la Niña. Cuando la Niña le aseguró que decía la verdad, el Señor se volvió hacia Andrew—. ¿Lo has hecho tú, Andrew?

—Sí, Señor.

—¿De dónde copiaste el diseño?

—Es una representación geométrica, Señor, que armoniza con la fibra de la madera.

Al día siguiente, el Señor le llevó otro trozo de una madera y un vibrocuchillo eléctrico.

—Talla algo con esto, Andrew. Lo que quieras.

Andrew obedeció y el Señor le observó; luego, examinó el producto durante un largo rato. Después de eso, Andrew dejó de servir la mesa. Le ordenaron que leyera libros sobre diseño de muebles, y aprendió a fabricar gabinetes y escritorios.

El Señor le dijo:

—Son productos asombrosos, Andrew.

—Me complace hacerlos, Señor.

—¿Cómo que te complace?

—Los circuitos de mi cerebro funcionan con mayor fluidez. He oído usar el término complacer y el modo en que usted lo usa concuerda con mi modo de sentir. Me complace hacerlos, Señor.

3

Gerald Martin llevó a Andrew a la oficina regional de Robots y Hombres Mecánicos de Estados Unidos. Como miembro de la Legislatura Regional, no tuvo problemas para conseguir una entrevista con el jefe de robopsicología. Más aún, sólo estaba calificado para poseer un robot por ser miembro de la Legislatura. Los robots eran algo habitual en aquellos días.

Andrew no comprendió nada al principio, pero en años posteriores, ya con mayores conocimientos, evocaría esa escena y lo comprendería.

El robopsicólogo, Merton Mansky, escuchó con el ceño cada vez más fruncido y realizó un esfuerzo para no tamborilear en la mesa con los dedos. Tenía tensos los rasgos y la frente arrugada y daba la impresión de ser más joven de lo que aparentaba.

—La robótica no es un arte exacto, señor Martin —dijo—. No puedo explicárselo detalladamente, pero la matemática que rige la configuración de las sendas positrónicas es tan compleja que sólo permite soluciones aproximadas. Naturalmente, como construimos todo en torno de las Tres Leyes, éstas son incontrovertibles. Desde luego, reemplazaremos ese robot...

—En absoluto —protestó el Señor—. No se trata de un fallo. Él cumple perfectamente con sus deberes. El punto es que también realiza exquisitas tallas en madera y nunca repite los diseños. Produce obras de arte.

Mansky parecía confundido.

—Es extraño. Claro que actualmente estamos probando con sendas generalizadas... ¿Cree usted que es realmente creativo?

—Véalo usted mismo.

Le entregó una pequeña esfera de madera, en la que había una escena con niños tan pequeños que apenas se veían; pero las proporciones eran perfectas y armonizaban de un modo natural con la fibra, como si también ésta estuviera tallada.

—¿Él hizo esto? —exclamó Mansky. Se lo devolvió, sacudiendo la cabeza—. Puramente fortuito. Algo que hay en sus sendas.

—¿Pueden repetirlo?

—Probablemente no. Nunca nos han informado de nada semejante.

—¡Bien! No me molesta en absoluto que Andrew sea el único.

—Me temo que la empresa querrá recuperar ese robot para estudiarlo.

—Olvídelo —replicó el Señor. Se volvió hacia Andrew—: Vámonos a casa.

—Como usted desee, Señor —dijo Andrew.

4

La Señorita salía con jovencitos y no estaba mucho en casa. Ahora era la Niña, que ya no era tan niña, quien llenaba el horizonte de Andrew. Nunca olvidaba que la primera talla en madera de Andrew había sido para ella. La llevaba en una cadena de plata que le pendía del cuello.

Fue ella la primera que se opuso a la costumbre del Señor a regalar los productos.

—Vamos, papá. Si alguien los quiere, que pague por ellos. Valen la pena.

—Tú no eres codiciosa, Mandy.

—No es por nosotros, papá. Es por el artista.

Andrew jamás había oído esa palabra y en cuanto tuvo un momento a solas la buscó en el diccionario.

Poco después realizaron otro viaje; en esa ocasión para visitar al abogado del Señor.

—¿Qué piensas de esto John? —le preguntó el Señor.

El abogado se llamaba John Feingold. Era canoso y barrigón, y los bordes de sus lentes de contacto estaban teñidos de verde brillante. Miró la pequeña placa que el Señor le había entregado.

—Es bella... Pero estoy al tanto. Es una talla de un robot, ese que has traído contigo.

—Sí, es obra de Andrew. ¿Verdad, Andrew?

—Sí, Señor.

—¿Cuánto pagarías por esto, John? —preguntó el Señor.

—No sé. No colecciono esos objetos.

—¿Creerías que me han ofrecido doscientos cincuenta dólares por esta cosita? Andrew ha fabricado también sillas que he vendido por quinientos dólares. Los productos de Andrew nos han permitido depositar doscientos mil dólares en el banco.

—¡Cielos, te está haciendo rico, Gerald!

—Sólo a medias. La mitad está en una cuenta a nombre de Andrew Martin.

—¿Del robot?

—Exacto, y quiero saber si es legal.

—¿Legal? —Feingold se reclinó en la silla, haciéndola crujir—. No hay precedentes, Gerald. ¿Cómo firmó tu robot los papeles necesarios?

—Sabe hacer la firma de su nombre y yo la llevé. No lo llevé a él al banco en persona. ¿Es preciso hacer algo más?

—Mmm... —Feingold entrecerró los ojos durante unos segundos—. Bueno, podemos crear un fondo fiduciario que maneje las finanzas en su nombre, lo cual hará de capa aislante entre él y el mundo hostil. Aparte de eso, mi consejo es que no hagas nada más. Hasta ahora nadie te ha detenido. Si alguien se opone, déjale que se querelle.

—¿Y te harás cargo del caso si hay alguna querella?

—Por un anticipo, claro que sí.

—¿De cuánto?

Feingold señaló la placa de madera.

—Algo como esto.

—Me parece justo —dijo el Señor.

Feingold se rió entre dientes mientras se volvía hacia el robot.

—¿Andrew, te gusta tener dinero?

—Si, señor.

—¿Qué piensas hacer con él?

—Pagar cosas que de lo contrario tendría que pagar el Señor.

Esto le ahorrará gastos al Señor.

5

Hubo ocasiones para ello. Las reparaciones eran costosas y las revisiones aún más. Con los años se produjeron nuevos modelos de robot, y el Señor se preocupó de que Andrew contara con cada nuevo dispositivo, hasta que fue un dechado de excelencia metálica. El propio robot se encargaba de los gastos. Andrew insistía en ello.

Sólo sus sendas positrónicas permanecieron intactas. El Señor insistía en ello.

—Los nuevos no son tan buenos como tú, Andrew. Los nuevos robots no sirven. La empresa ha aprendido a hacer sendas más precisas, más específicas, más particulares. Los nuevos robots no son versátiles. Hacen aquello para lo cual están diseñados y jamás desvían. Te prefiero a ti.

—Gracias, Señor,

—Y es obra tuya, Andrew, no lo olvides. Estoy seguro de que Mansky puso fin a las sendas generalizadas en cuanto te echó un buen vistazo. No le gustó que fueras tan imprevisible... ¿Sabes cuántas veces pidió que te llevaríamos para estudiarte? ¡Nueve veces! Pero nunca se lo permití, y ahora que se ha retirado quizá nos dejen en paz.

El cabello del Señor disminuyó y encaneció, y el rostro se le puso fofo, pero Andrew tenía mejor aspecto que cuando entró a

formar parte de la familia. La Señora se había unido a una colonia artística de Europa y la Señorita era poeta en Nueva York. A veces escribían, pero no con frecuencia. La Niña estaba casada y vivía a poca distancia. Decía que no quería abandonar a Andrew y cuando nació su hijo, el Señorito, dejó que el robot cogiera el biberón para alimentarlo.

Andrew comprendió que el Señor, con el nacimiento de ese nieto, tenía ya alguien que reemplazara a quienes se habían ido. No sería tan injusto presentarle su solicitud.

—Señor —le dijo—, ha sido usted muy amable al permitir que yo gastara mi dinero según mis deseos.

—Era tu dinero, Andrew.

—Sólo por voluntad de usted, Señor. No creo que la ley le hubiera impedido conservarlo.

—La ley no me va a persuadir de que me porte mal, Andrew.

—A pesar de todos los gastos y a pesar de los impuestos, Señor, tengo casi seiscientos mil dólares.

—Lo sé, Andrew.

—Quiero dárselos, Señor.

—No los aceptaré, Andrew.

—A cambio de algo que usted puede darme, Señor.

—¡Ah!, ¿qué es eso, Andrew?

—Mi libertad, Señor.

—Tu...

—Quiero comprar mi libertad, Señor.

6

No fue tan fácil. El Señor se sonrojó, soltó un ¡Por amor de Dios!, dio media vuelta y se alejó.

Fue la Niña quien logró convencerlo, en un tono duro y desafiante, y delante de Andrew. Durante treinta años, nadie había

dudado en hablar en su presencia, tratárase de él, o no. Era sólo un robot.

—¿Papá, porqué te lo tomas como una afrenta personal? Él seguirá aquí. Continuará siéndote leal. No puede evitarlo. Lo tiene incorporado. Lo único que quiere es formalismo verbal. Quiere que lo llamen libre. ¿Es tan terrible? ¿No se lo ha ganado? ¡Cielos! él y yo hemos hablado de esto durante años.

—¿Conque durante años?

—Si, una y otra vez lo ha ido postergando temor a lastimarte. Yo le dije que te lo pidiera.

—El no sabe qué es la libertad. Es un robot.

—Papá, no lo conoces. Ha leído todo lo que hay en la biblioteca. No sé qué siente por dentro, pero tampoco sé qué sientes tú. Cuando le hablas, reacciona ante las diversas abstracciones tal como tú y yo. ¿Qué otra cosa cuenta? Si las reacciones de alguien son como las nuestras, ¿qué más se puede pedir?

—La ley no adoptará esa actitud —se obstinó el Señor, exasperado. Se volvió hacia Andrew y le dijo con voz ronca—: ¡Mira, oye! No puedo liberarte a no ser de una forma legal, y si esto llega a los tribunales no sólo no obtendrás la libertad, sino que la ley se enterará oficialmente de tu fortuna. Te dirán que un robot no tiene derecho a ganar dinero. ¿Vale la pena que pierdas tu dinero por esta farsa?

—La libertad no tiene precio, Señor —replicó Andrew—. Sólo la posibilidad de obtenerla ya vale ese dinero.

7

El tribunal también podía pensar que la libertad no tenía precio y decidir que un robot no podía comprarla por mucho que pagase, por alto que fuese el precio.

La declaración del abogado regional, que representaba a quienes

habían entablado un pleito conjunto para oponerse a la libertad de Andrew, fue ésta: La palabra libertad no significaba nada cuando se aplicaba a un robot, pues sólo un ser humano podía ser libre.

Lo repitió varias veces, siempre que le parecía apropiado; lentamente, moviendo las manos al son de las palabras.

La Niña pidió permiso para hablar en nombre de Andrew.

La llamaron por su nombre completo, el cual Andrew nunca había oído antes:

—Amanda Laura Martin Charney puede acercarse al estrado.

—Gracias, señoría. No soy abogada y no sé hablar con propiedad, pero espero que todos presten atención al significado e ignoren las palabras. Comprendamos qué significa ser libre en el caso de Andrew. En algunos sentidos, ya lo es. Lleva por lo menos veinte años sin que un miembro de la familia Martin le ordene hacer algo que él no hubiera hecho por propia voluntad. Pero si lo deseamos, podemos ordenarle cualquier cosa y expresarlo con la mayor rudeza posible, porque es una máquina y nos pertenece. ¿Por qué ha de seguir en esa situación, cuando nos ha servido durante tanto tiempo y tan lealmente y ha ganado tanto dinero para nosotros? No nos debe nada más; los deudores somos nosotros. Aunque se nos prohibiera legalmente someter a Andrew a una servidumbre involuntaria, él nos serviría voluntariamente. Concederle la libertad será sólo una triquiñuela verbal, pero significaría muchísimo para él. Le daría todo y no nos costaría nada.

Por un momento pareció que el juez contenía una sonrisa.

—Entiendo su argumentación, señora Charney. Lo cierto es que a este respecto no existe una ley obligatoria ni un precedente. Sin embargo, existe el supuesto tácito de que sólo el ser humano puede gozar de libertad. Puedo establecer una nueva ley, o someterme a la decisión de un tribunal superior; pero no puedo fallar en contra de ese supuesto. Permítame interpelar al robot. ¡Andrew!

—Sí, señoría.

Era la primera vez que Andrew hablaba ante el tribunal y el juez se asombró de la modulación humana de aquella voz.

—¿Por qué quieres ser libre, Andrew? ¿En qué sentido es importante para ti?

—¿Desearía usted ser esclavo, señoría?

—Pero no eres esclavo. Eres un buen robot, un robot genial, por

lo que me han dicho, capaz de expresiones artísticas sin parangón. ¿Qué más podrías hacer si fueras libre?

—Quizá no pudiera hacer más de lo que hago ahora, señorita, pero lo haría con mayor alegría. Creo que sólo alguien que desea la libertad puede ser libre. Yo deseo la libertad.

Y eso le proporcionó al juez un fundamento. El argumento central de su sentencia fue: No hay derecho a negar la libertad a ningún objeto que posea una mente tan avanzada como para entender y desear ese estado.

Más adelante, el Tribunal Mundial ratificó la sentencia.

8

El Señor seguía disgustado y su áspero tono de voz hacía que Andrew se sintiera como si tuviese un cortocircuito.

—No quiero tu maldito dinero, Andrew. Lo tomaré sólo porque de lo contrario no te sentirás libre. A partir de ahora, puedes elegir tus tareas y hacerlas como te plazca. No te daré órdenes, excepto ésta: que hagas lo que se te plazca. Pero sigo siendo responsable de ti. Esa forma parte de la sentencia del juez. Espero que lo entiendas.

—No seas irascible, papá —interrumpió la Niña—. La responsabilidad no es una gran carga. Sabes que no tendrás que hacer nada. Las Tres Leyes siguieron vigentes.

—Entonces, ¿en qué sentido es libre?

—¿Acaso los seres humanos no están obligados por sus leyes, Señor?

—No voy a discutir —dijo el Señor.

Se marchó, y a partir de entonces Andrew lo vio con poca frecuencia.

La Niña iba a verlo a menudo a la casita que le habían construido y entregado. No disponía de cocina ni cuarto de baño. Sólo tenía dos habitaciones. Una era una biblioteca y la otra servía

de depósito y taller. Andrew aceptó muchos encargos y como robot libre trabajó más que antes, hasta que pagó el costo de la casa y el edificio se transfirió legalmente.

Un día, fue a verlo el Señorito..., no, ¡George! El Señorito había insistido en eso después de la sentencia del juez.

—Un robot libre no llama Señorito a nadie —le había dicho George—. Yo te llamo Andrew. Tú debes llamarme George.

El día en que George fue a verlo a solas le informó de que el Señor estaba agonizando. La Niña se encontraba cuanto al lecho, pero el Señor también quería que estuviese Andrew.

El Señor habló con voz potente, aunque parecía incapaz de moverse. Se esforzó en levantar la mano.

—Andrew —dijo—, Andrew... No me ayudes, George. Me estoy muriendo, eso es todo, no estoy impedido... Andrew, me alegra que seas libre. Sólo quería decirte eso.

Andrew no supo qué decir. Nunca había estado frente a un moribundo, pero sabía que era el modo humano de dejar de funcionar. Era como ser desmontado de una manera involuntaria e irreversible, y Andrew no sabía qué era lo apropiado decir en ese momento. Sólo pudo quedarse en pie, callado e inmóvil.

Cuando todo terminó, la Niña le dijo:

—Tal vez te haya parecido huraño hacia el final, Andrew, pero estaba viejo y le dolió que quisieras ser libre.

Y entonces Andrew halló las palabras adecuadas:

—Nunca habría sido libre sin él, Niña.

9

Andrew comenzó a usar ropa después de la muerte del Señor. Empezó por ponerse unos pantalones viejos, unos que le había dado George.

George ya estaba casado y era abogado. Se incorporó a la firma

de Feingold. El viejo Feingold había muerto tiempo atrás, pero su hija continuó con el bufete, que con el tiempo pasó a llamarse Feingold y Martin. Conservó ese nombre incluso cuando la hija se retiró y ningún Feingold la sucedió. En la época en que Andrew se puso ropa por primera vez, el apellido Martin acababa de añadirse a la firma.

George se esforzó en no sonreír al verle ponerse los pantalones por primera vez, pero Andrew le notó la sonrisa en los ojos.

George le enseñó a cómo manipular la carga de estática para permitir que los pantalones se abrieran, le cubrieran la parte inferior del cuerpo y se cerraran. George le hizo una demostración con sus propios pantalones, pero Andrew comprendió que él tardaría en imitar la soltura de ese movimiento.

—¿Y para qué quieres llevar pantalones, Andrew? —dijo George—. Tu cuerpo resulta tan bellamente funcional que es una pena cubrirlo; especialmente, cuando no tienes que preocuparte por la temperatura ni por el pudor. Y además no se ciñen bien sobre el metal.

—¿Acaso los cuerpos humanos no resultan bellamente funcionales, George? Sin embargo, os cubrís.

—Para abrigarnos, por limpieza, como protección, como adorno. Nada de eso aplica en tu caso.

—Me siento desnudo sin ropa. Me siento diferente, George.

—¡Diferente! Andrew, hay millones de robots en la Tierra. En esta región, según el último censo, hay casi tantos robots como hombres.

—Lo sé, George. Hay robots que realizan cualquier tipo de tarea concebible.

—Y ninguno de ello usa ropa.

—Pero ninguno de ellos es libre, George.

Poco a poco, Andrew mejoró su guardarropa. Lo inhibían la sonrisa de George y la mirada de las personas que le encargaban trabajos.

Aunque fuera libre, el detallado programa con que había sido construido le imponía un determinado comportamiento con la gente, y sólo se animaba a avanzar poco a poco. La desaprobación directa lo contrariaba durante meses.

No todos aceptaban la libertad de Andrew. Él era incapaz de

guardarles rencor, pero sus procesos mentales se encontraban con dificultades al pensar en ello.

Sobre todo, evitaba ponerse ropa cuando creía que la Niña iba a verlo. Era ya una anciana que a menudo vivía lejos, en un clima más templado, pero en cuanto regresaba iba a visitarlo.

En uno de esos regresos, George le comentó:

—Ella me ha convencido Andrew. Me presentaré como candidato a la Legislatura el año próximo. De tal abuelo, tal nieto, dice ella.

—De tal abuelo... —Andrew se interrumpió, desconcentrado.

—Quiero decir que yo, el nieto, seré como el Señor, el abuelo, que estuvo un tiempo en la Legislatura.

—Eso sería agradable, George. Si el Señor aún estuviera...

Se interrumpió de nuevo, pues no quería decir en funcionamiento. No parecía adecuado.

—Vivo —Lo ayudó George—. Sí, pienso en el viejo monstruo de cuando en cuando.

Andrew reflexionó sobre esa conversación. Se daba cuenta de sus limitaciones de lenguaje al hablar con George. El idioma había cambiado un poco desde que Andrew se había convertido en un ser con vocabulario innato. Además, George practicaba una lengua coloquial que el Señor y la Niña no utilizaban. ¿Por qué llamaba monstruo al Señor, cuando esa palabra no parecía la apropiada?

Los libros no lo ayudaban. Eran antiguos y la mayoría trataban de tallas en madera, de arte o de diseño de muebles. No había ninguno sobre el idioma ni sobre las costumbres de los seres humanos.

Pensó que debía buscar los libros indicados y, como robot libre, supuso que sería mejor no preguntarle a George. Iría a la ciudad y haría uso de la biblioteca. Fue una decisión triunfal y sintió que su electropotencial se elevaba tanto que tuvo que activar una bobina de impedancia.

Se puso un atuendo completo, incluida una cadena de madera en el hombro. Hubiera preferido plástico brillante, pero George le había dicho que la madera resultaba más elegante y que el cedro bruñido era mucho más valioso.

Llevaba recorridos treinta metros cuando una creciente resistencia le hizo detenerse. Desactivó la bobina de impedancia,

pero no fue suficiente. Entonces, regresó a la casa y anotó cuidadosamente en un papel. Estoy en la biblioteca. Lo dejó a la vista, sobre la mesa.

10

No llegó a la biblioteca. Había estudiado el plano. Conocía el itinerario, pero no su apariencia. Los monumentos al natural no se asemejaban a los símbolos del plano y eso le hacía dudar. Finalmente pensó que debía de haberse equivocado, pues todo parecía extraño.

Se cruzó con algún que otro robot campesino, pero cuando se decidió a preguntar no había nadie a la vista. Pasó un vehículo y no se detuvo. Andrew se quedó de pie, indeciso, y entonces vio venir dos seres humanos por el campo.

Se volvió hacia ellos, y ellos cambiaron de rumbo para salirle al encuentro. Un instante antes iban hablando en voz alta, pero se habían callado. Tenían una expresión que Andrew asociaba con la incertidumbre de los humanos y eran jóvenes, aunque no mucho. ¿Veinte años? Andrew nunca sabía determinar la edad de los humanos.

—¿Señores, podrían indicarme el camino hacia la biblioteca de la ciudad?

Uno de ellos, el más alto de los dos, que llevaba un enorme sombrero, le dijo al otro:

—Es un robot.

El otro tenía nariz prominente y párpados gruesos.

—Va vestido —comentó.

El alto cascó los dedos.

—Es el robot libre. En casa de los Martin tienen un robot libre que no pertenece a nadie. ¿Por qué otra razón iba a usar ropa?

—Pregúntaselo.

—¿Eres el robot de los Martin?

—Soy Andrew Martin, señor.

—Bien, pues quítate esa ropa. Los robots no usan ropa. —Y le dijo al otro—: Es repugnante. Míralo.

Andrew titubeó. Hacía tanto tiempo que no oía una orden en ese tono de voz que los circuitos de la Segunda Ley se atascaron un instante.

—Quítate la ropa —repitió el alto—. Te lo ordeno.

Andrew empezó a desvestirse.

—Tíralas allí —le ordenó el alto.

—Si no pertenece a nadie —sugirió el de nariz prominente—, podría ser nuestro.

—De cualquier modo —dijo el alto—. ¿Quién va a poner objeciones a lo que hagamos? No estamos dañando ninguna propiedad... —Y le indicó a Andrew—: Apóyate sobre la cabeza.

—La cabeza no es para... —balbuceó él.

—Es una orden. Si no sabes cómo hacerlo, inténtalo.

Andrew volvió a dudar y luego apoyó la cabeza en el suelo. Intentó levantar las piernas y cayó pesadamente.

—Quédate quieto —le ordenó el alto, y le dijo al otro—: Podemos desmontarlo. ¿Alguna vez has desmontado un robot?

—¿Nos dejará hacerlo?

—¿Cómo podría impedirlo?

Andrew no tenía modo de impedirlo si le ordenaban no resistirse. La Segunda Ley, la de obediencia, tenía prioridad sobre la Tercera ley, la de supervivencia. En cualquier caso, no podía defenderse sin hacerles daño, y eso significaría violar la Primera Ley. Ante ese pensamiento, sus unidades motrices se contrajeron ligeramente y Andrew se quedó allí tiritando.

El alto lo empujó con el pie.

—Es pesado. Creo que vamos a necesitar herramientas para este trabajo.

—Podríamos ordenarle que se desmonte el mismo. Sería divertido verle intentarlo.

—Si —asintió el alto, pensativamente—, pero apartémoslo del camino. Si viene alguien...

Era demasiado tarde. Alguien venía, y era George. Andrew le vio cruzar una loma a lo lejos. Le hubiera gustado hacerle señas, pero la

última orden había sido que se quedara quieto. George echó a correr y llegó con el aliento entrecortado. Los dos jóvenes retrocedieron unos pasos.

—Andrew, ¿ha pasado algo?

—Estoy bien George.

—Entonces ponte de pie... ¿Qué pasa con tu ropa?

—¿Es tu robot, amigo? —preguntó el alto.

—No es el robot de nadie; ¿qué ha ocurrido aquí?

—Le pedimos cortésmente que se quitara la ropa. ¿Por qué te molesta, si no es tuyo?

—¿Qué hacían, Andrew?

—Tenían la intención de desmembrarme. Estaban a punto de trasladarme a un lugar tranquilo para ordenarme que me desmontara yo mismo.

George se volvió hacia ellos. Le temblaba la barbilla. Los dos jóvenes no retrocedieron más. Sonreían.

—¿Qué piensas hacer gordinflón? —dijo el alto, con tono burlón—. ¿Atacarnos?

—No. No es necesario. Este robot ha vivido con mi familia durante más de setenta años. Nos conoce y nos estima más que a nadie. Le diré que vosotros dos me estáis atacando amenazando y queréis matarme. Le pediré que me defienda. Entre vosotros y yo, optará por mí. ¿Sabéis qué os ocurrirá cuando os ataque? —Los dos jóvenes recularon atemorizados—. Andrew, corro peligro porque estos dos quieren hacerme daño. ¡Vé hacia ellos!

Andrew obedeció, y los dos jóvenes no esperaron. Pusieron los pies en polvorosa.

—De acuerdo, Andrew, cálmate —dijo George, un poco demudado, pues ya no estaba en edad para enzarzarse con un joven y menos con dos.

—No podría haberlos lastimado, George. Vi que no te estaban atacando.

—No te ordené que los atacaras, sólo que fueras hacia ellos. Su miedo hizo lo demás.

—¿Cómo pueden temer a los robots?

—Es una enfermedad humana, de la que aún no nos hemos curado. Pero eso no importa. ¿Qué demonios haces aquí, Andrew? Estaba a punto de regresar y contratar un helicóptero cuando te

encontré. ¿Cómo se te ocurrió ir a la biblioteca? Yo te hubiera traído los libros que necesitaras.

—Soy un...

—Robot libre. Si, vale. ¿Qué querías de la biblioteca?

—Quiero saber más acerca de los robots, George. Quiero escribir una historia de los robots.

—Bien, vayamos a casa... Y recoge tus ropas, Andrew. Hay un millón de libros sobre robótica y todos ellos incluyen historias de la ciencia. El mundo no sólo se está saturando de robots, sino de información sobre ellos.

Andrew meneó la cabeza; con un gesto humano que había adquirido recientemente.

—No me refiero a una historia de la robótica, George, sino a una historia de los robots, escrita por un robot. Quiero explicar lo que sienten los robots acerca de lo que ha ocurrido desde que se les permitió trabajar y vivir en la Tierra.

George enarcó las cejas, pero no dijo nada.

11

La Niña ya tenía más de ochenta y tres años, pero no había perdido energía ni determinación. Usaba el bastón más para gesticular que para apoyarse.

Escuchó la historia hecha una furia.

—Es espantoso, George. ¿Quiénes eran esos rufianes?

—No lo sé. ¿Qué importa? Al final no causaron daño.

—Pero pudieron causarlo. Tú eres abogado, George, y si disfrutas de una buena posición se debe al talento de Andrew. El dinero que él ganó es el cimiento de todo lo que tenemos aquí. El da continuidad a esta familia y no permitiré que lo traten como a un juguete de cuerda.

—¿Qué quieres que haga, madre?

—He dicho que eres abogado, ¿es que no me escuchas? Prepara una acción constitutiva, obliga a los tribunales regionales a declarar los derechos de los robots, logra que la Legislatura apruebe leyes necesarias y lleva el asunto al Tribunal Mundial si es preciso. Estaré vigilando, George, y no toleraré vacilaciones.

Hablaba en serio, y lo que comenzó como un modo de aplacar a esa formidable anciana se transformó en un asunto complejo, tan enmarañado que resultaba interesante. Como socio más antiguo de Feingold y Martin, George planeó la estrategia, pero dejó el trabajo a sus colegas más jóvenes, entre ellos a su hijo Paul, que también trabajaba en la firma y casi todos los días le presentaba un informe a la abuela. Ella, a su vez, deliberaba todos los días con Andrew.

Andrew estaba profundamente involucrado. Postergó nuevamente su trabajo en el libro sobre los robots mientras cavilaba sobre las argumentaciones judiciales, y en ocasiones hacía útiles sugerencias.

—George me dijo que los seres humanos siempre han temido a los robots —dijo una vez—. Mientras sea así, los tribunales y las legislaturas no trabajarán a favor de ellos. ¿No tendría que hacerse algo con la opinión pública?

Así que, mientras Paul permanecía con el juzgado, George optó por la tribuna pública. Eso le permitía ser informal y llegaba al extremo de usar esa ropa nueva y floja que llamaban harapos.

—Pero no te la pises en el estrado, papá —le advirtió Paul.

Interpeló a la convención anual de holonoticias en una ocasión, diciendo:

—Si en virtud de la Segunda Ley podemos exigir a cualquier robot obediencia ilimitada en todos los aspectos que entrañan daño para un ser humano, entonces cualquier ser humano tiene un temible poder sobre cualquier robot. Como la Segunda Ley tiene prioridad sobre la Tercera, cualquier ser humano puede hacer uso de la ley de obediencia para anular la ley de autoprotección. Puede ordenarle a cualquier robot que se haga daño a sí mismo o que se autodestruya, sólo por capricho. ¿Es eso justo? ¿Trataríamos así a un animal? Hasta un objeto inanimado que nos ha prestado un buen servicio se gana nuestra consideración. Y un robot no es insensible. No es un animal. Puede pensar, hablar, razonar, bromear. ¿Podemos tratarlos como amigos, podemos trabajar con ellos y no brindarles

el fruto de esa amistad, el beneficio de la colaboración mutua? Si un ser humano tiene el derecho de darle a un robot cualquier orden que no suponga daño para un ser humano, debería tener la decencia de no darle a un robot ninguna orden que suponga daño para un robot, a menos que lo requiera la seguridad humana. Un gran poder supone una gran responsabilidad, y, si los robots tienen tres leyes para proteger a los hombres, ¿es mucho pedir que los hombres tengan un par de leyes para proteger a los robots?

Andrew tenía razón. La batalla por ganarse la opinión pública fue la clave en los tribunales y en la Legislatura, y al final se aprobó una ley que imponía unas condiciones, según las cuales se prohibían las órdenes lesivas para los robots. Tenía muchos vericuetos y los castigos por violar la ley eran insuficientes, pero el principio quedó establecido. La Legislatura Mundial la aprobó el día de la muerte de la Niña.

No fue coincidencia que la Niña se aferrara a la vida tan desesperadamente durante el último debate y sólo cesara cuando le comunicaron la victoria. Su última sonrisa fue para Andrew. Sus últimas palabras fueron:

—Fuiste bueno con nosotros, Andrew.

Murió cogiéndole la mano, mientras George, con su esposa y sus hijos, permanecía a respetuosa distancia de ambos.

12

Andrew aguardó pacientemente mientras el recepcionista entraba al despacho. El robot podría haber usado el interfono holográfico, pero sin duda era presa de cierto nerviosismo por tener que tratar con otro robot y no con un ser humano.

Andrew se detuvo cavilando sobre esa cuestión. ¿Nerviosismo era la palabra adecuada para una criatura que en vez de nervios tenía sendas positrónicas? ¿Podía usarse como un término

analógico?

Esos problemas seguían con frecuencia mientras trabajaba en su libro sobre los robots. El esfuerzo de pensar frases para expresar todas las complejidades le había mejorado el vocabulario.

Algunas personas lo miraban al pasar, y él no eludía sus miradas. Las afrontaba con calma y la gente se alejaba.

Salió Paul Martin. Parecía sorprendido, aunque Andrew tuvo dificultades para verle la expresión, pues Paul usaba ese grueso maquillaje que la moda imponía para ambos sexos y, aunque le confería más vigor a su blando rostro, Andrew lo desaprobaba. Había notado que desaprobaba a los seres humanos no le inquietaba demasiado mientras no lo manifestara verbalmente. Incluso podía expresarlo por escrito. Estaba seguro de que no siempre había sido así.

—Entra, Andrew. Lamento haberte hecho esperar, pero tenía que concluir una tarea. Entra. Me dijiste que querías hablar conmigo, pero no sabía que querías hablarme aquí.

—Si estás ocupado, Paul, estoy dispuesto a esperar.

Paul miró el juego de sombras cambiantes en el cuadrante de la pared que servía como reloj.

—Dispongo de un rato. ¿Has venido solo?

—Alquilé un automóvil.

—¿Algún problema? —preguntó Paul, con cierta ansiedad.

—No esperaba ninguno. Mis derechos están protegidos.

La ansiedad de Paul se agudizó.

—Andrew, te he explicado que la ley no es de ejecución obligatoria salvo en situaciones excepcionales... Y si insistes en usar ropa acabarás teniendo problemas, como aquella primera vez.

—La única. Paul. Lamento que estés disgustado.

—Bien, míralo de este modo: eres prácticamente una leyenda viviente, Andrew, y eres demasiado valioso para arrogarte el derecho de ponerte en peligro... ¿Cómo anda el libro?

—Me estoy acercando al final, Paul. El editor está muy contento.

—¡Bien!

—No sé si se encuentra contento exactamente con el libro en cuanto tal. Creo que piensa vender muchos ejemplares porque está escrito por un robot, y eso le hace estar contento.

—Me temo que es muy humano.

—No estoy disgustado. Que se venda, sea cual sea la razón, porque eso significará dinero y me vendrá bien.

—La abuela te dejó...

—La Niña era generosa y sé que puedo contar con la ayuda de la familia. Pero espero que los derechos del libro me ayuden en el próximo paso.

—¿De qué hablas?

—Quiero ver al presidente de Robots y Hombres Mecánicos S.A. He intentado concertar una cita, pero hasta ahora no pude dar con él. La empresa no colaboró conmigo en la preparación del libro, así que no me sorprende.

Paul estaba divirtiéndose.

—Colaboración es lo último que puedes esperar. La empresa no colaboró con nosotros en nuestra gran lucha por los derechos de los robots. Todo lo contrario, ya entiendes por qué: si les otorgas derechos a los robots, quizá la gente no quiera comprarlos.

—Pero si llamas tú, podrás conseguirme una entrevista.

—Me tienen poca simpatía como a ti, Andrew.

—Quizá puedas insinuar que la firma Feingold y Martin está dispuesta a iniciar una campaña para reforzar aún más los derechos de los robots.

—¿No sería una mentira, Andrew?

—Sí, Paul, y yo no puedo mentir. Por eso debes llamar tú.

—Ah, no puedes mentir, pero puedes instigarme a mentir, ¿verdad? Eres cada vez más humano, Andrew.

13

No fue fácil, a pesar del renombre de Paul.

Pero al fin se logró. Harley Smythe-Robertson, que descendía del fundador de la empresa por línea materna y había adoptado ese guión en el apellido para indicarlo, parecía disgustado. Se

aproximaba a la edad de jubilarse, y el tema de los derechos de los robots había acaparado su gestión como presidente. Llevaba el cabello gris aplastado y el rostro sin maquillaje. Miraba a Andrew con hostilidad.

—Hace un siglo —dijo Andrew—, un tal Merton Mansky, de esta empresa, me dijo que la matemática que rige la trama de las sendas positrónicas era tan compleja que sólo permitía soluciones complejas y, por lo tanto, mis aptitudes no eran del todo previsibles.

—Eso fue hace casi un siglo. —Smythe-Robertson dudó un momento, luego añadió en tono frío—: Ya no es así. Nuestros robots están contruidos y adiestrados con precisión para realizar sus tareas.

—Sí —dijo Paul, que estaba allí para cerciorarse de que la empresa actuara limpiamente—, con el resultado de que mi recepcionista necesita asesoramiento cada vez que se aparta de una tarea convencional.

—Más se disgustaría usted si se pusiera a improvisar —replicó Smythe-Robertson.

—¿Entonces, ustedes ya no manufacturan robots como yo, flexibles y adaptables? —preguntó Andrew.

—No.

—La investigación que he realizado para preparar mi libro —prosiguió Andrew— indica que soy el robot más antiguo en activo.

—El más antiguo ahora y el más antiguo siempre. El más antiguo que habrá nunca. Ningún robot es útil después de veinticinco años. Los recuperaremos para reemplazarlos por modelos más nuevos.

—Ningún robot es útil después de veinticinco años tal como se los fabrica ahora —señaló Paul—. Andrew es muy especial en ese sentido.

Andrew, ateniéndose al rumbo que se había trazado, dijo:

—Por ser el robot más antiguo y flexible del mundo, ¿no soy tan excepcional como para merecer un tratamiento especial de la empresa?

—En absoluto —respondió Smythe-Robertson—. Ese carácter excepcional es un estorbo para la empresa. Si usted estuviera alquilado, en vez de haber sido vendido por una infortunada

decisión, lo habríamos reemplazado hace muchísimo tiempo.

—Pero de eso se trata —se animó Andrew—. Soy un robot libre y soy dueño de mí mismo. Por lo tanto, acudo a usted a pedirle que me reemplace. Usted no puede hacerlo sin el consentimiento del dueño. En la actualidad, ese consentimiento se incluye obligatoriamente como condición para el alquiler, pero en mi época no era así.

Smythe-Robertson estaba estupefacto y desconcertado, y guardó silencio. Andrew observó el holograma de la pared. Era una máscara mortuoria de Susan Calvin, santa patrona de la robótica. Había muerto dos siglos atrás, pero después de escribir el libro Andrew le conocía tan bien que tenía la sensación de haberla tratado personalmente.

—¿Cómo puedo reemplazarte? —replicó Smythe-Robertson—. Si le reemplazo como robot, ¿cómo puedo darle el nuevo robot a usted, el propietario, si en el momento del reemplazo usted deja de existir?

Sonrió de un modo siniestro.

—No es difícil —terció Paul—. La personalidad de Andrew está asentada en su cerebro positrónico, y esa parte no se puede reemplazar sin crear un nuevo robot. Por consiguiente, el cerebro positrónico es Andrew el propietario. Todas las demás piezas del cuerpo del robot se pueden reemplazar sin alterar la personalidad del robot, y esas piezas pertenecen al cerebro. Yo diría que Andrew desea proporcionarle a su cerebro un nuevo cuerpo robótico.

—En efecto —asintió Andrew. Se volvió hacia Smythe-Robertson—. Ustedes han fabricado androides, ¿verdad?, robots que tienen apariencia humana, incluida la textura de la piel.

—Sí, lo hemos hecho. Funcionaban perfectamente con su cutis y sus tendones fibrosintéticos. Prácticamente no había nada de metal, salvo en el cerebro, pero eran tan resistentes como los robots de metal. Más resistentes, en realidad.

Paul se interesó:

—No lo sabía. ¿Cuántos hay en el mercado?

—Ninguno —contestó Smythe-Robertson—. Eran mucho más caros que los modelos de metal, y un estudio del mercado reveló que no serían aceptados. Parecían demasiado humanos.

—Pero la empresa conserva toda su destreza —afirmó Andrew

—. Deseo, pues, ser reemplazado por un robot orgánico, por un androide.

—¡Santo cielo! —exclamó Paul.

Smythe-Robertson se puso rígido.

—¡Eso es imposible!

—¿Por qué imposible? —preguntó Andrew—. Pagaré lo que sea, dentro de lo razonable, por supuesto.

—No fabricamos androides.

—No quieren fabricar androides —dijo Paul—. Eso no es lo mismo que no poseer la capacidad para fabricarlos.

—De todos modos, fabricar androides va contra nuestra política pública.

—No hay ley que lo prohíba —señaló Paul.

—Aun así, no los fabricamos ni pensamos hacerlo.

Paul se aclaró la garganta.

—Señor Smythe-Robertson, Andrew es un robot libre y está amparado por la ley que garantiza los derechos de los robots. Entiendo que usted está al corriente de ello.

—Ya lo creo.

—Este robot, como robot, libre, opta por usar vestimenta. Por esta razón, a menudo es humillado por seres humanos desconsiderados, a pesar de la ley que prohíbe humillar a los robots. Es difícil tomar medidas contra infracciones vagas que no cuentan con la reprobación general de quienes deben decidir sobre la culpa y la inocencia.

—Nuestra empresa lo comprendió desde el principio. Lamentablemente, la firma de su padre no.

—Mi padre ha muerto, pero en este asunto veo una clara infracción, con una parte perjudicada.

—¿De qué habla? —gruñó Smythe-Robertson.

—Andrew Martin, que acaba de convertirse en mi cliente, es un robot libre capacitado para solicitar a Robot y Hombres Mecánicos el derecho de reemplazo, el cual la empresa otorga a quien posee un robot durante más de veinticinco años. Más aún, la empresa insiste en que haya reemplazos. —Paul sonrió con desenfado—. El cerebro positrónico de mi cliente es propietario del cuerpo de mi cliente, que, desde luego, tiene más de veinticinco años. El cerebro positrónico exige reemplazo del cuerpo y ofrece pagar un precio

razonable por un cuerpo de androide, en calidad de dicho reemplazo. Si usted rechaza el requerimiento, mi cliente sufrirá una humillación y presentaremos una querella. Además, aunque la opinión pública no respaldara la reclamación de un robot en este caso, le recuerdo que su empresa no goza de popularidad. Hasta quienes más utilizan los robots y se aprovechan de ellos recelan la empresa. Esto puede ser un vestigio de tiempos en que los robots eran muy temidos. Puede ser resentimiento contra el poderío y la riqueza de Robots y Hombres Mecánicos, que ostenta el monopolio mundial. Sea cual fuera la causa, el resentimiento existe y creo que usted preferirá no ir a juicio, teniendo en cuenta que mi cliente es rico y que vivirá muchos siglos, lo cual le permitirá prolongar la batalla eternamente.

Smythe-Robertson se había ruborizado.

—Usted intenta a obligarme a...

—No le obligo a nada. Si desea rechazar la razonable solicitud de mi cliente, puede hacerlo y nos marcharemos sin decir más... Pero entablaremos un pleito, como es nuestro derecho, y a la larga usted perderá.

—Bien... —empezó Smythe-Robertson, y se calló.

—Veo que va usted a aceptar. Puede que tenga dudas, pero al fin aceptará. Le haré otra aclaración. Si, al transferir el cerebro positrónico de mi cliente de su cuerpo actual a un cuerpo orgánico se produce alguna lesión, por leve que sea, no descansaré hasta haber arruinado a su empresa. De ser necesario, haré todo lo posible para movilizar a la opinión pública contra ustedes si una senda del cerebro de platino-iridio de mi cliente sufre algún daño. ¿Estás de acuerdo, Andrew?

Andrew titubeó. Era como aprobar la mentira, el chantaje, el maltrato y la humillación de un ser humano. Pero no hay daño físico, se dijo, no hay daño físico.

Finalmente logró pronunciar un tímido sí.

Era como estar reconstruido. Durante días, semanas y meses Andrew se sintió como otra persona, y los actos más sencillos lo hacían vacilar.

Paul estaba frenético.

—Te han dañado, Andrew. Tendremos que entablar un pleito.

—No lo hagas —dijo Andrew muy despacio—. Nunca podrás probar pr...

—¿Premeditación?

—Premeditación. Además, ya me encuentro más fuerte, mejor; es el t...

—¿Temblor?

—Trauma. A fin de cuentas, nunca antes se practicó semejante oper... oper...

Andrew sentía el cerebro desde dentro, algo que nadie más podía hacer. Sabía que se encontraba bien y, durante los meses que le llevó aprender la plena coordinación y el pleno interjuego positrónico, se pasó horas ante el espejo.

¡No parecía humano! El rostro era rígido y los movimientos, demasiado deliberados. Carecía de la soltura del ser humano, pero quizá pudiera lograrlo con el tiempo. Al menos, podía ponerse ropa sin la ridícula anomalía de tener un rostro de metal.

—Volveré al trabajo.

Paul sonrió.

—Eso significa que ya estás bien. ¿Qué piensas hacer? ¿Escribirás otro libro?

—No —respondió muy serio—. Vivo demasiado tiempo como para dejarme seducir por una sola carrera. Hubo un tiempo en que era artista y aún puedo volver a esa ocupación. Y hubo un tiempo en que fui historiador y aún puedo volver a eso. Pero ahora deseo ser robobiólogo.

—Robopsicólogo, querrás decir.

—No. Eso implicaría el estudio de cerebros positrónicos, y en este momento no deseo hacerlo. Un robobiólogo sería alguien que estudia el funcionamiento del cuerpo que va con ese cerebro.

—¿Eso no se llamaría un robotista?

—Un robotista trabaja con un cuerpo de metal. Yo estudiaré un cuerpo humanoide orgánico, y el único espécimen que existe es el mío.

—Un campo muy limitado —observó Paul—. Como artista, toda la inspiración te pertenecía; como historiador, estudiabas principalmente los robots; como robobiólogo, sólo te estudiarás a ti mismo.

Andrew asintió con la cabeza.

—Eso parece.

Andrew tuvo que comenzar desde el principio, pues no sabía nada de biología y casi nada de ciencias. Empezó a frecuentar bibliotecas, donde consultaba índices electrónicos durante horas, con su apariencia totalmente normal debido a la ropa. Los pocos que sabían que era un robot no se entrometían.

Construyó un laboratorio en una sala que añadió a su casa, y también se hizo una biblioteca.

Transcurrieron años. Un día, Paul fue a verlo.

—Es una lástima que ya no trabajes en la historia de los robots. Tengo entendido que Robots y Hombres Mecánicos está adoptando una política radicalmente nueva.

Paul había envejecido, y unas células fotoópticas habían reemplazado sus deteriorados ojos. En ese aspecto estaba más cerca de Andrew.

—¿Qué han hecho? —preguntó Andrew.

—Están fabricando ordenadores centrales, cerebros positrónicos gigantescos que se comunican por microondas con miles de robots. Los robots no poseen cerebro. Son las extremidades del gigantesco cerebro, y los dos están separados físicamente.

—¿Es más eficiente?

—La empresa afirma que sí. Smythe-Robertson marcó el nuevo rumbo antes de morir. Sin embargo, tengo la sospecha de que es una reacción contra ti. No quieren fabricar robots que les causen problemas como tú, y por eso han separado el cerebro del cuerpo. El cerebro no será un cerebro que desee nada. Es asombrosa la influencia que has ejercido en la historia de los robots. Tus facultades artísticas animaron a la empresa a fabricar robots más precisos y especializados; tu libertad derivó en la formulación del principio de los derechos robóticos; tu insistencia en tener un

cuerpo de androide hizo que la empresa separase el cerebro del cuerpo.

—Supongo que al final la empresa fabricará un enorme cerebro que controlará miles de millones de cuerpos robóticos. Todos los huevos en un cesto. Peligroso. Muy desatinado.

—Me parece que tienes razón. Pero no creo que ocurra hasta dentro de un siglo y no viviré para verlo. Quizá ni siquiera viva para ver el año próximo.

—¡Paul! —exclamó Andrew con voz preocupada.

Paul se encogió de hombros.

—Somos mortales, Andrew. No somos como tú. No importa demasiado, pero si es importante aclararte algo. Soy el último humano de los Martin. Hay descendientes de mi tía abuela, pero ellos no cuentan. El dinero que controlo personalmente será legado a la fundación establecida en tu nombre y, en la medida en que uno puede prever el futuro, estarás económicamente a salvo.

—Eso es innecesario —rechazó Andrew con dificultad, pues a pesar de todo ese tiempo no lograba habituarse a la muerte de los Martin.

—No discutamos. Así serán las cosas. ¿En qué estás trabajando?

—Diseño un sistema que permita que los androides, yo mismo, obtengan energía de la combustión de hidrocarburos, y no de las células atómicas.

Paul enarcó las cejas.

—¿De modo que puedan respirar y comer?

—Sí.

—¿Cuánto hace que investigas ese problema?

—Mucho tiempo, pero creo que he diseñado una cámara de combustión adecuada para una descomposición catalizada controlada.

—Pero... ¿Por qué, Andrew? La célula atómica es infinitamente mejor.

—En ciertos sentidos, quizá; pero la célula atómica es inhumana.

Le llevó tiempo, pero Andrew tenía tiempo de sobra. Ante todo, no quiso hacer nada hasta que Paul muriese en paz.

Con la muerte del biznieto del Señor, Andrew se sintió más expuesto a un mundo hostil, de modo que estaba aún más resuelto a seguir el rumbo que había escogido tiempo atrás.

Pero no estaba solo. Aunque un hombre había muerto, la firma Feingold y Martin seguía viva, pues una empresa no muere, así como no muere un robot. La firma tenía sus instrucciones y las cumplió al pie de la letra. A través del fondo fiduciario y la firma legal, Andrew conservó su fortuna y, a cambio de una suculenta comisión anual, Feingold y Martin se involucró en los aspectos legales de la nueva cámara de combustión.

Cuando llegó el momento de visitar Robots y Hombres Mecánicos S.A., lo hizo a solas. En una ocasión había ido con el Señor y en otra con Paul; esta vez, la tercera, estaba solo y parecía un hombre.

La empresa había cambiado. La planta de producción se había desplazado a una gran estación espacial, como ocurría con muchas industrias. Con ellas se habían ido muchos robots. La Tierra parecía cada vez más un parque, con una población similar a robots, de los cuales un treinta por cierto estaban dotados de un cerebro autónomo.

El director de investigaciones era Alvin Magdescu, de tez y cabellos oscuros y barba puntiaguda. Sobre la cintura sólo usaba la faja pectoral impuesta por la moda. Andrew vestía según la anticuada moda de varias décadas.

—Te conozco, desde luego —dijo Magdescu—, y me agrada verte. Eres uno de nuestros productos más notables y es una lástima que el viejo Smythe-Robertson te tuviera inquina. Podríamos haber un gran trato contigo.

—Aun pueden.

—No, no creo. Ha pasado el momento. Hace más de un siglo que tenemos robots en la Tierra, pero eso está cambiando. Se irán al espacio y los que permanezcan aquí no tendrán cerebro.

—Pero quedo yo, y me quedo en la Tierra.

—Sí, pero tú no pareces un robot. ¿Qué nueva solicitud traes?

—Quiero ser menos robot. Como soy tan orgánico, deseo una fuente orgánica de energía. Aquí tengo los planos...

Magdescu los miró sin prisa. Los observaba con creciente interés.

—Es notablemente ingenioso. ¿A quién se le ha ocurrido todo esto?

—A mí.

Magdescu lo miró fijamente.

—Supondría una reestructuración total del cuerpo y sería experimental, pues nunca se ha intentado. Te aconsejo que no lo hagas, que te quedes como estás.

El rostro de Andrew tenía una capacidad expresiva limitada, pero no ocultó su impaciencia.

—Profesor Magdescu, no lo entiende. Usted no tiene más opción que acceder a mi requerimiento. Si se pueden incorporar estos dispositivos a mi cuerpo, también se pueden incorporar a cuerpos humanos. La tendencia a prolongar la vida humana mediante prótesis se está afianzando. No hay dispositivos mejores que los que yo he diseñado. Controlo las patentes a través de Feingold y Martin. Somos capaces de montar una empresa para desarrollar prótesis que quizá terminen generando seres humanos con muchas de las propiedades de los robots. Su empresa se verá afectada. En cambio, si me opera ahora y accede a hacerlo en circunstancias similares en el futuro, percibirá una comisión por utilizar las patentes y controlar la tecnología robótica y protésica para seres humanos. El alquiler inicial se otorgará sólo cuando se haya realizado la primera operación, y cuando haya pasado tiempo suficiente para demostrar que tuvo éxito.

La Primera Ley no le creó ninguna inhibición ante las severas condiciones que le estaba imponiendo un ser humano. Había aprendido que lo que parecía crueldad podía resultar bondad a la larga.

Magdescu estaba estupefacto.

—No soy yo quien debe decidir en semejante asunto. Es una decisión de empresa y llevará tiempo.

—Puedo esperar un tiempo razonable —dijo Andrew—, pero sólo un tiempo razonable.

Y pensó con satisfacción que Paul mismo no lo habría hecho

mejor.

16

Fue sólo un tiempo razonable, y la operación resultó todo un éxito.

—Yo me oponía a esta operación, Andrew —le dijo Magdescu—, pero no por lo que tú piensas. No estaba en contra del experimento, de haberse tratado de otro. Detestaba poner en peligro tu cerebro positrónico. Ahora que tienes sendas positrónicas que actúan recíprocamente con sendas nerviosas simuladas, podría resultar difícil rescatar el cerebro intacto si el cuerpo se deteriorase.

—Yo tenía confianza en la capacidad personal de la empresa. Y ahora puedo comer.

—Bueno, puedes sorber aceite de oliva. Eso significa que habrá que hacer de vez en cuando limpieza de la cámara de combustión, como ya te hemos explicado. Es un factor incómodo, diría yo.

—Quizá, si yo no pensara seguir adelante. La autolimpieza no es imposible. Estoy trabajando en un dispositivo que se encargará de los alimentos sólidos que incluyan parte no combustible; la materia indigerible, por así decirlo, que habrá que desechar.

—Entonces, necesitarás un ano.

—Su equivalente.

—¿Qué más, Andrew?

—Todo lo demás.

—¿También genitales?

—En la medida en que concuerden con mis planes. Mi cuerpo es un lienzo donde pienso dibujar...

Magdescu aguardó a que concluyera la frase, pero como la pausa se prolongaba decidió redondearla él mismo:

—¿Un hombre?

—Ya veremos —se limitó a decir Andrew.

—Es una ambición contradictoria, Andrew. Tú eres mucho mejor que un hombre. Has ido cuesta abajo desde que optaste por ser orgánico.

—Mi cerebro no se ha dañado.

—No, claro que no. Pero, Andrew, los nuevos hallazgos protésicos que han posibilitado tus patentes se comercializan bajo tu nombre. Eres reconocido como el gran inventor y se te honra por ello... tal como eres. ¿Por qué quieres arriesgar más tu cuerpo?

Andrew no respondió.

Los honores llegaron. Aceptó el nombramiento en varias instituciones culturales, entre ellas una consagrada a la nueva ciencia que él había creado; la que él llamó robobiología, pero que se denominaba protesilogía.

En el ciento cincuenta aniversario de su fabricación, se celebró una cena de homenaje en Robots y Hombres Mecánicos. Si Andrew vio en ello alguna ironía, no lo mencionó.

Alvin Magdescu, ya jubilado, presidió la cena. Tenía noventa y cuatro años y aún vivía porque tenía prótesis que, entre otras cosas, cumplían las funciones del hígado y de los riñones. La cena alcanzó su momento culminante cuando Magdescu, al cabo de un discurso breve y emotivo, alzó la copa para brindar por el robot del centenario y medio.

Andrew se había hecho remodelar los tendones del rostro hasta el punto de que podía expresar una gama de emociones, pero se comportó de un modo pasivo durante toda la ceremonia. No le agradaba ser un robot de siglo y medio de edad.

17

La protesilogía le permitió a Andrew abandonar la Tierra. En las décadas que siguieron a la celebración de su ciento cincuenta aniversario, la Luna se convirtió en un mundo más tórrida que la

Tierra en todos los aspectos menos en el de la gravedad, un mundo que albergaba una densa población en sus ciudades subterráneas.

Allí, las prótesis debían tener en cuenta la menor gravedad, y Andrew pasó cinco años en la Luna trabajando con especialistas locales para introducir las necesarias adaptaciones. Cuando no se encontraba trabajando, deambulaba entre los robots, que lo trataban con cortesía robótica debida a un hombre.

Regresó a la Tierra, que era monótona y apacible en comparación, y fue a las oficinas de Feingold y Martin para anunciar su vuelta.

El entonces director de la firma, Simon Delong, se quedó sorprendido.

—Nos habían anunciado que regresabas, Andrew —dijo, aunque estuvo a punto de llamarlo señor Martin—, pero no te esperábamos hasta la semana entrante.

—Me impacienté —contestó bruscamente Andrew, que ansiaba ir al grano—. En la Luna, Simon, estuve al mando de un equipo de investigación de veinte científicos humanos. Les daba órdenes que nadie cuestionaba. Los robots lunares me trataban como a un ser humano. Entonces, ¿por qué no soy un ser humano?

DeLong adoptó una expresión cautelosa.

—Querido Andrew, como acabas de explicar, tanto los robots como los humanos te tratan como si fueras un ser humano. Por consiguiente, eres un ser humano de facto.

—No me basta con ser un ser humano de facto. Quiero que no sólo me traten como tal, sino que me identifiquen legalmente como tal. Quiero ser un ser humano de iure.

—Eso es distinto. Ahí tropezaríamos con los prejuicios humanos y con el hecho indudable de que, por mucho que parezcas un ser humano, no lo eres.

—¿En qué sentido? Tengo la forma de un ser humano y órganos equivalentes a los de los humanos. Mis órganos son idénticos a los que tiene un ser humano con prótesis. He realizado aportaciones artísticas, literarias y científicas a la cultura humana, tanto como cualquier ser humano vivo. ¿Qué más se puede pedir?

—Yo no pediría nada. El problema es que se necesitaría una Ley de la Legislatura Mundial para definirte como ser humano. Francamente, no creo que sea posible.

—¿Con quién debo hablar en la Legislatura?

—Con la presidencia de la Comisión para la Ciencia y la Tecnología, tal vez.

—¿Puedes pedir una reunión?

—Pero no necesitas un intermediario. Con tu prestigio...

—No. Encárgate tú. —Andrew ni siquiera pensó que estaba dándole una orden a un ser humano. En la Luna se habían acostumbrado a ello—. Quiero que sepan que Feingold y Martin me apoyan plenamente en esto.

—Pues bien...

—Plenamente, Simon. En ciento setenta y tres años he aportado muchísimo a esta firma. En el pasado estuve obligado para con otros miembros de esta firma. Ahora no. Es a la inversa, y estoy reclamando mi deuda.

—Veré qué puedo hacer —dijo DeLong.

18

La presidenta de la Comisión para Ciencia y la Tecnología era una asiática llamada Chee Li-Hsing. Con sus prendas transparentes (que ocultaban lo que ella quería ocultar mediante un resplandor), parecía envuelta en plástico.

—Simpatizo con su afán de obtener derechos humanos plenos —le dijo—. En otros tiempos de la historia hubo integrantes de la población humana que lucharon por obtener derechos plenos. Pero ¿qué derechos puede desear que ya no tenga?

—Algo muy simple: el derecho a la vida. Un robot puede ser desmontado en cualquier momento.

—Y un ser humano puede ser ejecutado en cualquier momento.

—La ejecución sólo puede realizarse dentro del marco de la Ley. Para desmontarme a mí no se requiere un juicio; sólo se necesita la palabra de un ser humano que tenga autorización para poner fin a

mi vida. Además..., además... —Andrew procuró reprimir su tono implorante, pero su expresión y su voz humanizadas lo traicionaban—. Lo siento es que deseo ser hombre. Lo he deseado durante seis generaciones de seres humanos.

Li-Hsing lo miró con sus ojos oscuros.

—La Legislatura puede aprobar una ley declarándolo humano; llegado el caso, podría aprobar una ley declarando humana a una estatua de piedra. Sin embargo, creo que en el primer caso serviría tan poco como para el segundo. Los diputados son tan humanos como el resto de la población, y siempre existe un recelo contra los robots.

—¿Incluso actualmente?

—Incluso actualmente. Todos admitiríamos que usted se ha ganado a pulso el premio de ser humano, pero persistiría el temor de sentar un precedente indeseable.

—¿Qué precedente? Soy el único robot libre, el único de mi tipo, y nunca se fabricará otro. Pueden preguntárselo a Robots y Hombres Mecánicos.

—Nunca es mucho tiempo, Andrew, o, si lo prefiere, señor Martin, pues personalmente le considero humano. La mayoría de los diputados se mostrarán reacios a sentar ese precedente, por insignificante que parezca. Señor Martin, cuenta usted con mi respaldo, pero no le aconsejo que abrigue esperanzas. En realidad...

—Se reclinó en el asiento y arrugó la frente—. En realidad, si la discusión se vuelve acalorada, surgirá cierta tendencia, tanto dentro como fuera de la Legislatura, a favorecer esa postura, que antes mencionó usted, la que quieran desmontarle. Librarse de usted podría ser el modo más fácil de resolver el dilema. Piénselo antes de insistir.

—¿Nadie recordará la técnica de la protesilogía, algo que me pertenece casi por completo?

—Parecerá cruel, pero no la recordarán. O, en todo caso, la recordarán desfavorablemente. Dirán que usted lo hizo con fines egoístas, que fue parte de una campaña para robotizar a los seres humano o para humanizar a los robots; y en cualquiera de ambos casos sería pérfido y maligno. Usted nunca ha sido víctima de una campaña política de desprestigio, y le aseguro que se convertiría en el blanco de unas calumnias que ni usted ni yo creeríamos, pero sí

habría gente que las creería. Señor Martin, viva su vida en paz.

Se levantó. Al lado de Andrew, que estaba sentado, parecía menuda, casi una niña.

—Si decido luchar por mi humanidad —dijo Andrew—, ¿usted estará de mi lado?

Ella reflexionó y contestó:

—Sí, en la medida de lo posible. Si en algún momento esa postura amenaza mi futuro político, tendré que abandonarle, pues para mí no es una cuestión fundamental. Procuro ser franca.

—Gracias. No le pediré otra cosa. Me propongo continuar esta lucha al margen de las consecuencias, y le pediré ayuda mientras usted pueda brindármela.

19

No fue una lucha directa. Feingold y Martin aconsejó paciencia y Andrew masculló que tenía una reserva inagotable de paciencia. Luego, Feingold y Martin inició una campaña para delimitar la zona de combate.

Entabló un pleito en el que se rechazaba la obligación de pagar deudas a un individuo con un corazón protésico, alegando que la posesión de un órgano robótico lo despojaba de humanidad y de sus derechos constitucionales.

Lucharon con destreza y tenacidad; perdían en cada paso que daban, pero procurando siempre que la sentencia resultante fuese lo más genérica posible, y luego la presentaban mediante apelaciones ante el Tribunal Mundial.

Llevó años y millones de dólares.

Cuando se dictó la última sentencia, DeLong festejó la derrota como si fuera un portante triunfo. Andrew estaba presente en las oficinas de la firma, por supuesto.

—Hemos logrado dos cosas, Andrew, y ambas son buenas. En

primer lugar, hemos establecido que ningún número de artefactos le quita la humanidad al cuerpo humano. En segundo lugar, hemos involucrado a la opinión pública de tal modo que estará a favor de una interpretación amplia de lo que significa humanidad, pues no hay ser humano existente que no desee una prótesis si eso puede mantenerlo con vida.

—¿Y crees que la Legislatura me concederá el derecho a la humanidad?

DeLong parecía un poco incómodo.

—En cuanto a eso, no puedo ser optimista. Queda el único órgano que el Tribunal Mundial ha utilizado como criterio de humanidad. Los seres humanos poseen un cerebro celular orgánico y los robots tienen un cerebro positrónico de platino e iridio... No, Andrew, no pongas esa cara. Carecemos de conocimientos para imitar el funcionamiento de un cerebro celular en estructuras artificiales parecidas al cerebro orgánico, así que no se puede incluir en la sentencia, ni siquiera tú podrías lograrlo.

—¿Qué haremos entonces?

—Intentarlo, por supuesto. La diputada Li-Hsing estará de nuestra parte y también una cantidad creciente de diputados. El presidente sin duda seguirá la opinión de la mayoría de la Legislatura en este asunto.

—¿Contamos con una mayoría?

—No, al contrario. Pero podríamos obtenerla si el público expresa su deseo de que se te incluya en una interpretación amplia de lo que significa humanidad. Hay pocas probabilidades, pero si no deseas abandonar debemos arriesgarnos.

20

La diputada Li-Hsing era mucho más vieja que cuando Andrew la conoció. Ya no llevaba aquellas prendas transparentes, sino que

tenía el cabello corto y vestía con ropa tubular. En cambio, Andrew aún se atenía, dentro de los límites de lo razonable, al modo de vestir que predominaba cuando él comenzó a usar ropa un siglo atrás.

—Hemos llegado tan lejos como podíamos, Andrew. Lo intentaremos nuevamente después del receso, pero, con franqueza, la derrota es segura y tendremos que desistir. Todos estos esfuerzos sólo me han valido una derrota segura en la próxima campaña parlamentaria.

—Lo sé, y lo lamento. Una vez dijiste que me abandonarías si se llegaba a ese extremo; ¿por qué no lo has hecho?

—Porqué cambié de opinión. Abandonarte se convirtió en un precio mucho más alto del que estaba dispuesta a pagar por una nueva gestión. Hace más de un cuarto de siglo que estoy en la Legislatura. Es suficiente.

—¿No hay modo de hacerles cambiar de parecer, Chee?

—He convencido a toda la gente razonable. El resto, la mayoría, no están dispuestos a renunciar a su aversión emocional.

—La aversión emocional no es una razón válida para votar a favor o en contra.

—Lo sé, Andrew, pero la razón que alegan no es la aversión emocional.

—Todo se reduce al tema del cerebro, pues. ¿Pero es que todo ha de limitarse a una posición entre células y positrones? ¿No hay modo de imponer una definición funcional? ¿Debemos decir que un cerebro está hecho de esto o lo otro? ¿No podemos decir que el cerebro es algo capaz de alcanzar cierto nivel de pensamiento?

—No dará resultado. Tu cerebro fue fabricado por el hombre; el cerebro humano, no. Tu cerebro fue construido, el humano se desarrolló. Para cualquier ser humano que se proponga mantener la barrera entre él y el robot, esas diferencias constituyen una muralla de acero de un kilómetro de grosor y un kilómetro de altura.

—Si pudiéramos llegar a la raíz de su antipatía..., a la auténtica raíz de...

—Al cabo de tantos años —comentó tristemente Li-Hsing—, sigues intentando razonar con los seres humanos. Pobre Andrew, no te enfades, pero es tu personalidad robótica la que te impulsa en esa dirección.

—No lo sé —dijo Andrew—. Si pudiera someterme...

Si pudiera someterse...

Sabía desde tiempo atrás que podía llegar a ese extremo, y al fin decidió ver al cirujano. Buscó uno con la habilidad suficiente para la tarea, lo cual significaba un cirujano robot, pues no podía confiar en un cirujano humano, ni por su destreza ni por sus intenciones.

El cirujano no podría haber realizado la operación en un ser humano, así que Andrew, después de postergar el momento de la decisión con un triste interrogatorio que reflejaba su torbellino interior, dejó de lado la Primera Ley diciendo:

—Yo también soy un robot —y añadió, con la firmeza con que había aprendido a dar órdenes en las últimas décadas, incluso a seres humanos—: Le ordenó que realice esta operación.

En ausencia de la Primera Ley, una orden tan firme, impartida por alguien que se parecía tanto a un ser humano, activó la Segunda Ley, imponiendo la obediencia.

21

Andrew estaba seguro de que el malestar que sentía era imaginario. Se había recuperado de la operación. No obstante, se apoyó disimuladamente contra la pared. Sentarse sería demasiado revelador.

—La votación definitiva se hará esta semana, Andrew —dijo Li Hsing—. No he podido retrasarla más, y perderemos... Ahí terminará todo, Andrew.

—Te agradezco tu habilidad para la demora. Me ha proporcionado el tiempo que necesitaba y he corrido el riesgo que debía correr.

—¿De qué riesgo hablas? —preguntó Li-Hsing, con manifiesta preocupación.

—No podía contártelo a ti ni a la gente de Feingold y Martin,

pues sabía que me detendrías. Mira, si el problema es el cerebro, ¿acaso la mayor diferencia no resiste en la inmortalidad? ¿A quién le importa la apariencia, la constitución ni la evolución del cerebro? Lo que importa es que las células cerebrales mueren, que deben morir. Aunque se mantengan o se reemplacen los demás órganos, las células cerebrales, que no se pueden reemplazar sin alterar y matar la personalidad, deben morir con el tiempo. Mis sendas positrónicas, han durado casi dos siglos sin cambios y pueden durar varios siglos más. ¿No es ésa la barrera fundamental? Los seres humanos pueden tolerar que un robot sea inmortal, pues no importa cuánto dure una máquina; pero no pueden tolerar a un ser humano inmortal, pues su propia mortalidad sólo es tolerable siempre y cuando sea universal. Por eso no quieren considerarme humano.

—¿A dónde quieres llegar, Andrew?

—He eliminado ese problema. Hace décadas, mi cerebro positrónico fue conectado a nervios orgánicos. Ahora una última operación ha reorganizado esas conexiones de tal modo que lentamente mis sendas pierdan potencial.

La azorada Li-Hsing calló un instante. Luego, apretó los labios.

—¿Quieres decir que has planeado morirte, Andrew? Es imposible. Eso viola la Tercera Ley.

—No. He escogido entre la muerte de mi cuerpo y la muerte de mis aspiraciones y deseos. Habría violado la Tercera Ley si hubiese permitido que mi cuerpo viviera a costa de una muerte mayor.

Li-Hsing le agarró el brazo como si fuera a sacudirle. Se contuvo.

—Andrew, no dará resultado. Vuelve a tu estado anterior.

—Imposible. Se han causado muchos daños. Me queda un año de vida. Duraré hasta el segundo centenario de mi construcción. Me permití esa debilidad.

—¿Vale la pena? Andrew, eres un necio.

—Si consigo la humanidad, habrá valido la pena. De lo contrario, mi lucha terminará, y eso también habrá valido la pena.

Li-Hsing hizo algo que la asombró. Rompió a llorar en silencio.

22

Fue extraño el modo en que ese último acto capturó la imaginación del mundo. Andrew no había logrado conmover a la gente con todos sus esfuerzos, pero había aceptado la muerte para ser humano, y ese sacrificio fue demasiado grande para que lo rechazaran.

La ceremonia final se programó deliberadamente para el segundo centenario. El presidente mundial debía firmar el acta y darle carácter de ley, y la ceremonia se transmitiría por una red mundial de emisoras y se vería en el Estado de la Luna e incluso en la colonia marciana. Andrew iba en una silla de ruedas. Aún podía caminar, pero con gran esfuerzo.

Ante los ojos de la humanidad, el presidente mundial dijo:

—Hace cincuenta años, Andrew fue declarado el robot del ciento cincuenta aniversario —hizo una pausa y añadió solemnemente—: Hoy, el Señor Martin es declarado el hombre bicentenario.

Y Andrew, sonriendo, extendió la mano para estrechar la del presidente.

23

Andrew yacía en el lecho. Sus pensamientos se disipaban. Intentaba agarrarse a ellos con desesperación. ¡Un hombre! ¡Era un hombre! Quería serlo hasta su último pensamiento. Quería disolverse, morir siendo hombre.

Abrió los ojos y reconoció a Li-Hsing que aguardaba solemnemente. Había otras personas, pero sólo eran sombras irreconocibles. Únicamente Li-Hsing se recortaba contra ese fondo cada vez más borroso. Andrew tendió la mano y sintió vagamente el

apretón.

Ella se esfumaba ante sus ojos mientras sus últimos pensamientos se disipaban.

Pero, antes de que la imagen de Li-Hsing se desvaneciera del todo, un último pensamiento cruzó la mente de Andrew por un instante fugaz.

—Niña —susurró, en voz tan queda que nadie le oyó.